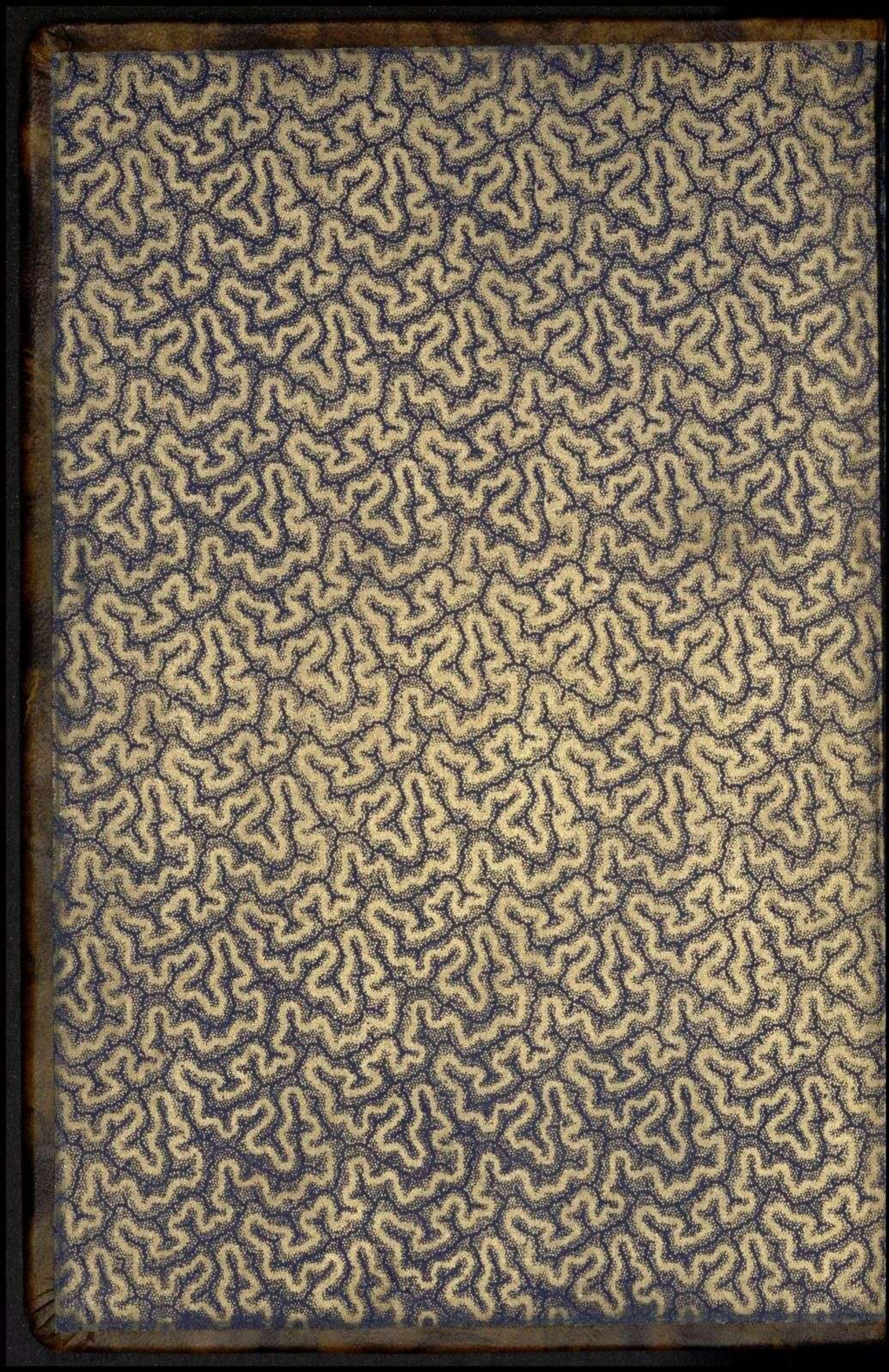


The image shows the front cover of an antique book. The cover is made of dark, worn leather. A wide, decorative border is embossed into the leather, featuring intricate floral and scrollwork patterns. The central area of the cover is plain leather. In the center, the name "Vicente Blasco Ibañer" is written in gold-leaf cursive script. The text is arranged in two lines: "Vicente Blasco" on the top line and "Ibañer" on the bottom line, with a long, sweeping underline that extends across the width of the text.

Vicente Blasco
Ibañer





MB-V

2(1)

OBRAS COMPLETAS

DE

V. BLASCO IBAÑEZ

LOS ARGONAUTAS

OBRAS TRADUCIDAS DEL AUTOR

- TERRES MAUDITES.**—Traducción de G. Hérelle. Paris.
FLEUR DE MAL.—Traducción de G. Hérelle. Paris.
BOUE ET ROSEAUX.—Traducción de Maurice Bixio. Paris.
DANS L'OMBRE DE LA CATHÉDRALE.—Traducción de G. Hérelle. Paris.
TERRAS MALDITAS.—Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.
A CATHEDRAL.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.
FLORE DE MAYO.—Traducción de Josy Priems. Zurich.
DIE KATHEDRALE.—Traducción de Josy Priems. Zurich.
ERDFLUCH.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlin.
SCHILFUND SCHLAMM.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlin.
DER EINDRINGLING.—Traducción de J. Broutá. Berlin.
DE VLOEK.—Traducción del doctor A. A. Fokker. Haarlem.
WAAR ORANJEBOOMEN BLOEIEN.—Traducción del doctor A. A. Fokker. Amsterdam.
CHALUPA.—Traducción de A. Pikhart. Praga.
MARNÁ CHLOUBA.—Traducción de A. Pikhart. Praga.
AH, IL PANE!...—Traducción de F. Gellormini. Palermo.
HVAD EN MAND HAR AT GOVE.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.
VINNYI SKLAD.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
BODEGA.—Traducción de K. G. Petersburgo.
GELEZNODOBOGNOY ZAIAZ.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
NALOGUIZA OBNAGNENAIJA.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
PROKLIATAC POLE.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
SOBOR.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
DUOYŃOY VISTREL.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.
LA HORDE.—Traducción de G. Hérelle. Paris.
ARÈNES SANGLANTES.—Traducción de G. Hérelle. Paris.
O INTRUSO.—Traducción de Riveiro de Carvalho. Lisboa.
MISERA VEIS.—Traducción de Vasco Vaidéz. Lisboa.
L'INTRUS.—Traducción de Renée Lafont. Paris.
A ADEGA.—Traducción de E. Sousa Costa. Lisboa-Rio Janeiro.
A CORTEZAN DE SAGUNTO.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.
LES MORTS COMMANDANT.—Traducción de B. Delaunay. Paris.
SUR LES ORANGERS.—Traducción de G. Menetrier. Paris.
THE BLOOD OF THE ARENA.—Traducción de F. Douglas. Chicago.
SONNICA.—Traducción de F. Douglas. Edición de Nueva York y edición de Londres.
THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Traducción de W. A. Gillespie. Londres.
BLOOD AND SAND.—Traducción de W. A. Gillespie. Londres.
OBRAS COMPLETAS DE BLASCO IBÁÑEZ (en ruso). Edición en 16 vol., con un retrato del autor.—Traducción de Tatiana Herzenstein y otros. Moscou.
SANGUE E ARENA.—Traducción de Ida Mango. Nápoles.
ORIENTE.—Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.
BLOED EN ZAND.—Traducción de Van Raalte. Amsterdam.
DIE HETARE VON SAGUNT.—Traducción de W. Leydhecker. Berlin.
LES QUATRE CAVALIERS DE L'APOCALYPSE.—Trad. de G. Hérelle. Paris.
THE MATADOR.—Edición inglesa Nelson. Londres.
WIJN EN LIEFDE.—Traducción de Van Raalte. Amsterdam.
I QUATTRO CAVALIERI DELL'APOCALYPSE.—Trad. de Ida Mango. Milán.
THE FOUR HORSEMEN OF THE APOCALYPSE.—Traducción de Charlotte Brewster Jordan (384 edic.). Edición de Nueva York y edición de Londres.
THE CABIN.—Traducción del doctor Francis Haffkine-Snow. Nueva York.
LUNA BENAMOR.—Traducción del doctor Isaac Goldberg. Boston.
THE DEAD COMMAND.—Traducción de F. Douglas. Nueva York.
BLOOD AND SAND.—Introduction by Dr. I. Goldberg. Edición de Nueva York y edición de Londres.
THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Introduction by William Dean Howells. Edición de Nueva York y edición de Londres.
THE FRUIT OF THE VINE (La bodega).—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Edición de Nueva York y edición de Londres.
OUR SEA (Mare nostrum).—Traducción de C. Brewster Jordan. Edición de Nueva York y edición de Londres.
DE VIER RUITERS UIT DE APOCALYPSE—Traducción de Van Raalte. Gravesdage (Holanda).
WOMAN TRIUMPHANT.—Traducción de Hayward Keniston. Nueva York.
LA RÉVOLUTION MEXICAINE.—Traducción de Louis Fonges. Paris.

- THE ENEMIES OF WOMEN.—Traducción de Arthur Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- MEXICO IN REVOLUTION.—Traducción de J. Padin y Arthur Livingston. Nueva York.
- MARE NOSTRUM.—Traducción de Gilberto Beccari. Florencia.
- FRA GLI ARANCI.—Traducción Vitagliano. Milán.
- DE DOWLER BEVELER.—Traducción de Van Raalte. Amsterdam.
- LA TRAGÉDIE SUR LE LAC.—Traducción de Renée Lafont. París.
- THE MAYFLOWER.—Traducción de A. Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- LES ENNEMIS DE LA FEMME.—Traducción de A. de Bengoechea. París.
- THE TORRENT (*Entre naranjos*).—Traducción de I. Golberg y Artur Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- FIOR DI MAGGIO.—Traducción de Gilberto Beccari. Milán.
- PALUDE TRAGICA.—Traducción de Gilberto Beccari. Milán.
- CONTES ESPAGNOLS D'AMOUR ET DE MORT.—Traducción de F. Menetrier. París.
- VASS OCH DY.—Traducción de E. Staaff. Estocolmo.
- DEN UBUDNE.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.
- FYREFAEGTEREN.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.
- DEN GAMLE ROENNE.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.
- OS INIMIGOS DA MULHER.—Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.
- LUNA BENAMOR.—Traducción de Renée Lafont. París.
- DIE APOKALYPTISCHEN REITER.—Traducción de E. Koert. Berlín.
- VÉRZÖ ARÉNA.—Traducción de Toth Andras. Budapest.
- MÁJUS VIRÁGA.—Traducción de Berki Miklos y Gyori Karoly. Budapest.
- KREV Á PÍSEK.—Traducción de María Votrubová-Haunerová. Praga.
- BLOD OG SAND.—Traducción de Sophus Brekke. Prólogo de J. Bojer. Cristianía.
- APOKALYPSSENS FYRA RYTTARE.—Traducción de Alberto Bonnier. Estocolmo.
- CAPÍTULOS ESCOGIDOS DE V. BLASCO IBÁÑEZ.—Coleccionados por E. Alec Woolf. Editor G. Harrap. Londres.
- EEN LIEFDE OP DE BALEAREN.—Traducción holandesa de P. M. Wink. Zalt Bommel.
- VISTAS SUDAMERICANAS.—Libro para los estudiantes de español, con notas de Carolina Marcial Dorado. Ginn y C., Editores. Nueva York.
- PROBUZENI BUDHOVO.—Traducción de Karel Weith. Praga.
- LA BATALLA DEL MARNE.—Libro para los estudiantes de español, con notas del profesor Federico de Onis. Heath y C., Editores. Nueva York.
- GENSKI RAY (*El paraíso de las mujeres*).—Traducción rusa de Tatiana Herzenstein. La Editorial Rusa. Berlín.
- A NOGYULOLOK.—Traducción de Toth Andras. Budapest.
- LA FEMME NUE DE GOYA.—Traducción de A. de Bengoechea. París.
- LA CITÉ DES FUTAILLES.—Traducción de Renée Lafont. París.
- THE TEMPTRESS.—Traducción de A. Livingston. Nueva York.
- KATEDRÁLA.—Traducción de Karel Weith. Praga.
- CTYRI PRÍSERNÍ JEZDCI Z APOKALYPSY.—Traducción checoeslovaca de Karel Vit. Ilustraciones de K. Relink. Praga.
- BLOD OCH SAND.—Traducción de Bruno Lindblom. Estocolmo.
- FÖRBANNAD JORD.—Traducción de Adolf Hillman. Estocolmo.
- LA TENTATRICE.—Traducción de Jean Carayón. París.
- MARE NOSTRUM.—Traducción de Karel Weith. Praga.
- I MORTI COMANDANO.—Traducción de Gilberto Beccari y Giulio de Medici. Florencia.
- LA TENTATRICE.—Traducción de Sante Bargellini. Turín.
- IN THE LAND OF ART.—Traducción de Francés Douglas. Nueva York.
- ARENES SANGLANTES.—Traducción francesa de G. Hérelle. Edición Nelson. Edimburgo (Escocia).
- KVET CERNE REKY.—Traducción de Karel Weith. Praga.
- MOKUCHI NO SHIKISHI.—Traducción japonesa de Kanzo Miura. Tokio.
- CHI TO TSUNA.—Traducción japonesa de Atsuchi Sudzuki. Tokio.
- GO-GATSU NO HANA.—Traducción japonesa de Soichi Okabé. Tokio.
- GO-GATSU NO HANA.—Traducción japonesa de Katsuo Urazawa. Tokio.
- SHIOKI NI NARU ONNA.—Traducción japonesa de Hirosada Nagata. Tokio.
- RAKUCHITSU.—Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio.
- SEPPUN.—Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio.
- HIKIGAERU.—Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio.
- IBÁÑEZ KESSAKUSHIU.—Traducción japonesa de la señora Nakagawa. Tokio.
- RODNOE MORE.—Traducción de M. Watson. Leningrado.
- ZEMLIA DISEA.—Traducción de M. Watson. Moscou.
- KOROLAWA CALAFIA.—Traducción de M. B. Batcoh. Leningrado.
- NEPRATELEZEN.—Traducción de Karel Weith. Praga.
- A MULHER NUA.—Traducción de Agostinho Fortes. Lisboa.

OBRAS DEL AUTOR

CUENTOS VALENCIANOS.
LA CONDENADA (cuentos).
EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes).
ARROZ Y TARTANA (novela).
FLOR DE MAYO (novela).
LA BARRACA (novela).
SÓNICA LA CORTESANA (novela).
ENTRE NARANJOS (novela).
CAÑAS Y BARRO (novela).
LA CATEDRAL (novela).
EL INTRUSO (novela).
LA BODEGA (novela).
LA HORDA (novela).
LA MAJA DESNUDA (novela).
ORIENTE (viajes).
SANGRE Y ARENA (novela).
LOS MUERTOS MANDAN (novela).
LUNA BENAMOR (novelas).
LOS ARGONAUTAS (novela).—2 tomos.
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS.
MARE NOSTRUM (novela).
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela).
EL MILITARISMO MEJICANO (artículos).
EL PRÉSTAMO DE LA DIFUNTA (novelas).
EL PARAÍSO DE LAS MUJERES (novela).
LA TIERRA DE TODOS (novela).
LA REINA CALAFIA (novela).
NOVELAS DE LA COSTA AZUL.
LA VUELTA AL MUNDO, DE UN NOVELISTA.

EN PREPARACIÓN

EL PAPA DEL MAR. LAS RIQUEZAS DEL GRAN KAN.
A LOS PIES DE VENUS. EL ORO Y LA MUERTE.

R. 10793

OBRAS COMPLETAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ



LOS ARGONAUTAS

(NOVELA)

TOMO PRIMERO

45.000 EJEMPLARES



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)

AL LECTOR

En 1914, pocas semanas antes del principio de la gran guerra europea, se publicó este libro.

Llevaba yo seis años sin escribir novelas. El público consideraba mis obras anteriores como si fuesen las de un autor muerto que ya no puede añadir nada nuevo á su creación novelesca. Los lectores constantes y fieles que sentían algunas veces la curiosidad de saber qué había sido de Blasco Ibáñez, quedaban indecisos, como si oyesen una respuesta inverosímil, al contestarles otros mejor enterados: «Ahora hace vida de gaucho en las soledades de la Patagonia».

Esta resolución absurda de abandonar la producción novelesca después de una continua laboriosidad premiada por la simpatía del público, este deseo voluntario de quedar al margen de la vida literaria sin miedo al olvido, fueron lógicamente la causa de que mi nombre empezase á sonar cada año menos y mis obras fuesen consideradas como las de un muerto «que no puede volver».

Y cuando al fin resucité con *LOS ARGONAUTAS*, como si no fuesen bastantes los obstáculos de la indiferencia y el olvido creados por mí mismo, surgió inesperadamente la gran guerra, absorbiéndolo todo, cortando la vida de la humanidad en dos períodos, suprimiendo como deleznable y sin interés todo lo que días antes era considerado de una importancia trascendental.

Un libro venido al mundo en tan adversas circuns-

tancias debía nacer muerto. Y casi resulta milagro que no fuese así. En los primeros meses de su vida, LOS ARGONAUTAS, al pasar por los escaparates de las librerías, consiguió llamar la atención de algunos compradores, pero casi nadie habló del libro en letras de molde. Este silencio nada tuvo de excepcional. Los periódicos y las gentes sólo se preocupaban entonces de una gran novela de acción, interesantísima, con cinco millones de protagonistas más ó menos oscuros, á la que ha dado después la Historia el título definitivo de «La primera batalla del Marne». ¡Quién iba á prestar atención en tales momentos á una novela sobre la América de habla española!...

En los años sucesivos, los lectores hispano-americanos, á pesar de las peripecias de la guerra, empezaron á mostrar interés por LOS ARGONAUTAS, y la novela casi muerta al nacer se reanimó y robusteció, hasta adquirir tanto vigor como muchas de sus hermanas.

LOS ARGONAUTAS no merece en absoluto el título de novela. Le falta para esto la condición de ser un relato completo, independiente, con vida propia; una historia novelesca con un final. Dejé este libro sin terminar, voluntariamente, porque deseaba que fuese el prólogo de una serie de novelas, el atrio que debía atravesar el lector para ir penetrando en una sucesión de salones, ó más claramente dicho, en otras novelas, basadas en la vida de los pueblos americanos de origen español.

En LOS ARGONAUTAS hice aparecer personajes nuevos, muchos de ellos simples tipos secundarios que se limitan á pasar por su fondo, pero estaban destinados á ser protagonistas de otras novelas posteriores. Embarqué al bohemio Maltrana, triste héroe de *La horda*, que cruza luego rápidamente el escenario de *La maja desnuda*, para que corriese América, como en otros siglos corrió Gil Blas las ciudades y caminos de la vieja España.

Pero surgió la guerra que tantas cosas ha cortado y trastornado, y mi serie de novelas americanas quedó en el olvido. Sentí como todos la atracción de la tragedia europea, y produje *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum* y *Los enemigos de la mujer*.

De la obra enorme que proyectaba sólo existe la columnata del atrio, la novela-prólogo, LOS ARGONAUTAS,

como una cosa informe y sin terminar. El resto del terreno sobre el cual iba á elevarse el edificio lo veo cubierto de ruinas. Los antiguos materiales de construcción ya no sirven; los andamiajes están roídos por el tiempo. Todas las observaciones que hice durante mi vida en América las he olvidado ó las juzgo ahora sin novedad. Además, los años modifican nuestras ideas, y si vuelvo á acometer la construcción de este edificio novelesco, será con nuevos planos.

Mi idea primitiva era hacer varias novelas de cada república americana; llevar mis personajes de una á otra nación. Mis cuentos *El automóvil del general*—en el que reaparece Maltrana—, *El comediante Fonseca* y otros, son como sillares que estaban destinados á formar parte del antiguo edificio, y he empleado luego para una obra reducida é independiente.

Tal vez vuelva algún día á mi antiguo plan, pero las novelas americanas-españolas que escriba en lo futuro tendrán vida aparte, existirán por ellas mismas, sin necesitar apoyarse unas en otras. Así llevo producidas ya *La tierra de todos* y *La reina Calafia*.

Bien podría ser que algunas de las novelas futuras viniesen á unirse con LOS ARGONAUTAS, por continuar la vida de ciertos personajes que aparecen en dicha obra. También puede ocurrir que esta novela-prólogo no tenga nunca continuación y quede para siempre como un trozo de edificio aislado y abierto á todos los vientos; construcción incomprensible para los que no hayan leído las presentes líneas y sólo vean sus enormes puertas de entrada detrás de las cuales existe el vacío.

De todos modos, LOS ARGONAUTAS, aun siendo una novela incompleta, siempre ofrecerá para algunos lectores el atractivo de lo mucho que he amontonado en ella.

«Amontonado», esa es la palabra exacta. El mayor aliciente del presente libro es al mismo tiempo su más considerable y visible defecto, que yo soy el primero en reconocer.

Me lancé á escribir LOS ARGONAUTAS después de ocho años de continuas é incesantes lecturas, buscando todo lo concerniente á la gran epopeya del descubrimiento y conquista de América. Llevaba además seis años sin

haber escrito nada, y como tenía mucho que decir y mi largo descanso como escritor me proporcionaba una facilidad de pluma y un entusiasmo verdaderamente peligrosos, produje una novela voluminosa, la más larga y prolija de todas las mías.

Sus personajes no se cansan nunca de hablar. Es verdad que durante las monotonías y los ocios de las navegaciones largas, hasta los más taciturnos acaban por volverse charlatanes. Pero estos hijos de mi imaginación ¡tenían tantas cosas que decir!... ¡su padre había estado tantos años en silencio, relleniéndose de lecturas!... Todavía al terminar el libro creí haberme quedado corto, lamentando no poder introducir en él numerosas observaciones que seguramente serán empleadas en otras de mis novelas.

En resumen, *LOS ARGONAUTAS*, como volumen impreso, es doble que mis otros libros; como novela, contiene materia sólida para fabricar las bases de tres ó cuatro novelas más.

Sé bien el enorme defecto que representa en la literatura novelesca la exuberancia de doctrinas, la exagerada cantidad de ideas, el exceso de cultura en el autor. Este no debe olvidar nunca que es ante todo un instintivo, un sentimental... lo que el vulgo rotula con el expresivo y vago nombre de «un artista».

Recuerdo á mi difunto amigo el gran novelador francés Paul Adam. Nadie estuvo dotado como él de condiciones naturales para la novela. Era, como dijo Remy de Gourmont, «una fuerza de la Naturaleza». Pero sabía demasiado, sufría la curiosidad insaciable del que ama la lectura por ella misma, y todo lo que descubría lo colocaba en sus obras. Estas nos admiran á «los del oficio», pero al público le parecieron siempre excesivas y obscuras, huyendo de ellas con frecuencia.

«Sabe demasiado para novelista», decía de él Emilio Zola.

Con mi larga experiencia de productor de novelas, tengo por axiomática esta verdad. El novelista no debe ser un ignorante de genio, un puro instintivo. Para reproducir con arte personal la realidad de la vida hay que unir el estudio á la observación; ayudar lo que he-

mos visto y pensado nosotros con lo que vieron y pensaron antes otros autores. Pero debe huirse igualmente del peligro de una cultura excesiva. Como en todas las acciones humanas, el secreto del éxito reside en el equilibrio, en la dosificación exacta de los elementos contradictorios.

No me arrepiento de haber hecho el presente libro tal como lo hice; pero si tuviera que escribirlo otra vez sería menos voluminoso, y con los materiales históricos y las opiniones personales que figuran en él tendría suficiente para labrar con desahogo los cimientos de tres ó cuatro novelas.

Muchas veces me han preguntado en interrogatorios periodísticos y en conversaciones particulares cual es de todas mis novelas la que me parece mejor, y contesté siempre:

—La próxima; la que estoy escribiendo, pues si no la creyese la mejor me faltaría entusiasmo para terminarla.

Ahora, al hablar con el lector anónimo, puedo hacer la confesión que tantas veces me pidieron. De todas mis novelas, es *LOS ARGONAUTAS* la que más aprecio.

Por desgracia, la mayor parte de los lectores no han hecho viajes marítimos, no conocen la vida á bordo de un trasatlántico, y les es imposible comprender esta predilección.

Además, de todo lo que llevo escrito, es el primer capítulo de *LOS ARGONAUTAS* lo único que puedo volver á leer sin esfuerzo, y muchas veces su lectura ha humedecido mis ojos.

Yo sé por qué, y no quiero decir más.

V. B. I.

1923.

The first part of the history is a general account of the state of the world in the beginning of the world, and of the progress of the human mind from that time to the present.

The second part is a particular history of the world, from the beginning of the Christian era to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the beginning of the Christian era to the year 1648.

The third part is a particular history of the world, from the year 1648 to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the year 1648 to the year 1789.

The fourth part is a particular history of the world, from the year 1789 to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the year 1789 to the year 1815.

The fifth part is a particular history of the world, from the year 1815 to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the year 1815 to the year 1848.

The sixth part is a particular history of the world, from the year 1848 to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the year 1848 to the year 1871.

The seventh part is a particular history of the world, from the year 1871 to the present time, and is divided into three periods, the first of which is the history of the world from the year 1871 to the year 1896.

LOS ARGONAUTAS.

I

Al sentir un roce en su cuello, Fernando de Ojeda soltó la pluma y levantó la cabeza. Una palmera enana movía detrás de él con balanceo repentino sus anchas manos de múltiples y puntiagudos dedos. Para evitarse este contacto avanzó el sillón de junco, pero no pudo seguir escribiendo. Algo nuevo había ocurrido en torno de él mientras con el pecho en el filo de la mesa y los ojos sobre los papeles huía lejos, muy lejos, acompañado en esta fuga ideal por el leve crujido de la pluma.

Vió con el mismo aspecto exterior cosas y personas al salir de su abstracción; pero una vida interna, ruidosa y móvil parecía haber nacido en las cosas hasta entonces inanimadas, mientras la vida ordinaria callaba y se encogía en las personas, como poseída de súbita timidez.

Sus ojos, fatigados por la escritura, huían de las ampollas eléctricas del techo, inflamadas en plena tarde, para reposarse en los rectángulos de las ventanas que encuadraban el azul grisáceo de un día de invierno. La blancura de la madera laqueada temblaba con cierto reflejo húmedo que parecía venir del exterior. Dos salones agrandados por la escasez de su altura eran el campo visual de Ojeda.

En el primero, donde estaba él, mezclábase á la blancura uniforme de la decoración el verde charolado de las palmeras de invernáculo, el verde pictórico de los enrejados de madera tendidos de pilastra á pilastra y el verde amarillento y velludo de unas parras artificiales, cuyas hojas parecían retazos de terciopelo. Sillones de floreada cretona en torno de las mesas de bambú formaban islas, á las que se acogían grupos de personas para embadurnar con manteca y mermeladas el pan tostado, husmear el perfume del té ó seguir el burbujeo de las aguas minerales teñidas de jarabes y licores.

Camareros rubios, de corta chaqueta azul y botones dorados, pasaban con la bandeja en alto por los canalizos de este archipiélago humano, sorteando los promontorios de los respaldos, los golfos y penínsulas formados por las rodillas. Una vidriera, de pared á pared, formada de pequeños cristales biselados, dejaba ver el salón inmediato, blanco también, pero con adornos de oro. Los asientos tapizados de seda rosa, igual á la que adornaba los planos de las paredes, estaban ocupados por señoras. El ambiente era más limpio que en el jardín de invierno, donde una atmósfera de humo de habano y tabaco oriental con perfume de opio flotaba sobre las plantas. Más allá de estos corros femeninos en torno de las mesas de té, media docena de músicos, uniformados lo mismo que los camareros, agrupábanse sobre una tarima, alrededor de un piano de cola. Sus cabezas rubias de germanos y los arcos de sus violines destacábanse sobre los rectángulos luminosos de cuatro ventanas que cerraban la perspectiva. Al otro lado de los cristales, ligeramente turbios por la humedad exterior, movíase, pasando de una á otra ventana, con lento balanceo, una especie de columna, esbelta, amarilla, de invisible término, acompañándola fieles en este cambio de situación,

regular y acompasado como el de un péndulo, unas líneas negras y oblicuas semejantes á cuerdas.

Todo estaba lo mismo que una hora antes, cuando el té humeaba en la taza de Ojeda, ahora vacía, y blanqueaban sobre la mesa los pliegos, cubiertos al presente de compactas líneas. Las personas cercanas á él fumaban silenciosas ó seguían sus conversaciones con lentitud soñolienta. Del fondo del segundo salón llegaban, confundidos con risas de mujeres y choque de bandejas, los tórculos del piano y los gemidos de los violines. Del techo, coloreado á la vez por el reflejo azul de la tarde y el frío resplandor de las ampollas eléctricas, descendían gorjeos de pájaros, como una evocación campestre que parecía animar la artificial rigidez del jardín contrahecho. Por la parte exterior se deslizaban de ventana en ventana los bustos de unos paseantes, siempre los mismos, ocultándose para volver á aparecer con regularidad casi mecánica, como si se moviesen en un espacio reducido, con los pasos contados. Niños rubios sostenidos por criadas cobrizas adherían á los cristales las rosadas ventosas de sus labios, empañándolos con círculos de vaho, y agitaban las manecitas para saludar á las madres y hermanas que estaban en los salones.

Algo nuevo había sobrevenido, sin embargo, mientras Ojeda escribía. Su sillón, antes inmóvil, con sólida estabilidad, parecía agitado por estremecimientos nerviosos, lo mismo que una bestia que jadea afirmada sobre sus patas. La taza, como si la animase de pronto un alma traviesa, iba á pequeños saltos, repiqueteando en su plato, de un extremo á otro del velador. Unas jaulas de bronce pendientes del techo empezaban á balancearse, y dentro de ellas saltaban los canarios, sin dejar de cantar, buscando en el vaivén de su prisión un punto inmóvil. Las cortinillas de las ventanas, sujetas por sus

abrazaderas, agitábanse bajo un soplo invisible. El suelo de mosaico, liso, unido, inerte á la vista, parecía ondular como si por debajo de él mugiese un huracán. Al sordo zumbido de la gente que ocupaba los dos salones uníase un retintín continuo de platos, vidrios y maderas. Todo cantaba de pronto, como si una vida extraña resucitase los objetos inanimados, haciéndolos conversar con voces y golpeteos: el cuchillo contra el vaso, la cuchara contra la botella, el sillón contra la mesa, la fosforera de loza contra el búcaro de flores.

En un rincón del invernáculo, alineadas sobre un aparador, las cafeteras y teteras parecían deliberar con la solemnidad de un consejo de ancianos, chocando gravemente sus barrigas metálicas. Un cesto de lilas blancas colocado en el centro de la pieza estremeciase como un montón de nieve tocado por un remolino. Las paredes inmóviles, firmes, de un espesor considerable á juzgar por los profundos quicios de puertas y ventanas, estaban prontas á animarse igualmente á impulsos de esta vida misteriosa. Permanecían en silencio, con la calma de las construcciones que desafían á los siglos; pero Ojeda, viéndolas, se acordaba de ciertas personas que, aun estando calladas, inspiran la certeza, no se sabe por qué, de que tienen buena voz y aman el canto. Estas paredes blancas, que parecían de una sola pieza, podían crujir también con internos rces, uniendo sus crepitaciones y quejidos al concierto de los objetos.

Una puerta sin cerrar se movió por unos instantes como un abanico loco, hasta que con un golpe igual á un pistoletazo avisó á los domésticos, que corrieron á asegurarla. Y este estremecimiento de huracán invisible parecía más insólito en el ambiente cerrado y bien calafateado de los salones, cada vez más denso y tibio por la respiración de las

gentes, el humo de los cigarros y el vaho de las tazas. Los niños rubios habían desaparecido de las ventanas; los paseantes, cada vez más escasos, transitaban por el exterior con el busto inclinado, llevándose una mano á la gorra y ladeando la cara para defender los ojos y las narices de algo molesto. Los velos femeniles crujían lo mismo que banderas ó se elevaban en espirales de color, manteniéndose rebeldes á las manos enguantadas que pretendían aprisionarlos. Algunos que avanzaban abombando el pecho con aire de reto y la cabeza descubierta sentían en torno de su frente el trágico despeinamiento de Medusa: un llamear de cabellos echados atrás, como si una fuerza invisible intentase arrancarlos.

Transcurrían ahora largos espacios de tiempo sin que los vidrios reflejasen el paso de una persona. Pero algo nuevo vino á asomarse á la vez á todos ellos. Era una faja de color azul, mate y opaca, que empezaba por marcarse levemente en el filo interior de las ventanas. Luego subía y subía lentamente, con la ascensión del agua que hierve, hasta llenar la mitad del rectángulo de cristal. Permanecía inmóvil un momento, temblando en ella lejanos redondeles de espuma, ojos curiosos que intentaban contemplar el interior de los salones, y poco después se iniciaba su descenso con gran lentitud, cediendo el paso á la triste claridad de una tarde sin sol. Y cuando las ventanas de un lado quedaban libres de este testigo azul, las del lado opuesto estaban invariablemente ocupadas por él.

Ojeda vió correr ante su mesa, con angustiosa premura, á una señora pálida que se llevaba un pañuelo á la boca. Luego pasó tras ella, apoyada en el brazo de un doméstico, una dama sexagenaria que hablaba en portugués con voz doliente. Algunos de sus vecinos se levantaron, deslizándose por

la gran escalera con balaustres de tallada caoba, que venía á terminar en la puerta del jardín de invierno. Abriáanse grandes claros en la concurrencia. Desaparecían las gentes con discreción, en suave retirada, sin que se enterasen los demás de por dónde habían escapado. La pequeña orquesta pareció adquirir mayor sonoridad al quedar vacíos los salones: sus instrumentos de cuerda lloraban como si anunciaran una desgracia en la melancolía azul de la tarde. En torno de las mesas languidecían las conversaciones. Muchos cerraban los ojos como si les preocupasen tristes recuerdos. Dos puertas abiertas al mismo tiempo dieron entrada por un instante á una manga de aire frío, arrollador, cargado de humedad y emanaciones salitrosas, que hizo arremolinarse flores y plantas y volar algunos papeles sobre las mesas.

Defendió Fernando los suyos valiéndose de ambas manos, y al restablecerse la calma, se arrellanó en el sillón con un regodeo voluptuoso. Sentía el orgullo de su salud, la certeza de que ésta no podía turbarse en medio de la zozobra creciente que se revelaba en la tristeza de muchos ojos y la palidez de muchos rostros. Era el placer egoísta del que contempla el peligro ajeno desde un lugar seguro. Además, experimentaba una satisfacción animal al apreciar su asiento mullido, el ambiente tibio, las plantas y flores que le rodeaban. Así debían ser las grandes alegrías de los esquimales, encogidos en su vivienda apestosa durante el invierno, mientras afuera sopla el huracán y cae la nieve.

Aspiró el humo de su cigarro, llamó á un camarero para que se llevase el servicio de té, que le molestaba con sus incesantes tintineos, y buscó en los papeles el pliego interrumpido.

—¿Qué estaba yo escribiendo?...

Al murmurar esto acariciábase el bigote con el

cabo del estilógrafo, mientras sus ojos recorrían las páginas emborronadas para restablecer la ilación de sus ideas. Olvidóse instantáneamente del lugar donde estaba; pasó de golpe á un mundo distinto, un mundo sólo de él, que parecía latir en los pliegos ennegrecidos por su escritura. A impulsos del deseo avanzaba por éstos, releyendo su pensamiento como si fuese de otro, encontrando una deleitación melancólica y dolorosa al unirse de nuevo con sus recuerdos.

«En Lisboa sólo pude escribirte unas líneas en una postal. Me faltó el tiempo. El tren llegó con retraso; luego el registro de los equipajes en la Aduana y el trasatlántico que estaba ya fondeado en el río, mugiendo á cada instante como el que no quiere esperar. ¡Y yo que soy tan torpe para los menesteres vulgares de la vida!... Recuerda cuántas veces te has reído de mi inutilidad en nuestros viajes... Nuestros viajes ¡ay! tan lejanos, ¡tan lejanos! que no sé cuándo volverán á repetirse... Por fortuna, encontré en el tren á un compañero: un tal Isidro Maltrana, tipo curioso, al que conocí vagamente en mis tiempos de bohemia heroica, y que va, como yo, á Buenos Aires. La semejanza de nuestros destinos nos ha hecho intimar rápidamente. Hace unas sesenta horas que estamos juntos, y no parece sino que hemos andado apareados toda la vida. El dice que quiere ser mi secretario, ó más bien, mi escudero, en esta aventura estupenda que acabo de emprender. En Lisboa entró en funciones, encargándose de las tareas enojosas del embarque... Pero ¿por qué te cuento esto? Tal vez por distraerme, por engañarme, por miedo á evocar los recuerdos de nuestro último día, que aún parecen envolverme como esos perfumes intensos y tenaces que nos siguen á todas partes. ¡El domingo pasado! ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas?... Sólo han transcurri-

do tres días: aún me parece sentir en mis manos el contacto de tus cabellos; aún escucho tu voz; aún veo tus ojos. Te respiro en esta soledad. Llevo en el bolsillo, sobre mi pecho, tu último pañuelo. Vienes conmigo... ¡Y estamos ya tan lejos el uno del otro!...»

Ojeda cesó de leer unos momentos, conmovido por sus propias palabras. Frases vulgares, de una frivolidad antigua como el mundo: todos los enamorados dicen lo mismo. Tal vez aquellos camareros de chaqueta azul escribían en su idioma los mismos conceptos á las *fraulein* rubias de Hamburgo y de Brema. Pero el amor es como la muerte y como todos los grandes accidentes de la existencia. En otros parece regular, ordinario, sin que merezca atención; pero cuando se experimenta en la propia persona, adquiere las proporciones inauditas de uno de esos acontecimientos que deben influir en la suerte del mundo.

Para él había ocurrido tres días antes, en Madrid, al anochecer de un domingo, un suceso enorme, igual á los que cambian el curso de la humanidad ó el aspecto del planeta. Y convencido de esto, quería abarcar con la pluma la grandeza infinita de su desolación.

«Aparentábamos serenidad, confianza en el porvenir, certeza de volver á vernos; pero de pronto nos fué imposible fingir por más tiempo, y había lágrimas en nuestros ojos y en nuestra voz... Y sin embargo, este dolor casi no era nada; había en él más preocupación que realidad. Aún podíamos vernos; aún podíamos hablarnos. Llorábamos como se llora en la casa de un muerto cuando está todavía de cuerpo presente. El dolor parece anestesiado por el aturdimiento de la catástrofe; hay todavía una realidad que sirve de consuelo; queda aún el cuerpo ante la vista: se llora más por el futuro que por el

presente. Lo terrible es cuando se lo llevan, y no queda nada y hay que abrazarse para siempre al recuerdo... Yo me consideraba el otro día, al separarme de ti, el más infeliz de los hombres, y ahora pienso con envidia en aquellos instantes. ¡Te veía aún!... Y ahora, cada momento que transcurre me aleja más de ti; cada vuelta de las hélices establece una separación mayor entre nosotros; un minuto representa centenares de metros; una hora una distancia enorme, que no podríamos salvarla en un día aunque marchásemos apoyados el uno en el otro, mirándonos en los ojos, olvidados del mundo. Nuestros cielos van á ser distintos; nuestras estrellas serán otras: cuando tú vivas en los esplendores de la primavera, yo sentiré los fríos del invierno; cuando tú despiertes como una alondra, con el sol que entrará por tus balcones, yo gemiré en medio de la noche murmurando tu nombre... ¡Y será en vano! La desesperante extensión de una mitad del planeta va á interponerse entre nosotros... ¡Ay! ¡quién me devolverá tus ojos amados de reflejos de oro, tus brazos suaves de blancura de hostia, tu voz ceceante de infantil arrullo, tu boca de lacre, tu pecho neumático, cojín de ensueños y de olvido!...»

Evocaba en su memoria, con el relieve de las cosas vivientes, su último día en Madrid... Una gran mancha roja temblaba sobre el empapelado de una pared: era el reflejo de incendio del carbón amontonado en la chimenea, única luz del dormitorio. Y sobre este fondo rojo, parpadeante, una sombra horizontal de contornos humanos. Ojeda conocía bien las líneas de este cuerpo: era ella, pegada á él, bajo las cubiertas de la cama, empequeñecida, humilde por el dolor de una desesperación silenciosa. El también permanecía callado, con la nuca en las almohadas, percibiendo entre sus brazos el dulce contacto de unas espaldas sedosas revueltas en

blondas; sintiendo en un hombro la leve pesadumbre de su cabeza, que parecía querer ocultarse, hundirse. Una caricia húmeda refrescaba su cuello: tal vez era el contacto de su boca abandonada; tal vez eran lágrimas. Y los dos permanecían en dolorosa inmovilidad, temiendo que sus ojos se encontrasen, evitando una palabra que hiciese estallar la callada pena; pero los dos, al fingir esta indiferencia heroica, se adivinaban mutuamente.

Sus caricias habían sido tristes, desesperadas; algo semejante—pensaba Ojeda—á los amores de un condenado á muerte en vísperas del suplicio. El goce animal les había hecho olvidar la realidad por algún tiempo; pero al sobrevenir el cansancio y la hartura, los dos experimentaban la misma decepción del enfermo que ve reaparecer sus dolores luego de un paliativo con el que creía sanar para siempre... ¡Y no había más! ¡Y la hora terrible estaba más próxima que antes!...

Al través de los balcones cerrados llegaban los ruidos de la estrecha calle popular. Un vendedor pregonaba patatas asadas, llamándolas «chuletas de huerta», con melancólico quejido, como si cantase una desgracia. Ojeda le saludó mentalmente, con cierta emoción, y pensó que tal vez hacía ella lo mismo. Nunca le habían visto; no sabían ciertamente si era un hombre, un niño ó una vieja, pero durante cuatro años le oían todas las tardes de cita amorosa, siempre á la misma hora, sirviéndoles su grito de aviso cronométrico. Seguramente eran las seis y media. ¡Adiós! ¡adiós! ¡Cuándo volverían á oírle!... Luego pasó un tropel de chicuelos voceando los periódicos de la tarde, con la reseña de la corrida de toros. Un piano de manubrio rompió á tocar, en medio de la calle, un vals de opereta vienesa, con apresurado tecleo y acompañamiento de timbres. Se oía la voz del organillero pidiendo á

gritos que «le echasen algo» de los balcones. Cuando callaba el piano venía de lejos un runruneo de guitarra con choque de castañuelas y férreo retintín de triángulo. Una voz bravía de cantor nómada entonaba una jota, venerable música del terruño, miedosa de aventurarse en el centro de Madrid y que se extingue lentamente en el refugio de los barrios populares. Igualmente les había visitado muchas tardes este canto medioeval, evocando en el cerrado dormitorio un recuerdo de excursiones en automóvil por las altiplanicies de Castilla: una visión de llanuras de rastrojo con hilos de agua bordeados de álamos; cubos de fortaleza sosteniéndose erguidos entre montones de ruinas; pueblos de color pardo; torres de iglesia con nidos de cigüeñas en el remate. ¡Adiós! ¡También adiós!

De pronto, un sonido metálico, de mística vibración, suave como la voz de una mujer, cortó el aire, envolviendo los ruidos de la calle. Era para Ojeda la más amada de todas las visitas invisibles que venían á buscarles en su encierro amoroso.

—La campana de don Miguel—murmuró tristemente una boca junto á su cuello.

Sí; la campana de don Miguel, la que todas las tardes les avisaba el momento de sacudir la dulce pereza, de levantarse y comenzar los preparativos de partida... «Don Miguel» era Cervantes, y la campana la de un convento inmediato donde aquél había sido enterrado. Nadie conocía su tumba. Sus huesos se pulverizaban revueltos con los de los sacristanes y antiguos vecinos del barrio; pero era indiscutible que allí habían dado tierra á su cadáver, y esto bastaba para Fernando. Y queriendo ignorar la personalidad del convento y de sus habitantes femeninos, la campana de las pobres monjas era siempre para los dos amantes «la campana de don Miguel».

Sentían gran satisfacción y hasta orgullo ingiriendo en sus ocultos amores el recuerdo del famoso hidalgo. Ojeda, que era poeta, había decidido tomar aquella casa, para sus encuentros amorosos, sólo por la vecindad del convento. Además, este barrio popular y sucio había sido el de los grandes autores del Siglo de Oro, el llamado «barrio de los poetas». En el espacio ocupado por tres calles pequeñas habían vivido casi á un tiempo los hombres más célebres de la literatura castellana.

Cuando al cerrar la noche salía Fernando, sintiendo en su brazo el brazo de la amante y en la muñeca el dulce cosquilleo de sus dedos juguetones, deteníase algunas veces en la angosta acera antes de ganar las calles amplias del centro de la ciudad. «Esta era la casa de Lope de Vega...» Esta no; era otra que ocupaba el mismo sitio y tenía un huerto, y en él, á la sombra de unos pocos árboles, escribía aquel trabajador portentoso comedias á centenares y versos á millones. Vestía la sotana; pero llevaba bajo de ella, por la noche, su buena espada de Toledo para poner en fuga á los enemigos que le salían al encuentro. Galante y desalmado en su juventud, como don Juan, habíase acogido, viendo próxima la vejez, al seguro de la Iglesia para decir su misa entre un acto terminado de escribir y otro que empezaba á versificar. Las hojas secas de su huerto crujían bajo las amplias sayas de pizpiretas comediantas que venían en busca de madrigales improvisados por el maestro á puerta cerrada. Y en una casa próxima había vivido Quevedo, y más allá otros poetas de menos renombre...

El respeto del viajero por las ruinas «donde ha ocurrido algo» sentíalo Ojeda al pasar por estas calles angostas, con el pavimento desigual cubierto de suciedades, grupos de chicuelos jugando «al toro» en las esquinas, comadres sentadas ante las

puertas, por las que se esparcían vahos de puchero pobre, y balcones que goteaban una humedad de ropa vieja puesta á secar. Por estos mismos lugares había pasado también, siglos antes, un sacerdote de alta frente remangándose la sotana en los charcos y llevándose la otra mano á los bigotes y la perilla con gesto de antiguo soldado. Era don Pedro Calderón. Las procesiones del barrio habían visto formar muchas veces en ellas á un anciano enjuto, de barbillas blancas, tartamudo, con una mano mutilada, el hidalgo Cervantes, veterano de guerras famosas, que aguardaba la hora de la muerte con melancólica resignación sin otro título que el de «Esclavo de la Hermandad del Santo Sacramento».

—¡La campana de don Miguel!—repitió una voz junto á Ojeda—. Hay que tener resolución... ¡Arriba!

Y entre el revoloteo de las cubiertas repelidas, pasó sobre su pecho un cuerpo de satinados y firmes contactos. La vió de pie ante la chimenea, envuelta en fulgores de horno que inflamaban con tono arrebolado las nacaradas blancuras de su desnudez. Protestó ella, como siempre, al notar que el amante, incorporándose en la cama, buscaba el conmutador eléctrico. Nada de luz: ella gustaba de comenzar sus arreglos al fulgor de la chimenea. Más adelante podría encender. Y vagó por la habitación, buscando de mueble en mueble las piezas de ropa esparcidas al azar en la locura pasional del primer momento. Pasaba del resplandor de la chimenea á los rincones de sombra, preocupada con estas rebuscas, mostrando, en su impúdica distracción, al agacharse y erguirse, las más recónditas intimidades. Cada vez que tornaba al círculo de luz, una nueva prenda cubría su cuerpo.

Fernando la seguía con su vista desde el fondo del lecho, iluminada inferiormente de rojo y con el

busto perdido en la penumbra. Bregaba jadeante y frunciendo el ceño con la angostura del corsé, que se resistía á encerrarla en su molde. Siempre ocurría lo mismo: su cuerpo, después de los supremos espasmos, parecía dilatarse en el reposo de la más noble de las fatigas. La veía encerrada en un mallón de seda, vestido interior impuesto por la estrechez de los trajes de moda, con cierto aire masculino y gracioso de doncel medioeval, agitando sus crenchas cortas de gruesos bucles negros, su pelo verdadero, libre de los postizos del peinado, que esperaban sobre el mármol de la chimenea el momento del acople. La dama elegante, de gesto altivo é irónico, tomaba en la intimidad un aspecto de paje.

Después él se veía de pie, yendo hacia ella, con la voz ronca y temblona de emoción. «¡Paje adorado!... ¡Y no verte más! ¡Perderte dentro de poco!...»

Pero la amante, arreglándose el pelo ante el espejo, hablaba con una frialdad fingida, temblándole la voz. «Vístete... Vámonos pronto. ¡Y pensar que una noche como esta tengo que ir con tía al Real!... ¡Qué rabia!»

Un estrépito de metales golpeados arrancó á Ojeda de su ensimismamiento. Esta impresión le hizo temblar, mientras su memoria retrogradaba al presente.

De nuevo se encontró en el invernáculo, ante los pliegos de la carta empezada. Los sirvientes recogían del suelo las teteras y bandejas, inmóviles poco antes en un aparador. El movimiento de las cosas era cada vez más violento. Casi toda la gente había desaparecido mientras soñaba Fernando con los ojos entornados. Algunos sillones mecíanse solos, como si quisieran jugar entre ellos al verse sin ocupación. Las mesas, abandonadas, crujían, ladeándose lo mismo que en las evocaciones de es-

píritus. Sólo quedaba en las ventanas un débil resplandor lívido; la luz eléctrica descendía conquistadora de los techos, invadiendo hasta los últimos rincones. En el salón de lujo, algunas señoras pelirrojas y de mejillas rojas hacían labores, ó con las gafas caladas leían periódicos ilustrados. La música continuaba sonando imperturbable para ellas y los camareros.

Quiso terminar Ojeda este paladeo de recuerdos melancólicos. «¡A escribir!» Necesitaba terminar la carta, pues al amanecer del día siguiente llegarían á puerto... Pero la música le retuvo, paralizando su voluntad con la vibración de algo conocido. ¿Qué cantaba el violoncelo?... Vió de pronto, como dibujada en el aire por los sonos graves de dicho instrumento, la varonil figura de Wolfram de Eschembach, el noble trovador consejero de Tannhauser el maldito, y su imaginación puso palabras al canto melancólico de las cuerdas. «¡Oh tú, mi dulce estrella de la tarde, que lanzas desde el fondo del cielo tu suave resplandor!...» El wagneriano canto le hizo recordar otra estrella aparecida en un momento doloroso de su existencia, y de nuevo olvidó el presente y quedó inmóvil en su asiento, como un cuerpo sin alma, como un fakir en rígida meditación, en torno del cual crecen las lianas y se enroscan las serpientes mientras su espíritu vive á miles de leguas.

Se vió en una calle mal alumbrada, levantándose el cuello del gabán mientras ella se estremecía en su abrigo de pieles. Les hacía temblar el brusco tránsito del dormitorio caldeado al vientecillo glacial del anochecer. Salieron de la casa con cierto encogimiento, sin atreverse á mirar los muebles y los cuadros, modesta decoración reunida al azar cuatro años antes. Guardaban demasiados recuerdos para ser contemplados con indiferencia, y ellos

se habían propuesto mantener hasta el último momento su fingida serenidad. Ojeda dió unos duros á la portera, que les salía al paso arrebujaada en un mantón para abrir los cristales del zaguán. La adelantaba la propina del próximo mes.

—¡Que Dios se lo pague, señoritos! Tápanse bien, que hace mucho frío... ¡Hasta mañana, señoritos!

Fernando se conmovió con las palabras de la buena mujer. ¡Cuándo sería ese mañana!... Mañana vendría su viejo criado á levantar la casa, á llevarse aquellos muebles que él le regalaba para evitar la profanación de una venta.

Ella, al dar algunos pasos en la calle, se detuvo y ordenó imperiosamente:

—¡Éscupe!...

¿Por qué?... Pasada la sorpresa, él obedeció. Recordaba que en todos sus viajes, cada vez que se creían felices en un lugar, formulaba su amante el mismo deseo. «Éscupe para que volvamos.» Equivalía á dejar algo de sus personas que alguna vez había de atraerlos irresistiblemente. Hizo lo mismo ella, y súbitamente tranquilizada se agarró de su brazo. Los menudos pies, montados en altos tacones, vacilaban doloridos cada vez que descendían de la acera al arroyo, empedrado con guijarros desiguales. Por esto se apoyaba con fuerza en Ojeda, haciéndole sentir del hombro á la rodilla el adorable y firme contacto de su cuerpo.

—Volverás, Fernando—murmuraba—. Se lo he pedido... á quien tú sabes, y así será. Tú te ríes de estas cosas, tú eres un impío, pero para eso estoy yo: para pedir por ti y que salgas en bien de esta aventura que se te ha metido en la cabeza.

¿Volver á Madrid?... Ojeda recordaba las palabras de su amante cuando al empezar la tarde se habían juntado. Ya que él se iba en la misma noche, ella saldría para París dos días después.

—¡Y así lo haré!—afirmaba la mujer—. ¡Oh, Madrid! ¡cómo lo odio! ¡qué horror quedarme aquí para siempre!... Y bien mirado, lo que temo es vivir en él... sin ti... ¡Pobrecito Madrid! ¡Yo que lo quiero tanto! ¡yo que te he conocido viviendo en él!... Pero no, no podría estar aquí una semana más. Te vería por todos lados; cada calle nos guarda un recuerdo. No; decididamente... lo detesto. Pero tú volverás; dime que volverás pronto. Piensa que has escupido para volver, y eso es importante. No vendrás aquí mismo... conforme... pero volverás á Europa. ¡Y esto es Europa, Fernando!... Nos juntaremos en París, y si no en Suiza... ó si te parece mejor en Italia, ó tal vez en Atenas ó El Cairo. Todo lo conocemos. ¡Hemos sido felices en tantos lugares!... Pero dime cuándo vas á volver. ¡Dímelo cierto!... ¡no me engañes!

El rostro de Fernando se crispó con una risa dolorosa. ¡Volver! Aún no había emprendido el viaje, y al término de él le aguardaba lo desconocido, con sus aventuras y misterios. Volvería pronto; cuando más, tardaría un año. ¡Palabra!

—¡Un año!...—murmuró ella—. ¡Maldito dinero!

Pasaban ante el convento y tuvieron que bajar de la acera cediendo el paso á unas devotas enmantilladas de negro que se dirigían á la iglesia. Ojeda inclinó la cabeza. «¡Adiós, don Miguel!» Se despedía mentalmente del ilustre vecino. Aquel había sido un hombre completo, un hombre representativo de su época: soldado de mar y tierra, cautivo rebelde, héroe ignorado, creyente y mujeriego... adulador sin éxito de nobles y ricos. Sólo había faltado en la vida intensa del gran hidalgo el embarque para las Indias.

En las calles en cuesta que descendían á la Carrera de San Jerónimo, unos terrenos sin edificar dejaban abierto un ancho espacio de cielo entre las

casas. Los ojos de los dos se fijaron al mismo tiempo en una estrella que resaltaba sobre las otras con brillo extraordinario. El, volviendo la mirada hacia su compañera, creyó ver el reflejo del astro, como un punto de luz, en el temblor de una lágrima. A través del velillo del sombrero columbraba su pálido perfil, empequeñecido por un gesto de dolorosa timidez, los labios apretados, las alillas de la nariz dilatadas por la angustia, una raya profunda entre las cejas: la arruga vertical que anunciaba siempre sus preocupaciones y sus enfados.

—Oye, y no te burles—dijo ella rompiendo el silencio—. Quiero pedirte que cuando estés allá y te acuerdes un poco de mí contemples á esta misma hora esa estrella. Lo pensé anoche... lo he pensado todas estas noches. Tú la mirarás acordándote de mí, y yo la miraré al mismo tiempo. Será como en las novelas... ¡y quién sabe si algo de nosotros llegará á encontrarse! ¡Hay en el mundo cosas tan misteriosas!...

Lo decía con acento de desesperada humildad, como un condenado á muerte que se acoge á la más absurda esperanza; y Ojeda, después de contestarle, se arrepintió de su franqueza. ¡Pobre María Teresa! Cuando ella contemplase la estrella al anochecer, él estaría viendo el sol de las primeras horas de la tarde. Y aunque para los dos fuese de noche al mismo tiempo, ¡quién sabe si luciría sobre sus cabezas el mismo astro!... Cada hemisferio de la tierra tiene su cielo y sus constelaciones.

Ella bajó la frente, anonadada. «¡Tan lejos! ¡tan lejos!...» Con voz queda siguió haciendo preguntas, curiosa por conocer la distancia que iba á separarlos y atemorizada al mismo tiempo por su magnitud. ¿Y era cierto que una carta tardaría cerca de un mes en establecer la comunicación entre sus pensamientos? ¿Y transcurriría un espacio de tiempo

igual para obtener la respuesta?... Ellos que se habían creído infelices cuando en sus cortas separaciones, viviendo el uno en Madrid y el otro en París, pasaban dos días sin noticias.

—Oyeme bien—dijo acertando el paso y fijando sus ojos en los de Fernando con imperiosa resolución—. No quiero que te vayas. ¡No te irás, no debes irte!... Me dice el corazón que va á ocurrir algo malo.

Golpeaba el suelo con un pie; apretaba convulsivamente con su garrita enguantada una muñeca de Ojeda, como si temiese verlo desaparecer.

El tuvo un movimiento de impaciencia. ¡Quedarse!... Era imposible, le aguardaban allá. ¿Cómo podía ocurrírsele esto en el último momento?... Además, nada adelantarían con tal resolución. Unas horas de felicidad con la esperanza de que no iban á separarse, y luego, al día siguiente, las mismas exigencias que le obligarían á partir, la misma necesidad de rehacer su vida.

—No, Teri; tú sabes que debo marcharme. Tú misma me lo aconsejaste; te pareció bien que fuese como un valiente á la conquista de la fortuna. Hace un mes que hablamos del viaje con relativa tranquilidad, y ahora... ahora te opones como una niña. Valor; mírame á mí. ¿Crees que no sufro como tú?...

Pero ella bajaba la cabeza con obstinación. Habían hablado del viaje durante un mes tranquilamente porque todavía estaba lejos. Confiaba... sin saber en qué: no quería pensar. Era algo como la muerte, que todos sabemos que vendrá á su hora; pero la vemos tan lejos... ¡tan lejos!... Guardaba cierta calma cuando el viaje era sólo un motivo de conversación; pero ahora era una realidad, un hecho que iba á ocurrir dentro de unas horas, y no podía resignarse.

—Y no te veré, Fernando; ¡piénsalo bien! No te veré, y pasarán días, semanas, meses, ¡quién sabe si años!... Y tú tampoco me verás, y sólo habrá entre nosotros pedazos de papel en los que intentaremos poner el alma y sólo pondremos letras. ¡Señor! ¡Terminar así... tal vez para siempre, cuando hemos pasado cuatro años juntos, creyendo morir si transcurrían unas semanas sin vernos!...

Estaban en la Carrera de San Jerónimo, marchando en dirección contraria á la gran corriente de gentío que remontaba la calle hacia el interior de la ciudad. Las familias burguesas, endomingadas, llevaban blanqueados los zapatos por el polvo de los paseos. Grupos de hombres comentaban con enérgica gesticulación los incidentes de la corrida de novillos de aquella tarde. Mujeres del pueblo, tirando de la mano de sus pequeños, seguían al marido, que iba con la capa caída, la gorra ladeada y los ojos brillantes, canturreando todos algún coro de la zarzuela de moda. Venían de merendar en las Ventas y paladeaban la última alegría del vino barato, la tortilla de escabeche y la contemplación del mísero paisaje de las afueras, más abundante en techos de cinc, polvo y pianos de manubrio que en aguas y árboles.

—¡Qué rabia me da esta gente!—decía Teri mirándolos con hostilidad y evitando su contacto—. No, rabia no; ¡pobrecitos! Tal vez envidia... ¡Pensar que ellos se quedan y que tú te vas!... Son más dichosos que nosotros: vivirán aquí, donde tan felices hemos sido.

Luego añadió, con un acento de infantil ligereza que contrastaba con su máscara trágica y el brillo lunar de sus ojos:

—Mira, en vez de irte á América, de escribir versos y todas esas ambiciones de judío que te vienen de pronto por ganar dinero, debías ser uno de estos;

albañil, por ejemplo: no, albañil no; podías caerte de un andamio, ¡pobrecito mío!... Carpintero; eso es; ó ebanista... Ebanista mejor. Y estarías de lo más guapo con tu capa y tu gorra; y yo con mantón y moño alto lleno de peinetas. Y ahora nos iríamos á nuestro barrio cogiditos del brazo; no como vamos, sino más alegres, y mañana de buena mañana, tú al taller y yo á buscar á mi hombre á mediodía con la cestita llena, y comeríamos juntos en un banco de paseo ó al borde de una acera... Y mi hombre, como es buen mozo, seguramente que gustaría á otras, y yo me pelearía con ellas y les arrancaría el moño... Di, ¿no me crees capaz de reñir por ti, para que no se te lleve otra?... Pero el mundo está mal arreglado. ¡Y pensar que estas pobres gentes tal vez nos envidien á nosotros!... ¡A ti, que te vas sin saber por qué ni para qué! ¡A mí, que seguramente voy á morir!... No hay justicia, Señor, ni pizca de justicia.

Este deseo de vida popular transformó repentinamente sus ademanes y su lenguaje.

—¡Dinero cochino!... ¡dinero indecente! El tiene la culpa de todo lo que nos pasa. Por él te vas tú y me quedo yo muerta de pena. ¡Pero Señor! ¿no podría ser ese dinero canalla como el sol, como el aire, que es de todos y para todos? Las mujeres no entendemos de muchas cosas, pero yo creo que así debía arreglarse el mundo para que las gentes fuesen felices... Y si no puede ser así, que lo supriman al muy ladrón... No, no hables; no me irrites con tus palabrotas de sabio; no me hagas la contra, mira que estoy muy nerviosa. Di conmigo: «¡Muera el dinero!»

Y como si con estas palabras hubiese desahogado toda su indignación, añadió mansamente:

—El caso es que hago mal en insultar á ese bandido. Huye de nosotros, pero él volverá; volverá

pronto y seremos felices. Deja que se termine mi pleito con los hijos de mi marido; va á ser de un momento á otro y acabará bien, todos me lo dicen. Entonces no llevaré esta vida de pobreza disimulada, de bohemia elegante; no tendré que ceñirme á mi viudedad y á los regalos de mi tía; y seré rica y tú no sufrirás más, no trabajarás, pues te mantendrá yo... ¡yo! ¡tu María Teresa, que será tu mujercita!

Sintió cómo el brazo de Ojeda se estremecía bajo su mano; cómo su cuerpo, pegado á ella en el ritmo de la marcha, parecía repelerla con sobresalto.

—No vayas á empezar como siempre, Fernando. Mira que no lo sufro... Sí señor, te mantendré; será mi mayor gloria. Tú te marchas por mí, por hacerte rico, por rodearme de lujos y comodidades, y vas ¡pobrecito mío! como un soldado va á la guerra, á sufrir, á matarte de fatiga. ¿Y no quieres que si yo llego á ser rica te dé lo mío?... ¡A callar! Ya sabes que no te aguanto cuando te pones tonto con tus caballerías... Sí señor, te mantendré, te guardaré como un pájaro en su jaula, y harás versos ó no harás nada. Cumplirás conmigo sólo con quererme mucho. Y yo me daré el gusto de sostener á mi hombre, de regalarlo y mimarlo, de preocuparme con sus cosas y llevarlo hecho siempre un brazo de mar. Serás mi chulo; serás mi «socio», como dicen las de los barrios bajos... A veces me acuerdo de algunas vendedoras que he visto en la plaza de la Cebada, con sus enaguas muy almidonadas y sus buenos pendientes de oro. Ellas venden, trabajan, manejan el dinero, y el hombrecito está á sus espaldas sin hacer otra cosa que proporcionar á la razón social su autoridad de macho ó guardar el puesto cuando la socia se ausenta. ¡Qué delicia! Así te quisiera yo. ¡Todo lo mío para ti!... Mi chulo

rico, déjame soñar. Déjame forjarme ilusiones. No me contradigas. No me gustas cuando te pones tan digno, tan caballeresco. Más te querría si fueses ladrón; me parecerías más interesante... ¡Ay! ¡me siento tan triste!... ¡tan triste!

Estaban ahora en el Salón del Prado, alejados del movimiento de la gran calle, caminando entre macizos de verdura, por una avenida solitaria en cuyo suelo trazaban los focos de luz grandes redondeles blancos.

Callaba María Teresa, como si la excitación de su falsa alegría hubiese cesado de golpe al ponerse en contacto con esta soledad. Apretó más fuertemente el brazo de Fernando, y rozándole el rostro con el ala de su sombrero, murmuró:

—Di, ¿y si me fuese contigo?...

Era una súplica, un murmullo tímido, la petición que se considera imposible, pero se formula como última esperanza.

Ojeda sonrió tristemente. ¡Partir juntos!... Una felicidad que había pensado muchas veces; pero él ignoraba cuál iba á ser su vida allá. Seguramente de penalidades y miserias sin cuento. ¡Y ella, criatura de lujo, acostumbrada á las comodidades del dinero, quería seguirle en su incierta aventura!... No; estas resoluciones extremas únicamente son aceptables en el teatro. La vida tiene otras exigencias. Es posible el sacrificio como algo momentáneo, heroico, que sólo puede durar poco tiempo; ¡pero el sacrificio por toda una existencia!...

—Recuerda, Teri, tu frase habitual: «La vida es la vida.» Hay que darla lo que es suyo. Vendrías conmigo valerosamente, y á los primeros pasos la escasez de dinero, la falta de consideración de las gentes, el escándalo que dejaríamos á nuestras espaldas, la pérdida de los intereses que estás de-

fendiendo, se encargarian de demostrarnos nuestra locura. Y tú callarías porque me quieres, y lo soportarías todo con resignación; lo creo; te conozco bien... ¡Pero el remordimiento de haber accedido yo á tu locura! ¡La tristeza de no haberme opuesto con mi experiencia de hombre! ¡El miedo de adivinar en una palabra tuya, en una mirada, la lamentación del pasado! Entonces sería cuando nos perderíamos para siempre. No; mejor es separarnos ahora. Yo volveré pronto, te lo juro. ¡Y quién sabe!... Tú vendrás allá... más adelante: cuando yo sepa cuál puede ser mi suerte.

Ella se soltó bruscamente de su brazo, anduvo algunos pasos titubeante, y casi se desplomó sobre un banco. Su diestra, oprimiendo un minúsculo pañuelo, pasó entre el velillo y el rostro para cubrirse los ojos. Lloraba; lloraba silenciosamente, sin estremecimientos, sin hipos de dolor, como si su llanto fuese una función natural largamente contrariada. Al fin se abría paso la desesperación, adormecida toda la tarde, engañada por los momentos de olvido voluptuoso. Y las lágrimas sucedían á las lágrimas, trazando luminosas tortuosidades sobre el fondo mate de su cutis. Al alzarse el velo para enjugarlas, Ojeda vió un triángulo de arrugas en las comisuras de sus ojos, un cerco de negrura cadavérica en torno de ellos. La nariz parecía más afilada, la boca más profunda: era una mujer distinta á la que media hora antes buscaba sus ropas á la luz de la chimenea. Diez años habían caído de golpe sobre su cabeza. Su faz parecía arañada por el cansancio y el dolor.

Fernando suplicó como un niño tímido. ¡Animo! Debía sobreponerse á sus emociones. Teri era valiente cuando quería.

—Te vas—gimió ella, sin escucharle—. Ahora me convenzo. Hasta este instante no había visto

claro. Es cierto que te vas. ¡Y no hay remedio!... ¡Qué cosa tan horrible!

Así permanecieron mucho tiempo: María Teresa apoyada en el respaldo del banco, con una mano en el rostro y la otra perdida en el manguito; Fernando de pie, intentando infundirla valor con palabras incoherentes. Los dos temblaban de frío sin darse cuenta de ello, estremecidos por el viento glacial que hacía oscilar los focos de luz. El dolor los mantenía como alejados de sus cuerpos, sordos á sus sensaciones, insensibles á toda expresión externa.

Se aproximaron lentamente, por una calle inmediata al paseo, las rojas linternas de un coche de alquiler.

—Llámalo—dijo ella con resolución—. Acabemos pronto; esto no puede durar más tiempo... Mejor que nos separemos aquí.

El asintió con la cabeza. Sí; mejor era. ¡Para qué prolongar este martirio!...

Y cuando el coche se detuvo, María Teresa marchó hacia él, irguiendo el busto, pero con paso vacilante, torciendo el rostro para no ver á Ojeda. Titubeó un momento al poner el pie en el estribo, y acabó por retroceder.

—Págale y que se vaya... Iremos á pie hasta la Cibeles. Nos veremos un momento más.

Fernando aprobó otra vez. El dolor anulaba su voluntad, y por esto aceptó como una dicha la prolongación de su tormento.

Volvieron á tomarse del brazo y caminaron silenciosos, lentamente. Sus ojos se rehuían. Evitaban hablarse, temiendo despertar con las palabras su desesperación. Les bastaba sentirse el uno junto al otro, percibir las vibraciones de sus dos vidas con el roce de sus cuerpos puestos en contacto. Teri parecía obsesionada por sus recuerdos y murmuró unas palabras, como si se hablase á ella misma, con

una voz monótona y vagorosa, igual á la de los que sueñan:

—La semana que viene... ¿te acuerdas? La semana que viene hará cuatro años que nos conocimos.

Ojeda sintió disiparse su torpeza con este recuerdo, pero continuó marchando en silencio. ¡Cuatro años... sólo cuatro años! Y habían sido tan largos y nutridos como todo el resto de su vida... ¡Más, mucho más! Su existencia anterior apenas contaba para él; era como un limbo de sucesos incoloros. Su verdadera vida había empezado junto á María Teresa.

Pensaba con irónica conmiseración en su existencia antes de conocerla. Creía entonces haber paladeado todas las variedades y complicaciones del amor, y hasta se consideraba hastiado de ellas. Había tenido por suyas mujeres de alto precio, arrebatándolas en una puja de generosidad á los amigos más íntimos, con quebranto de su fortuna. ¡Lo que había malgastado años antes, cuando al morir su madre se vió en posesión de una fortuna algo mermada por sus prodigalidades de hijo de familia!... Sus amores en la buena sociedad habían alcanzado igualmente cierta resonancia. Aún guardaba en el pecho una ligera cicatriz, un puntazo recibido en un duelo con cierto señor que, después de tolerar ciegamente todos los amigos anteriores de su esposa, se había sentido de pronto terriblemente celoso de Ojeda. El amor le hacía encogerse de hombros en aquella época de su vida: un pasatiempo como la ambición ó como el juego; un dulce engaño para entretenerse. El estaba de vuelta, á los treinta y dos años, de esta mentira que llena el mundo, mantiene la vida y es la principal ocupación de la humanidad.

Todo le había sido fácil en los primeros tiempos.

Recordaba á su madre, una señora pálida y cortés, de personalidad algo borrosa, que parecía encogerse como oprimida por la majestad del esposo. Su amor á Fernando, el hijo primogénito, era el único sentimiento vehemente que desdoblaba y hacía vibrar con energía su dulce pasividad. Recordaba también á su padre, imponente personaje triunfador en el Parlamento durante veinte años por la corrección con que sabía llevar la levita así como por sus discursos solemnes, que duraban tardes enteras ante los escaños vacíos. Hablaba inglés y alemán, lo que le proporcionaba cierto prestigio misterioso, indiscutible, y cada vez que su partido era llamado al poder, su nombre figuraba el primero en la lista de ministros. Nadie osaba disputarle la dirección de las relaciones diplomáticas. Jamás se había sorprendido la más pequeña mota en su levita ni el más leve rastro de idea propia en sus palabras. Y junto con todo esto, una corrección hidalga que le acompañaba hasta en los menores actos de su vida, una rectitud señorial y bondadosa que parecía ennoblecer su rimbombante mediocridad intelectual.

Ojeda le había admirado hasta los veinte años, dándole preferencia en sus afectos sobre la madre buena, dulce é insignificante. Había paladeado en las tribunas del Congreso tardes de orgullo y de gloria pensando que aquel señor que desde el banco azul hacía resonar la cúpula con su voz grave y movía los brazos con tanta elegancia era el autor de su existencia. Luego, cuando la afición á los versos le sacó del círculo solemne y entonado en que se movía su familia y vivió en el Ateneo y en las redacciones de los periódicos, su facultad admirativa fué achicándose, y sin dejar de sentir cierta veneración por la personalidad moral de su padre, creyó menos en la valía de su inteligencia.

Al morir este personaje, en visperas de ser mi-

nistro por séptima vez, Fernando acababa de ingresar en el cuerpo diplomático, como si con esto siguiese una tradición de familia. Apenas cesaron de hablar los periódicos «de la irreparable pérdida que había sufrido el país» con la muerte del hombre ilustre, hizose el silencio en torno de su recuerdo, con esa facilidad de olvido que acompaña á los hombres del teatro y de la política. Siempre que Fernando encontraba al jefe del partido ó algún otro personaje ilustre amigo de su padre, era objeto de presentaciones. «Este es el chico de Ojeda... Pobre Ojeda! Un hombre que valía mucho.» Y tras este responso continuaba su plática sobre accidentes de la política. Mientras tanto, la madre vivía encerrada en la estupefacción dolorosa que le había producido aquella muerte, considerándola algo inaudito, inexplicable, como si los personajes del calibre de su esposo no pudiesen morir, y se imaginaba á todo el país en el mismo estado de ánimo.

Quiso avanzar Fernando en su carrera, ir destinado á una Legación, y la buena señora no se atrevió á oponerse á sus deseos. Ella quedaría en Madrid con su hija, mientras el primogénito daba en el extranjero nuevo lustre al apellido del padre. Los graves señores volvieron á evocar por unos momentos á su olvidado compañero. «Hay que hacer algo por el chico de Ojeda.» Y Fernando pasó diez años fuera de España como secretario de Legación, con frecuentes traslados que le hicieron viajar desde las naciones del Norte de Europa á las repúblicas de la América del Sur, siempre acompañado por la protección de los amigos del «malogrado personaje». Pero esta protección se mostraba cada vez más lejana, más tenue, como el recuerdo ya esfumado del grande hombre. El hijo del eterno ministro, habituado á la adulación y á la influencia social desde los tiempos en que era estudiante, fué notando el

vacio de la indiferencia en torno de su personalidad diplomática. Nada significaba ya ser «el chico de Ojeda». Ahora eran «los chicos» de otros personajes de gloria más reciente los que merecían los empujes del favor. Además, una falta absoluta de adaptación le hacía chocar con los superiores, que le consideraban intolerable por su independencia. Empezaba á hablar con desprecio de «la carrera». En una Legación, el ministro, que había alcanzado sus ascensos, antes de que se inventasen las máquinas de escribir, por el primor caligráfico con que copiaba los protocolos, decía á Ojeda con irónica superioridad: «¡Qué letra tan pésima la suya!... ¿Y usted hace versos? ¿Y usted presume de literato?» Otros jefes le echaban en cara sus aficiones «ordinarias», su marcada intención de evitar las reuniones entonadas del mundo diplomático para juntarse con la bohemia del país, juventud melenuda que recitaba versos y discutía á gritos, en torno de los ajenos, bajo nubes de tabaco. Un ministro había escrito durante un año entero á Madrid para que sacasen de su Legación al secretario Ojeda, individuo peligroso que muchos tenían por socialista. En realidad, sólo deseaba alejarlo para que la señora ministra recobrase su calma de buen tono y no se comprometiese con un inferior cantando romanzas y recitando poesías en la penumbra del anochecer.

Su fama llegó hasta el Ministerio de Estado. «¡Lástima de chico! ¡La maldita literatura! ¡Si el grande hombre levantase la cabeza!» Y todos, jefes de sección, ministros de diversas categorías, secretarios y hasta agregados, repetían lo mismo: «Tiene talento, es un original; pero le falta *el pliegue*.» El tal pliegue significaba su falta de adaptación á «la carrera», su rebeldía á moldearse en las tradiciones y frivolidades de la vida diplomática... ¡Para lo que valía la dichosa carrera! Su madre le enviaba todos

los meses una cantidad tres ó cuatro veces superior al sueldo que él percibía. Su hermana Lola, á pesar de que veía en él un conjunto de todas las gallardías y seducciones varoniles, protestaba contra las maternales larguezas. Todo para el hijo que andaba por el extranjero paseando su casaca dorada, y para ella, que había de buscar un marido, los regateos y estrecheces. ¡Armonías de familia!... En algunos países de América, él y sus compañeros se lamentaban de que un conductor de automóvil ó un encargado de hotel ganase mayor sueldo que un diplomático. Por esto las ilusiones de su vida de miseria esplendorosa giraban siempre en torno del matrimonio, ambicionando todos una novia rica para hacer buena figura en «la carrera».

El deseo de no contrariar á su madre, que veía en la diplomacia la única ocupación digna, fué lo que mantuvo á Fernando en su puesto; pero al morir la pobre señora, presentó la renuncia. Habitado á recibir ayudas pecuniarias sin ocuparse directamente del manejo de sus intereses, Ojeda se creyó rico, muy rico, viéndose propietario de una casa en Madrid y muchas tierras en Andalucía. Su hermana estaba casada con un ingeniero, hombre formal, que había hecho su fortuna en la América del Sur, ayudado por algunos parientes. Era el talento administrativo de la familia, y Fernando se burlaba de su honrada simplicidad, sin dejar por eso de admirarle. Dominábalo su mujer con el prestigio del nacimiento: estaba orgulloso de ser el yerno póstumo del «ilustre señor Ojeda», y recordaba sus glorias con más frecuencia que los hijos. La familia de la suegra proporcionaba igualmente grandes satisfacciones á su vanidad. Aunque aquélla no había disfrutado otro título honorífico que el de esposa de un grande hombre, estaba emparen-

tada con varias condesas, marquesas y grandes de España, de cuyos honores y distinciones llevaba cuenta exacta el ingeniero. Su vanidad bonachona creía haber perdido lamentablemente el tiempo cuando terminaba el año sin haber hecho noventa visitas á estas ilustres damas, á las que llamaba por antonomasia «nuestras tías».

Ojeda le confió sus bienes para seguir sin preocupaciones una vida doble de placeres. Pasaba sin transición del mundo en que le había colocado su nacimiento á otro más humilde, hacia el cual le empujaban sus aficiones artísticas. En un mismo día charlaba de mujeres, juego y caballos con la juventud desocupada y elegante de los clubs aristocráticos; luego pasaba la tarde en el pobre estudio de algún artista «independiente y desconocido», tuteándose con melencidos de botas destrozadas que tal vez no habían almorzado; asistía después á un té, donde flirteaba con damas de fama contradictoria, y comía en un palacio ó en una taberna de bohemios, puesto de frac, para ir luego al Teatro Real.

El amanecer le sorprendía en los gabinetes de Fornos con camaradas de infancia y hembras de alto precio, y otras veces en los camarotes de un colmado con guitarristas, toreros, «socias» de mantón y «fraternales amigos» que le tuteaban y cuyos apellidos no conocía bien: hombres con brillantes enormes, rumbosos, dicharacheros, que habían estado algunas veces en la cárcel ó bordeaban con frecuencia sus puertas.

Tenía cierta reputación entre la gente literaria de escalera abajo, que grita y pugna por subir. «Un muchacho simpático y de talento... ¡Lástima que sea rico!» Y los que se compadecían de su riqueza le llamaban al mismo tiempo simpático por la facilidad con que se prestaba á un donativo de cinco

duros. Reunió en un volumen impreso sus poesías... ¡Magnífico! Era Musset. Lanzó otro tomo... ¡Soberbio! Era Baudelaire. Publicó un tercer libro... ¡Colosal! Era... el mismísimo Espíritu Santo hecho poesía. Los versos no estorban á nadie y son ocupación de gran señor, por lo mismo que no dan dinero. Escribió un drama heroico, un drama caballeresco, la epopeya de los conquistadores en las Indias vírgenes, con estrofas sonoras en las que vibraba un tintineo de espadas y corazas, y los profesionales recibieron sonriendo como hienas á este niño de buena familia que venía á quitarles el pan de la mesa. Muy bonitos los versos, pero «aquello no era teatro». Resultaba demasiado poeta para la escena.

En ese tiempo encontró á María Teresa. Fué en casa de una de las parientas de su madre; en el té de una condesa que figuraba entre las veneradas «tías» del marido de Lola. Iba á estas reuniones Fernando cuando de cinco á siete de la tarde no encontraba mejor distracción á su aburrimiento. Sabía de antemano lo que le preguntarían sus ilustres parientas, viejas pretenciosas de pelo teñido y dentadura semejante á un juego de dominó. «Pero grandísimo perdido, ¿cuándo te casas?...» Y si él se resignaba á asistir á estas reuniones, era justamente para no casarse, para aprovechar el tedio de alguna señora que se trasladaba humillada de un salón á otro sin encontrar compañía, iniciando con ella pláticas sentimentales que terminaban á veces en algo más positivo.

En la pieza donde estaba instalado el *buffet* encontró á María Teresa. Acababa de llegar de París, donde vivía largas temporadas. Una rápida aparición en Madrid, y luego á huir otra vez. La molestaban y la hacían reír á un tiempo la curiosidad malsana y la altivez miedosa de sus amigas. Fin-

gían sorpresa al verla, la abrazaban, admiraban su traje, hacían elogios de su hermosura, le pedían datos sobre las últimas modas, y escapaban, procurando no tropezarse con ella otra vez.

Ojeda la conocía vagamente. Su marido había sido de «la carrera», un antiguo plenipotenciario que actualmente vegetaba retirado en una ciudad de provincia. Años antes la había visto en una comida en la Embajada de España en París, cuando ella estaba recién casada é iba con su marido á ocupar la Legación española en una corte de la Europa septentrional. Fernando la había deseado con su ávida admiración juvenil. ¡Qué mujer!... Pero ella, orgullosa de su belleza y de su nuevo rango, apenas se fijó en el modesto secretario de una Legación americana, de paso en París. Sólo tenía sonrisas para los personajes importantes que la rodeaban, y un gesto de agradecimiento para aquel viudo rico y viejo que, contrariando á sus hijos, la había hecho su esposa. Procedente de una familia de militares pobres y gloriosos, veíase convertida de pronto, por el entusiasmo casi senil de su marido, en una gran señora diplomática, rodeada de todas las comodidades de la riqueza, sin tener ya que sufrir el tormento de una mediocridad con la que habían pugnado desde la niñez sus gustos de mujer elegante.

Luego, Fernando no la vió más. ¡Pero había oído tantas cosas de ella!... Los hijos del marido se encargaban de propalarlas, y todas las amigas de María Teresa las repetían, con la secreta fruición de demoler á una compañera que inspira envidia. ¡Quién podría conocer la verdad! Lo cierto fué que el viejo marido, dimitiendo de pronto su plenipotencia, se vino á vivir á España, unas veces en Madrid, evitando el contacto con sus hijos, á los que guardaba cierto rencor, otras en provincias,

dedicándose, según decían, á grandes empresas agrícolas. Ella permaneció en París, y de tarde en tarde escapaba á la Península para ver á su marido, restableciéndose entre los dos por breves días cierto simulacro de reconciliación; pero en realidad—según las amigas—, estos viajes eran únicamente para procurarse dinero.

Los ojos de María Teresa parecieron atraerle, y los dos se saludaron como antiguos conocidos. Ella le felicitó, sonriente y maternal, por sus versos, que indudablemente no había leído, y por su drama, que no conocería nunca. Casi era un grande hombre. ¡Cómo podía imaginárselo así cuando le había visto por primera vez en París!...

—Además, me han dicho que es usted un grandísimo «golfo».

Ojeda se inclinó sonriente, con exagerada cortesía.

—Y usted también, según dicen, parece un poco «golfa».

Dudó ella un momento con el ceño fruncido, no sabiendo si enfadarse por estas palabras, y al fin acabó por lanzar el gorjeo de su risa.

—Venga usted y nos sentaremos en aquel rincón. Con usted es imposible enfadarse. ¡Qué tipo tan interesante! Vamos á burlarnos un poco de toda esta gente... Nosotros hemos visto otras cosas.

Pasaron la tarde hablando de los países que llevaban visitados, de las gentes de «la carrera» que habían conocido, interrumpiendo estos recuerdos para reír á dúo de los que pasaban por el comedor y comunicarse sus maledicencias. Al hablar se miraban de frente, con una fijeza curiosa, como extrañados de no haberse conocido antes, adivinando cada uno con rápida clarividencia lo que pensaba el otro; pensamientos que se desarrollaban fuera del curso de sus palabras. Al día siguiente sintieron

la necesidad de verse... y al otro... y al otro. Ella se preocupaba de la vida de Ojeda; le acosaba con preguntas para conocerla con todos sus detalles; la hacían reír mucho sus relatos de aventuras en los bajos fondos de Madrid.

—Quisiera ver eso; conocer sus bohemios, sus cantaoras. Lléveme con usted, Fernandito; sea usted bueno. Yo conozco algo de París, pero lo de aquí es indudablemente más interesante, más típico... Debe oler á puchero.

Estos deseos caprichosos desaparecieron de golpe después de la caída... si es que hubo caída. Fueron el uno del otro casi sin saber cómo, por impulso natural y fácil, sin enterarse ciertamente de cuál de los dos apuntó el primer intento y cuándo se inició la realización. Ella no se tomó el trabajo de fingir la más leve resistencia, de coquetear con negativas sonrientes acompañadas de ojos aprobadores.

—Desde que te vi, adiviné que esto iba á ser... y ha sido. Tú pensarás lo que quieras; tal vez me crees más fácil de lo que soy. Pero contigo, ¡para qué fingimientos!...

Como Teri se marchaba á París, él se fué también, y empezó lo que llamaba Fernando la mejor época de su existencia: una vida de concentración egoísta, una vida á dos, de ceguera y olvido para todo lo que estaba más allá de ellos, cortada por frecuentes viajes emprendidos al azar de una lectura ó de un recuerdo histórico. «¡Qué hermoso besarnos entre las columnas del Partenón!» Y emprendían un viaje á Grecia. «¡Qué delicia ver el desierto, los dos juntitos, desde lo alto de las Pirámides!» Y salían para Egipto. Y así fueron á contemplar, tomados del talle y con las cabezas juntas, el sol de media noche en Noruega, el Kremlin cubierto de nieve, las palmeras del oasis de Biskra, las azules corrientes del Bósforo, sin contar otras excursiones

más vulgares en busca del canal veneciano, la colina toscana ó el lago suizo como fondo decorativo de un amor que ansiaba abarcar todo el viejo mundo en su insolente felicidad. Pronto notó Ojeda una transformación en el carácter de Teri. Perdía por momentos su alegre inconsciencia de pájaro loco. Era más grave en sus palabras; mostraba una medida conservadora en sus juicios sobre el amor. Ella, que al principio le incitaba á narrar las aventuras de su pasado, riendo gozosa cuanto más incontables eran, palidecía ahora con un gesto de protesta.

—No quiero oírte—decía tapándose los oídos—. ¡Calla, por Dios! Me repugnas cuando recuerdo esas cosas... Acabaré por no quererte.

En sus viajes la acometían repentinos celos cada vez que Fernando miraba á una viajera de buena presencia. Luego fué él quien se sorprendió, preguntando con sorda irritación para desentrañar los misterios del pasado. ¿Qué existencia había sido la de Teri antes de que ellos se conociesen? ¿Por qué murmuraban tanto de su vida en aquella corte septentrional? ¿Por qué se había separado de su marido?... Debía hablar sin miedo; él lo aceptaba todo por adelantado: no había sido en su tiempo.

Pero Teri movía la cabeza negativamente, con una tenacidad reflexiva en el gesto y unos ojos de misterio, como mujer que sabe que en amor las confesiones francas no se olvidan ni se perdonan.

—Todo mentiras... calumnias. Nada tengo que contarte. Olvida eso; no te atormentes... No hubo nada; y aunque algo hubiese... ¡yo no te conocía entonces, no te conocía!

Y con esta exclamación cerraba y justificaba todo su pasado.

Ella miraba á Fernando como algo propio que le pertenecía para siempre. Más de una vez había protestado en los hoteles de la facilidad con que

daban alojamiento á ciertas aventureras, con grave peligro de la paz matrimonial. A fuerza de titularse «Madame Ojeda» había olvidado su verdadera situación, y se indignaba, con todo el fervor que inspira el derecho de propiedad, sólo al pensar que alguna mujer pudiera arrebatarse «su marido».

Cuando fatigados de tantos viajes recalaban en Madrid y vivían separados por algún tiempo, él en casa de su hermana, ella con una tía á la que consideraba como una segunda madre, esta separación parecía enardecer sus celos. Al verse Teri por las tardes en el cerrado dormitorio, adonde llegaba suave y quejumbroso el sonido de «la campana de don Miguel», tenía de pronto exabruptos coléricos.

—Ya vives en tu Madrid, donde has hecho tantas picardías... ¡A saber si estarás engañándome con alguna, grandísimo ladrón!

Después de estas explosiones de ira se apelotonaba contra él, humilde y tímida.

—Es porque tengo miedo de perderte, de que otra me quite á mi hombre. Quisiera asegurarte para siempre, tenerte atado de una patita como un jilguero. Di: si nos casáramos, ¡qué tranquilidad!... Tú que sabes tanto, contesta: ¿llegaremos á casarnos alguna vez?...

También Fernando, que durante los primeros meses sólo veía en María Teresa una conquista más, una mujer elegante y hermosa que halagaba su masculina vanidad, sufría de pronto iguales cóleras. Al principio no había deseado saber y olvidaba voluntariamente el pasado, con todas las vaguedades calumniosas que había oído acerca de Teri; pero de pronto sentíase poseído por una curiosidad dolorosa y malsana, un deseo de gozar cruelmente haciéndose daño, y aprovechaba los momen-



tos de abandono para hacerla hablar, queriendo conocer sus amores antiguos.

—¡Cuando te digo que no he tenido ninguno!... —protestaba ella—. Créeme: tú has sido el primero y serás el último.

Ponía en sus ojos el asombro ingenuo y en su voz la infantil humildad de la mujer que necesita ser creída... Ojeda también necesitaba creer. ¡Para qué fatigarse en esta cacería del pasado! Y con repentina confianza deseaba, lo mismo que su amante, un casamiento que consolidase su felicidad.

El egoísmo del amor estallaba en María Teresa con deseos crueles.

—¡Ay, cuándo se morirá Joaquín!... ¡Para lo que sirve en el mundo!

Joaquín era el marido, y ella, por informes de sus amigos ó por las cortas entrevistas que tenía con el viejo al volver á España, calculaba las probabilidades de su muerte.

—Está peor; casi chochea. Esto va á terminar de un momento á otro.

La sensible María Teresa, que se apiadaba de los perros abandonados en la calle y reñía con los cocheros cuando levantaban el látigo sobre las bestias, hablaba fríamente de la muerte, como si únicamente tuviera entrañas para su amor y el resto del mundo careciese de interés. Ojeda la escuchaba con cierto remordimiento. ¡Desear la muerte de un pobre señor que no les había hecho daño alguno y al que inferían desde lejos diariamente un sinnúmero de misteriosas ofensas! ¡Qué cobardía!... Pero el egoísmo amoroso acabó por despertar en él igualmente, con una crueldad implacable. Aquel viejo estúpido, por el privilegio de su riqueza, la había poseído el primero, había paladeado las mismas dichas que él, pero con el encanto de la novedad. Bien podía morirse... ¡Que se muera!

Y se murió de pronto, mientras ellos estaban muy lejos; y al regresar á Madrid á toda prisa, aturcidos por la feliz noticia, les salió al encuentro algo que no habían conocido hasta entonces: el valor del dinero, lo difícil que es echarle la mano encima cuando se empeña en huir, la necesidad material y prosaica sobre la que descansan todas las ilusiones y deseos de nuestra existencia.

Don Joaquín se había ido del mundo sin dejar á su mujer otra renta que una pensión del gobierno como viuda de ministro plenipotenciario: un poco más de lo que ella pagaba á su doncella en París. Una parte de su fortuna procedía de la primera esposa y pasaba á los hijos; la otra parte, que era considerable, aparecía donada en vida á los mismos hijos, que habían vuelto á su gracia en los últimos años.

La primera idea de la impetuosa María Teresa fué comprar un revólver é ir matando por turno á los hijos y las hijas de su marido, á más de yernos y nueras, sin perdonar á los nietos. ¡Raza maldita! ¡Ladrones! ¿Y para esto había sacrificado los primeros años de su juventud á un viejo tonto, renunciando al amor?... Pero no; él era bueno y la quería. Muchas veces le había asegurado que dejaba las cosas bien arregladas para después de su muerte. Eran los otros, que intentaban robarla... Y desistiendo de la compra del revólver, se lanzó en las aventuras de un pleito con el fervor apasionado que despiertan en algunas mujeres los incidentes, embrollos y peleas de todo litigio. Ella demostraría que la familia de su marido había abusado de la flojedad mental de éste en los últimos meses, para despojarla con documentos falsos.

Fernando acogió el contratiempo con frialdad. En el fondo de su ánimo le había repugnado siempre que el dinero del viejo entrase en su casa al unirse él legalmente con María Teresa.

—No te apures; tal vez sea mejor así. Cuenta sólo conmigo. Yo trabajaré si es preciso.

Pero también á él le aguardaba otra sorpresa por boca de su cuñado, hombre de orden que hacía algún tiempo deseaba rendirle cuentas. Varias hipotecas pesaban sobre sus bienes desde la época en que Fernando llevaba una existencia alegre, y á esto había que añadir las fuertes cantidades que adeudaba á la familia. Los viajes con Teri habían devorado mucho dinero. Ojeda quedó perplejo, como si despertase ante el montón de papeles que le presentaba el ingeniero, y lo repelió con gesto de gran señor. Nada adelantaba con examinarlos; lo que decía su cuñado debía ser cierto. El pobre hombre se excusó con humildad. Había tardado en hablar, por miedo á que Fernando se disgustase; él estaba dispuesto á todos los sacrificios; pero tenía dos hijos, Lola andaba en trámites para darle el tercero, y temía sus protestas de mujer ordenada y económica que no quiere dejarse arruinar por un hermano. El ingeniero tenía un proyecto... ¿Por qué no se casaba con una mujer rica? ¡Con su figura y su nombre! ¡Un Ojeda!... El sabía mejor que nadie lo que representaba este apellido.

—No; prefiero trabajar. Yo saldré adelante.

Y vendiendo bienes para reunir fondos, Fernando se lanzó en los negocios con una ceguera que no admitía consejos. Además, jugó fuerte en el club hasta la madrugada, en busca de fugitivas ganancias. ¡Ay, su amor! ¡su pobre amor humillado y envilecido por las preocupaciones del dinero!... ¡Adiós las inconsciencias del pájaro errante, el desprecio por las previsiones del mañana!... Sus besos tenían muchas veces el crispamiento de caricias desesperadas; quedábanse de pronto absortos los dos y tenían miedo de preguntarse en qué pensaban. Algunas tardes, en el desorden del lecho, el tañido

de «la campana de don Miguel» sorprendía á Ojeda hablando seriamente de un gran negocio, de una combinación con amigos del club, indiferente y frío ante la carne adorada que no podía contemplar en otros tiempos sin cubrirla de fogosas caricias.

Ella, por su parte, hablaba del pleito, la gran empresa de su vida, con todas las vehemencias del interés material y del odio. Pasaban por su boca adorable palabras curialescas, términos del procedimiento, aprendidos con pronta asimilación en sus conferencias con los abogados. El triunfo era seguro, pero habría que esperar un poco. Y mientras tanto, su exterior señorial iba sufriendo una transformación, que no se escapaba á los ojos de Fernando. Transcurrían meses y meses sin que algo fresco viniera á adornar su belleza, ávida en otra época de costosas novedades. Al sucederse las estaciones reaparecían los mismos vestidos del año anterior, hábilmente retocados. Su guardarropa de París podía sacarla de apuros por mucho tiempo. Hablaba con entusiasmo de pobres costurerillas de Madrid que, bajo sus indicaciones, hacían prodigios en el arreglo de ropas y sombreros. Las joyas vistosas, primeros regalos con que el marido había domado sus esquiveces de jovenzuela, sólo se mostraban de tarde en tarde, después de misteriosos cautiverios en poder de prestamistas. Algunas habían desaparecido para siempre.

María Teresa hacía elogios de la generosidad de su tía. Ella se ocupaba de su mantenimiento y sus diversiones, orgullosa de ostentarla á su lado en teatros y fiestas. Era capaz de darle toda su fortuna; pero tenía hijas, y éstas batallaban á todas horas contra la influencia de su prima.

A veces, con una timidez ruborosa y huyendo la vista, preguntaba á Ojeda por el estado de sus negocios. «¡Si tuvieras un dinero que necesito!...»

Y cuando él, con apresuramiento, satisfacía su demanda, María Teresa parecía arrepentirse.

—¡Qué vergüenza! ¡Yo pidiéndote dinero!... Es para algo importante; ya sabes... el pleito. Pero en fin, como hemos de casarnos, todo lo nuestro debe ser común. Cuando yo salga con la mía, ya no tendrás que trabajar, ¡pobrecito mío! ya no penarás con tus negocios.

Los tales negocios no podían marchar peor. En menos de un año había sufrido Fernando dos pérdidas considerables en empresas ilusorias á las que le arrastraron ciertos amigos del club tan inexper- tos como él. El juego contribuía igualmente á disminuir su fortuna. De tarde en tarde una ganancia le inspiraba gran fe en el porvenir, y traía como consecuencia regalos y generosidades para Teri. Después de estos breves períodos de optimismo, reaparecía la silenciosa cólera al ver desmoronarse lentamente sus esperanzas.

En esta situación, cuando no sabía qué hacer y se sentía dominado por un desaliento mortal, pasó por Madrid un español rico, residente en Buenos Aires, tío de su cuñado. Aquel hombre, que había huído de su tierra acosado por la pobreza treinta años antes, hablaba de millones con asombrosa familiaridad y se burlaba de la modestia de los negocios peninsulares. Las conversaciones con este señor, que comía muchas veces en casa de su sobrino, escuchado y admirado por toda la familia cual un héroe triunfante, fueron para Ojeda como otros tantos latigazos aplicados á su dormida voluntad. La ascensión realizada por este antiguo rústico y otros muchos de su clase, ¿por qué no intentarla él?... Y con esfuerzo corajudo, temblando como si confesase una infidelidad amorosa, expuso sus propósitos á María Teresa. Quería partir; necesitaba ser rico para ella, sólo para ella. Aquel pariente de

su cuñado prometía ayudarle, y él, con los restos de su fortuna, podía intentar en América algo fructuoso y de rápido éxito.

Fernando insistió especialmente en la rapidez de su viaje. Asunto de un año, ó dos cuando más; y aun así, podría ir y volver algunas veces. Ella debía hacerse la ilusión de que amaba á un militar que salía para la guerra, pero una guerra sin peligro de muerte.

Teri le escuchaba pálida, con los ojos lacrimosos, pero acabó por aprobar su resolución. Sí, debía partir; era mejor que trabajase en un ambiente más propicio y favorable que el del viejo mundo.

Para amortiguar su pena intentaron embellecer el próximo viaje con reminiscencias románticas y optimismos tradicionales. El iba á ser como los paladines de los viejos romances, que salían á correr luengas tierras para hacer presentes á su dama. Volvería trayendo millones, y otra vez conocerían la existencia opulenta, con viajes de lujo por todo el mundo, grandes hoteles, automóvil á perpetuidad, y podrían sacar del cautiverio de la usura los collares de perlas y las joyas luminosas. Un sacrificio de dos años: ¡ni uno más! Bien sabido es que en América basta este tiempo para que un hombre inteligente conquiste riquezas. ¡Las consiguen allá tantos imbéciles!... Recordaban algunas comedias en las que el protagonista enamorado sale al final del primer acto camino del Nuevo Mundo para hacer fortuna, y al empezar el segundo ya es millonario y está de vuelta. Se notan en él algunas transformaciones que no le van mal: unas cuantas canas prematuras, la faz tostada, las facciones más enérgicas y angulosas; pero sólo han transcurrido quince minutos desde que bajó el telón hasta que vuelve á subir. En la realidad no serían quince minutos, serían quince meses: tal vez dos años; pero bien

podía hacerse el sacrificio de este tiempo á cambio de afirmar la felicidad.

Así habían pasado las últimas semanas, hablando del viaje, discutiendo sus preparativos, forjándose ilusiones sobre los resultados, pero viéndolo siempre en lontananza; hasta que, de pronto, les avisaba el zarpazo de lo inmediato, de lo inevitable... Y Ojeda, al despertar de esta vertiginosa evocación de recuerdos que sólo había durado algunos segundos y abarcaba todo un período de su existencia, se vió caminando por el Salón del Prado, en una noche fría, al lado de una mujer que marchaba con desmayo, como si al término del paseo la esperase la muerte, evitando las palabras de él, evitando su mirada.

—Hasta aquí nada más—dijo Teri al llegar cerca de la fuente de Cibeles—. No, no me beses: me haría mucho daño; no tendría fuerzas para irme... La mano tampoco... No; ¡adiós! ¡adiós!

Lo apartó de ella como si fuese un extraño; volvía la cabeza por no verle. De pronto, llamando á un coche para que la aguardase, huyó.

Fernando estuvo inmóvil largo rato viendo cómo se alejaba con lento traqueteo el vehículo de alquiler hacia la Puerta de Alcalá. Dentro de la caja vetusta y crujiente se alejaban sus esperanzas, la razón de ser de su vida. ¡Y así eran en realidad las grandes separaciones, los profundos dolores: sin palabras sonoras, sin frases elocuentes; completamente distintas de como se ven en los teatros y en los libros!...

Las horas anteriores á la partida, transcurridas en el hotelito de su cuñado, allá en lo alto de la Castellana, se le aparecían ahora como un tormento de la intimidad familiar. En su habitación, el equipaje en desorden y su viejo sirviente haciendo los últimos preparativos; en el comedor, los hijos de

Lola, que no querían acostarse sin despedirse de él, «Tío, tráenos un loro... Tío, una mona... Cuando vuelvas, acuérdate, tío, de traer un negrito...» Y su hermana, que había tomado un aire protector con la emoción de la partida, le sermoneaba maternalmente. A ver si hacía allá una vida más seria y remediaba sus locuras. El marido aprobaba la cordura conyugal con afirmaciones optimistas. Tenía la certeza de que Fernando iba á triunfar: su tío le aguardaba allá, y era hombre que podía ayudarle mucho. Y llevado de su exactitud en los negocios, aburriale una vez más con el relato de las gestiones que estaba haciendo para liquidar en efectivo los restos de su fortuna, y los plazos y forma en que iría remitiéndole las cantidades.

A las once de la noche se vió Ojeda dentro de un automóvil camino de la estación del Norte, pasando por calles solitarias y dormidas, en las que empezaban á estacionarse los serenos. No había querido que le acompañasen su hermana y su cuñado, para evitarse las últimas expansiones familiares. Cerca de la estación vió, al doblar una esquina, el Teatro Real. ¡Adiós, recuerdos! ¡Adiós, María Teresa! Ella estaría allí dentro, en un palco, rodeada de luz, con su tía y sus amigas, tal vez bajo las hambrientas miradas del deseo varonil fijadas en las tersas blancuras de su escote. ¡Y él, lejos! ¡cada vez más lejos!...

Al bajar del automóvil encontró desiertos los alrededores de la estación. Era un tren el suyo de escasos viajeros: un simple coche-dormitorio que por la línea de cintura iba á unirse con el expreso de Portugal en la estación de las Delicias. Cerca de la entrada vió algunos mozos que venían hacia él para apoderarse de sus maletas, y un coche de alquiler inmóvil, con el cochero soñoliento y el caballo husmeando el suelo. Algo blanco, encuadrado

por una ventanilla, se agitaba en su obscuro interior. La luz de un farol de gas arrancó de este bulto un reflejo irisado, un fulgor de piedras preciosas. Ojeda, sin darse cuenta de su avance, se vió junto á la portezuela del carruaje... Era ella, envuelta en una capa de seda y pieles, con las plumas de su peinado dobladas por la exigua altura del techo; ella, empolvada, pintada para disimular su palidez, con gruesos brillantes en los lóbulos de sus orejas y una fijeza trágica en los ojos desmesuradamente abiertos.

—Quería verte sin que tú me vieras—murmuró con voz quejumbrosa—. Verte una vez más. Me he escapado del Real... No podía vivir pensando que aún estabas aquí. Y ahora, ¡adiós!... No; besos, no. ¡Adiós!

El cochero, obedeciendo sin duda á una orden anterior, dió un latigazo al caballo, y Fernando tuvo que apartarse. Una rueda pasó junto á sus pies. Al borrarse instantáneamente la visión blanca, columbró la agitación de un pañuelo y creyó oír un gemido.

Los andenes de la estación estaban desiertos, lóbregos. Sólo brillaban las estrellas rojas de unos cuantos faroles, astros perdidos en las tinieblas, bajo el enorme caparazón de hierro de la techumbre. En la vía central una locomotora y un vagón, que, aislados, parecían un juguete.

Fernando vió que sólo iba á tener por compañeros de viaje á los individuos de una familia. ¡Pero qué familia!... Llenaba casi todos los compartimientos del vagón, y en torno de ella y de una montaña de equipajes agitábanse más de doce servidores: porteros de hotel, camareros movilizadas, mozos de carga, automovilistas.

Sintióse contento de esta vecindad: empezaba á estar entre los suyos. Aquella familia necesariamente debía ser argentina; una de esas familias que

ocupa todo el piso de un gran hotel, llena un vagón entero, alquila el costado de un buque, y estrechamente unida se desplaza de un hemisferio á otro sin abandonar otra cosa que los muebles. El jefe de la tribu daba órdenes y propinas; la señora, alta, carnuda, majestuosa, con el talle algo deformado por la maternidad, leía la guía de ferrocarriles á través de sus lentes de oro. Cerca de ella tres jóvenes elegantes, las hijas, y dos igualmente adornadas, pero de mayor edad: las cuñadas del señor. Un poco más lejos la suegra, venerable matrona vestida de negro, de aire aseñorado y resuelto, que cuidaba de las niñas más pequeñas. Luego los hijos varones, que eran muchos, y á Ojeda le producían el efecto visual de una tubería de órgano cuando por casualidad se colocaban en fila, de mayor á menor. El más grande con la cara afeitada, fumando, y un aire resuelto de hombre que lo sabe todo y nada le queda por ver. Pensó Fernando al examinarle que tal vez llevaba en sus maletas algunas fotografías de bellezas profesionales de París con dedicatorias de pasión. «*A mon cher coco de Buenos Aires.*» Los hermanos pequeños exhibían regocijados varias pande-retas adquiridas recientemente, con suertes de toreo pintadas en sus parches, y algunas banderillas ensangrentadas procedentes de la corrida de la tarde.

Después venía el personal auxiliar de la familia: un ayuda de cámara andaluz, que lanzaba un *che* á cada dos palabras para que no le confundiesen con los de la tierra; una institutriz británica, roja y malhumorada; una doncella gallega, con vestido negro y cuello y puños masculinos; otra, criolla, de pelo cerdoso, achocolatada de tez, los ojos achinados, oblicuos. Y la familia entera con un aspecto de audacia tranquila, de inmutable atrevimiento; todos robustos, duros y grandes por la alimentación carnívora desde el momento del destete; mirando

cosas y personas con descaro, llamándose á gritos, introduciéndose por las puertas en irrupción arrolladora, como si todo fuese suyo.

Se consideró Ojeda empequeñecido por el número y el esplendor de sus compañeros de viaje. ¡El dinero que costaría mover esta tribu, acostumbrada á vivir siempre en un cuadro de abundancia y comodidades! ¡Lo que tendría detrás de él aquel caballero puesto de chaqué y sombrero de media copa, jefe de la caravana, al que los sirvientes llamaban «doctor»!... ¡A lo que se presta el trigo! ¡Lo que puede dar el vientre de las vacas!...

Pero una confianza repentina se apoderó de él pensando en los ascendientes de esta gente lujosa, toda ella uniformada con arreglo á las últimas novedades de París. Los abuelos, ó quién sabe si los padres, habían salido, como él, camino de las tierras nuevas, en busca de fortuna. Como él no, indudablemente peor: en un buque de vela, llevando bajo el brazo los zapatos para prolongar su uso, aceptando los ranchos de á bordo como un regalo desconocido... Tal vez llegaba él un poco tarde, pero raro sería que no le hubiesen dejado alguna migaja. Y mirando á la banda feliz, cual si una simpatía de oculto parentesco le uniese de pronto á todos ellos, murmuró alegremente, con la primera alegría que había experimentado en mucho tiempo: «Allá vamos todos, queridos amigos.»

El recuerdo de la noche pasada en el tren—noche de insomnio en compañía de la imagen de Teri envuelta en su capa blanca, con las plumas ondulantes sobre el peinado y dos astros en las orejas—le hizo pensar que aún tenía delante de él una carta sin concluir; y otra vez concentrando su atención, se vió en el jardín de invierno del trasatlántico.

Estaba solo. No quedaba en el salón ninguna de las extranjeras rubicundas que hacían labores y ho-

jeaban revistas. Los músicos habían desaparecido. El silencio nocturno sólo era cortado por leves cruídos de la madera y el balanceo de los objetos.

Ojeda se decidió á escribir.

«Ten fe en nuestro destino. No te desesperes: tal vez nuestro amor necesitaba de esta prueba para fortalecerse. Lo importante es que me ames, pues si tú me amas, no hay potencia adversa en el mundo que pueda separarnos... ¿Te acuerdas de aquella tarde en el Real, cuando escuchamos juntos el primer acto de *El ocaso de los dioses*? Nuestras cabezas, casi unidas, parecían beber la música del mago, y con la música las palabras: palabras de poeta, de uno de los más grandes poetas de amor que han existido, grandiosas y fuertes, dignas de héroes. La walkyria, convertida en mujer, estremecida aún por la sorpresa de la iniciación carnal, se despide de Sigfrido, el héroe virgen, que acaba igualmente de conocer el amor. El afán de aventuras, de nuevas empresas, le impulsa á correr el mundo. El hombre no debe permanecer en estéril contemplación á los pies de su amada eternamente. Debe hacer grandes cosas por ella; debe aprovechar la fe y la energía que vierte el amor en el vaso de su alma. Al separarse conocen, lo mismo que nosotros, las primeras amarguras del alejamiento, pero son incommovibles como semidioses.

»—¡Oh si Brunilda fuese tu alma para acompañarte en tus correrías!—dice ella, ansiosa de seguirle.

»—Es siempre por ella que se inflama mi coraje—contesta el héroe.

»—Entonces, ¿serás tú Sigfrido y Brunilda juntos?

»—Allí donde yo me halle, los dos estarán presentes.

»—¿La roca donde yo te aguardo quedará entonces desierta?

»—¡No! Porque no haciendo mas que uno, allí donde estés tú estaremos los dos.

»—¡Oh dioses augustos, seres sublimes, venid á saciar vuestras miradas en nosotros!... Alejados el uno del otro, ¿quién nos separará?... Separados el uno del otro, ¿quién podrá alejarnos?...

»—¡Salud á ti, Brunilda, resplandeciente estrella! ¡Salud, valiente amor!

»—¡Salud á ti, Sigfrido, lumbrera victoriosa! ¡Salud, vida triunfante!

»Ellos no lloran, Teri, y se muestran grandes y serenos en su despedida, no porque son hijos de dioses, sino porque tienen una confianza de niños, una fe ingenua y sana en la eternidad de su amor. Seamos como ellos; enjuguemos nuestras lágrimas y miremos de frente las sombras del porvenir sin miedo alguno, con la certeza de que hemos de ser más poderosos que el destino. Digamos igualmente: «Alejados el uno del otro, ¿quién nos separará?... Separados el uno del otro, ¿quién podrá alejarnos?» Allí donde yo me halle, estaremos los dos; porque los dos no somos mas que uno, y donde tú te encuentres, mi alma irá contigo. ¡Salud, oh Teri, resplandeciente estrella! ¡Salud, radiante amor!...»

Cuando hubo cerrado la carta, salió del jardín de invierno con paso algo inseguro por lo movedizo del suelo. Abrió una puerta de gran espesor, semejante á un portón de muralla, y tuvo que llevarse una mano á la gorra al mismo tiempo que le envolvía una tromba glacial. Se vió en uno de los paseos del buque. A un lado, paredes blancas y charoladas reflejando la luz de los faros eléctricos del techo, y sillones abandonados en larga fila; al lado opuesto, una barandilla forrada de lona, ostentando entre columna y columna, como adorno decorativo, unos rollos-salvavidas de color rojo con el nombre del buque pintado en blanco: *Goethe*. Más allá de la

baranda, el misterio: una intensa negrura que devoraba el resplandor eléctrico, dejándolo avanzar solamente algunas pulgadas en sus entrañas sombrías; espumarajos fosforescentes, rumor sordo de fuerzas invisibles que avisaban su presencia con choques y rebullimientos.

Ojeda vió venir hacia él con paso vacilante á un hombre vestido de *smoking* que le saludó desde lejos.

—¡Cómo se mueve el amigo *Goethe*! Ni que acabase de beber en la taberna de Auerbach con los alegres compadres de su poema.

Era Maltrana, que se había preparado para la comida, satisfecho de esta ordenanza suntuaria del buque, de gran novedad para él. Confesó á Fernando que tenía hambre y se había vestido con anticipación, creyendo adelantar de este modo la llamada al comedor. El aire del mar—según él—convertía su estómago en una jaula de fieras.

—Esta noche va á bailar un poco el vapor, pero al amanecer fondearemos en Tenerife. Fijese en mí, noble amigo: creo que para un hombre que se embarca por vez primera, no lo hago del todo mal.

De espaldas al mar, abarcaba en una mirada de satisfacción la nítida brillantez del buque, la limpieza del suelo, la prodigalidad del alumbrado, los fragmentos de salón que se veían á través de las ventanas.

—Qué vida, ¿eh, amigo Ojeda?... La comida á sus horas, á toque de trompeta; la mesa puesta cuatro veces al día; un ejército de camareros, la mayor parte de los cuales me entienden con dificultad, lo que es una ventaja para prolongar la conversación y conocerse mejor. Cada uno revestido con sus mejores ropas, como si el *smoking* fuese la casulla del culto del estómago; cerveza fresca como el hielo, música gratis á cada instante, y una adorable so-

ciudad: una sociedad condenada á vivir junta, así se enfade ó esté alegre, á mostrarse cada uno con su verdadera fisonomía, pues no hay comediante que sostenga sus fingimientos en una representación tan larga y continua... Y nadie puede huir; y nadie está obligado á pensar ni á hacer nada; y todos nos ofrecemos en espectáculo tales como somos. Comer bien y... lo otro, si es que se presenta una buena ocasión; he aquí el programa... ¡Lástima que nuestra vida no haya sido así siempre!... ¡lástima que no lo sea cuando lleguemos á la otra acera de esta calle azul!

II

Una marcha militar despertó á Ojeda sonando sobre su cabeza con gran estrépito de marciales cobs. Por la ventana del camarote entraba un rayo de sol, trazando sobre la pared temblonas y cristalinns ondulaciones, reflejo de las aguas invisibles. El buque avanzaba lentamente, y al fin quedó inmóvil, mientras arriba continuaba rugiendo la música su marcha triunfal, que parecía evocar un desfile de águilas bicéfalas con las alas extendidas sobre masas de cascos puntiagudos.

Tenerife. Miró Fernando por entre las cortinillas, y sólo vió un mar azul y tranquilo: las aguas unidas y luminosas de una bahía en calma. La tierra estaba al otro costado del buque. Y como conocía la isla, por haber bajado á ella en anteriores navegaciones, volvió á acostarse para gozar despierto del regodeo de la pereza, mientras en los camarotes inmediatos chocaban puertas, se cruzaban llamamientos en distintos idiomas, y sonaba en los corredores un trote de gentes apresuradas, atraídas por el encanto de la tierra nueva.

Una hora después subió Ojeda á las cubiertas superiores. El buque, al inmovilizarse, parecía otro. Había perdido el aspecto de mansión cerrada y bien calafateada que tenía en los días anteriores. Puertas y ventanas estaban abiertas, dejando entrar á

chorros, junto con el sol, un aire cargado de efluvios de vegetación caliente. Los pájaros cantaban en sus jaulas con repentina confianza al sentir las inmóviles. Las plantas del invernáculo parecían expandirse moviendo acompasadamente sus manos verdes, como si saludasen á las hermanas de la orilla próxima. Flores frescas, que aún mantenían en sus pétalos el rocío de los campos, agrupábanse sobre las mesas del comedor. Los pasajeros asentaban sus pies con extrañeza y satisfacción en el suelo inmóvil y firme como el de una isla, después de la inestabilidad ruidosa de la noche anterior.

Al salir Fernando á la cubierta de paseo, sintió enredarse sus piernas en un montón de telas vistosas extendidas junto á la puerta, al mismo tiempo que zumbaba en sus oídos el griterío de una muchedumbre. Le pareció estar en una feria de las que se celebran semanalmente al aire libre en los pueblos de España. Había que abrirse paso con los codos entre los grupos compactos. Bancos y sillas estaban convertidos en mostradores.

Invadía el suelo un oleaje multicolor de cálidas tintas, remontándose hasta lo alto de las barandillas y los huecos de los ventanos. Eran mantele-rías con calados sutiles semejantes á telas de araña; pañuelos de seda de tonos feroces que daban á los ojos una sensación de calor; kimonos con aves y ramajes de oro; leves pijamas que parecían confeccionados con papel de fumar; almohadones multicolores como mosaicos; velos blancos ó negros recamados de plata que traían á la memoria las viudas trágicas de la India subiendo al son de una marcha fúnebre á la hoguera conyugal. Los productos de aguja de las isleñas canarias mezclábanse con la pacotilla chillona venida de Asia. Vendedores andaluces ó indostánicos gesticulaban entre los grupos de pasajeros, alabando sus mercaderías

con sonora hipérbole española ó con un balbuceo mezcla de todas las lenguas.

Ojeda se vió asaltado por unos hombres cobrizos y pequeños, de cara ancha y corta, mostachos de brocha y ojos ardientes con manchas de tabaco en las córneas. Tenían el aspecto de perros de presa chatos y bigotudos; pero buenos perros, humildes, que agarrados á él ladraban con suavidad: «Señor, compra la mía colcha bonita para la tuya madama.» «Señor, una echarpa: todo barato.»

Los vendedores de la tierra pasaban ofreciendo cajas de cigarros empapelados de plata, con las marcas más famosas de Cuba, á pesar de que procedían de las fábricas de Tenerife. A cada momento abordaban nuevas barcas al trasatlántico cargadas de fardos. Sus conductores subían la escala con agilidad simiesca, y tendiendo una cuerda izaban las mercancías, estableciendo á continuación un nuevo puesto. Las frutas isleñas saturaban el paseo con su perfume tropical: la banana impregnaba el ambiente con la esencia de su pulpa de miel. Algunos vendedores iban de un lado á otro ofreciendo hamacas de hilo ó grandes sillones de junco trenzado, enormes y majestuosos como tronos. No se podía caminar por el buque sin recibir empellones de la gente, golpes de sillas cambiadas de lugar, ó enredarse los pies en los montones de telas. Fernando se refugió en el final del paseo que daba sobre la proa, acodándose en la barandilla, junto al bombo y los instrumentos de cobre abandonados por los músicos.

Alzaba la isla en el fondo su escalonamiento de montañas volcánicas, con cuadriláteros de tierra cultivada moteados de blancas casitas. En la parte inferior, junto á la masa azul del mar, extendían las fortificaciones españolas sus viejos baluartes, rematados en los ángulos por garitas salientes de

piedra. La ciudad era de color rosa, y sobre ella se erguían los campanarios de varias iglesias con cúpulas de azulejos. Cuatro torres radiográficas marcaban en el espacio las líneas de su cuerpo casi inmaterial, dejando ver el cielo á través del férreo tramaje.

Más arriba de la ciudad, en una arruga de la montaña, ondeaba la bandera de un castillo moderno: un hotel elegante al que venían á respirar los tísicos septentrionales.

Entre el muelle y el trasatlántico, vió Ojeda un anchuroso espacio de bahía con gabarras chatas para el transporte del carbón abandonadas sobre su amarre y cabeceando en la soledad; vapores de diversas banderas, en torno de cuyos flancos agitábase el movimiento de la carga con chirridos de grúas y hormigueo de embarcaciones menores; veleros de carena verde, que parecían muertos, sin un hombre en la cubierta, tendiendo en el espacio los brazos esqueléticos de sus arboladuras. Rugidos de sirenas anunciaban una partida próxima y otros rugidos avisaban desde el fondo del horizonte inmediatas llegadas. Vió banderas belgas en lo alto de un mástil que iban á las desembocaduras del Congo; proas inglesas que venían del Cabo ó torcían el rumbo hacia las Antillas y el golfo de Méjico; buques de todas las nacionalidades que marchaban en línea recta hacia el Sur, en busca de las costas del Brasil y las repúblicas del Plata; cascos de cinco palos descansando en espera de órdenes, de vuelta de la China, el Indostán ó Australia; vapores de pabellón tricolor en ruta hacia los puertos africanos de la Francia colonial; goletas españolas dedicadas al cabotaje del archipiélago canario y las escalas de Marruecos.

La isla, risueña é indolente en mitad de la encrucijada de los grandes caminos que llevan

Africa y América, parecía contemplar impasible este movimiento de la navegación mundial, mientras proporcionaba por unas horas el alimento negro del carbón á los organismos humeantes, que llegaban y partían sin conocerla. Aparecía festoneada en su costa por una áspera flora de chumberas y pitas. Guardaba detrás de las volcánicas montañas de su litoral el secreto de sus ocultos valles tropicales. Escalaba el cielo con una sucesión de cumbres sobre las cuales flotaban las blancas vedijas de las nubes, y sobre esta masa de vellones dejaba surgir el pico del Teide, casquete cónico estriado de nieves, que era como la borla ó botón de este inmenso solideo de tierra emergido del Océano.

Alrededor del *Goethe* habíase establecido un pueblo flotante y movable que se deslizaba por sus flancos con acompañamiento de choques de proas, enredos de palas y continuos llamamientos á las hileras de cabezas curiosas asomadas á los diversos pisos del trasatlántico. Eran lanchas de remo, barcas de vela, pequeños vaporcitos, robustas gabarras con montones de carbón.

Filas de hombres blancos que parecían disfrazados de negros penetraban en el buque por las portas abiertas en sus dos costados, llevando al hombro grandes cestos que esparcían polvo de hulla. En las embarcaciones menores había mercaderes que, puestos de pie y agitados como polichinelas por las ondulaciones de la bahía, regateaban sus telas exóticas con la muchedumbre de tercera clase amontonada en las bordas á proa y á popa. De otras barcas cargadas con pirámides de frutas partían al vuelo en ruda trayectoria naranjas y racimos de bananas hacia las manos ávidas de los emigrantes, que retornaban monedas envueltas en papeles. La nacionalidad del buque influía en las transacciones comerciales, y los mercaderes de

acento andaluz lo vendían todo por *marcos* y por *pfenings*.

Canoas poco más grandes que artesas iban tripuladas por muchachos desnudos, de color de chocolate, relucientes con el agua que se escurría de sus miembros. Mientras uno bogaba moviendo unos remos cortos como paletas, otro, acurrucado en la popa por el frío de las continuas inmersiones, rugía á todo pulmón: «¡Caballero, eche dos marcos, y los alcanzo!» «¡Caballero, cinco marcos, y paso por debajo del buque!» «¡Caballero... caballero!» Era un griterío que emergía incesantemente á ras del agua; una continua apelación al «caballero» para que pusiese á prueba la agilidad natatoria de la pillería del puerto. Y cuando la pieza blanca caía en el abismo, el nadador iba á su alcance con la cabeza baja y las manos juntas en forma de proa, dejando la piragua balanceante detrás de sus pies con el impulso del salto. El cuerpo bronceado tomaba una claridad de marfil en el cristal verde de las aguas removidas. Se le veía agitar los miembros junto al casco de la nave, como unas tijeras blancas que se abrían y cerraban acompasadamente; hasta que, volviendo á la superficie con la moneda en la boca y echándose atrás el mechón húmedo que caía sobre su frente, ganaba la canoa con una agilidad de mono y volvía á temblar de frío, implorando á todo pulmón la generosidad del «caballero».

Ojeda, ocupado en seguir las evoluciones de los pequeños buzos, sintió de pronto que le tocaban en un hombro y alguien venía á acodarse en la barandilla junto á él.

—Pero ¿usted no ha querido bajar á tierra?...

Maltrana levantó los hombros. ¿Para qué?... Habían salido á primera hora algunos vaporcitos llenos de pasajeros: familias mareadas aún por el

balanceo de la noche y ávidas de asentar el pie en suelo firme; damas rubias que soñaban con excursiones al interior, olvidando que el buque sólo iba á detenerse el tiempo necesario para hacer carbón: unas cuatro horas. Hasta un señor alemán que todos llamaban «doktor», sin saber ciertamente el por qué de su título, le había preguntado, al enterarse de que Tenerife era isla española, si tendría tiempo para presenciar una corrida de toros. Y Maltrana reía pensando en la posibilidad de una corrida imaginaria, á las siete de la mañana, organizada á toda prisa para dar gusto al «doktor». Nadie le había invitado á bajar á tierra, y él deseaba evitarse gastos. El amigo Fernando estaba enterado del poco dinero con que emprendía su viaje. En fuerza de importunar á los amigos que tenía en los periódicos de Madrid, había podido conseguir un billete de favor, un pasaje de primera clase pagando lo que pagaban los de tercera.

—En justicia yo debía ir abajo, comiendo rancho con ese rebaño de judíos y cristianos, rusos, alemanes, turcos, españoles y... ¡demonios coronados!, pues aquí vienen gentes de todos los países. Pero soy lo que llaman un pobre de levita, y alguna vez había de servir para algo bueno la santa desigualdad social, base, según dicen, del orden y las buenas costumbres.

De contar con más tiempo para la visita del interior de la isla, no se habría quedado en el buque. ¿Pero para ver la ciudad y sus vecinos?... Bastantes españoles llevaba conocidos en España y sobradas veces había tenido que escribir de asuntos de las Canarias sin haberlas visto nunca. Ahora sólo le interesaban los países nuevos.

Y Maltrana añadió, mirando la isla:

—Esto es la portería de Europa. Le hallo cierta semejanza con los perros caseros que surgen al paso

de los que salen y los que entran. Cuando creemos estar en el Océano sin límites, aparece la isla ante el buque y lo detiene para husmearlo. Al que se va, le dice: «Anda con Dios, hijo, y no vuelvas por aquí si no traes dinero. Antes que te parta un rayo.» Y al americano que viene, lo saluda con amabilidad de portera: «Bien venido sea usted á la casa de su abuelita si trae plata que gastar...» No me interesa esta tierra, que es como el rabo de un mundo que dejamos atrás. Deseo verme cuanto antes en el otro hemisferio, á ver cómo pinta por allá la suerte. Soy lo mismo que esos enfermos que van de balneario en balneario, siempre con la esperanza de que en el próximo les espera la salud.

Todos en el buque deseaban llegar al término del viaje. Maltrana veía un signo de impaciencia en la rapidez con que los pasajeros cambiaban de vestido, creyendo haber avanzado considerablemente, cuando aún estaban cerca de Europa. Todavía era invierno; pero muchos, ilusionados por la marcha hacia el Sur, habían creído oportuno, al tocar en Tenerife, subir á cubierta con trajes de verano, gorras blancas ó sombreros de paja. Las señoras, que en los días anteriores iban por el buque con gruesos paletós hombrunos y envueltas en velos como odaliscas, mostraban ahora la rosada pulpa de su carne á través de los encajes de las blusas.

—Empieza para nosotros el verano—dijo Maltrana—, y con el verano las ilusiones. Los que venimos por vez primera camino de América, sentimos el mismo prejuicio de los sabios del tiempo de Colón, que afirmaban que sólo podía encontrarse oro allí donde hubiese negros é hiciera mucho calor... Al sentir que el sol nos quema con más fuerza que en Europa, creemos estar menos alejados de la fortuna.

Permanecieron los dos amigos largo rato en si-

lencio. Llegaban hasta ellos las ondulaciones del gentío al abrir círculo en torno de los vendedores que exhibían nuevas mercaderías. Ojeda se sintió molestado por esta confusión de gritos y empellones. «¿Si nos fuésemos arriba?...» Y por una de las escaleras que arrancaban de la cubierta de paseo, subieron al último piso del buque, llamado en el lenguaje de á bordo «cubierta de botes».

Nadie. Los ojos, habituados á la suavidad de los tabiques blancos del piso inferior, á su penumbra ligeramente azul, que le daba el aspecto de un paseo conventual, parpadeaban por exceso de luz en esta cubierta de arriba, donde vastos espacios quedaban á cielo libre, caldeándose las tablas bajo el fulgor solar. Algunos toldos extendían sombras rectangulares y negruzcas sobre el suelo amarillento.

Por primera vez subía Ojeda á esta cubierta. El frío los había retenido á todos abajo en los días anteriores. Sólo Maltrana, inquieto y curioso por las novedades de la navegación, había ido de un lado á otro, desde el puente del capitán á los profundos sollados, iniciando conversaciones, lo mismo en las salas de los pasajeros de primera clase que en los departamentos de proa y popa donde se hacinaban los emigrantes.

—Me gusta esta cubierta—dijo con entusiasmo— porque es el único lugar donde uno se entera de que va en un buque. Abajo, salones, comedores, majestuosas escaleras, camareros de corbata blanca, pasillos con habitaciones numeradas: un verdadero hotel. A no ser porque el piso se mueve de vez en cuando, creería uno vivir en un balneario de moda. Hay que levantarse del asiento, dar un paseo y asomarse á la barandilla para convencerse de que se está en el mar. Aquí no; aquí se siente uno marino; puede abarcarse por entero el redondel del Océano, que no termina nunca, y en el que siempre

ocupamos el centro, por más que avancemos. Mire usted, Ojeda, qué cosas tan majestuosas lleva en su cabeza el amigo *Goethe*.

Y con el orgullo de un descubridor, fué mostrando las maravillas de esta cubierta, por la que había paseado en los días anteriores, cuando el mar era de un tono lívido, el cielo plomizo y un viento cortante soplabá de proa á popa.

—Fíjese usted en la chimenea: esa torre amarilla y enorme, que vista de cerca casi da miedo. ¡El dinero que expele convertido en humo! Tiene algo de campanario, y abajo, en lo más profundo del buque, está el templo, el santuario del fuego, con sus altares inflamados que producen el vapor. ¿Eh? ¿qué le parece la imagen? Se la brindo para unos versos... Y con ser tan robusta la chimenea, mire cómo está aprisionada y sostenida por varios tirantes, para que no la tumbe el viento. Vea usted esos cuatro ventiladores que la rodean como si fuesen su pollada: cuatro trombones amarillos, con la boca roja, por los que podríamos colarnos los dos á la vez. Llevan el aire á las profundidades de las máquinas y los hornos. Digamos que son las ojivas que ventilan esta catedral de acero y hulla.

Luego, echando la cabeza atrás, remontaba su mirada hasta lo alto de los dos mástiles del buque.

—¿Distingue usted cuatro hilos que, sujetos á dos trastes, van de un palo á otro? Parecen un cordaje de guitarra y son la red de la telegrafía inalámbrica. Los hilos bajan á la casilla del telegrafista, y si se acerca usted oirá un chirrido semejante al de los huevos en aceite: algo así como si el empleado friese los despachos antes de servirlos al público... Y todas esas cajas enormes de cristales deslustrados, esas cúpulas alambradas, son claraboyas que dan luz á salones y escaleras. Vistas de abajo, brillan con dibujos de colores, mosaicos complicados,

escudos de naciones, y aquí arriba parecen estufas opacas como las de los invernáculos... Esta cubierta tiene sus habitantes; es un pueblo aparte, el barrio alto, la Acrópolis, donde viven los Arcontes que dirigen nuestra república movable. Mire usted á proa esa manzana de camarotes, con paredes blancas y zócalos grises. Allí están las viviendas del soberano comandante y sus ministros los oficiales. En torno de ellos, los camarotes de la gente rica, la aristocracia, que busca siempre la sombra de la autoridad. Sobre el techo, un pequeño paseo, la última toldilla del buque; en la parte delantera, el puente, algo así como el Ministerio del Interior, donde se vigila día y noche por el mantenimiento del orden; cerca de él, la oficina telegráfica, ó sea el Ministerio de Relaciones Exteriores. Insubordínesse usted, y sonará un pito en el puente que hará surgir por una escotilla, como diablos de teatro, cuatro rubios forzudos, con anclas azules tatuadas en los bíceps, que le llevarán á dormir en la barra... Que un peligro amenace la estabilidad de nuestro pequeño Estado, y el Poder Ejecutivo lanzará una circular eléctrica á las otras potencias que navegan invisibles, reclamando su pronta intervención.

Maltrana volvió los ojos hacia la popa, más allá de la chimenea y los ventiladores de las máquinas.

—Allí tiene la Acrópolis otra manzana de viviendas, pero sólo la habitan gentes ordinarias: algo así como las chozas villanescas que se alzaban lo mismo que verrugas ante las puertas de los castillos. Es nuestra Dirección General de Higiene: los lavaderos, el taller de planchado y el gimnasio, con un sinnúmero de aparatos movidos por la electricidad, invenciones diabólicas que le estiran á usted, le encogen, le rascan la espalda y le cosquillean como un rosario de hormigas.

—¡Cosa de ver el lavadero, amigo Ojeda!—conti-

nuó tras una pausa—. ¡Lástima que esté ahora cerrado! Hay unas máquinas con cilindros, lo mismo que rotativas de periódicos; sólo que en vez de largar pliegos impresos, sueltan camisas, sueltan pantalones, sueltan sábanas, montañas de ropa blanca enormes, como sólo se verían si desalojasen de golpe toda una calle de tiendas... El planchado aún es más interesante. Imagínese tres mozas rubias y metidas en carnes, la falda corta, y sobre ella una blusa larga rayada que deja al descubierto unos brazos de blancura germánica y una pechuga á lo Rubens. Ayer pasé con ellas la tarde, viendo cómo sudaban las pobrecitas dándole á las planchas eléctricas y cómo reían al oirme hablar horas enteras sin entender una palabra. Les largaba dicharachos de los nuestros, con algún que otro pellizco para apreciar la dureza de sus blusas. ¡Cuestión de pasar el rato! Y ellas abrían los ojos y se sonrojaban diciendo: «*Ia... Ia...*» Le he de llevar á usted mañana, cuando no nos vean. Yo le presentaré: no tenga usted miedo. ¡Si soy lo más amigo!...

Luego, Isidro se fijó en los costados de la cubierta, donde estaban pendientes de sus pescantes de acero dos filas de botes.

—Hermosas balleneras de madera pulida y lustrosa como el piso de un salón. En cada una de ellas podemos meternos cincuenta personas; y el mástil, la vela, los remos, todo lo necesario, está guardado en su vientre, bajo la caperuza de lona que lo cubre. Cuando nos acerquemos al término del viaje descansarán dentro del buque, amarradas entre esas cuñas que hay en el suelo; durante la navegación van suspendidas afuera, prontas á ser echadas al agua en caso de peligro... ¿Y ese bosque de trombones amarillos con boca roja que surge por todos lados, como gargantas de dragón? Son tentáculos que el vientre del buque echa en el espacio

para cazar oxígeno, trompas de acero que con el impulso de la marcha van chupando vida... No extrañe, Ojeda, que me ponga lírico. Yo no he viajado, como usted. Todo es nuevo para este pobrete que pasó su vida rodando por casas de huéspedes de las más baratas, y en cuanto á buques, no ha visto otros que las barquillas del estanque del Retiro... Y esto es grande, ¡muy grande!

Calló un instante, como si concentrase su pensamiento para apreciar mejor tanta grandeza, y luego continuó:

—Lo que nos rodea aún es más enorme. Se sabe por los libros que el mar es inmenso; pero la inmensidad en la lectura no es mas que una palabra. Hay que colocarse en ella, sentir el extravío de la imaginación ante el espacio sin límites, hacer comparaciones... Ayer me paseaba yo por el buque. Para recorrer la cubierta de abajo, que sólo ocupa el centro, necesitaba doscientos pasos; unas cuantas vueltas, y se siente uno fatigado como después de una marcha. Grandes salones, un café igual á los de las ciudades, comedores en los que caben cientos de personas, largos y complicados pasillos, lo mismo que en los hoteles, dormitorios de alta numeración, almacenes, músicas, y la gente formando clases separadas, estableciendo divisiones sociales, lo mismo que si estuviéramos en tierra. ¡Qué enorme! ¡todo qué enorme!... Y esto mirando solamente los barrios privilegiados, el castillo central del buque, con sus recovecos, escaleras, baños, gabinetes de aseo y tubos de calor y de frío. La blancura de la luz eléctrica surge en todo rincón donde puede aglomerarse un poco de sombra; el agua mana de los grifos cada tres metros para una minuciosa limpieza; las alfombras mullidas amortiguan los pasos; un olor higiénico de droguería esparce perfumes desinfectantes allí donde las tristes necesidades humanas

se desembarazan de su suciedad. Esto es un palacio encantado.

Siguió Isidro la descripción del buque. Había que contar además los barrios populares de proa y de popa; las aglomeraciones de emigrantes, que comen y beben con más abundancia tal vez que en su tierra, y cantan y sueñan porque van hacia la esperanza. Y bajo de ellos, máquinas que encadenan y obligan á trabajar á las fuerzas misteriosas y malignas; almacenes de víveres como los de una ciudad que se prepara á ser sitiada; depósitos de mercaderías, fardos de telas, maquinarias agrícolas, artículos de construcción, riquezas de la moda; todo lo que necesitan los pueblos jóvenes para el desarrollo de su adelanto vertiginoso. Y esta grandeza de hotel monstruo, de caravanserrallo, de pueblo flotante, infundía á todos los pasajeros un sentimiento de seguridad, como si estuviesen en tierra firme. ¿Quién podría destruir los gruesos muros de acero, las ventanas sólidas, los muebles pesados, las maquinarias de arrolladores latidos? Nada importaba que el suelo se moviese; esto no podía disminuir su confianza: era un incidente nada más. Vivían de espaldas al Océano y sólo tenían ojos para los grandes inventos de los hombres. Todos acababan por olvidar el abismo que estaba debajo de sus pies y hacían la misma vida que en tierra. Únicamente cuando en sus paseos llegaban á la proa ó la popa y se encontraban con el mar inmenso, sentían la impresión del que despierta tendido junto á un precipicio. ¡Nada! Nada más que un azul intenso hasta la raya del horizonte y un azul más claro en el cielo. Algunas veces, allá en el fondo, un punto negro casi imperceptible, un jironcito tenue de vapor, un buque igual al otro, tal vez más grande...

—Y sin embargo—continuó Maltrana—, con menos valor que una hormiga en medio de las llanuras

de la Mancha... Las máquinas, los salones, las murallas de acero, nada, absolutamente nada ante la inmensidad del majestuoso azul. Un simple bostezo suyo, y se nos sorbe... Y para evitarnos esta mala impresión, cesamos de mirar el Océano y nos metemos buque adentro, á oír música en los salones, á tomar cerveza en el café, á escuchar chismorreos de los que parece que depende la suerte del planeta. ¡Qué animal tan interesante el hombre, amigo Ojeda!... Como bestia de razón, conoce la enormidad del peligro mejor que las otras bestias; pero vive alegre porque dispone del olvido, y tiene además la certeza de que existe una Providencia sin otra ocupación que velar por él.

Contemplando otra vez las enormes proporciones del buque, pareció arrepentirse de sus palabras.

—A pesar de la grandeza del mar, esto también es grande. Nuestras apreciaciones son siempre relativas; nunca nos falta un motivo de comparación con algo mayor para humillar nuestra soberbia. La tierra es grande, y los hombres, para perpetuar su recuerdo en ella, llevan miles de años degollándose, inventando nuevas maneras de entenderse con los dioses ó escribiendo en tablas, pergaminos y papeles para que su nombre quede con unas cuantas líneas en el libraco que llaman Historia... Y la tal tierra es en el mar del espacio menos, mucho menos que el *Goethe* en medio del Océano; menos que un grano de carbón perdido en las tres mil toneladas de hulla que pasan por sus carboneras. Más allá del forro de la atmósfera nos ignoran, no existimos. Y planetas cien veces, mil veces más grandes que la tierra, son ante la inmensidad una porquería como nosotros; y el padre sol, que nos mantiene tirantes de su rienda, y al que bastaría un leve avance de su *coramvobis* de fuego para hacernos cenizas, no es mas que un pobre diablo, uno de tantos bohemios

de la inmensidad, que á su vez contempla otro planeta reconociéndolo por su señor... Y así hasta no acabar nunca.

Calló Isidro unos instantes, como si reflexionase, y luego añadió:

—Pero todo es igualmente relativo si miramos hacia abajo. A este *Goethe* se lo puede tragar una tempestad, conforme; pero con su panza de acero y su triple quilla, es como una isla en medio de estos mares que hace menos de un siglo se llevaban lo mismo que plumas á las fragatas y bergantines en que fueron á América los ascendientes de los millonarios actuales. El buen Pinzón, arreglador de las famosas carabelas, se santiguaría con un asombro de marino devoto si resucitase en este buque y viese sus brujerías. Y él y los grandes navegantes de su tiempo, que avanzaron con los ojos en la brújula, podían reirse á su vez de los nautas fenicios, griegos y cartagineses, que no osaban perder de vista las montañas. Y éstos, indudablemente, debieron mirar con lástima á los hombres desnudos y negros que en las costas africanas salían al encuentro de sus trirremes sobre canoas de cueros ó de cortezas. Y el primero que á fuerza de hacha y de fuego vació el tronco de un árbol y se echó al agua en él, fué un semidiós para los infelices que habían de pasar ríos y estuarios nadando como anguilas... Miremos siempre abajo, amigo Ojeda, para tranquilidad nuestra, y digamos que el *Goethe* es un gran buque y que en él se vive perfectamente. Entendamos la existencia como una respetable señora que anoche, cuando más se movía el buque y en esta última cubierta había una obscuridad que metía miedo, chillando el viento como mil legiones de demonios, se escandalizaba de que muchos hombres fuesen al comedor sin *smoking* y las artistas alemanas fumasen cigarrillos en el invernáculo.

Ojeda se complacía en escuchar la facundia exuberante de su amigo. Las novedades de aquella vida marítima le infundían una movilidad infatigable.

—Es usted el duende del buque—dijo—. En pocos días lo ha corrido por completo, y no hay rincón que no conozca ni secreto que se le escape.

Maltrana se excusó modestamente. Aún le faltaba ver mucho, pero acabaría por enterarse de todo: luengos días de navegación quedaban por delante. En cuanto á los pasajeros, pocos había que él no conociese. Luchaba en algunos con la falta de medios de expresión; ciertas mujeres sólo hablaban alemán, pero en fuerza de sonrisas y manoteos, él acabaría por hacerse comprender. De los que podían entenderle en español ó francés—que eran la mayor parte—se tenía por amigo, pero amigo íntimo. Y Ojeda sonrió al oírle hablar con entusiasmo de esta intimidad que databa de tres días.

—Conozco el buque mejor que la casa de doña Margarita, mi patrona, donde he vivido ocho años. Puedo describirlo sin miedo á equivocarme. Este hotel movable tiene diez pisos. Los tres últimos, los más profundos, están cerrados. Son las bodegas de transporte, donde se amontonan fardos voluminosos, pedazos de maquinaria metidos en cajones que bajan las grúas por las escotillas y se alinean como los libros de una biblioteca. Todas estas mercaderías ocupan dos secciones del buque á proa y á popa, y en medio se halla el departamento de máquinas. La luz eléctrica se encarga de iluminar este mundo que puede llamarse submarino, pues se halla más abajo de la línea de flotación. Los ventiladores que remontan sus bocas hasta aquí son sus pulmones... Luego viene lo que llaman cubierta principal, con los dormitorios de la gente de tercera: á proa unos cuatrocientos, á popa muchos más; y entre ellos los

almacenes de ropa del servicio del buque y los depósitos de equipajes, la cámara acorazada para guardar paquetes y muestras, los camarotes del bajo personal, las cámaras frigoríficas, que son enormes y guardan gran parte de nuestra alimentación, y el depósito de la correspondencia, un almacén repleto de sacos que contienen... ¡quién puede saberlo! noticias de vida y de muerte (como diría usted en sus versos), riquezas, juramentos de amor, el alma de todo un continente que va al encuentro de otro continente...

Se detuvo un momento para añadir con expresión de misterio:

—Y además hay el cuarto del tesoro. Ahí no he entrado yo, amigo Ojeda. Es un cuarto blindado en el que no penetra ni el comandante. Un oficial responsable guarda la llave. Pero he estado en la puerta, y le confieso que sentí cierta emoción. ¿Sabe usted cuánto dinero llevamos bajo de nuestros pies? Quince millones; pero no en papelotes sino en oro acuñado y reluciente, en libras esterlinas y monedas de veinte marcos. Los embarcamos en dos remesas en Hamburgo y Southampton: es el dinero que los Bancos de Europa envían á los de la Argentina para hacer préstamos á los agricultores ahora que se preparan á recoger las cosechas. Y en todos los viajes de ida ó vuelta nunca va de vacío el tal tesoro. Me han contado que los millones están en cajas de acero forradas de madera y con precintos, de lo más monas: quince kilos cada una; ochenta mil libras apiladitas en el interior. Diga, Fernando, ¿no le tienta á usted esta vecindad? ¿No le conmueve?...

Ojeda hizo un movimiento de hombros, como para indicar la inutilidad de una respuesta.

—Con mucho menos que tuviéramos—continuó Maltrana—, usted no se vería obligado á meters

en aventuras de colonización y yo viviría hecho un personaje. ¡Lástima que no estemos en los tiempos heroicos y románticos, cuando Lord Byron y Espronceda cantaban el pirata! Sublevábamos usted y yo á la gente de tercera, echábamos al mar al capitán y á todos los tripulantes, desembarcábamos en una isla á los pasajeros serios, destapábamos los miles de botellas y toneles que hay en los almacenes, y nos íbamos... ya se vería adónde, con todas las mozas rubias, polacas y vienesas de la compañía de opereta que viene abajo. Por supuesto que usted y yo dormiríamos en el cuarto del tesoro, sobre esas cajas interesantes. ¿Qué le parece la idea?..

—Hombre, me gusta—dijo Fernando riendo—. Es todo un programa; reflexionaré sobre ello.

—Pero los tiempos presentes no son de acciones grandes—añadió Maltrana—, y los héroes tienen que expatriarse, para remover terrones ó lustrar zapatos, al otro lado del Océano... No pensemos en ser superhombres gloriosos; seamos mediocres y continuemos nuestra descripción... Sobre la cubierta principal está la que llaman cubierta superior. En la proa y la popa alojamientos de marineros, hospitales, almacenes de útiles de navegación, cocinas para los emigrantes, y entre ambos extremos, camarotes y más camarotes para la gente de primera clase, peluquerías, baños y gabinetes de aseo por todos lados. Y aquí termina el verdadero casco del buque, lo que puede llamarse el vaso navegante, la construcción igual y uniforme de una punta á otra, sin desigualdades en la cubierta.

Quedó perplejo Isidro, como si le ocurriese un pensamiento nuevo.

—No sé si habrá notado lo que yo, amigo Ojeda; pero apenas subí á este trasatlántico me fijé en una particularidad, tal vez por mi desconocimiento de

la navegación actual y por la costumbre de ver barcos antiguos en los libros. En otros tiempos, cuando se navegaba batallando, el hombre colocó torres en los dos extremos de la nave y quedaron establecidos los castillos de proa y de popa. En el de delante iban los combatientes; en el centro, bajo é indefenso, la chusma; en la popa, el jefe y su séquito. Al venir tiempos de paz y seguridad, los progresos de la arquitectura naval fueron rebajando los castillos esculpidos como altares, con mascarones, tritones y ondinas; pero la popa continuó siendo el lugar de honor, el aposento de los privilegiados. Y tal es la fuerza de la rutina, que, hasta hace pocos años, en los buques de vapor el sitio de preferencia era la popa, sobre la hélice que lo hace temblar todo y donde es más violento el balanceo. Sólo ayer, como quien dice, se han enterado de que en una nave en movimiento el punto medio es el que menos oscila, y los antiguos castillos de proa y de popa se han corrido uno hacia otro, juntándose en el centro, que es para el pasajero el lugar de mayor estabilidad. Ahora los buques parecen montañas vistos desde lejos; antes eran monstruos de dos cabezas unidas por un cuerpo casi á flor de agua... Desde lo alto de esta cubierta central no adivinamos siquiera la existencia de la popa y de la proa, que están tres pisos por debajo de nosotros. El castillo central es un mundo aparte. Las gentes viven en sus compartimientos sin enterarse de lo que pasa en el resto de la embarcación. Tal vez sea yo el único que salga de él en todo el viaje. Los privilegiados encuentran satisfechas sus necesidades sin abandonar este barrio lujoso, y ni por curiosidad bajan las escaleras que conducen á los barrios pobres... Pero hay que reconocer que en éstos el vecindario es sucio y hay en ellos un hedor de rancho agrío.

Maltrana hizo un movimiento de hombros, como indicando que iba á terminar su descripción.

—Lo demás ya lo conoce usted, pues pertenece al radio en que nos movemos. La cubierta llamada de salón, porque en el lado de proa tiene el salón-comedor, y después de él los camarotes de lujo, y las cocinas de las gentes de primera, con la repostería, la panadería, las bodegas y frigoríficos para el servicio diario. Yo voy siempre después de media noche á echar una ojeada á la cocina. Espectáculo interesante ver cómo sacan el pan de los hornos: ¡un perfume succulento! Una noche vendrá usted conmigo... Sobre esta cubierta está la que llaman de paseo, con el salón de música y el jardín de invierno; más allá, el comedor de los niños y los domésticos particulares de los pasajeros; y en la parte que mira á popa, el *fumoir*, ó mejor para nosotros, el «café», que parece uno de los establecimientos de su clase en tierra firme. Sobre la cubierta de paseo, la de los botes, en la que estamos ahora; y más por encima, esa toldilla que sirve de techumbre á los camarotes del alto personal del buque y tiene en la parte delantera el puente, con su cuarto de derrota para el oficial de guardia y su depósito de cartas de navegación.

Calló Isidro, como si ya no encontrase nada que contar; pero luego añadió sonriente:

—Y todavía hay alguien que vive más arriba de esta montaña de pisos: el muecín del buque, el vigía ó serviola que va de noche en lo que llaman el «nido». El tal nido es esa especie de púlpito de acero en el que sólo cabe una persona y que está adosado al palo trinquete. De noche, cuando la campana del puente marca el paso de cada media hora, el vigía contesta allá arriba con otra campana y grita á través de la bocina unas palabras que, en la obscuridad, parece que vienen de las nubes. Es un bra-

mido en alemán como los que suelta el dragón que mata Sigfrido en la selva. Anoche me explicaron lo que dice el serviola al oficial del puente. «Sin novedad; todas las luces van encendidas.» Las luces son las de posición del buque. Y si calla, porque se duerme, va á terminar el sueño amarrado á la barra.

—Todo eso lo sé; yo he navegado algo...—dijo Ojeda—. Pero más que el buque me interesa los que van en él. Usted, en su calidad de duende, debe conocerlos á todos.

Isidro levantó la cabeza con orgullo. ¡A todos, sí señor! No había en el barco pasajero mejor relacionado que él. Por las mañanas abordaba á los primeros que subían á la cubierta. «Buenos días, señor. ¿Qué tal la noche?» Había gentes afectuosas que le contestaban con agradecimiento, entablando amistosa conversación, como si se conociesen de larga fecha; otros, recelosos y huraños, respondían con gruñidos y continuaban su paseo. Las familias argentinas habían acogido al principio su desbordante familiaridad con una extrañeza altiva. ¡Viajan tantos aventureros hacia su país!... Pero al notar que no era *gringo*, sino *gallego* puro, se ablandaban, mostrándose más comunicativas, como si encontrasen algo en él que les hacía recordar á sus ascendientes. Algunas niñas hasta le habían preguntado si era amigo del rey y en qué época del año se daban los bailes de corte... Con los que no podían entenderle se expresaba en fuerza de cortesías y guiños, que provocaban risas comunicativas. Las artistas de opereta prorrumpían, al verlo, en carcajadas y frases incomprensibles.

—Aunque parezca inmodestia, debo declarar que aquí he caído de pie. Soy de lo más simpático á estas gentes; si presentase mi candidatura para algo, ni uno solo me negaría el voto. Todos amigos... ¡Y qué mezcla! Vienen ricos de fortuna in-

discutible, como ese doctor y su inmensa tribu que hicieron el viaje con nosotros desde Madrid; la viuda de Moruzaga, otra argentina, con sus cinco hijas, unas niñas modositas y simpáticas que recitan monólogos en francés, se entienden entre ellas en inglés, y á veces, por condescendencia, hablan conmigo en castellano; y con ellos otros propietarios de menos brillo, pero igualmente sólidos, que vuelven á sus estancias del interior. ¡Gentes interesantes y buenas! Yo las venero. Si pusieran de dos en dos sus vacas y ovejas, de seguro que llegarían de aquí á Buenos Aires; si colocasen en fila las gavillas de trigo que cosechan al año, podría formarse con ellas un cinturón que abarcase el globo terráqueo.

Como Ojeda acogía con sonrisas estas hipérbolas, su amigo pareció amoscarse.

—Sí señor; así es, y no rebajo nada. Da orgullo tener amigos como éstos... Viene también un archimillonario, un *gringo*, que es rey no sé de qué; creo que del carbón en el puerto de Buenos Aires, ó del lino, ó del maíz; no lo recuerdo. Los demás ricos se alejan de él porque no es de su clase, porque aún queda memoria de cuando iba con zapatones de clavos y comía *polenta* en las tabernas del muelle. Es un fundador de dinastía; un Bonaparte que lucha por hacerse reconocer de las otras familias ennoblecidas por la tradición. Sus nietos serán gentes distinguidas, pero él paga su triunfo aguantando murmuraciones y desprecios. Me alegro de que lo traten mal. ¡Hombre más orgulloso! Apenas me contesta cuando lo saludo; parece que tenga miedo de que le pida algo. Su mujer, más joven que él, es una especie de cocinera frescachona, en la que usted seguramente se habrá fijado. Yo creo que no se despoja ni para dormir del uniforme de su riqueza: á las siete de la mañana ya está en la cubierta

con un collar de perlas, tamañas como huevos de gorrión, y tan escandalosamente llamativas, que cualquiera, á no conocer su fortuna, las creería falsas... Y para completar la cuadrilla de los ricos vienen tres compatriotas nuestros, dos de Buenos Aires y uno de Montevideo, antiguos tenderos que llevan cuarenta años en América... Excelentes personas; honradotes, campechanos y un poco burdos. Me regalan buenos consejos, no me prestarían cinco duros si se los pidiese, y dejan que pague yo cuando tomamos algo. Se los presentaré un día de estos. Empiezan invariablemente sus sermones morales de un modo que inspira entusiasmo. «Ustedes los periodistas, que son medio locos...» «Usted, que no hará nada en América porque es hombre de pluma...» Y todos ellos convienen en que para hacer camino hay que haberse educado detrás de un mostrador, iniciándose en el sublime arte de vender por cincuenta lo que vale diez y gastando sólo dos de los cuarenta de ganancia.

Reflexionó Maltrana un buen rato para reunir sus recuerdos.

—De los ricos de América creo haber terminado la lista. Pero aún viene gente más interesante. Un obispo italiano que viaja á expensas de una familia acomodada. Son gentes establecidas de antiguo en un barrio de allá que llaman la Boca. Lo traen á todo gasto, para enseñarlo á sus amigos y conocidos y decirles: «No crean que somos cualquiera cosa en nuestro país. Miren este Monseñor, que es pariente nuestro.» Y lo rodean con veneración, como si fuese la bandera de la familia; lo llevan del brazo, «Monseñor, por aquí», «Monseñor, por allá»; y el pobre jornalero eclesiástico llegado á obispo parece un sonámbulo, aturdido por tantos cuidados y honores. Yo creo que le obligan todas las noches á que se ponga la cruz de oro sobre el

pecho para entrar en el comedor, y si se olvida le riñen... Viene otro cura, un abate francés de barbas luengas, con aire de marino, que ha sido contratado para dar conferencias católicas en un teatro de Buenos Aires. Iniciativa de las señoras argentinas residentes en París, que desean borrar el sabor de impiedad que han dejado otros oradores viajeros. Y también tenemos un conferencista de temas sociológicos, que creo es italiano. Hay para todos los gustos... Y cinco ó seis cocotas francesas, que van allá por sexta vez porque han recibido buenas noticias de la cosecha, y son las personas más tranquilas, calladas y modositas de á bordo; y todo el rebaño de cabras rubias y locas de la compañía de opereta; y un sinnúmero de comisionistas de modas y joyería, machos y hembras; y unas dos docenas de comerciantes alemanes establecidos en América, cuadrados, bonachones, calmosos, pero que sacan unas uñas de tigre cuando hablan de negocios... y judíos, muchos judíos. Según he leído, en el primer viaje de Colón ya se embarcaron dos en las carabelas, y desde entonces no han cesado de ir. En el Nuevo Mundo sólo hay preocupaciones de raza para el negro, y como nadie se fija en los judíos, éstos pierden el rencor que inspira la persecución y acaban por confundirse con los demás... A propósito; también viene un banquero de París, un señor condecorado, de barbas rojas y largas, que usted habrá visto por las mañanas en el paseo con las piernas envueltas en una piel y estudiando mamotretos llenos de cifras. Va al Brasil por sus negocios. Su mujer ostenta á todas horas un collar enorme de perlas; pero son menores que las de la esposa del *gringo*, y esto hace que las dos se miren con el rabillo del ojo, apretando los labios...

Vaciló un momento para reconstituir en su memoria la lista de los ausentes.

—Hay también unos americanos del Norte, en los que habrá usted reparado por el ruido que mueven. Van afeitados, con pantalones anchos y un botón en la solapa, insignia de no sé qué Sociedad de su país. A todas horas destapan champaña en el fumadero; piden la caja de cigarros, y meten la mano para abarcar muchos de una vez, cantan á gritos y son el tormento de los músicos, pues siempre están exigiendo que toquen: ¡*Miusic!* ¡*Miusic!*... Viene también sola una dama yanqui, alta, buena moza. Su marido la espera en Río Janeiro; tiene no sé qué negocios en el interior del Brasil... Y varias muchachas alemanas que van á casarse en América sin conocer á sus novios. El matrimonio, según parece, se arregla por cartas y retratos. El colono ó el mecánico que llega á establecerse en los pueblos de la Argentina ó las selvas brasileñas envía una carta á su pueblo: «Remítanme una muchacha de estas y las otras condiciones. Ahí van tres mil marcos para ropa y el pasaje.» Y la muchacha se embarca sin conocer al futuro esposo mas que en un busto fotográfico, y su única preocupación es que al verle resulte de buena estatura... Hay también... Pero aquí, amigo Ojeda, no sé qué decir.

Pareció dudar Maltrana, y al fin añadió:

—Hay una señorita que va con sus padres, la gentil Nélide, mezcla de caracteres y sangres que desorienta al más listo, y le confieso que me da mucho que pensar. Su padre es alemán, su madre de una de las repúblicas del Pacífico; ella nació en la Argentina, pero desde los nueve años ha vivido en Berlín. Es esa muchacha que usted habrá visto en el paseo acompañada siempre de hombres; muy alta, esbelta, con la falda corta, tan ceñida, que no puede dar un paso sin que la tela moldee todo su cuerpo. Lleva el pelo cortado como una melena de paje, lo mismo que las cupletistas... Yo no he cono-

cido hasta ahora pájaros de esta especie. Allá en Madrid la gente es de menos complicaciones... Tenemos también unos cuantos muchachos bien trajeados, de vaga nacionalidad, que hablan con soltura diversos idiomas. No los he calado bien. Pueden ser comisionistas de comercio que fingen aires de personaje, barones arruinados en busca de una americana rica, ó ladrones elegantes como los de las novelas. ¡Vaya usted á saber!... Pero aquí termina mi relato por ahora. Ya vuelve la gente de tierra. Vamos abajo á oír sus impresiones de Tenerife.

En la cubierta de paseo continuaba la bulliciosa feria. Los pasajeros habían terminado sus compras, y eran ahora las camareras del buque y los *stewards* los que aprovechaban los últimos momentos para hacer sus adquisiciones con mayor baratura. En el viaje de regreso el *Goethe* no tocaba en Tenerife para hacer carbón, y ellos, con el pensamiento puesto en Hamburgo, compraban vistosas telas, pañuelos y manteles, para hacer regalos á los que les esperaban allá.

Maltrana se detuvo junto á un indostánico que regateaba con una joven. Estaba ella en el quicio de una puerta, temerosa de dejarse ver á la luz del sol y mostrando al mismo tiempo su casi desnudez, cubierta con un simple kimono rosa que transparentaba el contorno de su cuerpo. Los brazos y parte del pecho delataban la frescura de un baño reciente. Se había levantado tarde y acababa de subir á toda prisa á la cubierta para hacer sus compras antes de que se marchasen los vendedores. El hombre cobrizo ensalzaba la riqueza de una túnica azul con ramajes y pájaros blancos que ella tenía entre sus manos.

—Me pide dos libras, ¿qué le parece?—dijo la joven sonriendo á Maltrana, mientras éste daba con el codo á su compañero.

Ojeda adivinó por esta señal que era Nélide. Ella le miró sonriente, con la misma sonrisa que dedicaba á todos los hombres. Por primera vez se fijaba en él. Fernando la vió más alta, más joven que Teri, pero con un aspecto vulgar y atrevido que le fué antipático. Sólo sus ojos de pupilas de ámbar que tomaban con la luz un reflejo de oro, le recordaron ¡ay! los otros. Tal vez no eran iguales; pero él los llevaba abiertos y brillantes en su imaginación, y la más leve semejanza le hacía creer en una identidad completa.

—Me quedo con esto—dijo Nélide mirando amorosamente la asiática vestidura—. Pero no tengo dinero: habrá que pedir las dos libras á mamá... ¿No han visto ustedes á mamá?

Y sin aguardar respuesta, desapareció escalera abajo entre el revoloteo de la tela rosa, semejante á tenue nube, que transparentaba la firme silueta de su cuerpo desnudo.

Aparecieron en el paseo los excursionistas llegados de tierra. Pegábanse á los flancos del trasatlántico las lanchas de vapor para devolverle su cargamento humano. Las mujeres, llevando grandes ramos de flores, corrían hacia sus camarotes ó charlaban con las amigas que se habían quedado en el buque, lo mismo que si regresasen de una larga expedición. «¡Venían de España! ¡ya conocían España! Un país más que añadir á sus relatos de viajes.»

Los hombres, con anchos sombreros empolvados, los gemelos pendientes de un hombro y empuñando todavía el bastón de paseo, hablaban solemnemente de su viaje. Para muchos, era el primer suelo que habían pisado después de su salida de Hamburgo ó de París. El buque se había detenido muy poco en Vigo y en Lisboa. Comentaban á coro el atraso y la pereza de aquella tierra. Todas las

lecturas antiguas sobre España, todos los prejuicios y errores tradicionales, reaparecían de golpe con sólo un paseo de dos horas por una isla de Africa. El «doktor» alemán que pedía una corrida de toros á las siete de la mañana, alardeaba de sus conocimientos hispánicos llamando «cuadrilleros» á todos los que habia encontrado en tierra vistiendo uniforme militar. También hablaba de familiares de la Inquisición, recordando á los curas gordos y morenos que salían de la iglesia, en busca del casero chocolate, luego de decir su misa.

Se lamentaba un joven belga, al que muchos llamaban «barón», de las calles en cuesta y de los coches. ¡Ni un solo automóvil!... Las mujeres, asomadas á las ventanas como odaliscas.

—Y pensar—dijo Ojeda á su amigo—que tal vez alguno de éstos escribirá un artículo titulado «Mi viaje á España».

Un hombre subido de color, con vistosa corbata y pantalones recogidos á la inglesa, esforzaba su acento lento y meloso para expresar indignación.

—¡No me diga!... ¡Valiente zoquete fuí en bajar! Cuatro veces he ido á Europa, y nunca he querido conoser la España. Ahí no hay adelantos: ahí no hay nada. A mí deme usted la Inglaterra... Ojalá nos hubiesen descubierto los ingleses. Yo estoy por la sivilisación, ¿sabe, amigo?... Mucha sivilisación.

Maltrana sonrió, al mismo tiempo que lo mostraba á su amigo.

—Ese que habla es Pérez... Pérez de no sé qué republiquita de las que dan cara al Pacífico. Me han dicho que en su país para ser algo hay que probar que se descende de ocho abuelos indios y media docena de negros. El blanco queda abajo. Desde la bendita independendencia no han podido rascarse con tranquilidad. Todos los años corren á un presidente,

y de vez en cuando fusilan al que alcanzan y quemán el cadáver para que no deje semilla. Y «yo estoy por la sivilisación, ¿sabe, amigo?...» Vámonos allá para no oírle.

Se sentaron en el extremo del paseo que daba sobre la proa, entre las ventanas del salón y una gran vidriera desde la cual se abarcaba toda la parte anterior del buque. En el castillo de proa algunos marineros empezaban los preparativos para levar el ancla. Oficiales y contramaestres recorrían la cubierta empujando á los vendedores, haciéndoles cerrar á toda prisa sus fardos, cortando bruscamente la tenacidad de los últimos regateos. Deslizábanse los paquetes colgando de cuerdas desde las bordas á los botes que cabeceaban en torno de la escala. Los nadadores lanzaron sus últimos gritos: «Caballero, un marco. Eche un marco, caballero, que se va el vapor.»

—Confieso, amigo Ojeda—dijo Maltrana—, que siento la emoción del que se ve ante la boca negra de una caverna y se pregunta: «¿Qué habrá dentro?...» Aquí, la caverna es azul y luminosa, pero la inquietud no por esto resulta menor... ¿Qué voy á encontrar más allá de esta isla? ¿Cuándo volveremos por aquí? Afortunadamente, contamos con el apoyo de la esperanza... la esperanza buena y equitativa para todos, pues á todos los que vamos en este cascarón nos asiste por igual... Yo hago este viaje por ganar dinero, por el ansia de saber qué es eso de la riqueza; y no lo hago sólo por mí. Tengo un hijo (1), y aunque uno se ría de ciertos burgueses que justifican sus malas acciones y sus latrocinios con la cualidad de padres de familia, crea usted que esto de la paternidad nos impulsa á grandes cosas y nos hace valerosos como héroes... Usted también

(1) Véase *La horda*.

va allá por el ansia de dinero. Un hombre de su clase, que tiene lo que usted tenía en Madrid (¡yo lo sé todo!), no cambia de vida sin un motivo poderoso.

—Yo...—dijo Fernando con perplejidad—sí... por el dinero, como usted... Y ¡quién sabe! Tal vez por algo que no es la riqueza; por otros deseos menos explicables.

Había reflexionado mucho durante la noche anterior, y ahondando en sus decisiones, encontraba en ellas motivos inconscientes, no sospechados hasta entonces, que le hacían avanzar con un empujón tan rudo como el deseo de riqueza. Parecía cantar en sus oídos la poética romanza de Heine, en la que describe cómo el caballero Tannhauser se arrancó de los brazos de Venus por solo el gusto de conocer de nuevo el dolor humano. «¡Oh Venus, mi bella dama! Los vinos exquisitos y los tiernos besos tienen ahito mi corazón. Siento sed de sufrimientos. Hemos bromeado mucho, hemos reído demasiado: las lágrimas me dan ahora envidia, y es de espinas y no de rosas que quiero ver coronada mi cabeza...» El hombre vive en eterno descontento. Tal vez huya él también, como el poeta amante de la diosa, por hartura de felicidad y sed de dolores.

De pronto, junto á ellos, rompió á tocar la banda de música una marcha triunfal. El techo del paseo y los gruesos cristales del mirador temblaron con el rugido armonioso de los cobres.

—Ya zarpa el buque—dijo Maltrana levantándose de un salto—. Mire usted cómo se va moviendo la isla. ¡Nos vamos! ¡nos vamos!... Eso que toca la música es magnífico; jamás he oído nada tan solemne; es el saludo á la esperanza, la gran marcha triunfal de la ilusión.

Y como poseído de un irresistible deseo de movilidad, huyó de su amigo.

¡La esperanza!... Ojeda, sin abandonar su asiento, tornó á verse lejos, muy lejos, como en la tarde anterior. Estaba en París, y María Teresa volvía de una excursión á las tiendas de modas. Esta vez era un libro su única compra. Lo había adquirido en los almacenes del Louvre, entusiasmada por su baratura y hermosa encuadernación. ¡Adorable Teri! ¡Siempre mujer! Ella, á la que concedía Fernando más talento que á muchas hembras literarias, compraba sus libros en las tiendas de modas entre una pieza de encajes y una docena de guantes.

Era una traducción francesa de las tragedias de Esquilo. En días sucesivos leyeron con las cabezas juntas, como los amantes adúlteros del poema dantesco. «¡Qué hermoso!—exclamaba ella—. ¿Y dices que esto tiene miles de años? ¡Si es de lo más moderno! ¡Si parece de ahora!...» Llevada de su caprichosa imaginación, lamentaba que las palabras nobles y melancólicas de Prometeo no fuesen acompañadas de música. «Una música de Wágner, ¿me entiendes? de nuestro amado don Ricardo... O mejor de Beethoven: algo así como la *Novena sinfonía*.» Fernando recordaba la escena que los había hecho comulgar á los dos en el estremecimiento de la admiración. Prometeo está encadenado á la roca, y en torno de él, chapoteando en las olas, las clementes Oceánidas, las ninfas del mar, se apiadan del suplicio del héroe. «¿Qué has hecho, desgraciado, para que así te castiguen los dioses?» «He enseñado á los mortales á que no piensen en la muerte», contesta Prometeo. «¿Y cómo lo conseguiste?» «Les he hecho conocer la ciega esperanza.»

Y durante miles y miles de años reinaba sobre el mundo la divinidad benéfica y consoladora que el héroe sombrío había dado á los humanos, pagando esta generosidad con el tormento de sus entrañas rasgadas por el águila, «perro alado de Zeus». Ella

conducía los rebaños de hombres en armas; ella había aleteado ante las proas de los descubridores; ella conmovía con su paso quedo el silencio cerrado donde meditan sabios y artistas; ella guiaba las muchedumbres ansiosas de bienestar y amplio emplazamiento que se descuajan de un hemisferio para ir á replantarse en el otro.

Fernando la vió; la vió venir, con sus ojos entornados, por encima del azul del mar, como una burbuja de oro desprendida del sol, como un harapo de luz que acabó por detenerse sobre el filo de la proa, lo mismo que las imágenes divinas que adornaban las naves de los primeros argonautas.

Sus alas se tendían majestuosas en el éter como velas cóncavas; su túnica arremolinábase atrás, en pliegues armoniosos, impelida por el viento. Era igual á la Victoria de Samotracia, y lo mismo que á ella, le faltaba la cabeza.

Por esto acabó de conocerla Ojeda. Ella no piensa, ella no tiene ojos...

Era la esperanza, la ciega esperanza que con el avance de su torso señalaba al Sur.

III

Después del almuerzo, los pasajeros del *Goethe* oyeron sonar á proa la banda de música, con la lejanía soñolienta que infunde la inmensidad del Océano á todas las vibraciones.

—Van á vacunar á los de tercera—dijo Maltrana siempre enterado de lo que ocurría en el buque.

Estaban aún frente á la isla, costeando sus rugosas montañas, pétreo oleaje de antiguas erupciones llegadas hasta el mar. Bajaban por las laderas, como ovejas en tropel, blancas viviendas, medio ocultas algunas de ellas en los repliegues sombreados de verde. Por encima de las cumbres iba pasando la caperuza nevada del Teide como una cabeza curiosa, ocultándose ó apareciendo, según el buque marchaba cerca ó lejos de la costa.

Maltrana no podía mantenerse tranquilo en el jardín de invierno mientras tomaba el café con Fernando. Ocurría á bordo algo extraordinario sin que él lo presenciase.

—¿Le parece que vayamos á ver la gente de tercera?... Debe ser interesante.

Descendieron las escaleras de dos pisos, y saliendo del castillo central viéronse en la explanada de proa, al pie del palo trinquete. Bajo el gran toldo que sombreaba este espacio aglomerábase el hedor

sudoroso de una muchedumbre. El médico del buque y varios ayudantes, todos con blusas blancas, ocupaban el centro junto á una mesa cargada de botiquines. Y al son de la música pasaban los emigrantes en interminable fila, todos con un brazo descubierto que presentaban á la lanceta del vacunador. El primer oficial, secundado por los ayudantes de la comisaría, organizaba el desfile, cuidando de que todos, después de arremangarse el brazo, presentasen con la otra mano el papel de su pasaje.

El acto de la vacunación era á la vez un recuento. Al partir de Tenerife, última escala del viejo mundo, empezaba el gran viaje; nadie había de entrar en el buque hasta América, y la comisaría necesitaba conocer el número de las gentes que iban á bordo. Los marineros recorrían los sollados, los oscuros pasadizos, las bodegas, hasta los más apartados rincones, en busca de viajeros ocultos, empujando á los fugitivos que pretendían evitarse esta operación.

Los oficiales alemanes llamaban á cada momento para dar sus órdenes á un empleado de la comisaría, hombre grueso y de bigotes canos que se expresaba en distintos idiomas, pasando de uno á otro con asombrosa facilidad. Maltrana y él se saludaron afectuosamente.

—Ese es don Carmelo—dijo á Ojeda—, un compatriota nuestro. Habla todas las lenguas de Europa; además el árabe, y creo que un poco el japonés. Y con toda su sabiduría aquí le tiene usted ganando unos cuantos marcos, sin otra satisfacción que ostentar una gorra de uniforme y que los emigrantes le llamen oficial. Le busco todos los días en su despacho, que está abajo, siempre con la luz encendida, y charlamos de lo que ocurre en el buque. ¡Qué hombre! Ahí donde le ve, hizo sus estudios en Málaga, él solito, yendo por el puerto de barco en



barco y diciendo á todo marino que encontraba aburrido: «Vamos á echar un párrafo en su idioma compañero.»

Mientras hablaba Isidro de la mujer y los hijos de su amigo, andaluces trasplantados á Hamburgo y de las escaseces pecuniarias de éste, que le obligaban á buscar entre los pasajeros ricos uno que quisiera entretener los ocios de la travesía estudiando idiomas, don Carmelo gritó con el acento de su tierra:

—¡Too Dios con er papé en la mano! ¡que se vea bien!

Y repetía la orden en italiano, en francés, en portugués y en árabe.

Habían desfilado los hombres, y eran ahora las mujeres, con una escolta de chiquillos, las que se iban presentando á recibir la vacunación. Pasaban ante el médico brazos membrudos con la blancura y la firmeza de la carne septentrional; brazos grasos en los que se hundían los dedos de los operadores; brazos de redondez ambarina, semejantes á los de las mujeres del Ticiano, pero que ostentaban en su parte alta un obscuro triángulo de roñosa suciedad.

Luchaban al destaparse las mujeres con las mangas de la camisola ó de la gruesa elástica, y en este forcejeo se les abría el pecho, mostrando escapularios y medallas sobre las flacideces de la maternidad. Las hembras árabes, morenas y huesosas, iban casi desnudas bajo sus batones rayados; las gruesas napolitanas, de cabello revuelto y ojos de brasa, devolvían al corpiño con tranquilo impudor las saltonas exuberancias surgidas al desabrocharse; las castellanas angulosas, de pelo aceitoso y retinto, peinadas como vírgenes prerrafaelistas, cubrían prontamente su brazo con triples forros y se alejaban ruborizadas, moviendo la corta y bailarinesca

balumba de sus zagalejos trasudados. Unos chiquillos berreaban agarrándose á sus madres, trémulos de pavor al ver las blusas blancas de los operadores; otros, con el sombrero en el cogote y mostrando la sonrisa marfileña de sus dientes de lobo, se disputaban por quién avanzaría primero el brazo, como si aquello fuese una fiesta.

Maltrana explicaba á su amigo el orden en que iban divididos los emigrantes. La proa era para «los latinos»: españoles, italianos, portugueses, franceses, árabes, judíos del Mediodía y hasta egipcios. Nadie podía adivinar el latinismo de estas últimas gentes; pero así los había encasillado la comisaría. En la parte de popa se aglomeraban otras naciones: alemanes, rusos y judíos, muchos judíos de diversas procedencias, polacos, galitzianos, rutenos, moscovitas y balcánicos, cocinando aparte, según las preocupaciones y ritos de su religión. Los israelitas llevaban carne sacrificada por los rabinos de Hamburgo. La bulliciosa latinidad gozaba el privilegio sobre las otras castas de beber vino en las comidas dos veces por semana y tomar chocolate al amanecer otras dos veces, en vez del café habitual.

Las lamentaciones de don Carmelo, que juraba para él solo con grandes aspavientos, interrumpieron á Maltrana.

—¡Mardita sea mi arma! Ya me extrañaba yo que hisiésemos er viaje sin sorpresas. ¡Pero camará, que no haya medio de librarse de esa gente!...

Cambió algunas palabras en alemán con el primer oficial y luego gritó á unos camareros españoles que estaban al servicio de «los latinos»:

—A ve esos güenos mozos; ¡traíganlos pa acá!

Avanzaron seis jóvenes, con la cabeza descubierta, las ropas haraposas y los pies metidos en zapatos rotos ó alpargatas deshilachadas.

—¿De moo que no tenéis pasaje y os habéis metío

aquí de polisiones sin má ni má, como si esto juese la casa e toos? ¿Y creéis que esto va á quear ansi?... Tú, ¿de ónde eres?

Y los seis *polisiones* fueron contestando al interrogatorio de don Carmelo. Uno era de Tenerife y los restantes procedían de Andalucía y Galicia. Se habían introducido ocultamente en varios buques, que los echaron en tierra al llegar á Canarias. ¡Y á buscar de nuevo un escondrijo en la bodega de otro barco!... Así pensaban llegar, fuese como fuese, adonde se habían propuesto. Los seis querían ir á Buenos Aires; y como bestias humildes, resignadas de antemano á los golpes que creían merecer, bajaban la cabeza, contentos con su desgracia si lograban alcanzar el término del viaje.

Don Carmelo habló en voz baja con el primer oficial.

—Está bien—dijo solemnemente—. Pero como aquí nadie viene sin pasaje y el buque no pué retrocer por vosotros, vais á golveros nadando á Tenerife. La isla está ahí cerquita.

Y señalaba la costa que se veía en lontananza, entre la borda del buque y el filo del toldo. El oficial se acariciaba impasible la barba rubia mientras el intérprete traducía sus órdenes. Las mujeres abrían los ojos con asombro y terror.

—Que pongan una escaleriya pa que sarten con más fasiliá—ordenó don Carmelo.

Los camareros le obedecieron, colocando una pequeña escalera contra la borda, mientras el intérprete repetía la orden. «¡Al agua, muchachos! E un remojonsito na más.»

Los *polisiones* de más edad seguían con la cabeza baja, entre incrédulos y aterrados, dudando de que esta orden pudiese ser cierta, pero dudando igualmente de que todo fuese una burla, habituados á durezas y castigos en los buques que les habían

servido de refugio. Uno que era casi un niño se atrevió á mirar por encima de la borda, apreciando con ojos de espanto la distancia enorme que se extendía entre el buque y la costa.

—¡Yo no quiero!... ¡no quiero morir!... ¡Yo quiero ir á Buenos Aires! ¡Madre!... ¡Mamita!

Y se echó al suelo gimiendo, agitando las piernas para repeler á los que se acercasen. Comenzaron á partir suspiros y exclamaciones de los grupos de mujeres. Don Carmelo miró al primer oficial, que seguía acariciándose la barba.

—Güeno, niños; será pa más tarde. A la noche os iréis nadando. Mientras tanto, que os vacunen, y luego comeréis... A ver: unos pantalones viejos pa estos güenos mozos; no es caso de que vayan enseñando las vergüensas al pasaje... Pero queda convenido, ¿eh, niños? á la noche os marcharéis nadando.

Súbitamente tranquilizados, los *polisones* se dejaron llevar por los marineros, que los empujaban rudamente, acogiendo este trato con humildad y agradecimiento.

—Hay que ser enérgico—dijo don Carmelo á los dos amigos, poniendo un gesto feroz—. Si no juese así, too er buque se llenaría de gente sin pasaje. Cuatro van á ir á las máquinas; siempre hasen farta fogoneros; y los dos más pequeños ayudarán á la limpieza de las cubiertas. Podíamos desembarcarlos en Río Janeiro. Pero er comandante es güeno, y de seguro que los yevaremos hasta Buenos Aires. Los tunantes van á salirse con la suya.

La música continuaba sonando y se reanudó el desfile de los brazos arremangados ante el grupo de blusas blancas.

Ojeda estaba impresionado por la escena anterior. Creía oír aún los gemidos del mozuelo pateando en la cubierta: «¡Yo no quiero morir! ¡Yo

quiero ir á Buenos Aires!...» El vagabundo de los puertos tenía la misma ilusión que él y casi todos los que habitaban las cubiertas superiores. Dormitando entre los fardos y barricas de un muelle, había visto también á la diosa alada y sin cabeza; había sentido la caricia de la esperanza. Y allá marchaban todos, afrontando la nostalgia del recuerdo ó las necesidades del presente; revueltos, confundidos, igualados por la ilusión común... ¡Buenos Aires! ¡Qué magia poderosa la de este nombre, que hacía correr á los miserables, como ratones hambrientos, para ocultarse en las entrañas de los buques!...

Se impacientó Maltrana ante la monotonía del desfile.

—Después de éstos vacunarán á los de popa: gente menos limpia y presentable que «los latinos», con largas melenas y gabanes de piel de carnero. Arriba estaremos mejor.

Y subieron á lo más alto del buque, á la cubierta de los botes, buscando la sombra de un toldo y dos sillones libres para descansar en la soledad azul impregnada de luz.

La mayoría del pasaje prefería quedarse abajo, refugiada en la suave penumbra de la cubierta de paseo.

Maltrana saludó á una señora que leía tendida en un largo sillón, la espalda sobre un cojín, mostrando entre la flor nívea y rizada de su faldamenta el arranque de unas piernas enfundadas en seda blanca y los altos tacones de los zapatos. Fernando, advertido por el codo del compañero, se fijó en sus cabellos, de un rubio obscuro, recogidos en forma de casco; en sus ojos claros y temblones como gotas de agua marina, que se elevaron unos instantes del libro para mirarle con tranquila fijeza; en el color blanco de su cuello, una blancura de

miga de pan ligeramente dorada por el sol y la brisa del mar.

—Es la yanqui, la señora que come cerca de nuestra mesa—murmuró Isidro—. Habla con poca gente; apenas se saluda con algunas viejas de á bordo; rehuye el trato de los demás. Yo soy el único hombre con quien cambia el saludo, pero cuando intento hablarla finge que no me entiende... Y sin embargo, adivino en ella un carácter alegre y varonil: debe ser un agradable compañero; no hay mas que ver con qué gracia sonrie. ¡Qué hoyuelos tan cucos se le forman junto á la boca! ¡cómo se le aterciopelan los ojos!... Pero no hay confianza todavía entre las gentes de á bordo; parece que estamos todos de visita.

Sentáronse á alguna distancia de la norteamericana, y ésta volvió á bajar los ojos sobre el libro, ladeándose en su sillón para ignorar la presencia de los recién llegados.

Tenían ante ellos el azul del Océano, liso, denso, sin una arruga, y en el fondo, por la parte de popa, un triángulo de sombra que empañaba el horizonte, una especie de nube gris y piramidal, que era la isla... Calma absoluta. Sentados en mitad de la cubierta, no alcanzaban á ver las espumas que la velocidad de la marcha arremolinaba contra los flancos del buque. Desde esta altura sus ojos abarcaban únicamente el segundo término, ó sea el mar inmóvil, que parecía cubierto de una costra diáfana y transparente, una costra de vidrio reflejando el azul denso y pastoso de la profundidad. A no ser por las vedijas negras que se escapaban de la chimenea, para quedar flotando en la calma bochornosa de la tarde, se hubiese podido creer que el buque no marchaba... Y la isla siempre á la vista, como los países encantados de las leyendas, que parecen avanzar detrás de los pasos del que huye.

Un silencio de sesteo extendía su paz abrumadora sobre la cubierta inundada de luz. Bajo los toldos se percibían leves ronquidos, acompasadas respiraciones, dorsos vueltos al exterior sobre las sillas largas, cabezas incrustadas en almohadas ó descansando sobre el respaldo, con los ojos entornados y la boca abierta á la frescura de la sombra. Crujía el piso en los lugares caldeados, bajo el paso tardo de algún transeunte. Subían los ecos de la música, lejanos, adormecidos, como si surgiesen de las profundidades del mar. Venían del otro lado de la chimenea gritos de niños y choque de maderas, revelando los diversos incidentes de un juego deportivo. El sol de la tarde incendiaba todo el Poniente con su lluvia cegadora.

—¿Por qué llamarían á esto el «Mar Tenebroso»? —dijo Maltrana, que no podía permanecer callado largo tiempo.

Estas palabras despertaron en los dos el recuerdo de antiguas lecturas. Ojeda pensó en su drama poético de los conquistadores, cuya preparación le había obligado á estudiar la epopeya de los navegantes que descubrieron las tierras vírgenes. Isidro se acordó de los trabajos realizados en su época de mercenario de la literatura, cuando andaba á caza de notas en bibliotecas y archivos para la confección de un libro que firmaría luego cierto personaje ansioso de entrar en una Academia.

—Siempre es tenebroso lo que ignoramos—contestó Ojeda—. Una nube en el horizonte ó varios días sin sol bastaron para llamar Tenebroso á un mar en el que se avanzaba con indecisión, temiendo las sorpresas del misterio y el perder de vista las costas. Yo confieso que la geografía del Mar Tenebroso antes de que la brújula hiciera posibles las largas exploraciones, es una geografía que me encanta y rejuvenece. Es como esos cuentos de hadas

que tienen para nosotros un perfume de flores marchitas al evocar las primeras impresiones de la niñez.

Y los dos enumeraron en su animada conversación todos los intentos de los hombres, desde remotos siglos, por romper el misterio del Mar Tenebroso.

Los nautas cartagineses bajaban hacia el Sur por las costas de Africa, trayendo, después de un periplo de varios años, colmillos de elefantes, que suspendían de los templos, adornos vistosos, pellejos de hombres peludos y con rabo que debieron ser envolturas de grandes orangutanes. Y tal valor concedía el Senado á tales descubrimientos, que guardaba como un secreto de Estado la ruta de los navegantes, viendo en las tierras lejanas un seguro refugio para su pueblo si una guerra infortunada hacía necesaria la expatriación.

En este mar de tinieblas, más allá de las columnas de Hércules, habían colocado Homero y Hesiodo el Eliseo, morada de los bienaventurados, las Gorgonas, tierra de eterna primavera, y las Hespérides, con sus manzanas de oro, guardadas por un dragón de fuego. Luego eran los navegantes árabes los que se lanzaban en el Mar Tenebroso, y sus geógrafos poblaban el misterio de las soledades marinas con poéticas invenciones, aderezando los descubrimientos lo mismo que un cuento de *Las mil y una noches*. El emir Edrisi hablaba de las islas de Uac-uac, último término del mundo en el siglo XII por la parte de Oriente: islas tan abundantes en riquezas, que los monos y los perros llevaban collares de oro. Un árbol, del que había grandes bosques, daba su nombre á las islas; el *uac-uac*, llamado así porque gritaba ó ladraba con iguales sonidos á todo el que ponía por vez primera el pie en el archipiélago. Y este árbol tenía en la extremidad de sus

ramas, primero, abundantes flores, y luego, en vez de frutas, hermosas muchachas, beldades vírgenes, que podían ser objeto de exportación para los harenes.

Por el Occidente habían avanzado los hermanos Almagrurinos, ocho moros vecinos de Lisboa, que mucho antes de 1147—año en que los musulmanes fueron expulsados de la ciudad—juntaron las provisiones necesarias para un largo viaje, «no queriendo volver sin penetrar hasta el extremo del Mar Tenebroso». Así descubrían la isla de «los carneros amargos» y la isla de «los hombres rojos», pero se vieron obligados á tornar á Lisboa, faltos de víveres, ya que no podían comer por su mal sabor los carneros de las tierras descubiertas. En cuanto á los hombres rojos, eran de gran estatura, piel rojiza y «cabellera no espesa, pero larga hasta los hombros»; rasgos que hicieron pensar á muchos si los hermanos Almagrurinos habrían llegado á tocar efectivamente en alguna isla oriental de América.

Al mismo tiempo que la geografía árabe hacía surgir tierras del Mar Tenebroso, la leyenda cristiana lo poblaba con islas no menos maravillosas. Cuando los moros invadían la Península derrotando al rey Roderico, una muchedumbre de cristianos, llevando á su frente á siete obispos, se había embarcado, para huir Océano adentro, hasta dar con una isla en la que fundaba siete ciudades. Muchos navegantes portugueses, arrebatados por la tempestad, habían ido á parar á esta isla, donde eran magníficamente tratados por gentes que hablaban su mismo idioma y tenían iglesias. Pero así que intentaban volver á su tierra, se oponían los habitantes, deseosos de que se guardase secreta la existencia de la «Isla de las Siete Ciudades». Unos que habían logrado regresar enseñaban arenas de aquellas playas, que eran de oro casi puro. Pero al ar-

marse nuevas expediciones para ir á su descubrimiento, jamás acertaban éstas con el camino.

Otra isla, la de San Brandán, ó San Borombón, ocupaba á las gentes de mar durante varios siglos; isla fantasma que todos veían y en la que nadie llegaba á poner el pie. San Brandán, abad escocés del siglo VI, que llegó á dirigir tres mil monjes, se embarcaba con su discípulo San Maclovio para explorar el Océano en busca de unas islas que poseían las delicias del Paraíso y estaban habitadas por infieles. Durante la navegación, un día de Navidad, el santo ruega á Dios que le permita descubrir tierra donde desembarcar para decir su misa con la debida pompa, é inmediatamente surge una isla ante las espumas que levanta su galera. Terminados los oficios divinos, cuando San Borombón vuelve al barco con sus acólitos, la tierra se sumerge instantáneamente en las aguas. Era una ballena monstruosa que por mandato del Señor se había prestado á este servicio.

Después de vagar años enteros por el Océano desembarcan en una isla, y encuentran, tendido en un sepulcro, el cadáver de un gigante. Los dos santos monjes lo resucitan, tienen con él pláticas interesantes, y tan razonable y bien educado se muestra, que acaba por convertirse al cristianismo y lo bautizan. Pero á los quince días el gigante se cansa de la vida, desea la muerte para gozar de las ventajas de su conversión entrando en el cielo, y solicita permiso cortésmente para morirse otra vez, petición razonable á la que acceden los santos. Y desde entonces ningún mortal logra penetrar en la isla de San Borombón. Algunos marineros de las Canarias la ven de muy cerca en sus navegaciones; los hay que llegan á amarrar sus bateles en los árboles de la orilla, entre restos de buques cubiertos de arena; pero siempre surge una tempestad inespere-

rada, un temblor de tierra, y el mar los arroja lejos. Y pasan siglos y siglos sin que nadie ponga el pie en sus playas. Los habitantes de Tenerife la veían claramente en ciertas épocas del año, y se presentaban á las autoridades cientos de testigos declarando su configuración: dos grandes montañas con un valle verde en el centro.

—América estaba descubierta por entero—dijo Ojeda—cuando todavía enviaban los vecinos de Tenerife expediciones á su costa, por estas aguas, en busca de la famosa tierra de San Borombón. Y la isla, que se dejaba ver perfectamente desde lo alto de las montañas, se esfumaba en el horizonte y acababa por perderse cuando alguien iba á su encuentro en un buque. Hubo muchas expediciones, unas pagadas por los regidores de la isla, otras de particulares, pero todas sin éxito; y la gente, cada vez más convencida de la existencia de San Borombón, achacaba estos fracasos á la impericia de los expedicionarios antes que renunciar al encanto de lo maravilloso. Casi todos los mapas de la época situaban esta isla en las inmediaciones de las Canarias, y ochenta años antes de la independencia de las colonias, cuando la América española iba ya pensando en declararse mayor de edad, todavía salió de Tenerife una expedición mandada por un caballero respetable, y como se trataba de una empresa misteriosa, iban dos frailes en su buque. Algunos creían que esta isla fantasma era el lugar del Paraíso terrenal, donde viven en bienaventuranza eterna Elías y Enoch... La santa poesía se aprovecha siempre de las ficciones populares. Por eso el Tasso, al encantar al caballero Rinaldo en los mágicos jardines de Armida, los coloca en una isla de las Canarias, recordando sin duda la tradición de la de San Borombón.

Luego, los dos amigos hablaron de la Atlántida,

tierra sorbida por las convulsiones del lecho del Océano y que sólo había dejado como recuerdo de su existencia una tradición de poderosos gigantes en diversas teogonias: Hércules batiendo sus columnas entre España y Africa y juntando dos mares; Dhoulcarnain (*El de los dos cuernos*) y Chidr (*El personaje verde*), héroes de la fábula árabe inspirada en las tradiciones fenicias, abriendo un canal entre el Mar Tenebroso, ó sea el Atlántico, y el Mar Damasceno, el Mediterráneo.

La ciencia helénica había adivinado á través de las poéticas ficciones la verdadera forma del planeta. En los primeros tiempos era la tierra un disco que flotaba sobre las aguas del río Océano, ligeramente inclinado hacia el Sur por el peso de la abundante vegetación del trópico. Pero los pitagóricos sustituían esta hipótesis con la afirmación de la esfericidad del planeta, y después de esto no había que hacer grandes esfuerzos para imaginarse la posibilidad de navegar desde el extremo de Europa, ó sea desde España, á las costas orientales de Asia, siguiendo el rumbo de Occidente. Aristóteles y Estrabón hablaban de un «solo mar que bañaba á la vez las costas opuestas de los dos continentes», añadiendo que en muy pocos días podía ir un buque desde las columnas de Hércules á la parte más oriental de Asia.

Estas ideas se conservaban y propagaban á través de la Edad Media entre los hombres de estudio. Muchos Padres de la Iglesia siguieron considerando la tierra como una superficie plana, con arreglo á la fantástica geografía del monje bizantino Cosmas Indicopleustes, pero en conventos y universidades se transmitían pequeños grupos las tradiciones de la antigüedad, las doctrinas de Aristóteles, comentadas y difundidas por los árabes de España, los rabinos arabizantes, Alberto el Grande y otros sabios

cristianos. La geografía de Ptolomeo era admitida por los hombres cultos.

Preocupaba el continente asiático á la Europa medioeval, puesta en contacto con él por las invasiones de los musulmanes y las expediciones de los cruzados. Se conocían por relatos antiguos las conquistas de Alejandro hasta el Ganges y las correrías de algunos procónsules romanos, pero quedaba una parte del continente misteriosa y desconocida: el Asia ultra-Ganges, la más grande y la más rica. El lujo de las cortes europeas hacía cada vez más necesarios los productos de la India, traídos por las caravanas á través de las áridas mesetas asiáticas: las especierías, el marfil y la seda. Los sacerdotes budistas y cristianos, por religioso proselitismo, realizaban atrevidos viajes que iban ensanchando el horizonte geográfico y el de las ideas. Con la llegada de las caravanas se difundían las asombrosas noticias del reino del Preste Juan y las maravillas de las ciudades de mármol y oro, enormes como naciones, que se levantaban junto á los ríos del Catay ó en las islas de Cipango. Pisanos, venecianos y genoveses, aprovechadores de la brújula inventada por los árabes, iban en busca de los productos del Asia siguiendo el mar Rojo ó cruzando el mar Caspio. Osados aventureros escribían con espíritu romancesco el relato de sus largos años de aventuras, y los viajes de Marco Polo y Nicolás Conti interesaban como un libro de caballerías.

El entusiasmo religioso hablaba de embajadas dirigidas á los papas por el Preste Juan ó el Gran Kan de la Tartaria, poderosos señores que desde el fondo de sus palacios querían entrar en relación con la cristiandad y convertirse á la verdadera fe. Pero las embajadas quedábanse siempre en el camino, y únicamente llegaba como disperso algún europeo renegado, que iba describiendo las maravi-

llas de las ciudades asiáticas con una exuberancia que enardecía las imaginaciones. La lectura de los libros santos hacía revivir en los doctores cristianos la memoria de las ricas tierras del Asia oriental. Se recordaban las flotas enviadas por Salomón al monte Sopora, que otros llamaban Ofir y algunos creían ser la isla de Trapobana. Las naos del sabio rey, después de tres años, volvían cargadas de oro, plata, piedras preciosas, pavones y colmillos de elefantes. San Isidoro afirmaba que la isla Trapobana «hervía de perlas y elefantes, y que en ella el oro era más fino, los elefantes más grandes y las margaritas y perlas más preciosas que en la India». Junto á la Trapobana había dos islas, la de Chrise, que era toda de oro, y la de Argyra, toda de plata. Estas islas de montañas preciosas estaban pobladas de hormigas grandes como perros y venenosas como grifos, que sacaban con sus patas el oro de la tierra y hacían bolas, abandonándolas en la playa. Los marinos de Salomón aguardaban mar afuera á que las bestias se alejasen en busca de comida, y entonces desembarcaban, y con gran prisa iban cargando las bolas de oro, para hacer al día siguiente la misma operación.

Llegar á la India, ponerse en contacto con sus riquezas, apoderarse de sus pedrerías y sus especias de exótico perfume, entrar en la ciudad de Quinsay, urbe monstruosa de treinta y cinco leguas de ámbito con «doscientos puentes de mármol sobre gruesas columnas de extraña magnificencia», fué el ensueño con que empezó su vida el siglo XV, para no finalizar hasta haberlo realizado.

La parte de Europa más avanzada en el Océano, la península ibérica, era el lugar de partida de todas las intentonas para descubrir la ruta misteriosa de la India por Oriente y por Occidente. El contacto con los árabes españoles había acostum-

brado á sus navegantes al uso de la brújula, impulsándolos á apartarse de las costas. Los marinos portugueses, gallegos y cántabros comerciaban con las Islas Británicas y las repúblicas anseáticas del Báltico; los marinos catalanes y mallorquines, rivales de los italianos en el comercio de Oriente, usaban cartas de navegar desde mediados del siglo XIII. Las Ordenanzas de Aragón disponían que cada galera llevase dos cartas marinas, cuando los demás buques de la cristiandad navegaban sin otros rumbos que el instinto y la costumbre. Raimundo Lulio hablaba de la fabricación en Mallorca de instrumentos náuticos, groseros sin duda, pero asombrosos para aquella época, los cuales servían para determinar el tiempo y la altura del Polo á bordo de las naves. Un marino catalán, Jaime Ferrer, avanzando en el Mar Tenebroso, llegó á Río de Oro, cinco grados más al Sur del cabo Non, que los portugueses, ochenta y seis años después, creyeron ser los primeros en haberlo doblado.

El infante don Enrique de Portugal, gran protector de descubrimientos, fundaba en el Algarbe la Academia de Sagres para los estudios geográficos, y los individuos de ella, viejos navegantes y médicos hebreos aficionados á la cosmografía, elegían como presidente á un piloto catalán, maese Jacobo de Mallorca. Españoles y portugueses, al explorar las costas de Africa ó arriesgarse Océano adentro, se establecían en las islas, que eran como puestos avanzados en esta guerra tenaz con el misterio del Mar Tenebroso. El archipiélago de las Canarias, las islas de los Azores, Madera y Cabo Verde, convertíanse en lugares de parada y descanso para los nautas atrevidos y al mismo tiempo en lugares de observación para los que soñaban con nuevas expediciones. El misterio del Océano los retenía allí, y se casaban con isleñas hijas de

européos, constituyendo nuevas familias de marineros.

Eran los pobladores de aquellas islas á modo de los ejércitos destacados largos años en una frontera, que acababan por crear ciudades y producir generaciones aparte. El Mar Tenebroso, violado por estos intrusos en su huraña soledad, iba librándoles á regañadientes, poco á poco, el secreto de sus lejanos horizontes inexplorados. En los hogares isleños se hablaba de los hallazgos que hacía todo navegante que por tomar vientos mejores se alejaba de las islas conocidas. Martín Vicente recogía en su navío un «madero labrado por artificio y á lo que juzgaba no con hierro» luego de haber venteado durante muchos días el Poniente. Otro piloto, Correa, casado con una cuñada de Colón, encontraba en la isla de Puerto Santo un madero labrado en la misma forma, además de varias cañas tan gruesas, «que en un cañuto de ellas podían caber tres azumbres de agua ó de vino».

Los vecinos de las islas de los Azores, siempre que soplaban recios vientos de Poniente ó Noroeste, encontraban en sus playas grandes pinos arrastrados por las olas. En la isla de las Flores, una de este archipiélago, «había echado la mar dos cuerpos de hombres muertos que parecían tener las caras muy anchas y de otro gesto que tienen los cristianos». También se hablaba de que en las cercanías de la isla habían aparecido ciertas almadías con casas movedizas, embarcaciones extrañas que no podían hundirse y que al ser arrastradas por una tempestad habían perdido tal vez sus tripulantes.

Un Antonio Leme, habitante de Madera, corriendo con su barco un mal tiempo hacia Poniente, juraba haber divisado tres islas; otro vecino de Madera enviaba peticiones al rey de Portugal para

que le diese una nave, con la que descubriría una isla que afirmaba haber visto todos los años en determinadas épocas. Y en las Canarias, así como en las Azores, también veían los habitantes tierras nuevas que surgían en el horizonte al llegar ciertos meses, y eran para el vulgo las de las tradiciones marítimas: la isla de las Siete Ciudades y la de San Borombón, pintadas por algunos cartógrafos en sus mapas con los títulos de «Antilia» y «Mano de Satán». Los de mayores conocimientos explicaban, con arreglo á los escritores antiguos, la naturaleza de estas tierras tan pronto visibles como ocultas y que frecuentemente cambiaban de lugar. Plinio había hablado de enormes arboledas del Septentrión que el mar socava, y como son de grandes raíces, flotan sobre las olas y de lejos parecen islas. Séneca había descrito la naturaleza de ciertas tierras de la India, que por ser de piedra liviana y esponjosa van sobrenadando en el Océano.

La Antilla salía al encuentro de los marinos extraviados por la tempestad, dando lugar con su rápida aparición á nuevas expediciones. Diego De-tiene, patrón de carabela, que llevaba como piloto á un Pedro de Velasco, vecino de Palos, salía de la isla de Fayal cuarenta años antes de los descubrimientos de Colón, y avanzando cientos de leguas mar adentro, encontraba indicios de tierra; pero á fines de Agosto se veía obligado á retroceder, temiendo la proximidad del invierno. Vicente Díaz, piloto de Tavira, realizaba otra expedición hacia Poniente, pero había de volverse por la escasez de sus provisiones. Otros navegantes salían á la descubierta de estas islas ocultas, y nadie volvía á saber de ellos.

Se hablaba mucho de un piloto que había conseguido pisar las tierras ignotas. Unos le consideraban vizcaíno, de los que hacían el comercio con

Francia é Inglaterra; otros portugués, que navegaba de Lisboa á la Mina; los más le tenían por andaluz y le llamaban Alonso Sánchez de Huelva. Una tempestad habia sorprendido su barco entre Canarias y Madera, llevándolo hasta una gran isla, que se creyó luego fuese la de Santo Domingo. Desembarcó Sánchez, tomó la altura, hizo agua y leña, y volvió hacia las tierras conocidas, pero tan penoso fué el viaje, que murieron de hambre y cansancio doce hombres de los diez y siete que formaban su tripulación, y los cinco restantes llegaron en tal estado á las Azores, que fallecieron al poco tiempo. Esto ocurría en 1484, ocho años antes del descubrimiento de las Indias. Cuando las primeras expediciones españolas desembarcaron en las costas de Cuba, sus naturales, en frecuente comunicación con los de la isla Española ó Santo Domingo, les hablaron de otros hombres blancos y barbudos que algún tiempo antes habían llegado sobre una nave.

—Gente interesante la que se reunía en estas islas avanzadas del Mar Tenebroso—dijo Maltrana—. Navegantes ávidos de novedad, hombres de estudio que á la vez eran hombres de acción, sentíanse atraídos todos ellos por el misterio del Océano. Luego de navegar desde los hielos de la isla de Thule al puerto de San Jorge de la Mina (donde los lusitanos hacían acopio de negros para venderlos en Lisboa), acababan por establecerse en los archipiélagos portugueses ó españoles, sin que nadie supiese gran cosa de su existencia anterior. Se parecían á los aventureros de vida novelesca y obscura que en nuestros tiempos viven en las minas del Africa del Sur, en las praderas de Australia, en el Oeste de los Estados Unidos ó en las pampas de la Argentina, vagabundos cuya verdadera nacionalidad se ignora, que llevan con ellos un ensueño, una

energía latente, y se introducen por medio del matrimonio en familias poderosas que les ayudan, acabando por triunfar. Después de la victoria ocultan aún con más cuidado su origen, amontonando sobre él testimonios contradictorios é inverosímiles.

—En las Azores—dijo Ojeda—vivió durante diez y seis años, casado con una hija del gobernador de Fayal, el cosmógrafo Martín Behaín, constructor del primer globo terrestre que se conoce, y el cual es considerado por unos caballero bohemio de raza eslava, por otros noble portugués dado á las aventuras, y por los más, simple mercader de paños nacido en Nuremberg. Y al mismo tiempo, casado con una hija de Muñiz de Palestrelo, antiguo gobernador de la isla de Puerto Santo, vivía otro aventurero, navegante en diversos mares y de obscuro pasado, un tal Cristóbal Colón...

—Usted que ha estudiado las cosas de aquella época, amigo Ojeda—preguntó Maltrana—, ¿cómo ve al famoso Almirante?...

—Le advierto que yo tengo una opinión muy personal. Siento por él una simpatía de clase: era un poeta. En su libro de *Las Profecías* se han encontrado versos mediocres, pero ingenuos, que indudablemente son de él. Adoro su imaginación, que infunde á muchos de sus actos cierto carácter poético; me place igualmente su amor á lo maravilloso, su devoción extremada de marinero metido en teologías, que le hace decir cosas heréticas sin saberlo y le impulsa á escoger libros religiosos poco aceptados... Admiro su coraje, su tenacidad para realizar un ensueño. Y lo que en él me inspira más afecto es que no fué un verdadero hombre de ciencia, frío y lógico, de los que usan la razón como único instrumento y desdeñan las otras facultades, sino un intuitivo, de más fantasía que estudios, un descubridor semejante á Edison y á otros inventores de nuestra

época, que tampoco son verdaderos hombres de ciencia y saltan del absurdo á la verdad, produciendo sus obras por adivinación, lo mismo que los artistas... Este hombre extraordinario y misterioso lo veo lleno de contradicciones y complejidades, como un héroe de novela moderna; y lo prueba el hecho de que, transcurridos cuatro siglos, todavía se discute sobre su persona y no se sabe con certeza su origen.

—Yo odio el Colón convencional fabricado por el vulgo—dijo Isidró—; ese Colón que ven todos, lo mismo que en las estatuas y los cuadros, con el capotillo forrado de pieles, una mano en la esfera terrestre (que conocía menos que cualquier escolar de nuestra época) y con la otra señalando á Poniente, como quien dice: «Allá está *América*; la veo y voy á ir por ella...» Y Colón murió sin enterarse de que las tierras descubiertas eran un mundo nuevo y desconocido; diciendo en su carta al Papa que «había explorado trescientas leguas de la costa de Asia y la isla de Cipango, con otras muchas á su alrededor...» Las trescientas leguas asiáticas eran las costas atlánticas de la América Central, y Cipango (ó sea el Japón) la isla de Santo Domingo. El fué quien menos valor científico dió al descubrimiento, viendo en sus viajes una simple empresa política y comercial. De la novedad de las tierras encontradas no tuvo la menor sospecha: eran para él las costas orientales de Asia, la India ultra-Ganges, y por esto las bautizó con el nombre de Indias. Y en la carta en que daba cuenta del primer descubrimiento á su amigo y protector Luis Santángel, ministro de Hacienda de la corona de Aragón y judío converso, declaraba que de las tierras descubiertas «habían hablado otros muchos antes que él, pero por conjetura y sin alegar de vista», refiriéndose á los viajeros que habían hablado y escrito sobre los misterios de Asia.

La contemplación del mar y la calma de la tarde incitaron á los dos amigos á seguir allí, continuando su plática, en la que evocaban pasadas lecturas, interrumpiéndose muchas veces el uno al otro para añadir un nuevo dato.

Colón había encontrado el resumen de toda la ciencia de su época en el tratado *De imagine mundi*, del cardenal Pedro de Aliaco, teólogo, matemático, cosmógrafo, astrólogo, y uno de los que asistieron al Concilio de Constanza, donde fué quemado Juan Huss. El ejemplar *De imagine mundi* le acompañaba en todos sus viajes. Las Casas había visto este libro, ya ajado y cubierto de anotaciones en los últimos años de Colón. Este encontraba reunido en la obra de Aliaco todo lo que podía animarle en su propósito de pasar al Asia por breve camino navegando hacia Occidente. Las afirmaciones de Aristóteles y su comentador Averroes, y las de Séneca, daban todas ellas por segura la posibilidad de llegar en pocos días con viento favorable desde el extremo más avanzado de España á la India. La escasa distancia entre los dos extremos del mundo conocido afirmábala igualmente el cardenal con el testimonio de Plinio, que da á la India una grandeza desmesurada, la tercera parte del mundo habitado, con ciento diez y ocho naciones; de modo que el Asia ocupaba todo el mar Pacífico, toda la América, y avanzaba hacia Europa, llenando parte del Atlántico.

Oponíanse á esto otras doctrinas, afirmando que en el planeta era más el espacio ocupado por el mar que el de la tierra firme; pero Colón, como todos los que se sienten poseídos de una idea fija, desechaba lo que no parecía de acuerdo con su opinión, rebuscando nuevos y extraños argumentos para afirmarla. El desenterró—dándole el valor de un libro santo—el *Apocalipsis* de Esdras, judío visionario

del siglo primero que vivía fuera de Palestina. Y apoyándose en Esdras, que afirmaba que seis partes del mundo están en seco y sólo la séptima la ocupan los mares, todavía Colón, cuando llevaba hechos tres viajes de descubrimiento, escribía á los Reyes Católicos: «Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y el enjuto de ello es seis partes y la séptima solamente cubierta de agua.»

También en los libros sagrados y en la literatura clásica encontraba argumentos en su apoyo. Unos versos de la tragedia *Medea*, de Séneca, eran para él profecía indiscutible. «Vendrán los días—dice el coro—en que el Océano aflojará sus lazos y surgirá una nueva tierra, y un marinero semejante á Tifis, el que guió á Jasón, será el descubridor, y ya no aparecerá la isla de Thule como la última de las tierras.» Buscaba apoyo igualmente en el Antiguo Testamento, interpretando obscuras palabras de Isaías; y al dar cuenta de su descubierta, decía que con ella se habían cumplido simplemente las predicciones de aquel profeta.

Su misticismo fantaseador y la convicción de que las tierras nuevas encontradas por él tocaban con el Oriente asiático le impulsaban á dar por realizados los más bizarros descubrimientos. En la costa de Venezuela, al notar en el Océano la gran extensión de agua dulce de la desembocadura del Orinoco, declaraba este río «uno de los cuatro que bañan el Paraíso terrenal». Y para dar emplazamiento al Paraíso, que, según sus autores favoritos, está situado en la cumbre de una gran montaña, escribía á los Reyes Católicos afirmando que «el mundo no es redondo en la forma que dicen los antiguos, sino en la forma de una pera, que es toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que es lo más alto; ó como quien tiene una pelota muy

redonda y encima de ella coloca una teta de mujer, y esta parte del pezón es la más alta y más propinqua al cielo». El pezón del mundo estaba en la costa de Paria, cerca del Orinoco, y en esta altura inaccesible vivían, según Colón, Elías y Enoch esperando el Juicio final.

Las arenas de oro encontradas en La Española le hacían adivinar el verdadero nombre de esta isla. Era la Cipango de Marco Polo y de los viajeros asiáticos; pero antes había sido la tierra de Ofir, adonde Salomón enviaba sus navíos.

En todas sus cartas, el deseo de riquezas y la esperanza de encontrarlas mezclábanse con un entusiasmo religioso por sus viajes, que iban á proporcionar á la Iglesia la conquista de millones de almas perdidas en la idolatría. «El oro es bueno, Señora—escribía á la reina—; y tal es su poder, que saca las almas del Purgatorio y las lleva al Paraíso.» Y á la vez que ingenuamente exponía esta impiedad, deseaba reunir mucho oro para armar un ejército á su costa de cien mil infantes y diez mil caballos, con el cual prometía al Papa rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles y contener el avance de los turcos. Cuando al final se convenía de que el oro no era abundante y costaba mucho de acopiar, proponía, para la obra santa de la conquista de Jerusalén, establecer un comercio de esclavos indios en la Península, tráfico que podía dar una ganancia anual de cuarenta millones de maravedís. Y á continuación enviaba las primeras muestras de indígenas al mercado de Sevilla.

—Todo era extraordinario y contradictorio en aquel hombre—dijo Ojeda—. Se nota en él ese desequilibrio que, según parece, es condición de los genios.

—Aún es más misterioso su origen—contestó Maltrana—, y biógrafos é historiadores llevan cuatro

siglos disputando sobre los diversos lugares de su nacimiento en el señorío de Génova. Algunos hasta le creen gallego, nacido en Pontevedra, y se fundan en que en la época de su nacimiento existían familias de marineros en aquella costa llamados unos Colón y otros Fonterrosa (los dos apellidos del Almirante), y todos ellos, según parece, de origen judío. Yo doy poca importancia en la vida de un hombre al lugar de su nacimiento. Cada uno nace donde puede, donde le dejan nacer, y esto nada significa en la formación de nuestro carácter.

—Así es. Nuestra patria verdadera está allí donde esbozamos el alma, donde aprendemos á hablar, á coordinar las ideas por medio del lenguaje y nos moldeamos en una tradición.

—Recuerde, amigo Ojeda, los documentos que nos quedan del Almirante. No hay un solo escrito en italiano; ni la más insignificante palabra de su idioma natal se escapa en ellos; siempre usa el latín ó el castellano, y al castellano le llama «nuestro romance». El, tan aficionado á las citas literarias y los versos, nunca menciona un autor de la rica literatura italiana, que parece ignorar. Américo Vespucio, que era de Italia, saca á colación, en sus relaciones geográficas, al Dante y á Petrarca. Colón cita únicamente á los autores de la antigüedad: «el Aristóteles», Plinio, Séneca, etc., y con ellos los árabes españoles, San Isidoro, el rey Alfonso y muchos rabinos hispanos, en cuyas doctrinas parece muy versado. Este genovés ilustre, cuando escribe á Micer Nicolao Oderigo, embajador de Génova en España, le escribe en castellano, como escribía á todos, cuando no usaba el latín. Muchos años antes, al planear en Lisboa su empresa de descubierta, se dirige á Toscanelli, el anciano cosmógrafo florentino, para conocer nuevos datos de la ciencia de entonces que le afirmasen en sus propó-

sitos. No se sabe qué dijo en la carta de petición; lo natural era recomendarse á su benevolencia como compatriota, y sin embargo, Toscanelli, el famoso «Paulo físico», cuando le contesta desde su tierra enviándole el plano geográfico que tanto le valió para los descubrimientos, da á entender que lo cree portugués y le habla del esforzado valor de los navegantes de su país... Alegan muchos, para justificar ese desconocimiento del italiano, tan extraordinario en un genovés, que Colón salió de su patria á los catorce años para no volver más. ¿Pero el idioma natal puede olvidarse tan por completo cuando se le ha hablado hasta los catorce años?...

—A mí tampoco me apasiona el lugar de su nacimiento—dijo Ojeda. Ya he dicho que el hombre es del país donde se forma y cuya lengua habla. Me interesa la persona más que la cuna... Pero tenemos el testimonio del mismo Colón, que no deja lugar á dudas. En sus cartas, en la institución del mayorazgo para su descendencia, en su testamento, en todo papel que escribe en los últimos años, muestra cierto interés en hacer saber que es de Génova, como si adivinase las objeciones de la posteridad sobre su origen.

—Lo dice hartas veces—interrumpió Isidro maliciosamente—, lo repite con sobrada insistencia para creer en su sinceridad. Exhibe la condición de ligur, pero no añade lo más mínimo sobre sus ascendientes ó la parentela que indudablemente le quedaría en Italia. La única vez que menciona familia, es para dar á entender de un modo velado que bien pudiera ser pariente de los Colombos, famosos almirantes de Génova. En esta declaración ven algunos el secreto de su genovesismo. El vagabundo Colón, marino gallego, portugués, judío ó lo que fuese, pudo ver grandes ventajas en este parentesco por la semejanza de apellido, y más aún si deseaba

ocultar su origen en una época en que el cristianismo pegaba duro sobre los de raza hebraica y preparaba su expulsión de muchas naciones. Se ha demostrado que es puramente ilusorio este parentesco con los Colombos almirantes, y falsos también los relatos de los combates de su mocedad en las galeras genovesas frente al puerto de Lisboa, así como su milagrosa salvación sobre un madero. ¿Por qué no podría serlo igualmente el genovesismo de ese italiano que ignora su lengua y no se acuerda de cómo es su país, pues jamás lo alude para compararlo con las tierras descubiertas?...

—Ciertamente, fué un hombre enigmático. Su vida se asemeja á esas montañas altísimas que reciben en la cumbre los rayos del sol, mientras abajo los valles y laderas están en la sombra. Sabemos de él con certeza á partir de sus cincuenta y seis años, cuando emprende el primer viaje; los ocho años anteriores pasados en la corte de España solicitando apoyo están en la penumbra; los de su vida en Portugal aún son más inciertos, y todo el resto, hasta el nacimiento, queda envuelto en una obscuridad absoluta, que se ha prestado y se prestará á las hipótesis más diversas. Su existencia en España es un misterio. ¿Desde cuándo vivió en ella?... Los biógrafos lo hacen pasar únicamente por Andalucía y Castilla en sus tiempos de solicitante; y sin embargo, Colón, siendo viejo, contaba á Las Casas cómo le habían servido de apoyo en sus planes de descubierta ciertas pláticas con Pedro Velasco, un marinero que había hecho grandes navegaciones, y al que conoció en Murcia.

—Hay que tener en cuenta, amigo Fernando, que en ciertos países la calidad de extranjero da gran prestigio á todo el que ofrece una idea nueva. En aquellos tiempos, los marinos genoveses eran los de más fama, los que habían llegado más lejos en sus

exploraciones. Entonces no había telégrafo, ni periódicos de información, y un hombre movedizo y viajero podía cambiar fácilmente de personalidad y vivir largos años sin que nadie le reconociese. Mientras estaba abajo, no corría peligro de que la supercheria fuese descubierta; y si llegaba el éxito para él, la patria que se había atribuido era la primera en enorgullecerse de este ciudadano hasta entonces ignorado... Yo no tengo empeño en sostener que Colón fuese genovés ó no lo fuese: me es igual. A mí, como á usted, lo que me interesa es el hombre que por su misticismo extraño y su carácter contradictorio es como un resumen de la fusión de razas en la España medioeval: un conjunto de fanatismos, ambiciones de gloria y codicias de mercader. Veo en él una mezcla de rabino avaro, moro fantaseador y guerrero romántico, ansioso de rescatar los Santos Lugares para devolver millones de almas á su Dios. Pero reconozco que, de ser cierta la hipótesis del cambio de nacionalidad, fué este uno de los mayores aciertos de su vida.

Isidro hacía memoria de la existencia en España de aquel aventurero, Colombo para unos, Colome para otros, pero que siempre se apellidó Colón en sus propios escritos. Conseguía alojamiento y mesa en la casa de un personaje como el contador Quintanilla, favorito de los reyes; le protegían los priores de ricos conventos; tenía pláticas con la gente de la corte, y al fin le escuchaban los monarcas, mientras España andaba revuelta en las últimas guerras con los moros, tenía que atender á los choques políticos en Francia é Italia, disponía de muy poco dinero y necesitaba tiempo y reflexión para cosas más urgentes é inmediatas que buscar un nuevo camino que llevase á la «tierra de las especierías»... ¡Si se hubiese presentado como español!

El mismo Almirante contaba á sus amigos cómo en los puertos de la Península había encontrado viejos marineros que navegando hacia Poniente columbraron señales indudables de nuevas tierras. En Puerto de Santa María había hablado con un «marinero tuerto» que, cuarenta años antes, en un viaje á Irlanda, alejado de esta isla por el mal tiempo, vió una gran tierra que imaginaba fuese la Tartaria. En Cádiz y en el puerto de Palos hablábase de los países desconocidos como de algo indiscutible; pero los navegantes andaluces, gallegos ó levantinos, gentes rudas y humildes, se hubieran asustado ante la idea de ir á la corte para exponer su opinión. Los mismos Pinzones, que eran en su tierra notabilidades de campanario por haberse hecho ricos con los viajes á Oriente y al Norte de Europa y se mostraban tan convencidos como Colón de la posibilidad de los descubrimientos, no habrían conseguido ser escuchados al proponer la gran empresa sin profecías bíblicas y textos clásicos, basándose únicamente en su experiencia de pilotos.

—Pienso yo ahora—interrumpió Ojeda—en la *Vida del Almirante*, escrita por su hijo don Fernando, el hijo bastardo, el hijo del amor, habido con una señora cordobesa cuando Colón era casi anciano, y que tal vez por eso fué mirado siempre por éste con especial predilección... A la edad de catorce años acompañó á su padre en el último viaje de descubrimiento, el más penoso de todos. Estuvo á su lado en las largas navegaciones, cuya monotonía incita á hablar; pasó con él horas de peligro, que son horas de confesión; pudo conocer mejor que nadie las obscuridades de su primera vida, antes de la celebridad, y sin embargo, al escribir los orígenes del Almirante muestra una visible incertidumbre, como si poseyese un secreto que teme hacer público. El mismo don Fernando afirma

que su padre, así como fué ascendiendo en fama, tuvo empeño en «que fuese menos conocido y cierto su origen y su patria»... Reconoce que el Almirante era genovés, porque así lo afirmaba él; pero se nota en sus palabras cierto misterio.

—Cuando don Cristóbal dispone de sus bienes —continuó Maltrana—, ordena que se destine cierta cantidad al mantenimiento de uno de la familia para que se establezca en Génova y tome allá mujer, con el fin de que existan siempre Colones en la ciudad. ¿No le quedaban parientes en Liguria?... Parece que él y sus hermanos sean producto de una generación espontánea, sin ascendientes ni colaterales, lo que le obliga á este trasplante de una rama de la familia para dejar bien demostrado que Génova fué su nación... En el testamento reparte sus bienes entre hijos y hermanos y deja varias mandas para genoveses ó personas de origen genovés... pero todos residentes en Portugal y alejados muchos años de su país de origen, mercaderes que conoció y trató durante su permanencia en Lisboa cuando estaba casado con la hija de otro genovés, circunstancia que bien pudiera haber influido en la decisión de su nacionalidad. Estas mandas se advina que son restituciones por préstamos que le hicieron en sus años de miseria. Hasta ordena que se le entregue cierto dinero «á un judío que moraba á la puerta de la judería de Lisboa», el único en todo el testamento que figura sin nombre. Parientes de Génova no menciona uno siquiera, ni deja nada para residentes en Italia. Sus recuerdos de genovés no van más allá de la colonia genovesa establecida en Portugal... A mí me inspiran poca confianza las afirmaciones del Almirante en lo de su nacionalidad... y en otras muchas cosas.

Ojeda acogió estas palabras con un gesto de asombro.

—No quiero decir—continuó Isidro—que el grande hombre fuese embustero á sabiendas, pero tenía el defecto ó la cualidad de todos los que, viniendo de abajo, llegan á una altura gloriosa. Arreglaba á su gusto los sucesos de la vida anterior, desfiguraba el pasado de acuerdo con sus conveniencias. Era como algunos millonarios del presente, que en sus primeros tiempos de riqueza confiesan con orgullo las miserias de los años juveniles; pero luego, cuando crecen sus hijos y forman dinastía, empiezan á avergonzarse de su origen é inventan parientes opulentos y capitales ilusorios con los que iniciaron sus primeras empresas. El Almirante, al dictar su testamento, habla con amargura de que los reyes sólo dedicaron á su obra un millón ó cuento de maravedís, y que «él tuvo que gastar el resto»... Y eso lo decía á la hora de su muerte, en un país donde todos le habían conocido yendo tras de la corte como parásito solicitante, sin dinero y sin hogar, alojado en conventos, implorando pequeños subsidios para poder moverse de una ciudad á otra... Habían bastado catorce años para una falta de memoria tan estupenda.

—A mí me sorprende el poco caso que hicieron de él durante su vida los que llamaba compatriotas suyos. En la colección de sus cartas hay algunas quejándose al embajador genovés Oderigo porque no le contestan de allá. Envía al Banco de San Jorge de la ciudad de Génova todos sus papeles en depósito, y los señores del Banco, sólo después de algún tiempo, le dan una respuesta por indicación de Oderigo; y esta respuesta, aunque amable, no prueba que el gobierno genovés se entusiasmase mucho con sus hazañas. Parece natural que, tratándose de un hijo del país que había descubierto un nuevo camino para el Oriente asiático, la Señoría genovesa celebrase esto de algún modo. Y sin embargo,

la gran República comercial permanece callada, ignora á Colón, y sólo uno de sus funcionarios le escribe para darle las gracias cuando hace un regalo valioso á la ciudad que llama su patria... Que Colón era extranjero lo tengo por indudable. Lo prueba, además, la carta de naturalización que dieron los Reyes Católicos á su hermano menor, don Diego, que era sacerdote, para que pudiese gozar en Castilla de beneficios y rentas. Pero en ese documento hay algo también que se presta al misterio. Se naturaliza español á Colón el menor por haber nacido fuera de España y ser extranjero, pero no se dice una palabra de su nacionalidad primitiva, del lugar de su cuna; no se menciona á Génova para nada... ¿Qué había de raro en el origen de estos Colones, para que todo lo referente á sus personas tendiese siempre á la confusión?...

—En sus últimos años—dijo Maltrana—tenía el Almirante visible empeño en aparecer como extranjero, y por esto insiste tanto en lo de su origen ligur. Adivinaba próximo el pleito que tuvieron después sus descendientes con la Corona. Hombre astuto y precavido, daba por cierto el incumplimiento de los derechos exorbitantes que á cambio de sus descubiertas le había reconocido la buena reina Isabel, generosa é imprevisora como todas las mujeres de alta idealidad cuando se meten en negocios... Ya sabe usted que á Colón, por el compromiso que firmaron los reyes, le correspondía la décima parte de todo lo que descubriese y de lo que tras él pudiesen descubrir los que siguiesen su camino. Es absurdo imaginarse una familia, la familia de los Colones, propietaria absoluta de la décima parte de todo el continente americano, y á más de esto, la décima parte de las islas de Oceanía, cuyo hallazgo fué consecuencia del de América... Por esto el rey Fernando, experto hombre de negocios, miró siem-

pre con recelo los tratos entre el Almirante y la reina. No fué enemigo de la empresa, como dicen algunos, pero le pareció insensata la facilidad con que su esposa había accedido á todas las peticiones del navegante... Y Colón, en los últimos años, adivinando las dificultades en que se verían sus descendientes para sostener la absurda herencia, repetía en todos los documentos que era de Génova, aconsejaba á sus hijos que se pusiesen en contacto con el gobierno de la República, y se valía de halagos y súplicas para conquistar su favor y el de los poderosos mercaderes del Banco de San Jorge.

—¿Y usted, Maltrana, es también de los que le creen judío?

—Yo no creo nada cuando faltan pruebas y sólo hay inducciones. Pero los que opinan así no se apoyan en el vacío. Aquel hombre extraordinario tenía todos los caracteres del antiguo hebreo: fervor religioso hasta el fanatismo; aficiones proféticas; facilidad de mezclar á Dios en los asuntos de dinero. Para descubrir la India, según él dijo en sus cartas á los reyes, «no me valió razón ni matemática; llanamente se cumplió lo que dijo Isaías...»

Y lo que había dicho Isaías en uno de sus salmos era, según Colón, que antes de acabarse el mundo se habían de convertir todos los hombres, y que de España saldría quien les enseñase la verdadera religión. Además de Isaías, apelaba á la autoridad de Esdras, judío olvidado, y en varios de sus escritos figuraban cartas de rabinos conversos. Viejo ya, redactaba su famoso libro de *Las Profecías*, desvarío místico en el que hizo cálculos sobre la duración de la tierra, tomando como base los profetas bíblicos. Y el resultado de sus reflexiones fué anunciar que sólo le quedaban al mundo ciento cincuenta años de vida, pues había de perecer seguramente en 1656.

—Se nota en él—dijo Ojeda—algo de la exaltación feroz de los antiguos hebreos, que siempre que constituían nacionalidad se perseguían y degollaban por querellas religiosas. En nuestra historia los inquisidores más terribles fueron de origen judío y ¡quién sabe si una gran parte del fanatismo español no se debe á la sangre hebrea que se ingirió en la formación definitiva de nuestro pueblo!... El judío de aquellas épocas no perdía jamás de vista el negocio en medio de sus ensueños místicos, y apreciaba el oro como algo divino. Así fué Colón.

Tenía visiones divinas, como la de Jamaica, en la que le habló Dios en persona, y al mismo tiempo afirmaba: «El oro es excelentísimo, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo; y tal es su poder, que echa las almas al Paraíso.» Empezaba sus viajes en nombre de la Santísima Trinidad afirmando que su obra era «lumbre del Espíritu Santo», pues lo enviaba á la India para que esparciese el Evangelio y salvase las almas, y luego proponía la venta de indigenas hasta que diesen una renta de cuarenta millones anuales. Cargaba de navíos de esclavos para venderlos en España, y recomendaba á su hermano don Bartolomé que tuviese gran cuidado con la mercancía y llevase justa cuenta en lo que correspondiese á cada uno, «pues hay que mirar en todo la conciencia, porque no hay otro bien mejor, salvo servir á Dios, y todas las cosas de este mundo son nada, y Dios es para siempre».

—Además—interrumpió Maltrana—, basta leer la descripción que hacen Las Casas y otros historiadores del tipo físico del Almirante: bermejo, carilengu, la nariz aguileña, pecoso, enojadizo, el diente fuerte y muy duro para los trabajos.

—La codicia es notoria en él; pero codiciosos fueron igualmente todos los que intervinieron en su

descubrimientos. Es verdad que los otros iban francamente por el oro, y Colón, además del oro, deseaba servir á su religión conquistando millones de almas. En realidad, nadie pensó que estas expediciones pudiesen tener un resultado científico. Iban á la India porque era rica; iban en busca de la tierra del Gran Kan, soberano de la China, preocupados únicamente con sus tesoros. Colón se embarcó llevando una carta de los reyes para el Gran Kan, escrita en latín, carta que le acreditaba como embajador extraordinario, y apenas en las costas de Cuba (que él creía tierra firme) pudo entender por la mímica de los indígenas que en el interior vivía un gran monarca, mostróse regocijado, adivinando en este cacique humilde al rico emperador de Catay.

Enviaba tierra adentro con sus papeles diplomáticos á un judío converso de Murcia, que por conocer algunas lenguas orientales iba con él de intérprete, y este mensajero, después de larga marcha, sólo encontraba un jefe de tribu á la sombra de su techumbre de hojas, rodeado de concubinas bronceadas.

—Yo admiro—continuó Ojeda—la ilusión casi infantil que acompaña á Colón hasta la muerte, haciéndole encontrar en todas partes riquezas y recuerdos bíblicos. La isla Española es el Ofir de Salomón con sus áureas minas; un gran río, forzosamente debe venir del Paraíso; una montaña es una pera, centro del mundo, y en el pezón está la cuna del género humano; la costa de Veragua es el Aurea de donde sacó el rey David tres mil quintales de oro, dejándolos en testamento á su hijo. No ve una tierra nueva sin cantar *Salve Regina* «y otras prosas», como él dice en su lenguaje... Y este mismo soñador piadoso da lecciones de astucia y traición á su teniente el caballero aragonés Mosén Pedro

Marguerit para que prenda á Caonabo, belicoso cacique, y le recomienda que le envíe emisarios con buenas palabras hasta que éste venga á visitarle. «Y como por ser indio anda desnudo—le dice poco más ó menos—, y si huyese sería difícil haberlo en las manos, regaladle una camisa y vestídsela luego y un capuz, y un cinto por donde le podáis tener que no se vos suelte.»

Pasó ante los dos amigos, muy erguida, con el libro bajo el brazo, la dama norteamericana, que hasta entonces había estado leyendo en su sillón. Varias veces sorprendió Fernando, por encima del volumen, unos ojos claros fijos en él, y que al encontrarse con los suyos volvían hacia las páginas.

—La hora del té—dijo Maltrana—. Estas inglesas la adivinan con una exactitud cronométrica... Si le parece, no bajaremos hasta luego. Debe estar repleto el jardín de invierno.

Encendieron cigarrillos y quedaron los dos con los ojos entornados contemplando las espirales de humo que se desarrollaban sobre el fondo azul.

—Otra mentira que me irrita—dijo Isidro á los pocos momentos—es la de las persecuciones que la ignorancia de la Iglesia hizo sufrir al Almirante. Yo no tengo nada que ver con la Iglesia, pero reconozco que esta invención es una de las necesidades más grandes, si no la mayor, que podemos apuntarnos en nuestra cuenta los que figuramos en el gremio de los impíos. El vulgo extranjero, que tiene un patrón hecho, siempre el mismo, para las cosas de España, pensó que al haber descubierto Colón un nuevo mundo del que no tenía noticia el Dios de la Biblia, forzosamente debieron perseguirle las gentes de Iglesia con mortales odios. Hasta hay cuadros célebres que representan el llamado «Congreso de Salamanca», con obispos muy puestos de

mitra y báculo (algo así como el coro episcopal de *La Africana*) que discuten geografía y gritan anatema contra el impío, apartándose de él. Y Colón se muestra arrogante y sereno, como un tenor que sabe de antemano que triunfará en el último acto...

Ojeda rió de las palabras de Maltrana.

—Imagínese—continuó éste—el salto que hubiese dado el autor de *Las Profecías*, el amigo de Isaiás y de Esdras, al ocurrírsele la idea de que podía existir un nuevo mundo desconocido por el Dios del Génesis, y cuyos habitantes no procedían de Adán y Eva ni de la dispersión de los hijos de Noé. Cuando menos, se habría creído objeto de una alucinación diabólica, y de atreverse á enunciar su pensamiento, no hubiera sufrido pena mayor que la de encierro por demencia... Pero Colón sólo hablaba de ir al antiguo mundo conocido por el camino de Occidente, y esto nada tenía de herético, fundamentándolo además en autores clásicos y Padres de la Iglesia. No hubo otro congreso que una controversia, por encargo real, con los profesores de la Universidad de Salamanca, y en esta disputa científica, celebrada en el convento de San Esteban, el profesorado se mostró contrario al descubridor, mientras los monjes dominicos y otros religiosos aceptaban sus planes como verosímiles. Esto se comprende. Los frailes miraban al místico Colón como un allegado suyo, y además eran sacerdotes de vida popular, habituados al contacto con las poblaciones de la costa, que hablaban frecuentemente de tierras nuevas. La ciencia fué la única que se opuso á los proyectos del descubridor, como tantas veces la hemos visto oponerse á toda innovación...

Calló Maltrana, como para reflexionar mejor, y luego añadió:

—Yo no me burlo por eso de los catedráticos de Salamanca ni los considero ignorantes. Sabían lo

que podía saberse en su época y defendían sus conocimientos. Un niño de hoy sabe más que ellos y puede reirse de su ciencia; pero falta saber cómo reirán los escolares del siglo XXV de los sabios que ahora veneramos. Nadie ha guardado un extracto de esta disputa de Salamanca; únicamente se sabe que los catedráticos negaban á Colón que en tres años pudiese ir y volver, como afirmaba, desde España á la costa oriental de Asia. Y en esto tenían razón: ellos estaban en lo cierto. Poseían una idea más exacta del tamaño de Asia y del tamaño de la tierra; daban al Océano desconocido un espacio semejante al que ocupan el Atlántico y el Pacífico juntos, y lo tenían por inmenso é infranqueable para los medios de navegación de entonces. Pero los pobres sabios de Salamanca, lo mismo que Colón, ignoraban la existencia de América, y América, cansada de vivir en el misterio, salió al paso del navegante, el cual murió ignorándola. Y resultó que los que tenían una noción de la tierra más aproximada á la verdad quedaron ante la Historia como unos borricos, y el visionario que basaba sus planes en que «el mundo es más chico que dicen, y seis partes de él están enjutas y una sola con agua», aparece como un sabio consagrado por el triunfo...

—Así es—dijo Ojeda—. Hay que imaginar por un momento que no hubiese existido América: suprimir en hipótesis el Nuevo Mundo, y ver á Colón, que creía la tierra una tercera parte más pequeña y las costas de Asia á unas setecientas leguas de las Canarias, lanzándose con sus barquitos Océano adelante, teniendo que navegar por todo el Atlántico y todo el Pacífico hasta encontrarse con las islas del Japón ó las costas de la China.

—¡Un absurdo!—interrumpió Maltrana—. Una cosa imposible, teniendo en cuenta lo que eran las

carabelas, su escaso repuesto de víveres y la necesidad de descansar en oportunas escalas. Hubiesen perecido al insistir en la empresa, ó lo que es casi seguro, se habrían vuelto. Para llegar solamente á las Antillas, el mismo Colón sintió desmayar su voluntad en el primer viaje más de una vez, lo que no es raro, pues la fe más sólida flaquea al verse sumida en lo desconocido. Cuando llevaba navegadas setecientas leguas, comenzó á pensar con inquietud si el Asia estaría más lejos de lo que él creía, y fué entonces cuando Pinzón el mayor, el férreo Martín Alonso, con la testarudez de los hombres enérgicos que esperan salir de un mal paso atropellándolo todo, le gritaba desde su carabela: «¡Adelante, adelante!»

—Ahí tiene usted otra patraña, amigo Isidro: la pretendida mala fe de Pinzón con el descubridor; sus manejos para sublevarle la gente; el intento de las tripulaciones españolas de echar al agua al Almirante, volviéndose luego á su país; el plazo de tres días que le concedieron para morir si no encontraba tierra...

—¡Qué leyenda estúpida!—exclamó Maltrana—. Al vulgo le place ver los personajes históricos á su gusto, como héroes de novela folletinesca que arrostran toda clase de asechanzas para que al fin triunfe su inocencia en el último capítulo. La actuación de un traidor, de un personaje sombrío y fatal, es necesaria para que por un efecto de contraste resalte con mayor relieve la grandeza magnánima del protagonista. Y en esta novela colombiana, el traidor es el honrado Martín Alonso, que lo puso todo en la empresa del descubrimiento para no sacar nada y perder encima la vida. Usted conoce la verdadera historia. Cuando Colón, vagabundo de incierta nacionalidad, andaba por Palos no sabiendo qué hacer, Pinzón le escuchó y le animó con sus informes de

viejo navegante del Océano convencido de la existencia de nuevas tierras.

Los reyes concedían su licencia al aventurero para el primer viaje, pero con esto no se adelantaba su realización. La Tesorería real había librado con gran esfuerzo un millón de maravedís, pero la cantidad era insuficiente. Colón llevaba una orden para que en el puerto de Palos le facilitasen embarcaciones, pero nadie le obedecía. En aquellos tiempos de nacionalidad apenas formada y comunicaciones difíciles, el poderío de los monarcas sólo era verdadero allí donde estaban ellos presentes. Las órdenes reales, cuando iban lejos, se acataban y no se cumplían. Colón, con el mandato de los monarcas, intentó alistar gente, pero los marineros reclutados á la fuerza se desbandaban y huían. Tal fué su desesperación, que hasta pensó en tripular las naves con hombres sacados de las cárceles.

Y en este apuro, cuando veía su empresa próxima al fracaso, Martín Alonso Pinzón, el rico de Palos, el armador, que podía descansar para siempre de las penalidades del Océano, se ofreció con gallardo arranque á interesarse en la expedición y aventurar en ella parte de sus bienes, la mitad de lo que habían dado los monarcas. Él buscó y preparó buenas embarcaciones y «puso mesa», según el lenguaje de la época, para alistar marineros, ofreciéndose como fianza á los que quisieran hacer el viaje y anunciando que él iría también. Esto bastó para que acudiera la mejor gente de la costa y todos los preparativos se efectuasen con rapidez...

—Tenemos el relato del primer viaje escrito por el mismo Almirante, su Diario de navegación, que no puede ser más monótono. Viento favorable, buena mar, indicios de tierra, maderas que flotan, pájaros que cantan en los mástiles de las carabelas, como anunciando la proximidad de costas invisibles.

Pero esto era un fondo poco interesante para la figura del héroe, y muchos años después de su muerte, ciertos historiadores ganosos de dar emoción trágica á sus relatos inventaron lo de la sublevación de las tripulaciones, que, asustadas, querían retroceder, y la amenaza al Almirante de echarlo al agua si no descubría tierra en el plazo de tres días. Y Pinzón juega en todo esto el papel de un traidor cauteloso, que fomenta los miedos ridículos de una marinería acostumbrada á navegaciones más azarosas... En el relato de su viaje, el Almirante, que era de carácter receloso y muy dado á ver traiciones y asechanzas en todas partes, no dice una palabra de intentos de revuelta, y varias veces, durante la navegación, aproxima su nave á la de Martín Alonso, le llama, entablan amistosa plática desde el puente, y se envían con una cuerda la famosa carta de Toscanelli para esclarecer sus dudas.

—Colón—dijo Ojeda—era de mayores conocimientos científicos que su consocio el marino de Palos; pero reconocía en éste más pericia en el arte de navegar, en el manejo de los buques y de los hombres... Hubo, efectivamente, un plazo de tres días; pero este plazo no se lo dieron al Almirante sus marineros, sino que fué él quien se lo concedió á Pinzón, que solicitaba cambiar de rumbo. Notábase á ambos lados de los buques señales de tierra, pero el Almirante continuaba siempre en la misma dirección, creyendo estar entre las islas de Cipango, ó sea en el archipiélago japonés. «Todo aquello se vería á la vuelta.» El deseaba llegar cuanto antes á tierra firme, al Imperio de Catay, á la China, para visitar al Gran Kan, entregarle sus credenciales y hacer acopio de oro. Pero Martín Alonso, menos iluso, consideraba necesario tocar cuanto antes en alguna tierra, y don Cristóbal acabó por acceder á

que cambiase de rumbo, con la condición de que si en tres días no encontraban costa volverían al primitivo...

—Y apenas se sigue la ruta de Pinzón, surge la pequeña isla antillana, etapa primera del gran descubrimiento, que dura luego más de un siglo... Tal vez nadie hizo tanto por la gloria de Colón como su consocio al cambiar de rumbo. Imagínese usted si el Almirante, en su prisa de ver al Gran Kan, sigue la primera dirección y va á dar en las costas actuales de los Estados Unidos. De seguro que no vuelve, y el mundo se queda sin tener noticia de su descubrimiento.

—Sí; no vuelve—dijo Ojeda—. Es muy probable, es casi seguro. Para la pequeña expedición, que sumaba en conjunto unos noventa hombres, y no había hecho verdaderos preparativos de guerra, fué una suerte abordar en los archipiélagos paradisiacos del mar de las Antillas, con sus poblaciones mansas, tímidos rebaños humanos en los que cazaban su alimento los caníbales de las otras islas. Si los tres barquitos con su puñado de tripulantes se encuentran, al tocar tierra, con los indios feroces de la América del Norte ó los belicosos aztecas de Méjico, de seguro que no vuelven... ¡y se acabó Colón!

—Sólo al final del viaje—continuó Maltrana—habla el Almirante de su compañero, con cierto encono. Al navegar por las costas de Cuba tuvieron mal tiempo, y Colón se refugió con su carabela en un abrigo de la costa, mientras Pinzón, marinero más atrevido y confiado en su habilidad, seguía adelante. Estuvieron separados unos días, y esto bastó para que Colón sospechase que Martín Alonso había tenido de los indios noticias de mucho oro é iba á buscarlo por su cuenta, como un amigo infiel. ¡Disputas de consocios que se temen y se vigilan!...

Y el caso fué que iguales riquezas encontraron el uno y el otro... ¡nada! A su vuelta, el Almirante, que montaba una carabela, por haber perdido su navío mayor en un bajo, tiene que refugiarse en las Azores (donde intentan prenderle los portugueses), y luego en Lisboa, donde otra vez corre el peligro de verse preso. Mientras tanto, Martín Alonso afronta la tormenta sin hacer escala alguna y llega directamente á España, pero tan derrotado y enfermo, que muere inmediatamente. Y nadie le devuelve el medio cuento de maravedís que puso en la empresa (cantidad que fué sin duda la que se atribuyó Colón en su testamento como gasto hecho por él). Se esparce el silencio en torno de su nombre; luego, cuando reaparece, es para que algunos autores le atribuyan intentos poco leales; y el vulgo se ha imaginado, durante siglos, al honrado Martín Alonso como una especie de barítono de ópera barbudo, sombrío, envidioso, que intriga, rodeado de un coro de marineros, contra la gloria y la vida del tenor.

—Pero usted no negará, Maltrana, que el Almirante fué perseguido y maltratado de resultas de su gobernación en Santo Domingo. Acuérdesese de Bobadilla, el comisionado de los reyes; acuérdesese de cómo lo envió con grillos á España.

—Sí; reconozco que lo trataron «con descortesía», estas fueron las palabras de la reina Isabel, su decidida protectora. Lo trataron sin respeto á su edad y sus méritos; con arreglo á los duros procedimientos judiciales de aquella época; procedimientos que el mismo Colón empleaba igualmente con sus inferiores. Pero que fuese una injusticia caprichosa, como quiere la leyenda, esto es discutible. Se puede ser un gran argonauta descubridor de tierras y un pésimo gobernante.

—Hay, además, que tener en cuenta las ilusiones

que había fomentado en todos los que le siguieron en el segundo viaje, gente aventurera, levantisca y ansiosa de enriquecerse. Iban á las minas del rey Salomón, á Ofir, á Cipango; no había mas que agacharse para recoger bolas de oro. Y se encontraron allá con que todo faltaba, y para recolectar un poco de oro había que sufrir horriblemente. El gobernador, con el ansia de amontonar riquezas y contrariado por los obstáculos, mostrábase huraño, atribuyendo la falta de éxito á la pereza de los individuos de la colonia. Y hubo rebeliones, batallas entre los conquistadores; y Colón, que tenía la mano pesada y el carácter autoritario, castigó duramente á sus inferiores.

—Los castigaba como si quisiera vengarse en ellos de persecuciones sufridas por sus ascendientes... Cuando Bobadilla llegó á la isla, enviado por los reyes en vista de las súplicas y quejas de los colonos, el Almirante había ahorcado en la semana anterior siete españoles, cinco más estaban en la fortaleza de Santo Domingo esperando el instante de morir con la cuerda al cuello, y su hermano el Adelantado tenía otros diez y siete metidos en un pozo, para enviarlos igualmente á la horca. Bobadilla no fué, en sus procedimientos, mas que un justiciero expeditivo á estilo de la época. El mismo Las Casas, amigo del Almirante, reconoce que era «persona de rectitud». Al ser enviado Colón á España preso y con grillos, la reina lamentó mucho tal «descortesía», pero no por eso lo repuso en el gobierno de la isla, prohibiéndole además que volviese á ella. Se echó tierra al asunto, porque doña Isabel deseaba, según un autor de la época, «que las verdaderas causas de lo ocurrido quedasen ocultas, pues más quería ver á Colón *enmendado* que maltratado». Y el mismo Colón, en una carta, confesaba haber cometido faltas que necesitaban el

perdón de los reyes, «porque mis yerros—decía—no han sido con el fin de hacer mal».

Maltrana añadió, después de una breve pausa:

—También existe otro embuste legendario: la muerte de Colón en Valladolid, en plena miseria, pobre víctima de la ingratitud del rey Fernando. ¿Qué más podía hacer éste por él? El antiguo vagabundo era Almirante, cargo el más honorífico de la nación, pues lo había creado un monarca para uno de sus tíos. Su hijo, de obscuro origen é incierta sangre, lo había casado el rey Fernando con una sobrina suya. Gozaba, además, Colón, por capitulaciones públicas, la décima parte de todo lo que se ganase en la India. Pero como de allá no venía nada, según confesión del mismo don Cristóbal, de aquí que no poseyese riquezas. En cuanto á morir en la miseria, como supone el vulgo, basta decir que el testamento de Colón lo firman siete criados suyos, y este lujo de servidumbre no significa indignidad.

—Tiempos eran aquellos de pobreza—dijo Ojedada—. Los mismos reyes andaban siempre apurados de dinero, la Hacienda pública era menos regular que ahora, y la nación, esquilada por las guerras con los moros y la de Nápoles, no podía ayudar mucho á unos descubrimientos que sólo habían dado como resultado el hallazgo de islas improductivas en las que morían los hombres. Algo olvidado murió el Almirante. La gente, en España y fuera de ella, no prestó atención al suceso: el descubridor se había sobrevivido á su fama. En los ocho años que siguieron al primer descubrimiento se habló mucho de él; luego, en los cinco últimos, el silencio y la indiferencia. Había ido á conquistar las riquezas de Oriente, y nadie veía las tales riquezas: era simplemente el descubridor de unas islas de la extrema Asia. El también lo creía así; y sólo

años después, al encontrar Núñez de Balboa el Pacífico, el llamado mar del Sur, fué cuando Europa pudo enterarse de que el Asia de Colón era un mundo nuevo que tenía otro Océano á sus espaldas.

—La facilidad con que Europa entera acogió los relatos de un obscuro piloto italiano, Américo Vesputio, el cual, atribuyéndose glorias ajenas, bautizó con su nombre el nuevo continente, demuestra cuán olvidado estaba Colón, no en España, sino fuera de ella. Este bautizo de América es injusto, pero no carece de lógica. Colón sólo había descubierto el Asia, y en esta fe murió. Américo Vesputio fué el primero que hizo saber al mundo (gracias á las sucesivas exploraciones de los marinos españoles) que esta mentida Asia era un continente nuevo, y los editores franceses, alemanes é italianos de sus escritos dieron su nombre á las lejanas tierras. Un cínico atrevimiento de librería que ha triunfado para siempre... Pero el vulgo, amigo Ojeda, quiere que sus héroes sean desgraciados, para amarlos con la simpatía de la conmiseración. Vea usted á Goethe, el más grande tal vez de los poetas de nuestra época. Lo admiramos, pero no nos inspira una simpatía familiar, porque fué dichoso en su existencia; tuvo amores con grandes damas, desempeñó altos cargos palaciegos, gobernó un país, vivió en la hartura. Nos gusta más Homero, ciego y vagabundo; Cervantes, que, según la gente, no tuvo qué cenar cuando terminó el *Quijote*; Shakespeare, cómico de la legua y empinando el codo en las cervecerías; Beethoven, pobre y sordo... y Colón, muriendo de hambre sobre unas pajas, sin haber recibido blanca por sus descubrimientos.

—Mucho hay de eso—dijo Ojeda con exaltación—, pero yo admiro al Almirante, fuese de la sangre que fuese, como un soñador enérgico, que no descansó hasta levantar una punta del misterio

que envolvía al mundo. Admiro en él sus errores estupendos y las teorías bizarras que por caminos tortuosos le llevaron hasta la verdad. Es el último grande hombre de la Edad Media, el nieto de los alquimistas, de los viajeros maravillosos, de los sabios rabínicos, de los navegantes árabes, de los iluminados cristianos, que abre á la vida moderna la mitad del planeta para que se ensanche. A mí me conmueven sus candideces y sus ignorancias cuando va por el mundo nuevo viendo en todas partes los vestigios del mundo antiguo. Me causan deleite las descripciones que hace en sus cartas de las tierras que descubre: los suelos «follados» por las patas de misteriosas «animalías»; la caza en las selvas á los «gatos paúles», nombre que en su tiempo se daba á los monos; la visita que recibe á bordo, en el último viaje, de «dos muchachas muy ataviadas, la más vieja de once años, que traían *polvos de hechizos* escondidos», y ambas, según dice el viejo Almirante á los reyes, «con tanta desenvoltura que no harían más unas p...» ¡Y qué energía la del hombre!

Ojeda hablaba con cierta emoción del último viaje del nauta, siempre en busca del oro que huía ante él; viaje de trágico dolor, en plena ancianidad, con una pierna ulcerada, los ojos casi ciegos, teniendo á su lado al hijo pequeño, pobre infante que cree haber arrastrado á la muerte. Los buques están encallados, las tripulaciones hambrientas y sublevadas, los indios de Jamaica se muestran hostiles; nada puede esperar ya de los hombres, pero se consuela con visiones celestes que se le aparecen de noche sobre el alcázar de popa y le hablan... También lo admiraba en los peligros del regreso de su primer viaje; peligros en los que le iba algo más que la existencia: la pérdida de la gloria que consideraba entre sus manos. Una tempestad que vol-

caba muchos navíos dentro del río de Lisboa alejándose en pleno Océano montando una carabela maltratada por la navegación en los mares de India y que hacía agua por todas partes.

—Cree que Pinzón se ha perdido en el otro buque y que sólo queda él para dar al mundo la gran noticia: la gran noticia que todos ignorarán si él parece. Tal vez otros descubridores del Mar Tenebroso sufrieron este revés del destino luego de reconocer las tierras nuevas. ¡Morir con el secreto!...

Y Colón escribe en varios pergaminos la reseña de su descubrimiento, los mete en toneles y arroja éstos á las olas, sin que los marineros sospechen que encierran, pues creen que se trata de un acto de devoción para apaciguar á los elementos. La tempestad arrecia, y el Almirante hace traer tantos garbanzos como personas van en la carabela. Señala uno con un cuchillo, y revolviéndolos en el bonete, invita á la chusma á meter la mano. El que saque el garbanzo marcado con una cruz irá de romero á Santa María de Guadalupe llevando un cirio de cinco libras... Y es el Almirante el que saca el garbanzo. Luego echan las mismas suertes para ir en romería á Santa María de Loreto, «en la Marca de Ancona, tierra del Papa», y como le toca á un simple proel, Colón le promete ayudarle con sus dineros para el viaje. La borrasca va en aumento; al día siguiente vuelven á echar suertes para velar toda una noche en Santa Clara de Moguer, otra vez designa el garbanzo al Almirante.

Pero como estas promesas no logran domar las potencias hostiles del Océano y la carabela se tambalea, falta de lastre—una imprevisión del Almirante—, y los bastimentos de comida están casi agotados, hacen el voto de ir todos, apenas lleguen á tierra, en procesión y en camisa hasta la primera iglesia que encuentren bajo la advocación de la Virgen.

—Y cuando el temporal los echa al fin en Lisboa, llevaba Colón más de doce días de inmovilidad en su banco de popa, dormitando á ratos, con las piernas mojadas por la lluvia y las olas. Esta prueba fué la más tremenda de su vida. ¡Poseer una verdad que iba á conmover el mundo y morir con ella!... Pero basta de Colón, amigo Maltrana. Ya hemos hablado bastante; vamos á tomar el té.

Abandonaron sus asientos, y al dirigirse á una de las escalerillas para descender al paseo, notaron en el mar varias curvas negras y veloces que asomaban un instante sobre el agua, sumiéndose y reapareciendo más lejos entre burbujeo de espumas.

—Son atunes—dijo Maltrana—. O tal vez sean delfines... ¡Quién sabe!

—De seguro que no son sirenas—repuso Ojeda.

Caminaron algunos pasos, y añadió:

—Es lástima que no queden sirenas. Y sin embargo, aún las había en tiempos de Colón... ¿No sabe usted eso? El vió salir tres «muy altas sobre el mar», cerca de la embocadura de un río de Santo Domingo. Y dice Las Casas que al Almirante no le llamaron la atención, porque había visto otras muchas en sus navegaciones, de mozo, por las costas de Guinea y la Manegueta, y que las sirenas no son tan hermosas como las pintan, «pues en cierto modo tienen forma de hombre en la cara».



IV

Erguidos ante sus atriles con militar rigidez, lanzaban los músicos una marcha solemne, que servía de acompañamiento á los pasajeros en su entrada al comedor. Los hombres vestían de frac ó de *smoking*, guardando en una mano la gorra de viaje. Algunos se detenían en las puertas formando grupos para ver á las señoras que iban saliendo de los camarotes de preferencia ó venían de los de abajo por la gran escalera de doble rampa, con un roce de finas ropas interiores.

Deslizábanse rápidas todas ellas, entre saludos y sonrisas, para sumirse, más allá de las mamparas de cristales, en un mar de luz en el que nadaban los colores de inquietas banderas. Una estela de polvos de tocador y vagas esencias de jardín artificial seguía el aleteo de las faldas desmayadas y flácidas, con brillantes pajuelas de oro ó plata; el crujiente arrastre de los tejidos sedosos; el brillo de las espaldas desnudas suavizadas con una capa de blanquete; la tersura de las nuca, sobre las que se elevaba el edificio de un peinado extraordinario, el primero de una navegación que únicamente se había prestado hasta entonces á exhibir sombreros de paseo y velos de odalisca.

En el antecomedor lucía un gran cartel pinta-

rrajeado con una pareja danzante y una inscripción gótica en alemán y en español: «Esta noche baile.» Y el anuncio parecía esparcir por todo el buque un regocijo de colegio en libertad. «Esta noche baile», repetían las personas de grave aspecto, como si se prometiesen un sinnúmero de misteriosas satisfacciones.

Saludábanse por vez primera con espontáneos movimientos de cabeza gentes que ignoraban todavía sus respectivos nombres. Durante la tarde habíanse contraído grandes amistades en la cubierta de paseo. Muchachas de diversa nacionalidad, que no se habían visto nunca y tal vez no volverían á verse al salir del buque, se iban agrupando atraídas por la simpatía que les inspiraba el género de belleza de la nueva amiga ó la distinción de sus vestidos. Empezaban hablando en varios idiomas, para expresarse al fin en castellano. Caminaban tomadas del talle, lo mismo que si fuesen compañeras de pensión, y antes de que terminase la noche iban á tutearse, entusiasmadas por una amistad que consideraban eterna y databa de unas cuantas horas. Las madres se sonreían unas á otras sin conocerse —arrastradas por las afinidades de sus hijas—, con una complicidad de compañeras de profesión, y acababan igualmente formando grupos, para hablar de los dolores y satisfacciones que proporciona la familia, de las brillantes cualidades de sus retoños, de los desengaños é ingraticudes que tal vez les reservaba el porvenir á las pobrecitas... como si las compadeciesen y envidiasen al mismo tiempo. Algunas, vestidas de negro con una austeridad monjil, acometían desde las primeras frases el elogio y el lamento de sus difuntos maridos.

Verificábase una aproximación general, como si todos en el buque despertasen de pronto, reconociéndose antiguos parientes. Hasta entonces, los



que habían salido de Hamburgo fingían ignorar á los embarcados en Boulogne, navegando juntos sin saludarse por el mar de Gascuña y de Cantabria, extensión de lívido azul bajo un cielo gris. La vista de pequeñas ballenas chapoteando en el golfo entre surtidores de espuma les había hecho cruzar algunas palabras nada más, replegándose á continuación en su huraño aislamiento. Juntos habían acogido con un mutismo de altivez á los que subieron en Lisboa, intrusos sospechosos para la tranquilidad de los primeros ocupantes; y así habían navegado hasta Tenerife. Pero ahora empezaba el verdadero viaje: la vida común lejos de toda tierra, sin que un nuevo chorro de extraños pudiese turbar la paz del convento flotante, y todos se sentían unidos por repentina fraternidad.

Hasta el Océano parecía reflejar bondadosamente la alegre camaradería de los pasajeros. El tapiz tenía bajo el pie la consistencia de la tierra firme; los objetos manteníanse en grave inmovilidad; penetraba por las ventanas la brisa oceánica en suaves ráfagas: una brisa discreta que no hacía saltar la velutina de la epidermis ni ponía en desorden los peinados; una brisa regulada, domesticada, como la que refresca los salones en las playas de moda. Los estómagos, encogidos hasta entonces por la ruda novedad de la navegación, se dilataban con voluptuoso desperezo, admirando en el comedor las prodigalidades del servicio. Crujían en los camarotes las cerrajas de las maletas; desatábanse correas y paquetes; abandonaban las ropas sus encierros. Las manos diligentes sacudían pliegues y ordenaban vestimentos con toda calma, sin miedo al vahido del cansancio y á la movilidad que arroja personas y objetos de un ángulo á otro de la inquieta habitación.

Todos pasaban el contenido de los equipajes á

los armarios y las perchas, cuidando después del arreglo de sus personas. Diez días para llegar á Río Janeiro, la escala más próxima: ¡diez días de vida común! ¡Toda una existencia cuyo vacío había que poblar con diversiones y nuevas amistades!... Y la fiesta del cumpleaños del Emperador, la primera del viaje, difundía por el buque un regocijo de escolares que empiezan sus vacaciones.

Entre las pilastras del comedor ondulaban abundadas las banderas de diversos pueblos. Guirnaldas de rosas contrahechas y bombillas eléctricas multicolores tendíanse de capitel á capitel. Al final del salón, sobre una columna rodeada de plantas y teniendo como fondo el pabellón alemán, erguía-se un gran busto de yeso, el del héroe de la fiesta, con fieros y majestuosos bigotes. Sobre las mesas aleteaban pequeñas banderas, una por cada comensal: la de su respectiva nacionalidad.

El culto á los trapos de colores—religión de última hora, adorada con fanatismo por el público de hoteles cosmopolitas, trasatlánticos y trenes internacionales, gente que vive gustosa fuera de su patria—extendía por todo el comedor, como una primavera de percalina, la floración de sus diversos tonos. La bandera germánica, sombreada por su faja negra, mezclábase con el bullicioso tricolor de la francesa, la púrpura británica, el verde de la italiana, que parece un reflejo de mar latino, la cruz blanca suiza, las barras y enrejados de las escandinavas y el reventón de cohete rojo y dorado de la española. Sobre las otras mesas, como hijas vistosas que en la frescura de su juventud no temen la bizarría de lo llamativo, lucían el verde y ámbar brasileños, de un tono igual al de los frutos tropicales; el sol majestuoso y las barras de la ribera uruguaya; el aleteo primaveral albo y celeste del pabellón argentino; la blanca estrella chilena sobre

un cielo de intenso azul, y la gran constelación de la América del Norte amontonando en el arranque del rojo septagrama su rebaño de asteroides.

Antes de servirse el primer plato surgieron protestas. Se negaban algunos pasajeros á sentarse mirando iracundos la bandera que cubría con intrusos colores el montón de platos de su cubierta. Querían la suya, la de su país. Ellos pagaban lo mismo que los demás: á bordo todos eran iguales y su república valía tanto como cualquiera otra de América... Los camareros, azorados cual si fuese á estallar una conflagración internacional, salían á toda prisa del comedor y regresaban trayendo con ellos al mayordomo, sonriente y confuso á la vez como un gerente de restorán de moda que implora perdón por olvidos en el servicio.

—No tenemos su bandera, señor: desolado, completamente desolado... Yo le prometo que en el próximo viaje cuidaré de tenerla... Por el momento, si el señor quiere, hágame el honor de contentarse con esta otra... Al fin todos vamos á Buenos Aires.

Y sustituía la bandera de la protesta con otra argentina, que era la más abundante, la que adornaba los cubiertos de todas las personas de problemática nacionalidad. El hombre acababa por conformarse, vencido tal vez por el perfume de la sopa que humeaba en los platos, pero atacaba su comida con un mohín de pena, como un señor á quien le han amargado la noche.

Pasaban los camareros sosteniendo con ambas manos vasijas de metal, de cuyas bocas surgían golletes de botellas entre pedazos de hielo. Sonaban incesantemente los estampidos del vino espumoso. Muchos se creían en una posición vergonzosa si no acompañaban su comida con champaña en esta noche de fiesta.

La nutrición era la misma para todos, como si

se hubiesen trastornado las bases sociales y vivieran sometidos á un régimen igualitario. Pero el afán de singularizarse asombrando al vecino tomaba su desquite en los líquidos, y equivalían á títulos de suprema distinción las botellas que figuraban en las mesas: unas, blancas y puntiagudas como agujas góticas, cuyas etiquetas evocaban la imagen del padre Rhin pasando entre castillos y peinando sus barbas de espuma en los puentes medievales; otras, negras, con la cabezota de corcho afirmada en un casco de alambres y de láminas metálicas, llevando sobre los hombros, cual regio toisón, el collar obscuro y las letras de oro de su champañesco origen.

Ojeda y Maltrana ocupaban una mesa en el centro del comedor, con otros dos pasajeros: un señor de patillas blancas, parco en el hablar, que siempre llegaba con retraso á las comidas y pasaba el resto del tiempo encerrado en su camarote. Era el doctor Rubau, viejo médico residente en Montevideo. El otro, con la cabeza gris y el bigote extraordinariamente rubio, pequeño de cuerpo y de un perfil aquilino, se decía francés y vivía en París; pero hablaba el alemán con tanta soltura y estaba tan habituado á los usos germánicos, que los del buque, creyéndolo compatriota, habían colocado ante su cubierto la bandera del Imperio. Todos los años iba á América para visitar las joyerías de varios países, de las que era proveedor, y al mismo tiempo importaba en Europa pieles y plumas. Mostrábase preocupado desde que entró en el vapor con la busca de compañeros para una partida de *bridge*, y su tristeza era grande al ver que en el fumadero sólo jugaban el *poker*. Todos los días, al sentarse á la mesa, el señor Munster quedaba pensativo, sin dejar por esto de mover las mandíbulas, y acababa por formular la misma pregunta, en un castellano gangoso:

—Pero ¿de veras que ninguno de ustedes conoce el *bridge*?... ¡Un juego tan distinguido!

Maltrana, que se había familiarizado con él atrevidamente desde los primeros momentos, creyendo encontrar en su vaga nacionalidad cierto perfume de sinagoga, le invitaba á monstruosas partidas de *poker*, en las que debían arriesgarse miles y miles de francos. Y lo decía con un aplomo desdeñoso, como si tuviese á su disposición todos los millones encerrados en el fondo del buque.

Aprovechó Isidro esta comida extraordinaria para ir mostrando á Ojeda las gentes mencionadas por él en conversaciones anteriores. Por encima de las banderas, las cabezas inclinadas ante los platos y las guirnaldas de verdura, pasaba revista á todos los que titulaba pomposamente «mis amigos».

—Hoy no falta nadie; sala llena. Bien se ve que tenemos buen tiempo... Los buques son como los muebles viejos, que, después de una sacudida, sueltan, al quedar inmóviles, un rosario de bichos cuya existencia nadie sospechaba. ¡Qué de caras desconocidas!... Han estado ocultos como cucarachas en el agujero de sus camarotes, aguantando el mareo, y hoy es la primera vez que suben al comedor. Mire usted el abate de las conferencias; hermosa cabeza de corsario con sus barbas negras. Nadie adivinaría su sotana, que desde aquí no puede verse. Mire también á las señoras viejas sentadas junto á él; ¡con qué arrobamiento le contemplan mientras come!... Fíjese en la mesa del centro, la más grande del salón; es para catorce pasajeros, y la ocupa el doctor Zurita con su familia. ¡Hombre generoso y campechano! ¡Como si nos conociésemos toda la vida! Siempre que hablo con él, me ofrece un puro magnífico: «*Che*, Maltrana; oiga, galleguito simpático...» Y crea usted que es un hombre de gran sentido, que sabe ver las cosas como pocos... Eche una

mirada al obispo, con toda su familia de admiradores tiránicos. Le han obligado á ponerse la sotana de seda con faja carmesí. ¡Y cómo le brilla la cruz! Sin duda la han limpiado en común para quitarle el vaho del mar...

Maltrana continuó, después de una breve pausa:

—Esa señora que entra retrasada, tan alta y buena moza, es una chilena. ¡Qué mujer! ¿eh, Ojeda? ¡Qué cuello, qué andares de reina, qué brillantes!... Pero no hay ilusiones posibles. El barbudo hermosote que avanza pisándole la cola del vestido es el esposo: dos metros de talla; se ruboriza cuando tiene que hablar con un extraño, pero se le adivinan unos músculos de boxeador y una gran facilidad para dar «puñete», como él dice... Los que ocupan la mesa con ellos son todos del mismo país: muchachos grandotes y buenazos, que vuelven de Alemania; gente simpática y franca, que me quiere y distingue. Siempre que me encuentran en los alrededores del café, me saludan del mismo modo: «Vamos á tomar una copa.» Y dos noches seguidas les oigo hablar de «curarse» antes de ir á dormir; ellos tan sanotes, que parecen desafiar á las enfermedades. Me gustaría saber qué demonio de cura es esa.

Calló por unos instantes, mientras sus ojos seguían explorando el salón entre el bosqueje de adornos multicolores. El viejo médico comía lentamente, preocupado con el funcionamiento de su dentadura, de una regularidad y una brillantez equívocas. El joyero, entre plato y plato, calábase los lentes para examinar á las señoras, como si inventariase el valor de sus diamantes. Maltrana continuó, en voz más tenue:

—Aquellas tres damas guapetonas, de perfil majestuoso, con los ojos negros y grandes, son de la República Oriental. Fíjese en los brazos, amigo

Ojeda; ¡qué blancura! ¡qué armónica carnosidad! Son Ticianos de pelo negro. ¡Y pensar que en Montevideo los hombres se divierten armando una guerra cada dos años, como si les aburriese vivir en tan buena compañía!... Allá en las mesas del fondo se mantienen las argentinas en grupo aparte. Parecen haberse escapado de las láminas de un periódico *chic*; esbeltas y elegantes como las artistas de los teatros de París que lanzan la última moda; pero menos... etéreas, más sólidas, mejor nutridas, sin trampantojos ni mentiras en su construcción, como hijas de un pueblo joven que tiene su suerte confiada á los flancos de la mujer... Y en las demás mesas, ¡qué de cabezas rubias!... Las grandes damas de la opereta han sacado lo mejor de su vestuario teatral. Sus trajes podrían cantar solos *La viuda alegre* y todas las obras en las que figura un baile del gran mundo... Y en las otras mesas, rubias y más rubias, pero hinchadas de grasa, con el talle cuadrado, las manos cuadradas y la cara barnizada por el sol. Después las verá usted arriba. Trajes de gala que datan de un matrimonio remoto; medias blancas con zapatos negros; collares de nodriza entre joyas valiosas... Son las compañeras de los germanos esparcidos por América; valerosas señoras que después de un viaje por Europa vuelven á fregar los platos de la estancia ó de la tienda. Unas se quedan en el almacén de Buenos Aires. Otras irán á las costas del Pacífico, al Paraguay ó al corazón del Brasil á continuar su vida de ahorro.

Sonrió después maliciosamente, designando una mesa junto á la entrada.

—Es la mesa de «la cuarentena»; y la llamo así porque en ella encorrala el mayordomo á todo el pasaje sospechoso. Ahí están las cocotas francesas, tan dignas, tan modositas, tan bien criadas. Van vestidas como siempre, para que conste que no

desean llamar la atención. Algunás no se han peinado siquiera y llevan la cabeza oculta en un turbante de velos. Además, guardan lo mejor del equipaje para sus empresas de tierra firme... Con ellas está Conchita, una paisana nuestra, una madrileña, que come estirada y seria, pues la pobre sólo puede entender por señas á sus compañeras. Algunas veces, volviendo la cara, habla con don José, un cura español que ocupa la mesa inmediata. Y mezclados con este rebaño femenino comen varios muchachos alemanes, rubios, orejudos y de mandíbula fuerte, niños tímidos que al hablar se cuadran como reclutas, lo que no les impide meterse América adentro á difundir valerosamente la quincalla de Hamburgo y de Berlín, en mula, en piragua ó á pie, llevando el muestrario á la espalda lo mismo que una mochila.

—¡Qué interesante el comisionista alemán!—dijo Ojeda—. Tal vez con el tiempo haya quien lo cante lo mismo que á los paladines medioevales que corrían el mundo por difundir la gloria de su dama. Hoy la dama es la industria, y la gloria la nota de pedidos. Allí donde existe, en todo el globo, un grupo de hombres recién instalado que lucha con la selva, los pantanos, las fiebres y las bestias, allí se presenta inmediatamente el comisionista rubio con su muestrario; y para no perder el tiempo, aprende durante el camino á balbucear el idioma del país.

—¡Las latas que me dan estos muchachos—exclamó Maltrana—y las que me darán, para evitarse el pago de un maestro!... Han bajado en Tenerife únicamente para comprar libros españoles, y pasan las horas con ellos, rumiando las breves lecciones tomadas en Berlín. Cuando tienen una duda, me buscan por todo el barco ó consultan la sabiduría gramatical de *fraulein* Conchita, su compañera de mesa... ¡Gente tenaz, que no conoce el cansancio ni el ridículo! Sus triunfos oscuros van á ser más

positivos que las victorias de los feldmariscales de su ejército. A la larga, resultará que descubrimos y colonizamos nosotros un mundo nuevo para gloria y provecho del libro mayor de Hamburgo y de Brema (1).

Interrumpió Isidro su charla para examinar un nuevo plato que el camarero acababa de colocar ante él. Pero á los pocos momentos volvió la cabeza hacia al gran busto blanco del emperador alemán.

—¡Qué cambio el de nuestros tiempos, amigo Ojeda! ¡Qué transformación de valores!... El oro y el comercio, que en otras épocas sólo eran para la gente despreciable acorralada en las juderías, reinan ahora como fuerzas directoras del mundo... Y si lo duda usted, ahí tiene al amigo de los bigotes tiesos que nos preside, místico y guerrero como Lohengrin, músico y genial como Nerón, siempre con coraza y casco de aletas, y que, sin embargo, pasará á la Historia con el título de primer viajante de comercio de nuestra época.

Ojeda escuchaba con ojos distraídos la charla de su compañero.

En los largos intermedios que dejaba el servicio, bebía el champaña de su copa, sin percatarse de su insistencia. Isidro cuidaba de la botella amorosamente, haciéndola girar en el cubo de hielo para su enfriamiento. Llenaba luego apresuradamente las copas, como si su vacío le infundiese horror, y apenas sentía disminuir el peso de la botella, reclamaba con vigilante previsión el envío de otra. Dirigía equitativamente este gasto extraordinario: las buenas cuentas mantienen las amistades. Una botella la pagaría el doctor Rubau, que apenas había tomado algunas gotas mezcladas con agua mineral;

(1) El lector no debe olvidar que este libro fué escrito meses antes del principio de la guerra de 1914.—*N. del E.*

otra, su gran amigo Munster; otra, Ojeda... y él se reservaba modestamente para el banquete siguiente. Sus ojos, cada vez más animados y saltones, acompañaron la mirada distraída de su amigo hasta la próxima mesa, ocupada por una mujer sola.

—¡Mire usted á nuestra vecina la yanqui! Una real moza: tal vez la más elegante de todas. No parece la misma que vemos arriba puesta siempre de gran sombrero y gabán largo... ¡Qué escote! ¡Y qué hermosa torre de pelo, entre rubio y ceniciento!... Le advierto, camarada, que ella también le ha mirado muchas veces, así como la que no quiere mirar, con el rabillo del ojo... Usted le interesa, amigo Ojeda, me consta. Esta tarde, después del té, he hablado con ella, si es que nuestra conversación puede llamarse hablar. Sabe un poquito de francés y otro poquito de español. Yo no conozco una palabra de inglés; pero al fin nos hemos entendido por adivinación. Y mansamente, como quien no quiere saber nada, me ha preguntado por mi amigo; y yo, ¡figúrese!... le he dicho que era usted un gran poeta, un notable personaje; he hablado de su familia, de su gran fortuna, de que va á América por el solo gusto de pasear, y de las muchas señoras que se deja en Madrid muertas de pena...

Fernando hizo un movimiento de protesta.

—No se enfade, Ojeda; no se queje. Estas cosas no hacen daño y dan prestigio. Déjeme á mí, que conozco la vida... ¿Que no le interesa á usted esa señora? No importa; siempre es bueno adquirir importancia á los ojos de una mujer... Está bien; no se irrite. Beba un poco.

Y llenó la copa de Ojeda, después de una rápida discusión en la que no parecieron fijarse sus compañeros de mesa. Un zumbido de conversaciones cada vez más fuerte diluía los sonidos de la música llegados del antecomedor. El vaho de los platos, las

respiraciones humanas, la radiación de las luces, iban densificando el ambiente. Maltrana, para desvanecer la contrariedad de su amigo, siguió hablando:

—Ese matrimonio que come dos mesas más allá, es también norteamericano: los esposos Lowe. El ha vivido en el Japón, en China, en Australia, en El Cabo; aquí en el buque vive en el gimnasio, y cuando sale de él, se pasea con unas chaquetas á rayas de colores, de lo más extrañas: unas chaquetas de *clown*, que son, á lo que parece, los uniformes de famosos clubs esportivos. Ella canta romanzas italianas, y sólo espera que la inviten para hacernos oír su voz. Mistress Power (porque le advierto que ese es el nombre de nuestra vecina) sólo se trata en el buque con esta pareja de compatriotas. Se mantiene en un aislamiento sonriente; algunos saludos con las señoras más respetables, y nada más... Y sin embargo, sabe mejor que yo los nombres y la categoría social de casi todos los pasajeros. ¡Mujer más hábil!... Tal vez por esto mantiene á distancia á los otros americanos.

Y designaba con los ojos á los ocupantes de la mesa inmediata.

—Gente buena, pero escandalosa—continuó—; *cow-boys* en traje de domingo, que van á estudiar la ganadería de las Pampas; comisionistas de Nueva York, que sacan á puñados los billetes de Banco de los bolsillos del pantalón y necesitan cantar á cada momento para que se fijen en ellos... Ya se han bebido seis botellas y roto dos. Ahora, con el entusiasmo del champaña, se llevan á los labios las banderitas que tienen ante los platos y ponen los ojos en blanco gritando: «*Americain! Americain!...*» En la mesa siguiente está Martorell, aquel muchacho con lentes y bigote rubio: un catalán, del que creo haberle hablado. También es poeta: lleva ganadas no

sé cuántas rosas naturales y englantinas de oro en Juegos Florales; pero siempre en catalán, porque este rui señor es mudo cuando se sale del jardín de su tierra. En Castilla (como él llama á todos los países que hablan español), el poeta se dedica á la banca. Una fiera, amigo mío, para asuntos de dinero. Le aconsejo que no se meta á luchar con este camarada poético en un certamen de tanto por ciento, porque de seguro que le roba hasta la lira. En Madrid nos hablaba mucho de Buenos Aires, donde ha estado dos veces. Parece que hay grandes reformas que hacer en eso de los Bancos, ideas nuevas que implantar para que el dinero se multiplique; y allá va Martorell, como un Mesías del descuento... También se lo presentaré: es buen muchacho. ¡Quién sabe á lo que puede llegar!...

Luego, Maltrana hizo un gesto exagerado de horror, una mueca que fué como la caricatura del miedo.

—Y junto al catalán... el hombre misterioso; ese vecino mío de camarote, del que le he hablado algunas veces. Es el que va con traje de luto, todo afeitado. No habla con sus vecinos y come con una gravedad sacerdotal, lo mismo que si estuviese celebrando un rito. ¿Quién cree usted que puede ser?... Huye de la gente, y cuando yo le hablo en francés, que parece ser su idioma, me contesta con mucha cortesía, con demasiada cortesía, y de repente se aleja muy estirado, como si existiese entre nosotros una diferencia social que no permite la familiaridad... ¡Y vaya usted á adivinar, con esa cara afeitada que lo mismo puede ser de magistrado, de cómico, sacerdote ó mayordomo de casa grande!... Yo lo encuentro lúgubre como un doctor de los cuentos de Hoffmann. Además, me preocupa el camarote misterioso, ese camarote entre el suyo y el mío, siempre cerrado, y cuya llave guarda él

cuidadosamente. Una vez al día abre la puerta, entra, inspecciona unos minutos, vuelve á salir y hasta el día siguiente... Ni una palabra, ni un grito, ni el más leve ruido; y eso que yo muchas noches aplico la oreja á la madera del tabique, miro en el corredor por el ojo de la cerradura ¡Nada!... ¿Quién cree usted que podrá ser?

Calló Isidro, frunciendo el ceño bajo la preocupación de este misterio.

—Tal vez un diplomático que va en misión secreta, y por eso huye de la gente; algún financiero que viaja para comprar de golpe todas las vías férreas de América y teme que le pillen el secreto; un empleado infiel que se lleva la caja y tiene un camarote abarrotado de sacos de oro. ¡Lástima no saberlo con certeza!... Aquí hay misterio, un misterio gordo, á lo Sherlock Holmes, y lo más extraño es que cuando le pregunto al mayordomo del hotel que, él, tan amigacho mío, se hace el tonto, como si no me comprendiese... Verá usted, Ojeda, cómo algo ocurre con este hombre antes de que termine el viaje. En cualquier puerto lo reciben con músicas, discursos y banderas, ó sube la policía y asegura las manos con esposas... Parece orgulloso y al mismo tiempo revela una timidez incompatible con el mucho dinero. ¿Quién será?...

Maltrana llenó su copa y bebió, como si con esto quisiese acelerar sus averiguaciones sobre el «hombre misterioso». Después, el champaña y la buena comida parecieron ejercer sobre él una influencia benévola.

—Confieso á usted, Ojeda, que nunca me he sentido mejor, y por mi voluntad podía prolongar este viaje hasta el fin del mundo. ¡Ojalá fuese como *Goethe* vagando por el Océano, como el «Holandés errante», siempre que no se agotasen sus repuestos de víveres y bebida!... ¿Qué falta aquí?... Mujeres

elegante y hermoso que puede verse de cerca y le dirige á uno la palabra como á un amigo antiguo; buena mesa, fiestas, bailes y ausencia total de moneda. Todo se paga con bonos, ó se arreglan cuentas en el despacho del mayordomo al final del viaje. ¡Y esta temperatura primaveral! ¡Y este buque que es una isla!... Nunca me he visto en otra: ni en Madrid, cuando me convidaban á comer los políticos de segunda clase para que escribiese bien de ellos; ni en Paris, cuando hacía traducciones españolas para las casas editoriales y engañaba el hambre en los bodegones del Barrio Latino... ¡Y pensar que doña Margarita mi patrona, con un cariño que data de ocho años, rezará por el pobre don Isidro que va navegando por los mares! ¡Y pensar que á estas horas, en nuestro café de la Puerta del Sol, se preguntarán aquellos chicos melenudos que lo saben todo y no han visto el mundo por un agujero: «¿Qué será del sinvergüenza de Maltrana?» Y el más gracioso contestará seguramente: «Debe estar en la panza de un tiburón...» ¡Pobrecitos!

Servían los camareros el helado, cuando sonó el fuerte repiqueteo de un cuchillo contra una copa. Quedó inmóvil la servidumbre, circularon siseos imponiendo silencio, y todas las cabezas se volvieron hacia un mismo punto del comedor.

—El amigo Neptuno va á hablar—dijo Isidro.

Este Neptuno era el comandante del buque; enorme como un gigante cuando estaba sentado, é igual á los demás si se ponía en pie, irguiendo el hercúleo tronco sobre unas piernas cortas. La barba dorada y canosa invadía, arrolladora, una parte de su rostro rubicundo, esparciéndose luego sobre el pecho; y en medio de esta cascada fluvial abríase una sonrisa de bondad casi infantil. Cuando pasaba por las cubiertas le rodeaban los niños, colgándose de su levita, danzando ante sus rodillas, pidiendo

que los levantase lo mismo que una pluma entre sus brazos membrudos. Al encontrarse con Isidro extremaba su sonrisa, como si adivinase en él un ingenio gracioso, á pesar de que no podían entenderse bien, pues en sus pláticas no iban más allá de unas cuantas palabras de italiano mezcladas con otras tantas de español.

Vistiendo un *smoking* azul con galones de oro, brillándole la calvicie sudorosa y acariciándose las barbas, iba desenredando lentamente su madeja oratoria. Una gran parte del auditorio no le comprendía, pero todos conservaban la mirada puesta en él, con la fijeza de la incomprensión, aumentándose con esto los titubeos verbales del marino.

—No parece que se explica mal Neptuno—dijo Maltrana en voz baja—. Ahora está hablando de su emperador. Ha dicho *kaiser* dos veces; eso lo entiendo... ¡Raza notable! Creo que á los capitanes alemanes les dan lecciones de oratoria en Hamburgo y además les enseñan á bailar. Sin tales requisitos, la Compañía no entrega un buque á uno de estos padres de familia... Lo mismo son los músicos de á bordo. Por la mañana preparan los baños y limpian las escupideras; antes del almuerzo tocan instrumentos de metal; por la noche instrumentos de cuerda; y todo lo hacen gratis, pues no cuentan con otra remuneración que las propinas de los pasajeros. ¡Cualquiera se mete en concurrencia con estas gentes!... Pero ¿por qué se entusiasman tanto los alemanes, Fernando? ¿Qué dice ahora el amigo Neptuno?

—*Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt.*

—¿Y qué es eso?

—«Alemania sobre todo, sobre todo lo del mundo.»

El capitán elevó su copa, dando por terminado el discurso, y los que le comprendían pusieronse de

pie, hombres y mujeres, instantáneamente, alzando también sus copas. «¡Hoch!», gritó Neptuno; y todos contestaron lo mismo, con una regularidad mecánica, como el grito de un regimiento que responde á la voz de su coronel. «¡Hoch!», volvió á decir; pero esta vez, amestrados por el ejemplo, contestaron los pasajeros en masa con un alborozo discordante; y el tercer «¡Hoch!» fué un cacareo general, repitiendo muchos con delectación la palabra, por lo mismo que ignoraban su significado.

Un rugido de trompetería guerrera saludó desde el antecomedor el final del brindis, y los criados reanudaron apresuradamente el servicio.

—Aquí ya no dan más—dijo Maltrana después de los postres—. Subamos al jardín de invierno á tomar el café.

Ocuparon los dos amigos una mesita inmediata á una de las puertas. Desde allí veían la ascensión por la amplia escalera de todos los que abandonaban el comedor. Pasaron ante ellos los hijos mayores del doctor Zurita con otros jóvenes argentinos que regresaban de París. Todos saludaron á Maltrana con amigable familiaridad. Sonreían al verle, recordando tal vez los cuentos con que amenizaba sus tertulias en el fumadero á altas horas de la noche, cuando finalizaban por cansancio las partidas de *poker*.

—Hermosa juventud—dijo á Ojeda su compañero—. Fíjese en los tipos: altos, musculosos, esbeltos y con una gran agilidad en los miembros. Deben ser famosos bailarines de tango. ¡Excelentes muchachos, todos amigos míos!... Vea sus dientes sanos de lobo joven; su pelo, tan abundante, que necesitan aplastarlo con pomada hasta formar dos almohadillas lustrosas. No queda en sus cabezas donde plantar un cabello más. Son hermosos ejemplares del cultivo intensivo de la pilosidad... Y las

manos finas, aunque estén deformadas por los ejercicios de fuerza; y los pies pequeños, reducidos altos de empeine, cuidados con meticulosidad; de día siempre encerrados en charol con cañas de colores, de noche con forro de seda calada y escarpi- nes que martirizarían á muchas señoras. Son pies que parecen tener una vida aparte, pies sabios que pueden seguir sin error las más difíciles combinaciones del baile... Y ellas igualmente, ¡qué finura de extremidades!... En esta Arca de Noé, amigo Fernando, se reconoce el origen étnico de cada uno sólo con mirar al suelo... Mire esos otros que suben.

Y sonrieron los dos viendo ascender por los pedaños algunos pies de masculina dimensión, á pesar de que asomaban bajo una corola de faldas recogidas. Tras ellos subían enormes zapatos de hombre embetunados y de fuerte morro, que dejaban en la alfombra una huella de pesadez. Muchos comerciantes que se habían endosado el frac en honor del soberano, guardaban sobre su abdomen la gruesa cadena de oro, cargada, como un relicario, de medallones, dijes, lápices y fetiches, y en los pies los fuertes botines de uso diario.

Ojeda acogió con incrédula sonrisa las consideraciones de su amigo acerca de la superioridad de una raza sobre otra por la finura de las extremidades.

—Los «latinos», como usted dice, Maltrana, somos bellamente ligeros, más «alados» que estas gentes del Norte. Se ve la influencia aristocrática de los conquistadores andaluces en los pies breves y graciosos de las sudamericanas. El indio también tiene el pie pequeño... Pero ¡quién sabe si el mundo no está destinado á ser una presa de los pies grandes! Fijese con qué autoridad insolente y ruidosa van avanzando esos navíos de cuero y cartón. Allí

donde se detienen se incrustan, y la pesada voluntad que los habita tiene que hacer un esfuerzo para cambiarlos de lugar. Marchan sin gracia y con lentitud, pero lo que ellos cubren es suyo y no lo abandonan. Nuestros pies son más graciosos, tienen algo del salto del pájaro, pero dejan poca huella.

Sonó una risa femenil, ruidosa, petulante, en la que se adivinaba un deseo de hacer volver las cabezas. Ascendió por la escalera un vestido de color de sangre, y detrás de su cola, majestuosamente suelta, varios fraes parecían correr para alcanzarlo y dominarlo.

—Nélida, nuestra amiga Nélida, con su escolta de admiradores—dijo Maltrana—. Todas las naciones de á bordo están representadas en este séquito amoroso. Sólo faltamos nosotros; pero tengo la certeza de que si usted no va á ella, ella le buscará.

Admiraba su boca de «tigresa en celo», según él decía; boca de húmedo carmesí, en la que brillaba luminoso el nácar de una dentadura voraz. Al abrirse con el desperezo de la risa, sus dientes, un tanto agudos, parecían surgir de este estuche rojo, como salen las uñas de la zarpa de un felino.

Ocupó una mesa ella sola, é inmediatamente la rodearon sus acompañantes. Hablaba en alemán, inglés, francés y español con todos ellos, llevándose á los labios un cigarrillo sin encender. Uno de los adoradores se inclinó ofreciéndole la llama de un fósforo.

—Ese es el que llaman «el barón»—dijo Maltrana—: un belga que nos abrumba con su hermosura de Antinoo, petulante é insufrible lo mismo que esas muchachas que alcanzan en un concurso el premio de belleza... Por el momento, es el preferido.

—¡Nélida!... ¡Nélida!—gritó una voz de mujer.

Era la mamá, que, desde una mesa cercana, pre-

tendía corregir con este llamamiento la audacia de su hija. Podía tolerarse que fumasen las artistas, pero no una señorita que viaja con sus padres. Bastaba ver la actitud de las damas que estaban en el jardín de invierno: fingían no reparar en ella, pero se adivinaba en sus ojos una impresión de escándalo... Todo esto pareció decirlo la madre con su mirada y su breve llamamiento. Pero Nérida se limitó á contestar fríamente: «¡Mamá!», y encogiéndose de hombros siguió fumando. La madre se replegó vencida, cruzó los brazos sobre el vientre y quedó en la inmovilidad de una esfinge cobriza al lado de su esposo, que hablaba con un vecino.

—Ese padre es admirable—dijo Isidro—, tan admirable como la niña. Vea su aire de patriarca, sus barbas y sus melenas canas, la mansedumbre con que habla y la deferencia con que escucha. Por dos veces se declaró en quiebra hace años; pero en América se olvidan pronto estas cosas, y según parece, vuelve ahora para reanudar sus antiguos trabajos.

Había perdido en Europa gran parte de su fortuna, pues lo que obtiene éxito á un lado del Océano no lo obtiene en el otro, y regresaba, después de catorce años de ausencia, con el propósito de explotar varios negocios estupendos, según él, que aún le quedaban por allá.

—Creo que es una mina—continuó—en el Norte de la república, cerca de Bolivia, no sé si de petróleo, de diamantes ó de libras esterlinas recién acuñadas. Ha oído que soy pobre, y no se digna exponerme sus planes; pero ya verá como se le aproxima así que se percate de que usted desea trabajar en América y lleva dinero para eso. Le va á proponer algún negocio, como se lo está proponiendo en este momento á Pérez, el que se sienta á su lado; Pérez el anglómano, que se indignaba esta mañana

en Tenerife; el «amigo de la civilización»... Y si el señor Kasper se digna interesar á usted en sus asuntos, inútil es decirle que su fortuna está hecha. ¡Padre extraordinario!...

Y Maltrana contempló al bondadoso patriarca con una admiración irónica.

—De vez en cuando se da cuenta de que existe su hija, y la acaricia bondadosamente. La madre, con el buen sentido que ha podido salvar de la oleada de grasa que invade su cuerpo, llama la atención de su marido sobre la conducta de Nélide. Los escrúpulos y preocupaciones de una educación recibida en una república del Pacífico la hacen protestar de los escándalos de esta muchacha, que nada tiene suyo, que física y moralmente pertenece al padre, y que mira con cierta superioridad, cual si fuese una nodriza ó una criada vieja, á la mulatona que la llevó en el vientre... Y el padre se conmueve y abraza á Nélide. «¡Pobrecita! Las personas atrasadas no saben cómo debe educarse una joven moderna. Es la ignorancia, el fanatismo de la gente que habla español...» Y Nélide, que á su vez se acuerda de que tiene un padre, le acaricia las melenas con manoseos de gata amorosa y suspira agradecida: «Papá... papá...» La familia más interesante de todo el buque. Y aún falta el otro, el «guardia de corps».

Y señalaba un jovencito moreno, subido de color, sentado entre los adoradores de Nélide.

—Es el hermano pequeño, el único que se asemeja á la madre. Acompaña á Nélide por todo el buque, y ella lo acepta como una prolongación de la familia, porque esta vigilancia honorable le permite ir sola entre los hombres. El muchacho es medio imbécil, le dan ataques epilépticos, habla con incoherencia. Cuando ella tiene interés en quedarse sola lo envía al camarote para que busque cual-

quier cosa, y el chico se resiste recordando que debe obedecer á mamá. Pero intervienen los adoradores de la hermana, amigos que le dan champaña y buenos cigarros, y acaba por ausentarse, hasta que se tropieza con la madre, que le riñe por haber olvidado sus deberes...

Ojeda, sintiendo un interés repentino por este relato, miraba á Nélidea.

—Los dos hermanos—continuó Maltrana—se odian con un odio de raza, y por la noche disputan y se pegan. Ella enseña á sus amigos las marcas de los golpes; él oculta los arañazos bajo una capa de polvos, pero afirma con un rencor balbuciente que se lo contará todo á su hermano el mayor, el único equilibrado de la familia, un centauro de la Pampa, un estanciero, al que respeta el padre, adora la madre y tiene un miedo horrible la hermosa Nélidea. Cuando habla de él se pone pálida. Se ve que este mozo del campo no cree en «la educación de una joven á la moderna», y arregla á palos los problemas de honor. La niña tiembla al pensar en la futura entrevista y en lo que pueda decir el hermanito, que la amenaza con sus revelaciones; por ella no llegaríamos nunca á Buenos Aires... Pero sus terrores pasan pronto: los olvida apenas se ve rodeada de hombres. Cuando se acaricia los labios con su lengua de gata, es capaz de saltar por encima del vengador de la Pampa que tanto miedo le infunde.

Otra vez los ojos negros de la madre, ojos abultados y dulces, que recordaban la mirada lacrimosa de los «llamas» andinos, se fijaron en la hija con una severidad titubeante. «¡Nélidea!», volvió á gritar. Pero Nélidea no se dignó responder, y bebiendo el resto de su taza, púsose de pie, encendiendo otro cigarrillo. El grupo de fieles se levantó tras ella. Iban á pasear por la cubierta hasta la hora del bai-

le. Salieron en tropel, y el hermano quiso reunirse con su madre, pero ésta se indignó:

—Andá vos con Nélide, grandísimo zonzo. ¿A qué venís acá?... No la perdás de vista.

Con éste, que era de su color y de su sangre, mostrábase autoritaria la buena señora, obligándolo á correr detrás de Nélide.

El doctor Zurita, arrellanado en un sillón, seguía con los ojos entornados las espirales de humo de su gran cigarro. Las damas de su familia hablaban con otras argentinas de las mesas inmediatas.

—Le hago falta á mi buen doctor—dijo Maltrana—. Se está aburriendo con la charla de las señoras... Yo también siento la falta del magnífico cigarro que seguramente me guarda... ¿Usted sale á la cubierta, Ojeda?... Voy en busca del tributo.

Al aproximarse al doctor, éste pareció despertar, al mismo tiempo que rebuscaba en los bolsillos de su *smoking*.

—*Che*, Maltrana; venga para acá, galleguito simpático... Tome uno de hoja.

Y le entregó un cigarro enorme, al mismo tiempo que añadía en voz baja:

—Siéntese, amigo, y conversemos... Diga qué le pareció esta fiesta de los *gringos*. ¡Qué pava-da! ¿no?...

Ojeda salió á la cubierta. La luz de los reverberos incrustados en el techo de las dos calles iluminaba de alto á abajo á los paseantes, sin que sus cuerpos proyectasen sombra en el suelo. Caminaban apresuradamente, con una movilidad de bestias enjauladas, lo mismo que se camina en los colegios, los conventos y los presidios, buscando suplir con la rapidez de la locomoción lo limitado del espacio. Las mujeres desfilaban masculinamente, á grandes zancadas, temiendo la exuberancia adiposa de una digestión inmóvil. Desafiábanse los grupos

á quién daría los pasos más largos, y circulaban con una rapidez de fuga entre las ventanas de los salones y los grupos acodados en las barandas.

Más allá del nimbo de luz láctea en que iba envuelto el buque, extendían el mar y la noche el misterio de su obscuro azul punteado de fosforescencias de agua y fulgores siderales. Algunos miraban las estrellas, discutiendo sus nombres. Gentes del otro hemisferio ojeaban impacientes el horizonte, creyendo ver asomar á ras del agua la famosa Cruz del Sur... No se distinguía aún; pero dentro de cuatro ó cinco días la verían elevarse majestuosa en el firmamento. Y muchos parecían entusiasmados con esta esperanza, como si al contemplar la constelación admirada desde su niñez se creyesen ya en sus casas.

La noche era calurosa. Muchas gorras habían quedado abandonadas en las perchas del antecomedor. Las cabezas erguíanse descubiertas sobre el albo triángulo de las pecheras, brillando al pasar junto á los reverberos con reflejos de laca negra. Ni el más leve soplo de brisa desordenaba la armonía de los peinados femeninos. Al cruzarse los grupos en su apresurada marcha, se saludaban, como si no se hubiesen visto en mucho tiempo. Cambiaban sonrisas y guiños, lo mismo que en el paseo de una ciudad. Todas las mesas del fumadero estaban ocupadas. Algunos grupos tenían ante ellos un pequeño mantel verde y paquetes de naipes. Ojeda, en una de sus vueltas, vió al señor Munster á la puerta del café. Al fin iba á realizar sus deseos; ya tenía medio formada su partida de *bridge*. Había conquistado en el salón á la madre de Nérida, y creía poder contar igualmente con Mrs. Power. A pesar de esto, volvió á repetir, con una tenacidad de maniático:

—¡Qué extraño que usted no sepa, señor! ¡Un juego tan distinguido!...

Fernando, cansado de circular entre los grupos, que al encontrarse en sus vueltas se inmovilizaban obstruyendo el paso, se detuvo en la parte de proa, apoyándose en la barandilla. Sus ojos experimentaron la voluptuosidad del descanso al sumirse en el obscuro azul poblado de suaves luces. Circulaba á su espalda el movimiento humano acompañado de vivos resplandores; ante él la silenciosa calma del mar tropical, dormido como un lago sin riberas.

Estaba triste. La alegría del champaña que le había acompañado al levantarse de la mesa, convertíase ahora, al quedar solo, en una melancolía inexplicable. Ojeda se comparaba á ciertas vasijas en cuyo interior los líquidos más dulces se agrían, perdiendo su perfume. ¡Ay, el doloroso recuerdo de lo que dejaba atrás!...

Un sentimiento confuso de despecho y envidia uniase á su tristeza. Así como el buque iba entrando en los mares tranquilos de inmóvil esmeralda, en las noches cálidas pobladas de titilaciones de espuma y de luz, parecía transformarse. Un ambiente de dulce complicidad, de bondadosa protección, extendíase desde los salones lujosos á los más profundos camarotes. Hombres y mujeres de idiomas diferentes, que habían subido al trasatlántico en distintos puertos y lo abandonarían en diversas tierras, se buscaban, se saludaban, se sonreían; para acabar paseando juntos, hablando en alta voz palabras sin interés, y mirándose al mismo tiempo fijamente en las pupilas, inclinando la cabeza el uno hacia el otro como impulsados por una atracción irresistible. Oscuros instintos servían de guía á la gran masa para seleccionar sus afectos, fraccionándose en grupos de dos seres, según las afinidades de sus gustos ó las ocultas atracciones reflejadas en los ojos. Se modelaba aquella noche el boceto de lo que iba á ser esta sociedad lejos del resto de

la tierra, vagabunda sobre una cáscara de acero en el desierto de los mares. Este mundo efímero, que sólo podía durar diez ó doce días, ofrecería los mismos incidentes de un mundo que durase siglos. Los diez días iban á representar en la vida de muchos tanto como diez años.

Alguien había saltado al buque en las últimas escalas. No era la esperanza sin cabeza y con alas la única intrusa. Venía oculto en los profundos sollados—como aquellos vagabundos descubiertos á la salida de Tenerife—, y al verse en pleno mar de romanza, tranquilo y luminoso, deslizábase furtivamente de su escondrijo, iba examinando las caras de sus compañeros de viaje, los aparejaba según sus gustos, é invisible y benévolo, empujábanlos unos hacia otros. Una atmósfera nueva se esparcía por las entrañas del buque. Respiraban los pechos otro aire, provocador de inexplicables suspiros. Los que hasta entonces habían dormitado tranquilamente, arrullados por las ondulaciones del Océano, se revolverían en adelante inquietos durante las noches tranquilas y estrelladas, no pudiendo conciliar el sueño.

Los ojos femeniles iban á descubrir inesperadas atracciones en el mismo hombre contemplado con aversión ó indiferencia durante los primeros días del viaje. Las mujeres se transformaban con una valorización creciente, apareciendo más seductoras á cada puesta de sol, como si el trópico comunicase nueva savia á las hermosuras decaídas, como si la proa del navío, al partir las olas buscando las soledades del Ecuador, se aproximase á la legendaria Fontana de Juventud soñada por los conquistadores.

Ojeda conocía á este intruso invisible y juguetón que revolucionaba el trasatlántico, y el intruso lo conocía igualmente á él desde algunos años antes.

Tal vez le rozase, como á los otros, con sus alas de mariposa inquieta, pero al reconocerle, seguiría su camino. Nada tenía que hacer con él... Y esta certeza de permanecer al margen de la vida pasional que iba á desarrollarse en medio del Océano amargaba á Fernando. Viajero por amor, tendría que contemplar la felicidad ajena como los eremitas del desierto contemplaban las rosadas y fantásticas desnudeces evocadas por el Maligno. ¡Ay, quién podría darle en viviente realidad la imagen algo esfumada que latía en su recuerdo!... ¡Pasear sintiendo el dulce brazo en su brazo; soñar arriba, en la última cubierta, ocultos los dos detrás de un bote, las bocas juntas, la mirada perdida en el infinito; vivir toda una vida en tres metros de espacio, entre los tabiques de un camarote, despertando del amoroso anonadamiento con la campana del puente, que sonaba, en la inmensidad oceánica, discreta y tímida, como la otra campana monjil!... Y sumiendo Fernando su mirada en los borbotones de espuma moteados de puntos de luz que resbalaban por el flanco del navío, gimió mentalmente, con un llamamiento angustioso:

—¡Oh, Teri!... ¡Alegria de mi existencia!

Una ligera tos le hizo volver la cabeza, y vió junto á él, apoyada en la baranda, á Mrs. Power, su vecina del comedor. Un tul verde cubría la desnudez de su escote. Llevábase á la boca el cabo dorado de un cigarrillo, y un surtidor de humo partía de sus labios, tomando reflejos de iris bajo el resplandor eléctrico antes de perderse en la obscuridad.

El primer movimiento de Ojeda fué de molestia y de cólera, como el que en mitad de un ensueño dulce se ve despertado. Aborrecía á esta mujer hermosa, por su tiesura varonil; no podía soportar la mirada de sus ojos claros, de fijeza insolente, que parecían retar á un duelo á muerte.

Quiso volver la cabeza hacia el Océano, pero ella no le dió tiempo.

—¿Es la luna?—preguntó en inglés señalando una leve mancha láctea á ras del horizonte.

—Tal vez—respondió Fernando en el mismo idioma—. Pero no... Creo que la luna sale más tarde.

Y tras este breve cambio de palabras, que recordaba los diálogos incoherentes de un método para aprender lenguas, los dos se vieron súbitamente aproximados. Ojeda no supo si fué él quien avanzó por instinto, ó ella con la varonil intrepidez de su raza; pero sus codos se tocaron en la barandilla y sus cabezas quedaron separadas únicamente por una pequeña lámina de atmósfera.

Mrs. Power preguntó á Fernando por su amigo, sonriendo al recordar su movilidad y el lenguaje híbrido y pintoresco con que la saludaba todas las mañanas. Un tipo interesante mister Maltrana; ¡lástima que ella no pudiese entender muchas de sus palabras!... Y el recuerdo de las dificultades de lenguaje que se sufrían á bordo le sirvió para justificar su aproximación á Ojeda. Necesitaba un amigo que conociese su idioma. Conversaba de vez en cuando con los Lowe, aquel matrimonio de compatriotas suyos; pero... Y hacía un gesto de altivez para indicar que no eran de su clase.

A la tropa de americanos ruidosos la mantenía alejada. Eran viajantes de comercio, ganaderos de las praderas, gente ordinaria. Se aburría con las señoras de otras nacionalidades que hablaban inglés. Ella había gustado siempre de la sociedad de los hombres... Luego interrumpió el curso de la conversación para preguntar á Ojeda cuánto tiempo había vivido en los Estados Unidos; y al enterarse de que nunca había estado allá, prorrumpió en una exclamación de asombro: «¡Ahó!» Se echaba atrás, como si la acabase de ofender una falta imperdona-

ble de respeto. Pero se repuso inmediatamente de esta impresión de desagrado.

—*All right!* Usted me enseñará el español y yo le perfeccionaré en el inglés. Se adivina que lo aprendió en Londres. Los americanos lo hablamos mejor; eso lo sabe todo el mundo.

Y convencida de la superioridad de su país sobre todo lo existente, propuso á Fernando que fuese su amigo con igual gesto que si contratase un buen servidor para su casa. A impulsos de su franqueza dominadora, no ocultaba que se había enterado de la historia de él, así como de la de todos los que en el buque atraían su atención.

—Usted es poeta, lo sé, y yo nada tengo de *poetical*: se lo advierto... Mi padre sí; mi padre era alemán y muy dado á las cosas del sentimentalismo. Yo he nacido para los negocios, y ayudo á mi marido. ¡Si no fuese por mí!...

Un paseante interrumpió la conversación. Era el señor Munster, que, llevándose una mano al casquete, suplicaba humildemente:

—Señora, acuérdesese de su promesa... La aguardamos en el salón para nuestra partida de *bridge*. Usted solo falta para que empecemos.

Mrs. Power sonrió con una amabilidad feroz. «Luego iré.»

Y Munster, comprendiendo lo enojoso de su presencia, se retiró discretamente antes de que la dama le volviese la espalda.

Ella siguió hablando de su carácter; un carácter práctico, incompatible con la ilusión *poetical*. Atacaba ferozmente el odiado fantasma de la poesía, como si viese en él un motivo de errores y desgracias. Luego habló de su marido con un entusiasmo tenaz, molesto para Ojeda. Era más alto que él y de una distinción que conquistaba el respeto de todos. Había nacido en la Quinta Avenida de Nueva

York, hijo de un famoso banquero; pero la familia estaba arruinada.

—Usted, señor, es de los más distinguidos de a bordo, y por esto hablo con usted... Pero no llegaba ni con mucho á mister Power. Le falta algo. Usted lleva la corbata de un color y el pañuelo de otro. Mi país es el único donde el hombre puede llamarse elegante. Mister Power no saldrá á la calle si no lleva del mismo tono la corbata, el pañuelo y los calcetines. Es lo menos que puede hacer un *gentleman* que se respeta.

Pero Fernando apenas escuchaba estas lecciones, expuestas con gravedad científica. Sentíase perturbado por una embriaguez ascendente, como si el vino que poco antes parecía contraerse con tristeza en su interior hiciese explosión de nuevo, avasallando sus sentidos. Fijábase en los ojos de la norteamericana, en sus pupilas líquidas y temblorosas, que se destacaban del nácar de las córneas con el brillo de una luz cambiante, reflejo mixto de malicia y candidez.

Acariciábale un perfume que venía de ella como una música lejana y conocida. Tal vez fuese ilusión de sus sentidos, excitados por el recuerdo; tal vez una errónea semejanza al encontrarse por vez primera, luego de su embarque, al lado de una mujer elegante. Aquella americana olía lo mismo que la otra; esparcía uno de esos perfumes indefinibles que no pueden adquirirse, pues carecen de nombre: un perfume irreal, que es como el uniforme impalpable que envuelve á las mujeres de todos los países acostumbradas á una vida de comodidades y refinamientos; perfume de carne cuidada con amor, de epidermis pulida por el frote higiénico: «olor de agua», según decía Ojeda.

«¡Oh, Teri!... ¡Teri!» Sus ojos encontraban también una semejanza fraternal en el cuello esbelto y

ligeramente inclinado, lo mismo que el vástago de una flor que se ladea graciosamente bajo su peso; en las manos de blancura de hostia, con uñas abombadas y brillantes, parecidas á pétalos de rosa.

Era Mrs. Power; bastaba ver sus ojos de agua conmovida, escuchar su palabra glacial de mujer de negocios, para convencerse de su identidad; pero al mismo tiempo era la otra, por la línea majestuosa de su cuerpo, por el ademán suelto y despreocupado de hembra elegante segura de su poder de seducción, por el halo de perfume luminoso que parecía envolverla. Ojeda escuchaba su voz sin saber qué decía, pensando en Teri, viéndola junto á él bajo una nueva forma. Miraba á Mrs. Power como si fuera una máscara que acabase de encontrar en un baile y de la cual conocía el secreto á pesar de la voz fingida y el rostro desfigurado.

Llevaba varios días poblando la vida solitaria de á bordo con la imagen de Teri. Se había paseado con ella por el desierto de la última cubierta, oprimiendo su brazo aéreo, oyendo el leve crujido de sus pasos invisibles, murmurando dulces palabras que sólo obtenían una respuesta mental. Ella ocupaba un sillón vacío junto á sus libros en las largas tardes de lectura, y por la noche, al abrir el camarote, deslizábase detrás de sus huellas, misteriosa y sonriente, para no abandonarle en las horas de insomnio y ser lo último que veían sus ojos, esfumándose como una visión que se aleja cuando al fin le rozaba la mano del sueño.

Ahora, la mujer impalpable y luminosa que le seguía á todas partes había desaparecido, pero era para ocultarse indudablemente dentro de aquella otra real y tangible que tenía á su lado. Esta reencarnación se hacía sentir con un contacto menos ilusorio; pero en el misterio de su encierro la delataba su perfume. «¡Oh, Teri!... ¡Teri!» Su única pre-

ocupación por el momento era que la americana no dejase de hablar, que no huyese, llevándose con ella su oloroso nimbo.

Quiso Ojeda conocer su nombre de nacimiento, libre del apellido marital; y al oír que se llamaba Maud, experimentó cierto descontento. Estaba esperando, no sabía por qué, otro nombre, una revelación que justificase sus ilusiones.

Maud siguió hablando de su marido, haciendo elogios de sus condiciones físicas y compadeciendo al mismo tiempo su simpleza de niño grande, versado únicamente en elegancias y juegos atléticos. Ella era el varón fuerte, la cabeza directora de la asociación matrimonial. Había ido á Nueva York en busca de nuevos capitales para un negocio de caucho que tenían en el Brasil. Su marido sólo servía para admirarla y obedecerla, y ella había de hacer frente á los accidentes del comercio, empleando la palabra melosa, la sonrisa enigmática y el gesto de enojo en esta pelea por el dólar.

Los quince días pasados en París al regreso de los Estados Unidos habían sido los mejores de su viaje. Una vida de muchacho aturdido con varias compatriotas libres como ella de las viejas ataduras del sexo; una existencia de estudiante; teatros, cenas hasta altas horas de la noche, sin más hombres que algún *gentleman* viejo, que acompañaba á esta tropa de emancipadas lo mismo que un guardián de harén sigue á las odaliscas en vacaciones. Y nada de visitas á los Bancos ó de conferencias feroces como las que había tenido dentro de un escritorio inmediato á las nubes, en el piso treinta y cuatro de un rascacielos neoyorkino. ¡Lo que cuesta cazar el dólar, tan necesario para la vida!... Pero regresaba satisfecha de su viaje, pensando en el suspiro de alivio que exhalaría mister Power cuando en el muelle de Río Janeiro le explicase

que el peligro de ruina quedaba conjurado gracias á ella. ¡Adorable niño grande! ¿Qué haría el pobre en el mundo sin su mujer?...

Y en esta charla surgía á cada momento el elogio del marido, el tierno entusiasmo por su vistosa inutilidad, lo que producía en Fernando cierta irritación... ¿Y para esto se le había acercado con aire de *flirt* aquella señora?...

Una trompeta lanzó á guisa de llamada el toque arrogante y provocador del héroe Sigfrido. Corrieron los paseantes con el alborozo que despierta todo suceso extraordinario en la vida tranquila de á bordo. Era la señal para el baile. Mrs. Power y Ojeda fueron también hacia el fumadero, en cuyos alrededores se aglomeraba la gente.

Formábanse los músicos de dos en dos, y tras ellos se agitó el comandante dando órdenes en varias lenguas, acariciándose la amplia barba y saludando á las señoras. Rogaba á todos que se agrupasen en parejas. Iba á empezar la fiesta con la polonesa tradicional, solemne paseo por las cubiertas antes de llegar al comedor, convertido en salón de baile.

El «amigo Neptuno»—como le llamaba Maltrana—pareció dudar algunos segundos antes de escoger su acompañante. Quería dedicar este honor á la más alta dama del buque, y sus ojos iban indecisos del collar de perlas de la esposa del millonario *gringo* á los lentes y la majestuosa corpulencia de la señora del doctor Zurita. Pero el santo respeto á la autoridad y las categorías sociales le sacó de dudas. El doctor había sido ministro en su país, y esto bastó para que el hombre de mar, inclinándose sobre sus piernas cortas con una galantería versallesca, ofreciese su brazo á la matrona argentina.

Tras de ellos se formó la fila de parejas, escogiéndose unos á otros según anteriores preferencias

ó al azar de la proximidad, con bizarros contrastes que provocaban risas y gritos. Las señoras viejas, los niños y los domésticos presenciaban el arreglo de esta procesión agolpados en puertas y ventanas. Isidro daba el brazo á la tiple noble de la compañía de opereta, dueña voluminosa, de cara herpética, que ostentaba sobre la pechuga una condecoración turca.

Maud contempló la formación con mirada irónica, pero de pronto sintióse arrastrada por la alegría general: «Nosotros también.» Y tomando el brazo de Ojeda, se introdujo en la fila.

Rompió á tocar la música una marcha solemne, una de tantas «Marcha de las antorchas» escritas para natalicios y matrimonios de pequeños príncipes alemanes, y la procesión se puso en movimiento, contoneándose las parejas al compás del ritmo.

Subían corriendo del interior del buque las camareras con gorrito de blondas y los *stewards* de corbata blanca para presenciar este desfile, riendo con una buena fe germánica al ver á los señores agarrados del brazo y marchando con las caderas balanceantes. La cabeza del desfile desapareció de pronto, y el ruido de cobres fué debilitándose. La «polonesa», saliendo del paseo al aire libre, se introducía en los salones, serpenteando entre mesas y sillas hasta desembocar en el paseo de la banda opuesta, donde los instrumentos recobraban su primitiva sonoridad. Otras veces la música se perdía gradualmente, como si la absorbiesen las entrañas del buque, y el desfile iba descendiendo por las amplias escaleras á los pisos inferiores.

Delante de Mrs. Power iba Névida, la única que se apoyaba al mismo tiempo en los brazos de dos hombres. Un joven alemán que se hacía pasar por pariente suyo, y el «barón», el belga hermosote, la escoltaban, hablándose afectuosamente como ami-

gos que beben juntos y juegan al *poker*, pero con un rencor en la mirada de hombres bien educados que consideran la mayor de las distinciones saber ocultar sus sentimientos. Y ella mostrábase contenta por este doble deseo que tiraba de sus brazos y la envolvía en un ambiente de sorda pelea. Se dejaba llevar casi á rastras, encorvada su esbelta figura, riendo sin saber de qué, con la boca seca, abarcando á los dos varones en la mirada de sus ojos húmedos y ávidos, que parecían englobarlos en una predilección idéntica, sin poder distinguir el uno del otro.

La compañera de Fernando fué transformándose al marchar entre los gritos y risas de este alborozo general. Percibía él ahora con mayor intensidad el perfume misterioso escapándose de las profundidades del escote. Hasta creyó sentir en el puño una ligera crispación de la mano de Maud, un movimiento tal vez inconsciente, un leve roce despertador que se ensanchaba en ondas de emoción hasta los extremos de su organismo, y unas veces le hacía caminar como si volase y otras parecía clavarle en el suelo. Era tal vez una caricia irreal, imaginada más bien que sentida, pero idéntica á otras que perduraban en su recuerdo... Además, el mismo roce de curvas armoniosas al marchar; igual encontrón con unas durezas de contacto fulminante. La pesadumbre del brazo femenino se hacía por momentos más sensible. Un hombro desnudo se apoyaba en él, dejando sobre el paño negro del *smoking* tenues manchas de velutina.

Al volver hacia ella una mirada ávida y encontrarse con sus ojos no sentía extrañeza, como si los conociera desde mucho antes. Eran grises; los que él llevaba en su recuerdo eran negros, con reflejos de ámbar; pero unos y otros le miraban de igual modo, con una expresión invitadora. Fernando sin-

tió el temblor que avisa la llegada de la fortuna, la emoción que precede á los grandes triunfos... ¡La vida es hermosa!... Y un estremecimiento del brazo adorable pareció responderle ensalzando mudamente la belleza de una existencia que puede elevarse, gracias al amor, por encima de todas las realidades.

Se vieron de pronto debajo de las banderas y las guirnaldas eléctricas. La música, apelonada en un extremo del comedor, había cambiado de ritmo, y las parejas, así como iban entrando, giraban enlazadas siguiendo las caricias de un vals.

Instintivamente se recogió Maud la cola del vestido, apoyó Ojeda un brazo en su talle, y experimentaron cierta sorpresa al verse entre los danzarines demasiado numerosos, que chocaban con rudos encuentros de codos y de grupas. La ilusión, el champaña y el deseo, fermentando sordamente en él, parecieron explotar de pronto, removidos por las vueltas de la danza. Su brazo retenía enérgicamente el talle de Maud, como temeroso de que pudiese huir. Mirábanse en las pupilas con una fijeza agresiva, lo mismo que los luchadores que quieren reconocerse bien en el último instante, antes de caer el uno en brazos del otro.

Balbuceaba Ojeda sin saber ciertamente lo que decía. Hablaba ahora en castellano, y su súplica incoherente era una especie de música sin palabras, cuya vaguedad producía en él cierta emoción.

—Di que sí... di que quieres... Sería yo tan dichoso... ¡tanto!...

Ella sonrió, agradeciendo tal vez que hablase en su idioma, lo que le evitaba la obligación de entenderle y de ruborizarse. Al mismo tiempo, sus ojos se entornaban para mirarlo con una expresión de caricia anticipada.

Cesó la música; las parejas se retiraron dándose

el brazo. Maud se inclinó un momento para corregir un desorden de su falda, y al incorporarse mostró un gesto de altivez, como si hubiese recordado algo que le devolvía su glacial serenidad.

Se dirigió á la puerta seguida de él, que en su exaltación no se daba cuenta de este cambio repentino. Continuaba hablando en español, repitiendo la misma súplica con un tuteo pasional. Y ella, por dos veces, sonriendo de las dificultades de su pronunciación, le dió la respuesta en el mismo idioma:

—No compregndo... no compregndo.

En el antecomedor le tendió una mano para despedirse. Se retiraba á su camarote: gustaba de acostarse temprano; esta noche había sido extraordinaria. Ojeda se ladeó como si intentase cortarla el paso, al mismo tiempo que su voz se hacía más suplicante. «¿Irse? ¿Dejarlo en la soledad de aquella fiesta, donde todo le era extraño y antipático?... Se sentía enfermo.»

Pero ella le atajó con ironía helada.

—Debe ser el estómago. Vea al médico... A mí no me impresionan esas quejas; ya sabe que no soy *poetical*.

Fernando insistió. Le esperaba una noche horrible: no podría dormir.

—Yo le enviaré con la doncella unos sellos que dan sueño.

«¡Oh, si ella quisiera!... ¡Si le permitiese ir detrás de sus pasos al encuentro de la felicidad!»

—No compregndo... no compregndo.

Repitió su súplica en inglés, y ella lo miró entonces de abajo arriba, sin odio, sin escándalo, con extrañeza, como en presencia de un atentado á las buenas formas sociales, asombrada de la rapidez con que aquel hombre pretendía suprimir de golpe todas las esperas prudentes establecidas por la costumbre.

—*Good-night*—dijo friamente.

Y le volvió la espalda, alejándose por el corredor que conducía á los camarotes de preferencia, erguida y majestuosa.

Desconcertado por esta escena que nadie había visto, sintió Ojeda un deseo de huir, como si fuese á estallar en torno de él una explosión de carcajadas. Arriba, en la cubierta, sólo quedaban los paseantes tenaces, y en el café los jugadores de *poker*, para los cuales no habían músicas ni bailes que pudiesen alejarlos del tapete verde. La familia italiana rodeaba á su prelado, empujándolo cariñosamente. «¡Animo, ilustrísima! Debía descender al salón para echar un vistazo á la fiesta y lucir la cruz de oro. Aquí no estaban en tierra, y la vida de á bordo permite mayores libertades. Hasta el abate de las conferencias andaba por las cercanías del baile, asomando su cara barbuda. El mar... es el mar, Monseñor.»

Persistió en Fernando la misma sensación de desconcierto y de miedo al tropezarse con los paseantes, cual si éstos pudiesen adivinar lo que había ocurrido abajo. Le molestaba la música, por creerla igual á una risa burlona. Otra vez necesitaba huir en busca de obscuridad y silencio. Y tomó una de las escaleras que conducían á la cubierta de los botes.

Arriba creyó despertar con el fresco de la noche, como los ebrios que reciben de pronto una corriente de aire. Hasta allí le había acompañado un sentimiento de despecho; la cólera de su orgullo varonil herido por el fracaso; el escozor de una situación ridícula. Pero ahora le atormentaba el remordimiento; sentía vergüenza de él mismo, deseaba empequeñecerse, desaparecer, como si una mirada iracunda le espiase en la sombra.

—Muy bien, señor Ojeda—se dijo irónicamente—; se está usted portando como un caballero.

Y dejándose caer en un banco, añadió con rabia:

—¡Eres un canalla; un canalla que merece la muerte!

Sólo habían transcurrido unos minutos, y se preguntaba con extrañeza si era él mismo el que danzaba abajo, enloquecido por el perfume de una señora á la que sólo conocía desde unas horas antes, balbuceando como un mozuelo atrevidas proposiciones. ¡Ah, miserable sin voluntad!... Abandonaba con rudo tirón su vida anterior, marchaba aventureramente al otro hemisferio, todo por una mujer, y á las primeras jornadas, cuando aún brillaban sobre sus cabezas las mismas estrellas, arrastrábase con súplicas viles ante una desconocida á impulsos de un deseo fulminante.

Sentía vergüenza al recordar las palabras que había escrito en la tarde anterior, imitando la firmeza de los héroes wagnerianos. «Y cuando estemos alejados, ¿quién podrá separarnos?...» Un solo día había bastado para que olvidase sus juramentos. Aún no habría salido á aquellas horas su carta de Tenerife, y ya estaba lo mismo que Sigfrido, olvidado de Brunilda, humillándose amoroso á los pies de una Gotunda que se burlaba de él. Y esto lo había hecho por voluntad espontánea, sin necesitar filtros de olvido.

Cerraba los puños amenazándose á sí mismo; pero un sentimiento de tristeza y desaliento sucedía á esta indignación. Deseaba ocultarse, como si en su vergüenza necesitase más sombra, más silencio, y huyó otra vez, siempre hacia lo alto, remontando la escalera de la última toldilla, cerca del puente.

Aquí, calma absoluta; la escasez de luz hacía más visible el azul profundo del cielo, más intenso el fulgor de los astros. La torre de la chimenea des-

tacaba su obscura masa sobre el espacio punteado de resplandores; las vedijas de humo, al escaparse de su boca, empañaban por unos instantes el brillo de las constelaciones. El balanceo del barco hacía pasar las estrellas de un lado á otro de los mástiles, como luciérnagas juguetonas que saltasen entre palos y cordajes.

Ojeda conoció esa sensación de paz que descende del cielo nocturno sobre los grandes dolores. Había momentos en que deseaba llorar, lo mismo que un niño que implora perdón. «¡Teri!... ¡Teri!» Ella viviría á aquellas horas seguramente pensando en él. Tal vez estaba ya en París, y en medio de los ruidos del bulevar, en un teatro ó en una fiesta, su imaginación se apartaba de lo inmediato para seguir con angustia la marcha de un buque que sólo conocía de nombre. ¡Ay, si ella supiese! ¡Si ella pudiese ver!...

Se analizaba Ojeda con una minuciosidad cruel. No era digno de la dicha que había acompañado los mejores años de su existencia. Y sin embargo, él no se creía responsable; era su alma, el sexo de su alma, completamente distinto y divergente de su sexo material. Hombre como los otros, agitado y dominado por una virilidad rápida en sus impulsos, bestia de presa capaz de atropellar y matar, lo mismo que los varones prehistóricos, cuando le perturbaba la embriaguez del deseo, reconocía sin embargo que su alma era femenil, como las de la mayor parte de los humanos. Bastaba la visión de una carne desconocida, una sonrisa, una ojeada, para que diese al olvido juramentos y compromisos.

Se insultaba fríamente, y para aminorar su culpa, incluía en esta vergüenza á todos sus semejantes. «Nos consideramos muy hombres, y tenemos un alma de cortesana. Estamos á la espera de lo que llega, crédulos y fatuos para aceptar como

una fortuna la primera hembra que nos mire, ágiles y prontos para nuevos deseos, olvidando el ayer con la inconsciencia de una profesional...»

De nuevo el recuerdo de la carta con los juramentos de Sigfrido volvió á su memoria. Aquel héroe membrudo, que con la espada partía yunques y mataba dragones, tenía igualmente un alma de mujer. Apenas separado de Brunilda, la olvidaba, fijando sus ojos en otra. En cambio, ella, la femenina walkyria, era el hombre en esta asociación amorosa. Su alma varonil y fuerte pertenecía á la aristocracia de los que prolongan un amor único hasta el más alto idealismo, ennobleciendo de este modo los instintos de la carne. Era el andrógino de las remotas leyendas, hombre y mujer á un tiempo; la personificación del verdadero amor, que domina la sed de nuevos deseos, desconoce la curiosidad que inspira lo extraño y anhela confundirse con el ser que ama, hasta suprimir toda dualidad y que los dos sean eternamente uno solo.

Y Teri era así. Con su charla de pájaro y su carácter en apariencia frívolo, era el varón fuerte é incommovible. Expuesta á las tentaciones de otros hombres que la deseaban, no había vacilado jamás. Y él era la mujer sin voluntad, el alma débil y vulnerable á todo deseo, el instinto caprichoso que había que vigilar de cerca y tener siempre de la mano como á un niño enfermo.

Cuando juraba ser fiel con los más solemnes juramentos, poniendo por testigos el amor y la vida, nunca estaba seguro de decir verdad. Sentía la sospecha de que al día siguiente una blancura entrevista, un revoloteo de faldas, lo armonioso de una línea, el ritmo de un paso, la simple novedad de lo ignorado, podían hacerle correr fuera de su camino lo mismo que una bestia en celo. Y así era él: así la mayoría de sus semejantes. Y este animal,

que, enloquecido por lo que considera amor, tiene en el momento supremo de su dicha movimientos simiescos, gesticulaciones demoniacas, zarpazos de fiera, es el más noble de la creación, el único depositario de la verdad. ¡Qué dirían de los hombres las tranquilas estrellas si alguna vez habían seguido sus actos con sus guiños luminosos!... ¡Ah, miseria!

Pasaba el tiempo sin que tuviese fuerzas para abandonar aquel banco lejos de la luz. Temía volver al ruido de abajo. Retardaba el instante de entrar en su camarote, como si de los tabiques pudieran desprenderse, saliendo á su encuentro, los recuerdos que había clavado con la fijeza de sus ojos en las horas nocturnas de melancolía.

Tres veces sonó la campana mientras él estaba allí, inmovilizado por el abatimiento, y otras tantas contestó desde lo alto del trinquete el baladro del serviola anunciando que las luces de posición seguían encendidas. Un oficial paseaba por el puente con la espalda algo encorvada y las manos en los bolsillos, deteniéndose á cada vuelta para sondear con sus ojos la obscuridad. Fernando le encontró cierto aire de monje yendo y volviendo con igual número de pasos por su claustro de acero. Junto á una luz oculta, que esparcía una tenue mancha rojiza—el resplandor de la bitácora—, estaba otro hombre, con los brazos en cruz, abarcando la rueda reguladora de la dirección del buque. Y acurrucado en su minarete, en medio de las tinieblas perforadas por luminosos parpadeos, existía el centinela invisible, el ronco cantor de las horas, espía avanzado que escrutaba los hostiles misterios de la noche y del mar.

Contemplábalos Ojeda con respeto y envidia, sumidos en su gravedad silenciosa que tenía algo de sacerdotal; insensibles á la música y los rumores de fiesta que venían de abajo; huyendo de los

reflejos luminosos que esparcía el buque sobre sus costados como un halo de gloria; avanzando la cabeza en la noche para husmearla mejor; indiferentes al mundo alegre y variado que invadía las entrañas de la nave en cada viaje; sólidamente adheridos al testuz del monstruo cuya marcha guiaban, como el cornac guía al elefante montado en su frente. Eran hombres ocupados en algo más importante que balbucear deseos al paso de una hembra. La vida les había impuesto una obligación y la cumplían severamente, sin conocer arrepentimientos ni vergüenzas.

El trabajo disciplinado por la responsabilidad se le apareció como la función más noble y envidiable. Estos ermitaños del puente y de la cofa tendrían, á no dudar, su vida de pasión lo mismo que todo el mundo; conocerían el amor, que es algo indispensable para la existencia; llevarían en su alma la flor del recuerdo. Tal vez el oficial iba acompañado en sus paseos por la imagen de alguna *fraulein* rubia y sensible que contaba los días en un puerto anseático aguardando la vuelta del buque; tal vez los marineros contemplaban en el espejo de su rudimentaria imaginación á la compañera ventruda y mal calzada con su grupo de pequeñuelos carilinos y peliblancos.

Desde su asiento, á través del marco de una ventana, veía también al telegrafista escribiendo con la cabeza baja é interrumpiendo su escritura para escuchar el lenguaje chirriante de los aparatos. Atendía mecánicamente á otros pensamientos perdidos en la noche á una distancia de centenares de millas, y apenas terminada la conversación recuperaba su pluma. Bien podía ser que escribiese á su amada llenando el papel con versos ingenuos y simples, como la florecilla azul que apunta en el alma de toda pasión germánica.

Y al adivinar el amor en estos esclavos de la responsabilidad que velaban por la suerte del pueblo flotante, lo veía único, noble, rectilíneo, lo mismo que el deber y la disciplina que mantenían á todos en su puesto.

Oyó pisadas en la toldilla. Una silueta avanzaba titubeante, explorando los rincones. Era Maltrana, que al reconocerlo se dirigió hacia él, lamentando su desaparición... ¿Qué hacía allí? ¿Por qué no estaba abajo?... Y acompañaba sus palabras con grandes risas y cariñosos palmoteos. Fernando vió en sus ojos el brillo de una extraordinaria agitación. Al hablar esparcía su boca un vaho alcohólico.

—La gran noche, amigo Ojeda; y eso que aún estamos, como quien dice, al principio. Esos muchachos son encantadores. Tenemos concertada una pequeña reunión con varias chicas de la opereta para cuando termine el baile y se acueste la gente seria. ¿Y Nélica? Una valiente. Se ha deslizado fuera del salón, mientras emborrachaban á su hermanito los amigos de la banda. Su primer *flirt*, el alemán que se titula pariente y viene con ella desde Hamburgo, anda loco por todo el buque sin poder encontrarla. Yo soy el único que sabe dónde está: ¡yo lo sé todo! La he visto entrar cautelosamente en su camarote, como una gata estremecida, y llegar después de ella al barón belga... Y el otro busca que busca. ¡Lo más divertido!... Pero ¿qué tiene usted? ¿Por qué está triste?...

Fernando experimentó un deseo egoísta de comunicar su desaliento y su amargura á este amigo regocijado.

—Soy un miserable que siente asco de sí mismo. Un verdadero miserable.

Quedó Maltrana indeciso, no sabiendo qué gesto adoptar ante una afirmación tan inesperada... Lue-

go se encogió de hombros y volvió á reir, como si leyese en el pensamiento de Ojeda.

«¡Un miserable!... ¿Y qué? El también lo era; y todos en el buque lo eran igualmente. Y así como el viaje fuera haciéndose más largo y avanzase el *Goethe* su proa en los mares luminosos y cálidos, todos iban á sentirse poseídos por esta miseria que avergonzaba á Fernando... ¡Quién sabe si alguno llegaría á rugir y á andar á cuatro patas, como los libertinos de las leyendas convertidos en bestias!...»

—Ya nos limpiaremos de pecados al llegar á tierra, amigo mío. Aquí debemos vivir con arreglo al ambiente. La responsabilidad no es nuestra. El culpable es ese... el gran impuro, el eterno fecundador que aún guarda en sus entrañas el secreto genésico de los primeros latidos de la vida.

Y Maltrana, borracho, señalaba el mar obscuro, increpándolo con una furia cómica... Pasaban sobre su lomo, lo arañaban cruelmente con la quilla, bien comidos, el pensamiento en reposo, los miembros en huelga, y él se vengaba de este rudo despertar enviándoles un hálito excitante que esparcía el deseo y la locura.

—¡Ah, grandísimo tentador!... ¡Galeoto con moshachos de algas!... ¡Celestina de arrugas verdes!

Por algo habían florecido en las islas mediterráneas los pueblos adoradores de Afrodita, que hicieron vibrar todas las cuerdas del arpa de la voluptuosidad; por algo se habían elevado en las costas las blancas columnatas de los santuarios de amor, con sus rebaños de cortesanas sagradas; por algo los poetas sacerdotales habían hecho nacer á Venus de la espuma de las olas.

V

A las diez de la mañana iban colocando los músicos sus atriles junto al fumadero, al final de la cubierta. Ensanchábase el paseo en este lugar, ofreciendo el aspecto de una terraza de café con mesas al aire libre y arbolillos redondos plantados en cajones verdes.

Rompía á tocar la banda una «Marcha granadera» del tiempo de Federico el Grande, con estruendosos alaridos de trompetería, y poco á poco la gente iba poblando el paseo.

El buque, húmedo, sombreado, limpio, parecía sonreír como un dormilón que se despabila con las frías abluciones matinales. Desde mucho antes caminaban los madrugadores por la azulada penumbra de la cubierta, saludándose al paso y comunicándose noticias de la noche anterior. Algunos, vestidos con pijamas ó medio desnudos bajo un largo gabán, descendían del gimnasio y se deslizaban rápidamente en busca de sus camarotes.

Aparecían las primeras señoras, yendo tras breve paseo á arrellanarse en los sillones. Bandas de muchachos aprovechaban la ausencia de los mayores para hacer suya toda la cubierta. Niñeras de diversa nacionalidad, con una criatura al brazo, formaban amigables grupos, mirándose sonrientes

sin entenderse. Otras empujaban cunas con ruedas, en cuyo interior una cabeza abultada, de suaves cabellos, aparecía medio dormida entre puntillas y lazos. Una tropa de niños con fusiles de latón daba la vuelta al buque, golpeando el húmedo entarimado con marciales patadas. Eran rubios, morenos ó bronceados, mostrando en la variedad de sus tipos la amalgama étnica del continente americano, en el que sus padres les habían hecho nacer. Un hijo del doctor Zurita, que iba al frente sable en alto marcando el paso, gritaba con el imperio de una casta triunfadora: «A ver, *gringo*, avanza un poco... Un... dos. Un... dos. Tú, *gallego*, hazte pa atrás.»

Fernando, apoyado en la barandilla á corta distancia de los músicos, seguía con los ojos el lento balanceo del castillo de popa, sobre el cual aleteaba una ronda de gaviotas. Eran aves enormes repletas de pescado y desperdicios de los buques, con alas poderosas, blancas y combadas, semejantes á velas.

Seguían al trasatlántico desde Canarias, habituadas á esta soledad azul, inmensa para los ojos del hombre, y en la que su instinto husmeaba la vecindad invisible de la costa de Africa y del archipiélago de Cabo Verde. Volaban en espiral sobre la popa, abanicando algunas veces con sus alas á los pasajeros de tercera clase. Otras se tendían en fila sobre el camino blancuzco y espumoso que dejaban abierto las hélices en la llanura del Océano. Parecían inmóviles sobre el vapor, que marchaba y marchaba con el jadeante ímpetu de sus pulmones de acero, y cuando quedaban atrás bastábales un par de aletazos para volver á colocarse verticalmente sobre él. Sonaba el chapoteo de un objeto en el mar: una espuerta de residuos de cocina, un madero, un bote de conservas vacío, é inmediatamente se desplomaban, con las plumas encogidas, balanceán-

dose sobre las ondulaciones oceánicas lo mismo que los cisnes de un lago. Y así que terminaban la exploración del objeto flotante ó engullían los residuos, retornaban al buque impetuosas como proyectiles.

Un murmullo de gente invisible subía hasta el paseo en las breves pausas de la música. Ojeda, al inclinarse sobre la baranda, recibió en su olfato un hedor de comida agria. La vasta explanada de popa, libre á aquella hora de toldos, aparecía ocupada por los emigrantes septentrionales. Formaban rectángulos, sentados en los camaracheles de las escotillas. Otros, por encima de ellos, ocupaban, como si fuesen bancos, los mástiles de las grúas colocados horizontalmente. Algunos, con aire señoril, dormían arrellanados en sillones plegadizos de lona vieja, recuerdo de anteriores viajes.

Correteaban bandas de muchachos medio desnudos, yendo á refugiarse entre las rodillas femeninas en los azares de su persecución. Viejos con luengas barbas, gorros de piel de cordero y peludos gabanes, permanecían en cuclillas mirando el mar, como fakires en éxtasis. Unos jóvenes tendidos sobre el vientre, con la quijada entre las manos, escuchaban la lectura en alta voz de un camarada. Junto á la borda, otros hombres barbudos fumaban en largas pipas, y de vez en cuando sus manos rojas y escamosas se hundían bajo las sotanas forradas de pieles para agitar con fuertes rascañones los harapos invisibles.

Tenían que abrirse paso los marineros en esta muchedumbre compacta é inmóvil que bebía sol y aire fuera del encierro de los sollados. Sobre un montón de cables, un emigrante de cabeza rapada movía el arco de su violín, sin que el más leve sonido llegase hasta el paseo donde rugían los cobres. En la plataforma del castillo de popa, entre botes,

maromas y salvavidas, pululaban los pasajeros de tercera clase que gozaban de preferencia: tenderos ambulantes; rusas y alemanas con grandes sombreros de paja, que, agarradas del talle, hablaban de sus diplomas académicos y de la posibilidad de entrar en el seno de una familia del Nuevo Mundo para enseñar idiomas á los niños; jóvenes melenudos con trajes de buen corte, pero de raída tela, siempre con un libro en la mano. Eran los aristócratas de esta parte del buque, que, aislados en su altura, miraban con desdeñosa conmiseración al rebaño de abajo y con envidia revolucionaria á los del castillo central.

Filas de ropas puestas á secar se balanceaban en la explanada sobre los grupos de cabezas. El suelo, regado á plena manga poco antes, estaba cubierto de cáscaras de frutas, secreciones de garganta y residuos de alimentos. Cabelleras femeniles tendidas al sol recibían la exploración venatoria de los peines. De la blancura incierta de algunas camisas, rígidas y acartonadas por el líquido seco, emergían ubres como harapos, adaptando su arrugada flacidez á las bocas lloronas de los pequeños. Otras madres, con el hijo en las rodillas, desenvolvían tranquilamente sus fajas y pañales, dando á la luz los olvidos hediondos de la inconsciencia infantil.

No tenía Fernando mas que ladear un poco su cabeza, volviendo los ojos al interior de la cubierta central donde estaba él, y recibía en su olfato inmediatamente la esencia de los licores que burbujaban con mezcla de soda en las mesas del café, el perfume de agua de Colonia que iban esparciendo las mujeres, como un recuerdo de su baño matinal. Parecía ser de un planeta distinto la vida que se desarrollaba cuatro metros por encima de la muchedumbre emigrante. Los camareros iban de grupo en grupo ofreciendo grandes bandejas cargadas de em-

paredados y tazas de caldo: el segundo refrigerio de la mañana. Las señoras exhibían con afectada modestia sus trajes de verano recién extraídos de los cofres y cambiaban mutuos cumplimientos. Muchos pasajeros iban vestidos de blanco de pies a cabeza, é igualmente de blanco los domésticos del buque, los músicos y los oficiales. Había momentos en que el castillo central parecía invadido por una tripulación de *Pierrots*.

Pasó Mrs. Power, sola como siempre en sus matinales paseos, erguida y sin mirar á nadie, con un sombrero de tul elegante y vistoso. Fernando sintió al verla indecisión y timidez; pero ella, deteniéndose un momento, vino en su auxilio. Le saludó, preguntando con un retintin irónico cómo había pasado la noche. Sonreía protectoramente, dando á entender que perdonaba á Ojeda su travesura de niño grande. Todo estaba olvidado... Y le tendió una mano antes de alejarse, continuando su marcha de ritmo varonil.

Transcurría el tiempo sin que la cubierta se viese tan poblada como en otras mañanas. Muchos sillones permanecían vacíos. Las graves señoras alejaban á sus hijas para conversar entre ellas con voz de misterio y gestos de indignación, como si comentasen algo escandaloso. No había aparecido aún ninguno de aquellos jóvenes de cuya amistad hablaba Maltrana con entusiasmo. También él permanecía invisible, y lo mismo Nélica con su escolta de adoradores.

El doctor Zurita pasó junto á Ojeda aspirando el humo de su tercer cigarro matinal.

—Poca gente—dijo—. Anoche, según parece, hubo *farra* larga. Debe haber abajo un tendal de muertos y heridos... ¡Qué muchachada tan viva! ¡Cosas de la edad!...

Y siguió adelante, sonriendo con una tolerancia

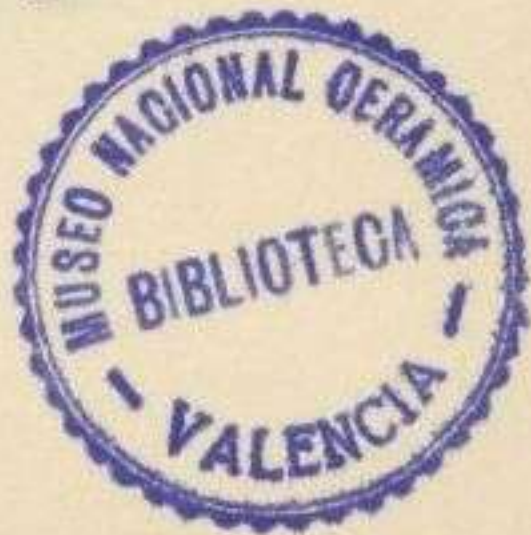
de veterano al pensar en las locuras de la «muchachada». Estaba tranquilo por haberle dicho su ayuda de cámara andaluz que sus hijos mayores roncaban en sus camarotes con la fatiga de una noche pasada en claro, pero sin desperfectos visibles.

La música siguió desarrollando su programa matinal como si sonase en el vacío. Pasaban las señoritas formando grupos, lo mismo que en las plazas de las pequeñas ciudades alrededor del kiosco de los conciertos; pero les faltaba en este continuo girar el encuentro con los jóvenes, el acompañamiento de un amigo, miradas curiosas y simpáticas que las persiguiesen.

Sólo quedaban ellas en la cubierta. Los hombres graves eran buscados por el mayordomo, que en fuerza de invitaciones y ruegos conseguía meterlos en el fumadero. Se iba á formar allí por aclamación el comité organizador de las fiestas con que se celebraría el paso de la línea equinoccial.

Terminó el concierto, retiráronse los músicos con atriles é instrumentos, y entonces fué cuando Maltrana hizo su aparición. Lo vió Fernando asomar la cabeza por la puerta de una escalera tímidamente. Después de largos titubeos avanzó al fin con cierto encogimiento. Vestía un traje blanco, rutilante, majestuoso, sobre el cual parecía destacarse con mayor relieve la fealdad grandiosa de su cara, á la que encontraban algunos cierta semejanza con la de Beethoven viejo.

En su marcha cautelosa, torcía el rostro hacia el lado del mar, bajando los ojos como si temiese ser visto. Ante los grupos de nobles matronas, su cortesía pudo más que el miedo. «Buenos días...» Pero las damas contestaron su saludo á flor de labios, siguiéndole con ojos severos y mirándose después entre ellas... «También éste era de los culpa-



bles.» Y todo el peso de su indignación se descargó mudamente sobre Maltrana, el primero que osaba presentarse ante ellas.

Ojeda, al estrecharle la mano, se fijó en su tendencia á volver la cara hacia el mar, rehuyendo el lado izquierdo, y con súbito movimiento le hizo ponerse de frente.

—Pero criatura, ¿qué tiene usted ahí?...

Señalaba, riendo, una hinchazón lívida de la sien que se extendía hasta un ojo.

—No es nada—balbuceó Isidro—; poca cosa... Ya le explicaré.

Y para desviar la conversación, se miró de los pies al pecho con gesto de orgullo.

—¿Eh?... ¿qué me dice del trajecito? Tengo otro á más de éste... ¡Cualquiera adivina que es obra de doña Margarita, mi patrona!

Pero Ojeda no se dejó desorientar por tales palabras, y siguió riendo con los ojos puestos en la contusión que desfiguraba á su amigo.

—Cuando se canse de reir, avise—dijo Maltrana, algo amostazado—. Pero ¿no ve usted que nos están mirando esas dignas señoras?... Las conozco, y no quiero perder su amistad. Hablan con mucha soltura de los escándalos de Europa; tienen el propósito decidido de no asustarse de nada, para que no las tomen por unas atrasadas; pero todo es puro exterior, y cuando se despojan de los trajes y los añadidos de París, resultan idénticas á nuestras damas de provincias... Al pasar frente á sus camarotes miro algunas veces por la puerta entreabierta: en el lavabo, marquitos portátiles con imágenes milagrosas nacionales ó de importación; en un boliche de la cama, un rosario y más estampas... Tengo miedo de que me echen la culpa á mí, que soy el más infeliz. Me temo que por dejar en buen lugar á sus niños y á los amigos de sus niños, di-

gan que fui yo quien organizó lo de anoche... Y yo tengo interés en estar bien con todo el mundo, en conservar mis amistades.

Fernando no pudo contener su impaciencia. «Pero ¿qué era lo de anoche?...» Maltrana sonrió, como si recordase algo, y dijo remedando á su amigo, con entonación dramática:

—Soy un miserable... Un miserable que siente asco de sí mismo.

Pero antes de que Fernando pudiera enojarse por este recuerdo, se apresuró á añadir:

—Lo de anoche fué una lección; una lección de cosas y de nombres: una «farra», una «remolien-da», como dicen mis amigos de varias repúblicas. Anoche supe también lo que es «curarse», y me curé tan prolijamente, que aquí me tiene con una sed infernal y este adorno junto á un ojo... Pero no me arrepiento: ¡qué muchachos simpáticos! Da gloria tener amigos tan cariñosos. Unos me llamaban *gallego*, otros me apellidaban *godo*. ¿Ha notado usted qué variedad de motes amorosos gozamos los españoles en la América que habla español?

—Sí; y en otras repúblicas nos llaman *gachupines*, *patones*, *sarracenos* y no sé qué más. Podría escribirse un tratado geográfico-apodesco para mayor claridad en las relaciones hispanoamericanas... Pero son bromas de familia que no merecen atención: adelante.

Y Maltrana describió la fiesta íntima en el fumadero, después del baile, cuando las graves damas con sus hijas se habían retirado á los camarotes y sólo quedaba en la cubierta algún que otro señor entregado á su paseo habitual antes de irse á la cama. Los jugadores de *poker* habían terminado sus partidas, prudentemente, al ver invadido el salón por una banda de locos que gritaban discursos subiéndose á las mesas, ensayaban suertes de gim-

nasia con las sillas ó se tendían en los divanes colocando los pies entre las copas.

—El pobre mozo del *bar*, amigo Ojeda, ese rubio con bigotes á lo «kaiser», se movía incesantemente de una mesa á otra, descorchando botellas de champaña, llenando copas, recogiendo del suelo vidrios rotos. Al principio estaban por grupos: á un lado los sudamericanos, al otro los yanquis y los ingleses, más allá los alemanes, pretendiendo cada uno sobrepujar al vecino en generosidad. Una mesa pedía dos botellas, la otra tres, la otra cuatro; y todos cantaban, intercalando en su música gritos de animales conocidos ó fantásticos... Esperábamos la llegada de las damas: unas cuantas coristas que habían prometido no sé á quién, tal vez á nadie, su interesante presencia. Pasaba el tiempo y no venían. Unos amigos hablaron seriamente de ir al camarote de Nérida para traerla á la fiesta y darle una paliza al hermano, proposición que puso foscos al belga y al alemán, como si cada uno por su parte se creyese el depositario del honor de la muchacha.

Calló Maltrana, cual si temiera decir demasiado; pero ante la curiosidad de su amigo siguió adelante.

—Un chileno forzado, gran amigo mío, se levantó con resolución. «Oiga, *godito*: vamos á ver si nos traemos á algunas de esas damas.» Abajo, en un corredor, cazamos á dos coristas polacas que iban tranquilamente desde cierto lugar á su camarote, y mi amigo el atleta las subió casi en volandas sin entender sus palabras. ¡Gran éxito! Las dos son negruzcas, flacas, con aire de gitanas, pero jamás se verán en toda su vida tan admiradas y obsequiadas. Y cuando las pobrecitas llevaban bebidas no sé cuántas copas, mirándonos á todos con la superioridad que proporciona la escasez del artículo, y se debatían entre los señores aglomerados en torno de ellas, chillando y contrayéndose en el asiento como

si por debajo de la mesa las cosquillease una tropa de ratas, entra el mayordomo, el *obersteward*, mirándolas fijamente, sin vernos á nosotros, como si no existiésemos; y bastaron unas cuantas palabras suyas en alemán para que saliesen cabizbajas y temerosas, lo mismo que unas niñas ante la reprimenda del maestro... Bien dicen que la sociedad del mujerío dulcifica la rudeza de los hombres. Apenas nos quedamos solos... ¡batalla! Unos increparon á otros por haber sido demasiado audaces, haciéndolos responsables del susto y los aleteos de las dos palomas inocentes. De pronto, un puñetazo... y el fumadero fué la venta del *Don Quijote*. Todos sentían la necesidad de pegar sin saber á quién: dos hermanos se aporrearon sin conocerse; los *bocks* y las copas iban por el aire. Yo dudaba entre huir ó poner paz, y en medio de mis vacilaciones me alcanzó esta caricia... Crea usted que me duele, pero el espectáculo valía la pena de ser visto. Lástima que usted no lo presenciase.

Ojeda se inclinó con irónico agradecimiento. «Muchas gracias.»

—La tranquilidad se restableció gracias á la intervención de algunos marineros que limpiaban la cubierta y á la amenaza del mayordomo de introducir por las ventanas las mangueras del riego... Con la calma renació el buen acuerdo; todos pedían lo mismo: más champaña. Y como era la hora en que se cierra el *bar*, muchos hacían provisiones, guardando las botellas debajo de las mesas. Una ternura conmovedora se apoderó de la asistencia. Cada uno se rascaba los chichones ó se arreglaba los rasguños del traje, mirando amorosamente al vecino. Argentinos y chilenos cruzaban las copas con ruidosa fraternidad. «¡No más Andes! ¡Ellos solos se bastaban para comerse el mundo!» Y súbitamente coligados, miraban á los demás fieramente.

—¿Y qué decían los demás?—preguntó Ojeda.

—El amigo Pérez y otros de diversas repúblicas exigieron copa en mano entrar en la confederación. ¡Hermanos, todos hermanos! Y se abrazaron con lágrimas de ternura, dando vivas á las tierras hispanoamericanas. Un brasileño insinuó dulcemente con lenguaje mesurado y cortés: «*Se os senhores dao licença...*» Y el Brasil entraba igualmente en la gran alianza. ¡Viva la América latina!... Alguien se fijó en mi humilde persona y en el adorno que llevo junto á un ojo. «¡Ah, pobre galleguito simpático!» Y prorrumpieron en vivas á la «madre patria», á la vieja España, ensalzándola melancólicamente, como si hablasen de una abuela que se les hubiese muerto hace años. Las copas me venían á la boca por docenas, como si quisieran ahogarme. Algunos se abrazaron á mí, mojándome el cuello con lágrimas de embriaguez. Tienen en la Península no sé cuántos parientes duques y marqueses; aún guardan en su casa papelotes antiguos de nobleza, y me pedían mis señas en Buenos Aires para enviármelos, como si esto pudiese interesarme... Luego, no sé cómo, los yanquis vinieron á chocar igualmente sus copas. ¡Hurra á los Estados Unidos! ¡América sobre el resto del mundo!...

Pero este huracán de fraternidad había sido demasiado impetuoso para mantenerse en los límites de un continente, y pasando los mares se difundía por Europa entera. Al final, ingleses, alemanes, franceses y belgas entraban en la gran alianza. ¡Viva la confederación universal!

—Y un inglés pequeñito—continuó Maltrana—, que usted habrá visto con su traje á cuadros y su pipa, derramaba lágrimas en la copa, repitiendo con una incoherencia obstinada de beodo: «Yo he entrado en el buque con un corazón puro, y puro quiero sacarlo de él...» El mayordomo entraba á

cada rato para decirnos que eran las dos, que eran las tres, que eran las cuatro, y había que cerrar el fumadero; pero nadie le entendía. Algunos roncaban tirados en las banquetas; otros se alejaban titubeando, para volver poco después pálidos, con la pechera de la camisa manchada. De pronto se apagaron las luces y salimos empujándonos, entre un griterío de protesta. Se habló un poco de matar al mayordomo, pero había desaparecido.

—¿Y se fueron ustedes á dormir?—preguntó Ojeda.

—No, señor; una fiesta de esta clase no termina tan pronto. Yo me vi, no sé cómo, en un corredor de abajo con dos botellas en las manos y un amigo á cada lado. Al marchar, con las piernas blandas como si fuesen de algodón, nos llevábamos por delante todos los zapatos depositados ante los camarotes para que los lustren. Vimos unos cuantos amigos que golpeaban unas puertas, encorvándose para hablar por el ojo de la cerradura. Eran los camarotes de las francesas, señoritas ordenadas y de buenas costumbres, que se acostaron sin presenciar el baile y estaban durmiendo con la honrada tranquilidad de un industrial en vacaciones. «Cien marcos», proponía uno. «Quinientos cincuenta», insinuaba otro, enfurecido por el silencio. «Mil... Dos mil...» Los dejamos soltando cifras ante las puertas oscuras é inmóviles. Era lo mismo que si hicieran proposiciones á un panteón.

Isidro hablaba cada vez con más lentitud, como si se aproximase á la mayor dificultad de su relato y pensase en el medio de sortearla.

—Luego encontramos á un amigo alemán que iba á despertar al médico, con la cabeza chorreando sangre. Se había caído de una escalera, golpeándose en los filos de los peldaños, que son de bronce... También yo me sentí atraído por las puertas y em-

pecé á golpear la de mi vecino, el hombre misterioso, el personaje de Hoffmann. Necesitaba hablar con él: le invitaba á levantarse, para que bebiésemos una copa juntos y presentarle á mis amigos. «Sal, no tengas miedo: te conozco. Tú eres Sherlock Holmes...» Una manía de borracho que á última hora se apoderó de mí. Y luego empecé á aporrear la puerta vecina, la del misterio, pugnando por abrirla. Se me había metido en la cabeza que el amigo Holmes llevaba oculta en este camarote á una princesa rusa que viaja de incógnito y va á casarse con un jefe de tribu del Gran Chaco. Fantasías del alcohol, querido Ojeda. Y los dos acompañantes, menos ebrios que yo, pretendían disuadirme arrancándome de allí. «Mi amigo, no haga leseras...» «Compañero, no sea empecinado.» Y al fin pudieron meterme en mi camarote y acostarme, y allí he estado hasta que me despertó la música... Un baño á toda prisa, y á enfundarme en este traje de marinerito amoroso que guardaba con impaciencia desde que nos embarcamos. ¡Pocas ganas que tenía yo de lucirlo!... ¿Eh? ¿qué le parece el trajecito de mi patrona?...

Ojeda le miró con fingida severidad.

—Muy bien, Isidro. Bonito modo de ir en busca de una vida nueva. Se está usted amaestrando para el trabajo.

—¡Bah! Es el mar, la influencia desmoralizadora del mar. Ya me oyó usted anoche. Aquí somos otros que en tierra; tal vez más espontáneos, más verdaderos. El aislamiento, la vida en común, nos despojan de nuestros envoltorios y la bella bestia aparece tal como es, excitada por el fastidio, ansiosa de entretenerse en algo. Y así como se prolongue la navegación, nos sentiremos más iguales, más hermanos, con mayor cantidad de «animalia»... El hombre siempre ha sido lo mismo en el

mar. Acuérdesese de los antiguos viajes á las Indias y la Oceanía. Los maestros de las naos recogían las espadas de los hidalgos, para no devolvérselas hasta el final del viaje. Todo desafío concertado durante la navegación no tenía validez al saltar á tierra. Aquellos viajes eran de meses y los nuestros son de días; pero representan lo mismo, pues nosotros vivimos y sentimos con mayor velocidad que nuestros abuelos... No pase usted cuidado: recobraré mi cordura al llegar al último puerto, y todos harán lo mismo. Tal vez por eso dice usted que las amistades hechas en un buque rara vez se prolongan en tierra. Se ven las gentes con demasiada intimidad, y luego, cuando se encuentran, se saludan de lejos con la sonrisa de un buen recuerdo; pero se evitan á la vez, como si se hubiesen conocido en una aventura poco honorable.

Un bramido monstruoso sobresaltó á muchas señoras en sus asientos. Era el silbato del buque, que daba la señal del mediodía.

—La hora del almuerzo—dijo Maltrana alegremente—. ¡Tengo un hambre!... ¿Ha notado usted cómo abre el apetito la mala conducta?

En el antecomedor agolpábanse los viajeros frente á una larga mesa cubierta de platos diversos: vasijas con ensaladas; jamones y piezas de embutido exhibiendo en sus caras rojizas el negro mosaico de las trufas; anguilas enormes enterradas en gelatina; salchichas alemanas de color de rosa y leve perfume de droguería; anchoas flotantes en sal líquida; botes que mostraban entre los dientes del latón recién cortado el granulento verde del caviar. La mano de un cocinero iba de un extremo á otro de la mesa, armada de un tenedor, colocando en los platos estos entremeses del almuerzo á gusto de los pasajeros.

Muchos curiosos se detenían frente á un gran re-

loj regulado desde el puente por una corriente eléctrica, y modificaban sus cronómetros con arreglo al salto atrás que acababan de dar las agujas. Todos los días, al llegar el sol á su altura máxima, había que retrasar la marcha del tiempo diez minutos.

Otros pasajeros discutían ante un tabloncillo en el que estaba la carta de navegación, examinando la mancha azul del Océano punteada de alfileres con banderitas germánicas. Cada alfiler era colocado á las doce del día, y el espacio abierto entre dos de ellos representaba una singladura, veinticuatro horas de navegación. Las banderitas salían del mar del Norte, é iban alineándose á lo largo de la costa de Europa hasta avanzar en pleno Atlántico. La última recién clavada erguía entre Canarias y Cabo Verde. Más abajo, el mar limpio, el mar inmenso, la mancha azul no más grande que la palma de la mano, pero cruzada por las líneas negras de los grados, que representaban días y días. ¡Faltaban tantos para que cada uno llegase á su destino!... Y dominados por la preocupación de la velocidad, criticaban la marcha del buque, acusando á la Compañía de avaricia en el gasto de carbón, disputando el número de millas que debía correr, haciendo apuestas sobre la singladura del día siguiente.

Al entrar en el comedor, Maltrana se vió saludado por sus compañeros de mesa con guiños maliciosos. El viejo doctor Rubau, siempre de negro, parecía compadecerse, con un gesto de cansancio, de las falsas ilusiones de la vida. «¡Ah, juventud, juventud!...» No le habían dejado dormir tranquilamente gran parte de la noche. También habían llamado á su camarote, equivocándose de puerta, para proponerle por el ojo de la cerradura algo monstruoso, que no acabó de entender en la torpeza de su sueño interrumpido.

Munster ocultaba su cólera con una sonrisa de resignación. Había renunciado al *bridge* en la noche anterior por falta de compañeros, refugiándose en el *poker* forzosamente, y cuando después de perder cien marcos empezaba á recobrar su dinero, la invasión de una tropa de locos le expulsaba del café como á las demás «personas serias».

—Y usted, señor Maltrana, no es un niño, y debía dejar para los muchachos estas hazañas impropias de su edad.

El joyero, sordamente irritado contra su cabeza blanca y sus arrugas, gustaba de envejecer á los demás, creyendo remozarse de tal modo, y por esto insistió en aumentar los años de Isidro, sin hacer caso de sus protestas.

Entraban en el comedor poco á poco todos los jóvenes que se habían mantenido ocultos hasta entonces en sus camarotes. Unos avanzaban á toda prisa, fingiéndose preocupados con algún pensamiento de importancia. Otros desafiaban la curiosidad, ostentando arrogantemente las erosiones mal disimuladas por el peluquero con polvos de arroz. Los norteamericanos destapaban champaña en el almuerzo y gritaban lo mismo que en la noche anterior, insensibles al cansancio y al trasiego de líquidos. En las mesas de familia, las mamás acogían á sus hijos con ojos de severidad y labios apretados; pero ellos salían del paso saludando á «sus viejos» con aire indiferente, como si los hubiesen visto momentos antes.

Al terminar el almuerzo, Fernando se encontró con Mrs. Power en la escalera del jardín de invierno, y juntos fueron á sentarse en el sitio que ocupaba ella habitualmente con la pareja de compatriotas. Ojeda, después de ser presentado á los esposos Lowe, permaneció allí como si estuviese en familia.

«Ya lo acapararon los yanquis—pensó Maltrana—. Ahora la señora le muestra un abanico y le invita á escribir en él... Desea versos; tal vez versos de amor. Dejemos al amigo Ojeda que siga su destino.»

Y cuando dudaba entre ocupar una mesa libre ó irse al fumadero en busca de sus amigos los comerciantes españoles, se vió llamado por el doctor Zurita, que, repantigado en un sillón, le mostraba un papel.

—*Che*, Maltrana, venga para acá. Pero ¿ha visto qué graciosos son estos *gringos*?...

Le mostraba la lista del comité organizador de las fiestas ecuatoriales, constituido una hora antes bajo las indicaciones del mayordomo. Una ocasión para éste de vender á buen precio, en clase de premios, todos los objetos de pacotilla adquiridos previsoriamente en Hamburgo.

—Fijese, *che*, en los presidentes de honor. ¡Qué abundancia!

Eran el doctor Zurita, el obispo, el abate francés, el conferencista italiano y Ojeda. ¡Y qué de títulos!... El obispo era Su Grandeza, Zurita Su Excelencia, y Ojeda, por ser algo, aparecía con el título de doctor.

—Pero ¡qué graciosos estos *gringos*!

Reía Zurita con una mezcla de burla democrática y satisfacción infantil.

—Vea, Maltrana: yo fui ministro, ¿sabe?... ministro de la provincia, en mis tiempos de muchacho, cuando andaba mezclado en los batifondos de la política. Además, he sido diputado nacional. Ahora no me meto en nada; mis negocios no más, y á vivir tranquilo. Pero tal vez por esto me tratan de Su Excelencia. ¡Qué demonios de alemanes! Todo lo averiguan... Bueno, señor; esto va á costarme algunas libras más.

Y volvía á reír, contemplando con una mirada entre irónica y amorosa «aquella diablura de los *gringos*», tan aficionados á categorías y honores.

Maltrana, en su inquieta movilidad, salió del jardín de invierno para dirigirse al café. En torno de una mesa vió sentados á sus tres compatriotas, los graves y honrados comerciantes que le regalaban buenos consejos.

—Saludo á sus respetables firmas sociales—dijo tomando asiento junto á ellos.

Pero como interrumpía una conversación interesante, sólo mereció varios gruñidos á guisa de saludo. Estaba hablando el señor Goycochea, un vasco de ojos claros, membrudo, bajo de estatura, la cabeza caña y el bigote y la barbilla teñidos de rubio con cierto descuido que dejaba visible el blanco de las raíces capilares. Maltrana le tenía por el más rico de los tres. Bastaba ver el respeto de sus compañeros, que callaban apenas tosía él indicando su deseo de hablar.

Aparte del prestigio debido á su fortuna, gozaba entre los amigos de cierta consideración social por su matrimonio y su género de vida. La esposa era una dama imponente, con triple mentón y quevedos de oro, que antes de acomodarse en la cubierta de paseo se hacía buscar por la doncella su asiento propio, una poltrona comprada en París, la única de á bordo que podía contener las amplitudes de su respetable maternidad. Nacida en la Argentina, su origen y su apellido parecían irradiar un halo de gloria sobre la prole, borrando la insignificancia del origen paterno. La familia residía en París, y cada dos ó tres años regresaba á América para que el jefe viese de cerca la marcha de sus negocios. Habitaban un hotelito propio en las inmediaciones de los Campos Eliseos, y poseían dos estancias en la provincia de Buenos Aires, á más de la gran

casa de comercio en la capital, que dirigía un antiguo dependiente convertido en socio. Un personaje importante el tal vasco... La señora infundía respeto á los dos compatriotas del esposo, siempre con la cabeza alta, parca en palabras, llamando á Goycochea por su apellido, como si fuese un amigo en visita, mirándolo todo insolentemente con sus ojos de miope. Las tres niñas hablaban inglés y alemán é iban escoltadas por una institutriz roja y pecosa que miraba con tanto desprecio como la señora á los amigos del señor. De toda la familia, encerrada en su altivez triunfante, él era el único comunicativo y simple de carácter... cuando los suyos no estaban presentes.

—Tenía yo entonces diez y nueve años—continuó diciendo Goycochea luego de la interrupción de Maltrana—, y me fui á pie con otro muchacho desde mi pueblo á Bayona, donde tomamos pasaje en un bergantin francés. Nos faltaban papeles para embarcarnos en España: teníamos miedo á lo de la quinta... Un viaje de sesenta y cinco días. ¡Y pensar que ahora nos quejamos por si el vapor se atrasa un par de horas!

—Yo vine en una fragata de Barcelona cargada de vino, hace cuarenta años, y echamos dos meses y medio en el viaje—dijo Montaner, el residente en Montevideo.

—A mí me trajeron en una goleta de Cádiz con cargamento de sal—declaró Manzanares, antiguo amigo de Goicochea—. No sé cuánto tiempo estuvimos quietos en la línea por las malditas calmas. ¡Y qué alimentación!... El mejor librado era yo, que por ser muchacho ayudaba á los de la cocina y podía rebañar las sobras de los calderos... Y ahora, señores, nos damos el gusto de venir aquí. Nosotros hemos conocido los malos tiempos; nos ha costado sudar la plata. No como otros, que llegan

con toda clase de comodidades y quieren de golpe conquistar una fortuna; como si la fortuna estuviese ahí, esperándoles en el muelle.

Y miraba á Maltrana con súbito rencor, cual si le irritase verlo rodeado de los lujos de un gran trasatlántico, mientras ellos, hombres ricos, habían ido á América sufriendo hambre en buques de vela.

Un señor malhumorado el tal Manzanares, de esquelética delgadez y el bigote gris caído sobre las mandíbulas salientes. Sus ojos turbios sólo se animaban con los fulgores de la rabia. Una dolencia del estómago agriaba aún más su carácter y le hacía emprender frecuentes viajes á Europa, siempre en busca de nuevas aguas curativas. Era un erudito en anuncios de específicos y catálogos de farmacia: conocía todos los remedios, y siempre tenía uno, el último lanzado á la circulación, que le merecía hiperbólicas alabanzas, al mismo tiempo que abrumaba con sus ferocidades verbales á los «ladrones» inventores de los otros. Este enfermo crónico comía con una voracidad pantagruélica, y para vencer la torpeza de sus digestiones caminaba á todas horas por el buque, ensalzando las ventajas de la marcha. Únicamente en el café se le veía sentado: el resto del día lo pasaba dando vueltas en la cubierta; y cuando la afluencia de gentes dificultaba su tenaz ambulación, circulaba abajo por los pasillos de los camarotes. Al encontrar á Maltrana saludábalo invariablemente con el mismo ofrecimiento: «Le convido á que demos un paseo...» «Muchas gracias—contestaba aquél—; es á lo único que usted convida.»

Sentía Isidro contra este señor una hostilidad irresistible. Era el que más le ofendía cada vez que intentaba darle buenos consejos. «Ustedes los periodistas, que son medio locos...» «Usted, que no hará nada en América porque es escritor...» Manzanares

admiraba la brutalidad como la más grande de las facultades, y se hacía lenguas de un gobernante cuando amenazaba con perseguir á «la canalla popular».

—Con ese no se juega—decía entusiasmado—; ese tiene la mano dura... Pega fuerte...

Y pedía el fusilamiento inmediato á un lado y otro del Océano de todos los que escriben en los papeles, oficio que sólo sirve para que los obreros pidan menos horas de trabajo y aumento de jornal.

—Cuando pagué mi pasaje—continuó Goycochea—no me quedaba nada, absolutamente nada, ni dos reales. ¡Para lo que me hubiese servido el dinero en aquel barco!... La comida era poca y pésima; la galleta tenía gusanos y había que tragarla sin verla; en el rancho nadaban al principio unas piltrafas de tocino; luego, alubias solas. Yo no tenía otro equipaje que dos camisas y un pantalón, además del que llevaba puesto; un pantalón nuevo, azul, con muchos botones: la única prenda que pudo hacerme mi madre... ¡Aún lo estoy viendo!...

Y al mismo tiempo que Goycochea parecía admirar imaginativamente con la ternura del recuerdo este pantalón, único lujo de su pobreza, contemplaba en una de sus manos el centelleo de un brillante límpido y tembloroso como una gota de luz.

—Tenía yo un gran amigo en el barco, un chico de Aragón, compañero de cama y caldero, listo, muy listo, y eso que no sabía leer... ¡Pobre! Murió hace dos años, luego de haber hecho una buena fortuna y educar á la familia como Dios manda. Un hijo suyo es doctor y dicta clases en la Universidad de Buenos Aires. Muchas veces he leído su nombre allá en París, cuando doy un paseo hasta la Avenida de la Opera y echo un vistazo á los diarios

argentinos en el Banco Español. Creo que es diputado ó que va á serlo: tal vez algún día lo veamos ministro... El padre parecía bruto porque no tenía letras, pero guardaba algo en la mollera. Dormíamos bajo la misma lona, al pie del palo mayor; nos ayudábamos al lavar lo que teníamos puesto; éramos como hermanos... Y un día, él se enamora de mi pantalón. «Que te lo compro... Que te doy tres pesetas por él...» Y vinimos regateando desde Cabo Verde al río de la Plata.

El millonario sonreía al recordar su testarudez.

—El era de Aragón, baturro de verdad, ¡figúrense ustedes! pero yo soy vasco. «Que te doy tres y cuartillo... Que te doy tres y un real... Tres y media...» Los amigos intervenían en la venta del pantalón. De proa á popa mediaban expertos, examinando el cosido de la prenda, la solidez de los botones, la duración de la tela. Y con las alabanzas de los inteligentes crecían los deseos de mi amigo. «¡Remoño, no seas cabezota!... Dámelo por cuatro, que es lo que vale.» Deseaba ponerse majó al bajar á tierra; hablaba de cierta chica de su pueblo que estaba sirviendo en Buenos Aires... Al embocar el río de la Plata casi lloraba de rabia. «Me alargo hasta cinco. Mira, maño, que no tengo más.» Y el trato quedó cerrado en un duro, un «napoleón», como se decía entonces, el único dinero con que llegué á Buenos Aires. ¡Y gracias que hubiese entrado con él!... Ustedes se acuerdan de cómo se desembarcaba en aquellos tiempos. No había muelle; del barco á una lancha, y de la lancha á una carreta hundida en el agua hasta el eje, que le arrastraba á uno á las toscas de la orilla. Catorce reales me llevaron por desembarcar, y entré en Buenos Aires con peseta y media y un pantalón viejo que no lo hubiese querido un pobre... Luego pasaron muchos años sin que nos viésemos mi

amigo y yo. Un día nos encontramos en una junta patriótica de comerciantes españoles.

Goycochea se entristecía recordando á su compañero.

—Cuando por sus negocios pasaba cerca de mi tienda, entraba á saludarme. Tenía un modo suyo de anunciarse: un garrotazo sobre el mostrador. «¿Quién está aquí?» Y al salir yo del escritorio, la misma pregunta: «¿Cómo estás, maño? ¿Cómo tienes á la maña y tus cachorricos?...» La última vez que le vi, fué antes de retirarme yo á París. Eramos los dos del Directorio de un Banco. Llegaba don Mateo apoyado en su bastón, renqueando una pierna por el reuma. Los empleados y mozos del Banco lo adoraban, y eso que al menor enfado los trataba de «sarnosos» levantando el garrote. Pero en el Directorio pedía siempre aumento de sueldo para ellos y disminuciones en el amueblado. Se irritaba con las poltronas de los directores, las mesas de Consejo, las lámparas eléctricas. Decía que eran *puterías* indignas de hombres. El tenía un buen pasar y no necesitaba de estas cosas en su casa. Mejor era distribuir la plata á los que abrían las puertas: badulaques cargados de hijos. Se sentía morir. «Maño, esto va mal; dentro de poco, al pocico.» Pero se consolaba pronto. «La verdá es, maño, que hemos hecho camino. Hemos educao á nuestras familicas, las dejamos un cuscurro de pan, y podemos irnos en paz. ¡Quién nos hubiera dicho en el barco que nos veríamos aquí! ¿Te acuerdas del pantalón? ¿Te acuerdas del duro que me sacaste, vasco del moño?...» Y ya no le vi más.

Manzanares, que escuchaba con un orgullo de clase el relato de su amigo, miró luego á Maltrana.

—Aprenda usted, joven. En el mundo existen hombres de mérito aunque no hayan escrito en los papeles. Ahí tiene el ejemplo en don Antonio Goy-

cochea. Entró en Buenos Aires con peseta y media, y hoy tiene ocho millones de pesos... tal vez diez... tal vez doce.

Goycochea le interrumpió modestamente. Un mediano pasar nada más: una situación decente para la familia.

—La casa sí que es fuerte: la firma Goycochea y Mazpule tiene algún crédito. Giramos al año unos veinte millones. Pero nos deben mucho... ¡Hay tantas quiebras!

Y los tres prorrumplieron en exclamaciones, elevando las miradas al techo para expresar los riesgos y aventuras del comercio en América, únicamente compensados por las enormes ganancias, muy superiores á las del viejo mundo.

Sintióse humillado Maltrana por el aislamiento en que le dejaban aquellos señores. Acalorados por la comunidad de sus intereses, no le veían, se habían olvidado de él. Era un profano que osaba ingerirse en la francmasonería del negocio. Quiso levantarse, pero se detuvo al notar que Manzanares sentía la emulación de hablar igualmente de sus esfuerzos.

Había empezado la vida comercial en el desierto argentino, cuando los indios ocupaban los territorios cruzados ahora por el ferrocarril, y el *malón*, con su reguero de saqueos, incendios y rapto de personas, asolaba los pequeños campamentos, transformados actualmente en ciudades importantes. El blanco centauro de las llanuras, con su poncho, su facón y sus grandes espuelas, resultaba tan peligroso como el jinete cobrizo de larga lanza. Manzanares había sido dependiente en un boliche aislado, sirviendo vasos de caña á través de una fuerte reja que resguardaba el mostrador de las manos ávidas y los golpes de cuchillo de los parroquianos. A lo mejor pasaban corriendo, con la celeridad del

espanto, mujeres, niños y rebaños, y tras ellos los hombres, que preparaban sus armas mirando inquietos el horizonte. Poco después asomaba en el último término de la Pampa una nube de polvo. Dentro de ella cabalgaban sobre caballos en pelo los guerreros de la horda indígena en insolente avance sobre los núcleos de civilización pastoril enclavados audazmente en el desierto. Eran demonios cobrizos, de lacias y aceitosas melenas sujetas por una cinta, ávidos de aumentar con nuevas vacas y hembras blancas la fortuna de bestias y esclavas que guardaban en sus tolderías.

Cerrábase el establecimiento lo mismo que una fortaleza, y se armaban el patrón y sus dependientes con trabucos y fusiles viejos guardados debajo del mostrador como herramientas profesionales. A esta guarnición uníanse los parroquianos de los ranchos inmediatos, que corrían á refugiarse con sus familias en el boliche, único edificio de ladrillo en muchas leguas á la redonda. Con ellos entraban los tripulantes de los rosarios de carretas sorprendidos por el *malón* en su marcha lenta, chirriante, que duraba semanas y semanas.

Unas veces pasaba de largo la tromba cobriza, atraída por el ganado de lejanas estancias; otras ponía sitio al almacén, codiciando más que el dinero los barriles de caña. Hervía la horda en torno del boliche, que por sus aberturas barriqueadas lanzaba relámpagos de plomo. Los asaltantes, arras-trándose, intentaban poner fuego á sus puertas. En los momentos de descanso mataban las yeguas robadas en las inmediaciones y se bebían la sangre entre el griterío de una borrachera feroz. Y esta situación duraba días y días, hasta que llegaba la noticia á los fortines y otra tropa se señalaba en el horizonte, compuesta de jinetes con viejos uniformes, peor armados y montados que el enjambre de

indios, los cuales solamente huían por hartura, deseosos de poner en salvo su botín.

Y así había reunido Manzanares sus primeros centenares de pesos, aguantando golpes y hurtando el cuerpo al facón de los parroquianos ebrios, más temibles que los indios. Al volver á Buenos Aires, por uno de esos desvíos de profesión tan comunes en las tierras nuevas, el servidor de vasos de caña y pedazos de *charqui* había entrado en una tienda de ropas de lujo. Su patrón lo enviaba en viaje por todo el país, y así había conocido, yendo en diligencia, los asaltos en los caminos, unas veces por las bandas de indígenas, otras por «montoneras» de guerrilleros que robaban á las gentes en nombre de un caudillo de provincia ó de un partido político. La nación hervía entonces en revueltas civiles, antes de cristalizarse definitivamente. Había dormido á la intemperie, sin más cama que el «recado» de su caballo, bajo el frío de las tierras del Sur, ó rodeado de nubes de mosquitos en los campos del Norte. Había ayudado muchas veces, con los compañeros de viaje, á tirar de la diligencia atascada en un barrizal al que llamaban carretera. En otras ocasiones le había sorprendido una creciente de aguas, que ahogaba á las bestias de tiro.

—Yo creo, señores, que entonces pillé para el resto de mis días esta enfermedad del estómago, que terminará conmigo... Acabé por establecerme, y poseo mi depósito en la calle Alsina, ya saben ustedes dónde; uno de los mejores depósitos al por mayor de ropa fina para señoras; y tengo clientes en toda la República y trescientas muchachas trabajando en los talleres. Nosotros no giramos lo que usted, amigo Goycochea: seis millones por año nada más, pero la ropa blanca es artículo que deja más que otros. Yo voy á Europa con frecuencia, visito á nuestros proveedores de Hamburgo, Milán

y París, me entero de las novedades, y cada cinco ó seis años me asomo á España y vivo en mi pueblo por unos días. El cura me saca unas pesetas con pretexto de reparaciones en la iglesia; el alcalde me pide para la escuela, para el lavadero, para un camino; los gaiteros se están toda la noche ante la casa, toca que toca, esperando la sidra. Las sobrinas, que son no sé cuántas, siempre tienen á punto un chiquillo que soltar al mundo cuando yo llego, y quieren que el tío de América lo apadrine. Todos parecen encantados de que mi señora no haya tenido hijos. Cuando estuve allá la última vez, hablaba el alcalde de ponerle mi nombre á una calle y una lápida al casucho donde nací... Yo no tengo su posición, señor Goycochea, pero he hecho la mía y me ha costado sudarla como á usted. Puedo retirarme cuando quiera; ¡para los hijos que he de mantener!... Pero le tengo ley á mi establecimiento, que empezó siendo una miseria y hoy ocupa un cuarto de manzana. Además, cuento con el socio, que corre con todo el trabajo: un antiguo dependiente al que di participación. Ya conocen ustedes la firma: Manzanares y Mendizábal.

La falta de hijos parecía amargar su triunfo, colocándole en rencorosa inferioridad ante el prolífico vasco. Pero como una compensación, hizo el elogio de su esposa, valerosa compañera de los primeros años de pobreza y ahorro. No podía compararse con la señora de Goycochea, que él veía como una gran dama de majestad imponente—otro motivo de envidioso rencor—. Era una muchacha de la tierra, que había gobernado la casa con economía feroz, cuidando de que cada dependiente comiese lo estrictamente necesario para mantenerse en pie, sin hartazgos que perjudican á la salud. El hábito del ahorro persistía en ella al vivir en plena fortuna, con una afición á mezclar sus brazos arremangados

en las más bajas tareas de la casa. Y Manzanares, que había «corrido mundo», y todos los años, en su viaje á París, conocía el Montmartre de noche, porque «el hombre debe verlo todo», empezaba á creer que esta compañera no estaba á nivel de sus triunfos comerciales, y por esto había de privarse de exhibirla—como Goycochea ostentaba la suya—, temiendo ciertos descuidos de su lenguaje. Pero un viejo sentimiento de gratitud y los propios gustos estéticos le hacían prorrumpir en elogios de su personalidad física. Además de ser muy buena, todavía se conservaba hecha una real moza.

—Es algo parecida á su señora, amigo Goycochea. La mía pesa cien kilos. ¿Y la de usted?

Goycochea hizo un gesto de tristeza. Había llegado á pesar algo más, pero en París se había puesto á régimen. Ahora estaba de moda la delgadez.

—La mía pesa ciento seis—declaró Montaner, el comerciante de Montevideo.

—¡Buena!—afirmó Manzanares con autoridad—. ¡Buena debe ser!

Este hombre esquelético admiraba con un entusiasmo concentrado, casi religioso, la desbordante exuberancia femenina, como signo de salud, buen humor y virtudes domésticas... Pero Montaner, que se consideraba humillado por el silencio en que le dejaban sus compañeros, interrumpió á Manzanares.

El también «había hecho lo suyo». La República Oriental se prestaba menos que la Argentina á los vaivenes de fortuna y los rápidos triunfos. El dinero era más lento en sus avances, y tal vez por esto de paso más sólido: la gente pensaba en retener más que en adquirir. No podía hablar de millones como los compañeros, pero gozaba de un buen pasar, y á su muerte, los hijos, si no eran unos ingratos, se acordarían de que «el viejo» había trabajado...

—Aquel es un gran país, más pequeño que la Argentina, pero rico, muy rico. ¡Lástima que sea la tierra de las revoluciones!... El uruguayo es bueno, caballeresco, aficionado á las cosas de pensamiento, pero demasiado valiente, demasiado guapo, convencido de que falta á su deber cuando se mantiene unos cuantos años sin salir al campo á matarse. Todos somos allá «blancos» ó «colorados»; y no sé qué demonios hay en el ambiente, que los que llegan, sean de donde sean, apenas aprenden á hablar toman partido por unos ó por otros. Yo mismo, señores, soy «blanco», más blanco que el papel, más blanco... que la leche; y mis hijos lo son también. Dos de ellos se me fueron al campo en la última revolución. Y si ustedes me preguntan qué es eso de ser «blanco», les diré que luego de tantos años no estoy todavía bien enterado... Tal vez me hicieron «blanco» á la fuerza.

Y relató su llegada á Montevideo, cuarenta años antes, sin más fortuna que una carta de presentación para un catalán establecido en el interior. El país estaba en revuelta, pero la ciudad presentaba su aspecto normal. Las gentes se abordaban en la calle sonriendo: «¿Qué noticias hay de la revolución?» lo mismo que si hablasen de la lluvia ó del buen tiempo. Y Montaner salió en una diligencia, como único pasajero, hacia el pueblo donde estaba su compatriota.

—A las pocas horas, unos hombres á caballo, armados de lanzas, con pañuelos rojos al cuello, rodearon la diligencia. Era una patrulla de «colorados». El jefe habló con el mayoral. «¿Qué llevas ahí?» Y al saber que no llevaba otro pasajero que un pobre muchacho español, algunos jinetes avanzaron su cabeza por las ventanillas. «¡Ah, galleguito; «blanco» de mier... coles! ¡Déjate crecer el pelo para que te cortemos mejor la cabeza cuando seas

grande!...» Lo decían riendo; pero yo, que sólo tenía trece años, me acurruqué en un rincón y deseaba meterme debajo del asiento. Se fueron, y dos horas después, cerca de un rancho, encontramos otra partida de jinetes, con lanzas también, y con esos zaragüelles bombachos que parecen enaguas recogidas en las botas; pero éstos llevaban al cuello pañuelos blancos. Y la misma pregunta: «¿Qué llevas ahí?» Y al saber que era yo español, sonrisas en la portezuela lo mismo que si me conociesen toda la vida. «Baje, jovencito, baje y descanse, que está entre amigos. Tómese una copa de caña...» Desde entonces no tuve duda: sabía lo que me tocaba ser en aquella tierra: blanco, siempre blanco. Ahora, los años han traído cierta confusión, y gentes de todos los orígenes figuran en los dos bandos. Pero en mis tiempos, los *gringos* eran todos «colorados», y los gallegos y vascos «blancos», tal vez porque en las filas de éstos habían combatido muchos españoles procedentes de la primera guerra carlista... ¡La sangre que se ha derramado! ¡Los combates sin cuartel, en los que no se admitían prisioneros!... Yo he visto degollar docenas de hombres lo mismo que ovejas.

Montaner quedó silencioso, como si le obsesio-nasen sus recuerdos.

—Ahora han cambiado las cosas—añadió—. Los antiguos escuadrones con lanzas son ejércitos provistos de artillería; se respetan los prisioneros, se hace la guerra con más «civilización»; pero la guerra sigue, y la gente se mata creo yo que por pasar el rato... El país se ha acostumbrado á esta vida, y se desarrolla y progresa á pesar de las revoluciones. Es como algunos enfermos, que acaban por entenderse con su enfermedad y viven con ella de lo más ricamente. ¡Pero al que le tocan de cerca las consecuencias de estas luchas!...

Hablaba con resignación de los retrasos sufridos en su fortuna por culpa de las guerras. «Blancos» y «colorados», en sus correrías, se le habían comido los mejores animales de su estancia. Muchos iban á la guerra por el placer de mandar sable en mano, como si fuesen dueños, en las mismas tierras donde trabajaban de peones en tiempos de paz, por el gusto señorial de matar un novillo y comerse la lengua, abandonando el resto á los cuervos. El llevaba largos años formando en su estancia una cabaña de caballos finos, con reproductores costosos adquiridos en Europa. Cuando descansaba, satisfecho de su obra, surgía una de tantas revoluciones, y un grupo de partidarios vivaqueaba en sus tierras, cambiando los extenuados caballejos de la partida por los mejores ejemplares de la cabaña. Y los animales de pura sangre morían en la guerra ó quedaban abandonados en los caminos, lo mismo que si fuesen bestias rústicas de exiguo precio.

—Total, algunos centenares de miles de pesos perdidos en unas horas—dijo con tristeza—. Muchos se entusiasman con las hazañas de ambos bandos, y ven en ellas una continuación del valor español. «Es la herencia de España», dicen «blancos» y «colorados» para justificar esa necesidad que sienten de revoluciones y de golpes. Y yo me digo: «Señor, otras repúblicas de América descenden igualmente de españoles, y viven sin considerar necesaria una revolución cada dos años...» ¿Se han fijado ustedes que en la América de origen español todas las cosas malas son siempre «¡cosas de España!», y rara vez se les ocurre atribuir á la pobre vieja alguna de las buenas?...

—Así es—interrumpió Maltrana—. Yo he tratado en París americanos de origen español de todas alturas y latitudes, y salvo una minoría que ha hecho estudios, todos discurren de idéntico modo;

como si les inculcasen esta manera de pensar en la escuela de primeras letras. España es la culpable de todos sus defectos, la responsable de todas sus faltas. Ella es la autora de sus revoluciones; de la pereza propia de los climas cálidos; de la embriaguez á que incitan los climas fríos; de la afición desmedida al juego en gentes que nunca gustaron del placer de la lectura; de la imprevisión y falta de ahorro en países acostumbrados á la abundancia. Algunos hasta la increpan porque su república tiene pocos ferrocarriles...

Los tres oyentes asintieron, reconciliados de pronto con él. ¡Estos hombres de pluma!... ¡Qué simpáticos cuando no se metían en negocios!...

—En cambio—continuó—, si alaban una buena cualidad de su raza la atribuyen á los indios, y los que tal dicen son nietos ó biznietos por padre y madre de gallegos y vascos que llegaron á América á fines del siglo XVIII... Y si los indios no son los autores de lo bueno, le cuelgan el milagro á la «raza latina», que no es mas que una ficción histórica. La «raza española», algo positivo cuya realidad perciben todos en el idioma y las costumbres apenas ponen el pie en América, sólo existe y merece recuerdo cuando hay que anatematizar lo malo del pasado. La gloria se la lleva la «raza latina», que nadie sabe qué es y en qué consiste. Yo conozco una civilización latina; ¿pero raza latina? ¿en dónde está fuera de Italia?... En fin, señores, no hay que irritarse. Tal vez estas injusticias no pasan de ser una manifestación instintiva de viejo cariño... desorientado, de amor filial vuelto del revés.

Se interrumpió Isidro, saltando de su asiento al ver que pasaba ante las ventanas la gorra blanca del médico de á bordo. La contusión de la sien le hizo recordar de pronto con un cosquilleo doloroso

su propósito de consultarle. Salió del café despidiéndose de sus compatriotas con rápido saludo, y alcanzó al doctor, para mostrarle el lívido chichón. Rió el alemán al examinarlo. ¿También él había sacado su parte de la fiesta de la noche? Llevaba curados á algunos pasajeros que se mantenían invisibles en sus camarotes. Lo de Maltrana era insignificante. Después de la hora del té le esperaba en la botica.

Al quedar solo se aproximó al jardín de invierno, mirando al interior por una de las ventanas. Todos seguían ocupando los mismos sitios: Ojeda con Mrs. Power y el matrimonio Lowe; el doctor Zurita hablando con dos compatriotas suyos «de las cosas del país». El padre de Nélica sonreía á través de sus barbas de patriarca, dando explicaciones á un grupo de amigos con insinuantes y suaves maneos. Tal vez exponía los grandes negocios que le aguardaban en Buenos Aires, y de los cuales quería dar participación á los demás, generosamente. Algunos pasajeros se retiraban, con los ojos entornados por el exceso de luz, en busca de sus camarotes para dormir la siesta.

Maltrana sintióse atraído por un rumor de avispero que zumbaba bajo el gran toldo del combés, entre el castillo central y la proa. Veíanse por los intersticios de las lonas gentes tendidas sobre el vientre, dormitando con la cabeza entre los brazos; mujeres que recosían ropas viejas, chicuelos persiguiéndose. Sonaba á lo lejos una gaita con dulce sordina, semejante á un lamento pastoril que lagrimease la melancolía de su destierro lejos de las praderas verdes.

—Hagamos una visita á nuestros amigos «los latinos».

Salió á la explanada de proa por un corredor de la cubierta baja. Al abrir la reja tuvo que apartar á

un grupo de emigrantes que se agolpaban contra los hierros. Era gente moza, muchachos que se sentían atraídos por este obstáculo, símbolo visible de la separación de clases.

Pasaban gran parte del día pegados á ella, explorando el largo corredor alfombrado de rojo, con grandes intervalos de sombra y manchas blanquecinas de eléctrica luz. Las puertas de los camarotes de primera clase se abrían á ambos lados de este pasadizo, que á ellos les parecía interminable y magnífico, como un bulevar habitado por millonarios. Espiaban desde allí las entradas y salidas de los pasajeros. Seguían con mirada de admiración la marcha rítmica de las señoras que surgían de las pequeñas viviendas para perderse en un dédalo de calles alfombradas, ascendiendo á los pisos altos del buque, que ninguno de ellos había alcanzado á ver, y de los que llegaban rumores de músicas y fiestas. El respeto á la jerarquía social les impulsaba á amontonarse contra la reja, como si por ella se columbrara un mundo superior, manteniéndose en envidioso silencio cada vez que una señora pasaba por cerca de ellos sin mirarlos. Cuando las necesidades del servicio hacían transcurrir junto á esta barrera á las camareras rubias, de limpio delantal y albo gorro, los mozos contemplativos parecían desesperarse y un rumor de palabras mascadas y de relinchos contenidos agitaba su grupo.

Aparecía con frecuencia cerca de la verja una niñera alemana cuidando de un chiquitín peliblanco y cabezudo, que jugueteaba á gatas sobre la alfombra con un oseño de peluche. Al verla, los muchachos sonreían con repentina confianza. Era de su misma clase social, y esto bastaba para desatar las lenguas é iluminar los ojos con el fulgor del deseo.

«¡Rica!... ¡Monísima!... ¡Acércate, prenda, que

tengo que decirte una cosa!...» «¡Oh carina tanto bella!»

Cada mocetón usaba de su idioma para exteriorizar el entusiasmo. Algunos árabes de bronceada y nerviosa delgadez permanecían silenciosos, pero avanzaban el cuello lo mismo que los caballos de carrera, brillando sus ojos de brasa con un fulgor homicida, mostrando sus dientes ansiosos de morder. La *fraulein*, de un rubio pajizo, regordeta, blanca y apretada de carnes, sonreía con ingenuidad, manteniéndose á distancia de la reja, á través de cuyos hierros manoteaban las fieras. Pero no por esto se decidía á huir, prefiriendo á los paseos superiores, abiertos al aire y la luz, la permanencia en este pasillo medio obscuro, donde recibía el homenaje tembloroso y exacerbado del deseo viril. Sus ojos grises y su rostro de una blancura tierna, semejante á la de un merengue, acogían con visible complacencia estas palabras de brutal homenaje en idiomas que no podía entender.

Algunos de los muchachos, que eran españoles, trataban con respetuosa familiaridad á Maltrana, que por algo se creía «el hombre más popular del buque».

—Don Isidro, tráiganos pa aquí á esa güena moza... ¡Retrechera!... ¡Cachonda!

Otros, que habían vivido en la Argentina, se unían á este coro de entusiasmo murmurando con arrobamiento:

—¡Preciosura! ¡Lindura!

Un napolitano suplicaba á Maltrana, con humildad, como si fuese el dueño del buque:

—¡Señor, que nos la echen!... ¡Mande que nos la echen!

Isidro volvió á cerrar la verja y fué avanzando entre los jóvenes.

—¡Orden, muchachos!... Orden y formalidad. A

ver si viene un alemanote de esos y os larga un par de mamporros por sinvergüenzas.

Las fieras enardecidas volvieron á agolparse en la verja, mientras la ingenua *fraulein* les volvía la espalda y se arrodillaba en la alfombra para jugar con el pequeñuelo, mostrando la blancura de sus medias repletas de carne firme, la curva pecadora de su falda abombada por ocultas esfericidades.

El avance de Maltrana produjo entre los emigrantes un movimiento de curiosidad simpática y obsequiosos saludos: algo parecido á lo que despierta la entrada de un orador político en una reunión popular. «Don Isidro, buenas tardes... Venga por aquí, don Isidro.» Y todas las miradas, aun las de «los latinos» de Asia, que no podían entenderle, le acariciaban con la suavidad del agradecimiento. ¡Aquel era un hombre! Un rico que gustaba de mezclarse con la gente pobre; no como los otros señores, que sólo se dejaban ver en los balconajes de los puentes para echar una mirada de lástima, huyendo apenas se volvían hacia ellos algunas cabezas, cual si no quisieran concederles ni el goce de la curiosidad.

Recosían unas mujeres sus ropas; otras, patibiertas dentro de sus batones sucios y repantigadas en pobres sillones de lona, se agarraban con las manos á lo más alto del respaldo. Algunas se quejaban de dolores en el brazo que había recibido la vacunación. Los árabes permanecían acurrucados en el caramanchel de las escotillas, mirando el mar con expresión pensativa... sin pensar en nada.

Un grupo de hombres jugaba á los naipes. Varios italianos, con fuertes manoteos y gritos, lo mismo que si mandasen un ejercicio militar, amaestraban á otros españoles en el juego de *la morra*. Fogoneros libres de servicio, rubios muchachotes vestidos de blanco, permanecían erguidos en medio

de esta muchedumbre, contemplando de lejos, tímidos y sonrientes, á ciertas beldades morenas, como si esperasen hacerse entender con su inmovilidad silenciosa. En el fondo, junto al castillo de proa, continuaba sonando la gaita invisible su ganguen pastoril.

Salió una mujer al paso de don Isidro, saludándolo con familiaridad. Era grande y obesa, con el amplio rostro sombreado por una pátina rojiza. La gran abundancia de zagalejos y faldas hacía aún más imponente su volumen. Tenía cierto aire de resolución y miraba siempre de frente, acompañando sus palabras con un movimiento de brazos autoritario, como hembra acostumbrada á mandar la primera en su casa.

—Usted es la de Astorga, ¿verdad?—dijo Maltrana, que pretendía recordar los nombres y el origen de todos los del buque—. Espere... Usted es la seña Eufrasia.

—Justo—dijo la mujer, satisfecha y orgullosa de la buena memoria de aquel personaje—. Yo soy la Ufrasia, y éste es mi esposo.

Y señalaba á un hombre sentado cerca de ella, grande también, con el abdomen mantenido por las complicadas vueltas de una faja negra. Su cara llena, de mejillas colgantes, asomaba majestuosamente como la de un prelado, bajo las alas del sombrero.

La seña Eufrasia, cuarentona de incansable verbosidad, hablaba con aire protector de sus compañeros de viaje. Los compatriotas, «los de la tierra», le inspiraban lástima.

—¡Probes! Tenemos aquí gentes de mucha necesidad, don Isidro. Hay que ver cómo van esas mujeres y cómo llevan á sus críos... Nosotros, aunque me esté mal el decirlo, no vamos á las Américas por hambre. Teníamos allá en el pueblo nuestro buen pasar; pero á nadie le amarga subir, y éste—seña-

lando al marido—me dijo un día: «Ufrasia, ¿por qué no nos vamos á ver eso del Buenos Aires de que hablan tanto?» Y como no tenemos hijos, yo dije: «¡Hala, amos en seguía!» Y éste vendió los cuatro terrones y la casa, y, gracias á Dios, llevamos algo, por si un por si acaso aquello no nos gusta y queremos volvernos. De este modo, en el barco puede una darse mejor vida que las otras y dormir aparte, y comprar en la cantina lo que se le apetece, y hasta hacer una carriá, que crea usted que viene aquí gente bien necesitá de que la ayuden. ¡Y allá vamos toos, don Isidro!... Dicen que aquello del Buenos Aires es muy hermoso, y que no hay mas que agacharse en las calles pa dar con una onza de oro.

Lo decía sonriendo, pero á través de su incredulidad adivinábase cierto respeto por la metrópoli lejana y misteriosa, urbe de maravillas y tesoros de la que hablaban continuamente los emigrantes.

El marido movió la cabeza con autoridad, y sus ojos parecían decirle: «Mujer, que estás cansando al señor... Vosotras no entendéis nada de nada.»

—Usted que sabe tantas cosas, don Isidro—siguió la Eufrasia—: éste y yo tuvimos esta mañana una porfía. Dice que en Buenos Aires no hay monea de oro, ni de plata, ni otra cosa que unos papelicos con figuras, á modo de estampas, con lo que se compra too... Y eso no pue ser, ¿verdá que no, don Isidro? ¡Una tierra tan rica y no tener dinero!... Vamos, que no pue ser.

—Pues así es, señá Eufrasia—dijo Maltrana.

Y el marido, saliendo de su mutismo por este triunfo extraordinario sobre la esposa siempre dominadora, dijo solemnemente:

—¡Lo ves, mujer!... Las hembras no sabéis na de na y queréis meteros en too.

Pero la Eufrasia, sin prestar atención al marido,

bajaba la cabeza como para seguir mejor el curso de sus pensamientos.

—¿De manera que no hay pesetas... ni duros... ni siquiera perras gordas?... Malo; eso no me gusta. Tal vez tenga razón éste, y las mujeres no sepamos na de na; pero yo digo que esto no me gusta. La monea es siempre monea, y los papelicos, papelicos.

Y tras esta afirmación indiscutible, suspiraba resignadamente:

—En fin; veremos cómo pinta aquello, y si no nos gusta, la puerta la tenemos abierta... Peor están los demás, que van tan á ciegas como nosotros y á la fuerza han de quearse allá, pues no tien pa volverse.

Hacia el elogio de las pobres gentes que ocupaban la proa. Los «moros», como ella llamaba á los sirios, eran buenos muchachos y sus compañeras unas pobres que infundían lástima. Los italianos le merecían no menos simpatía, porque acataban en ella cierta superioridad, viéndola gastar y vivir mejor que los otros, y la llamaban «señora». Sus cariños malogrados de hembra infecunda iban hacia todos los niños de diversas nacionalidades que vivían cerca de ella, tratándolos con varonil dureza de palabra al mismo tiempo que los cuidaba y acariciaba.

—¿Aónde vas tú, cabezota?—gritó deteniendo á un pequeño que correteaba perseguido por otros—. Fíjese, don Isidro, qué guapo: paece el niñico Jesús. Su madre es una italiana con ocho hijos, y anda malucha, tendida por los rincones, sin poer la probe ocuparse de ellos. ¡Si no fuese por mí!... ¡Ah, ladrón! Ya tienes otro siete en los calzones que te remendé ayer. ¿Qué has hecho de la perra gorda? ¿Te has comprado más caramelos en la cantina?... Pero mire usted, don Isidro, ¡qué sucio y qué hermoso!

¡Guarro!... ¡Cochinote!... ¡Ham!... ¡ham! Deja que te muerda esos hocicos de cerdo de leche.

Y teniéndolo en alto con sus brazos poderosos, lo besuqueaba, lo apretaba contra la pechuga ingente, mientras el niño se defendía de esta avalancha de caricias y palabras ininteligibles para él, gritando: «*Mama... mama*» y golpeando con los pies el abdomen que le servía de ménsula. El marido, inmóvil en su asiento, miraba á Maltrana como implorando disculpa por estas ruidosas expansiones.

—¡Lo robaría!—clamó la *señá* Eufrasia—. Si éste quisiera, lo tomaríamos como nuestro... Me llevaría todos los chicos que veo.

Las voces de la mujerona hicieron volver la cabeza á otros grupos lejanos, despegándose de ellos algunos hombres al reconocer á don Isidro. Se aproximaron á él, en espera de los cigarrillos con que acompañaba sus apariciones, y poco á poco lo fueron llevando hacia el castillo de proa. Un hombre tón se levantó del suelo, tendiéndole la mano con ese aire protector de ciertos jaques que hablan y accionan lo mismo que si perdonasen la vida al que los escucha.

—Salú, don Isidro—dijo con acento andaluz—. Ya nos extrañábamos un poquiyo de no verle esta tarde por aquí.

Volvió á sentarse entre un grupo de jóvenes españoles, unos con boina, otros con amplio sombrero, que le escuchaban, sonriendo, admirativamente. Era malagueño, según decía, y bastaba sostener con él un breve diálogo para enterarse á las primeras palabras de su nombre, lugar de nacimiento y apodo. Todas sus afirmaciones, aun las más insignificantes, las rubricaba con la misma declaración: «Y esto se lo ice á osté su seguro servidor Antonio Díaz, natural de Málaga, por otro nom-

bre el señó Antonio el *Morenito*.» Y acompañaba esta firma verbal con una mirada de superioridad y conmisericordia que parecía decir: «Al que sostenga lo contrario le rebano el pescuezo.»

El *Morenito*, que ya pasaba de los cuarenta, sentía cierto respeto por don Isidro, «un señorito como Dios manda, y no como los otros fantasiosos que huían de tratarse con los pobres».

A impulsos de esta simpatía había llegado á considerar á Maltrana hombre de grandes arrestos, tan corajudo casi como él, y cada vez que pensaba en la posibilidad de hacer un disparate para vengarse de la gente del barco ó de los pasajeros orgullosos, exponía de idéntico modo su discurso: «Entre don Isidro y yo...» Y don Isidro escuchaba y aprobaba con su sonrisa estos planes destructivos, halagado en el fondo de su ánimo de que aquella fiera le considerase digno de su colaboración. Tenía aterrados á muchos de los emigrantes con sus amenazas y explosiones de mal humor. Otros le admiraban por la insolencia con que protestaba á gritos de la calidad del rancho y de todos los servicios del buque, atreviéndose á insultar á los oficiales, que no podían entenderle. No obstante tanta bravura, Maltrana notaba en él cierto encogimiento al llevarse la mano á la gorra para saludar, cierta timidez felina en los ojos cuando algún superior le dirigía la palabra.

«Este tío saluda de mal modo—pensaba Isidro—. Es el mismo encogimiento medroso y vengativo con que los presidiarios saludan á sus jefes.»

El trato con los árabes del buque hacía acordarse al *Morenito* de los moros de Marruecos, contando algunas de sus correrías por las costas de Africa. Por las mañanas, cuando se lavaba al aire libre, desnudo de cintura arriba, infundían admiración los costurones y profundas cicatrices que constela-

ban su cuerpo, recuerdos, según él, de heroicos combates por mar y tierra contra la tiranía de las aduanas. Otro motivo de respeto era el saberle poseedor de una gran navaja á pesar de los registros que hacían los tripulantes del buque en la gente peligrosa; navaja que nadie había visto, pero que mencionaba con frecuencia en sus bravatas. Maltrana, conocedor de las costumbres del presidio, imaginábase en qué lugar indeclarable podría guardar el valentón esta arma, que era como el cetro de su amenazadora majestad.

—Siéntese un poquiyo, don Isidro, y descanse... Tú, dale un asiento ar cabayero... Les estaba proponiendo á estos chicos un negosio; un modo seguro de haserse ricos.

Maltrana, desde su sillón de lona, vió acurrucados á la redonda, con la mandíbula entre las manos, á todos los admiradores del *Morenito*, lo mismo que una tribu de indios guerreros que celebra consejo. El malagueño hablaba con la boca torcida, expeliendo las palabras por una de sus comisuras, para hacer sentir al auditorio toda la grandeza de su bondad de maestro.

—Estos mozos son unos palominos, don Isidro, que van á América á rabiarse y haser ricos á los demás... lo mismo que en su tierra. Pero vení acá, arrastraos, ¡peleles! ¿Pa eso os habéis embarcao ustedes?... Fíjese, don Isidro: unos piensan dir ar campo á sudar camisas trabajando; otros quieen meterse á criaos de casa grande... Y yo les propongo á estas güenas personas que hagamos una partía: una partía como las que había endenantes. Allá no habrán visto eso nunca; cosa nueva. ¿Qué le paese?...

Y exponía su plan con entusiasmo.

—Una partía, y agarramos á un ricachón de allá y lo secuestramos; le peimos á la familia unos cuantos millones, con la amenaza de que le vamos

á cortá las orejas; nos dan los millones, nos los repartimos como güenos hermanos, y antes de seis meses estamos de güerta y ricos. Una partía que tendría mucho que ver. Usté, don Isidro, sería er capitán. (Aquí Maltrana saludó agradecido, excusándose con un gesto de modestia.) No; no se nos jaga er chiquito. Yo sé que tié usté lo suyo mu bien puesto... y crea que yo entiendo de esas cosas. Aemás, tié talento pa too, y yo soy hombre que res-peta la sabiduría... El *Morenito*, Antonio Díaz, un servior, sería er teniente, y toos estos mozos ya se despabilarían con tan güenos directores. ¿Eh? ¿qué le paese? ¿No es un verdaero negosio?

Isidro asintió con imperturbable gravedad. Sí; un buen negocio que valía la pena de ser estudiado detenidamente; la explotación de una nueva industria. Casi habría que pedir patente de invención, para evitar las imitaciones. Y los crédulos muchachos, que oían al *Morenito* en silencio porque estaban en el mar, lejos de toda posibilidad de acción, pero abominaban interiormente de estos planes que pugnaban con las preocupaciones de su honradez, mirábanse indecisos al ver que un señor como don Isidro no se escandalizaba.

—¿Lo oís, panolis?—exclamó el valentón—. Mirá cómo un cabayero que lo sabe too encuentra que mi idea es güena... Pero si es que os fartan riñones pa sacarle el dinero á un rico, poemas hacer la partía pa perseguir á los indios. Allá hay muchos, ¡muchos! En América atacan los ferrocarriles y las diligencias y hasta los tranvías en las afueras de las poblaciones; yo lo he visto muchas veses en los sinematógrafos. Y Buenos Aires está en América, y allí hasen farta hombres de resolución que les digan á esos gachós de color de chocolate con plumas en la cabeza: «Ea, se acabó; ya no molestáis ustedes más á la reunión, porque no nos da la gana.» Y los

cazamos como conejos, y el gobierno, agradesio, nos paga á tanto la cabeza, y en unos cuantos años nos jasemos ca uno con una fortunita pa golver á la tierra. No será uno rico tan aprisa como con el secuestro, pero argo es argo, y siempre es mejor que destripar terrones ó servirles er chocolate en la cama á los señores. ¿No le paese, don Isidro?

Y don Isidro aprobó otra vez. Una idea tan buena como la anterior; también habria que pedir privilegio de invención, para que el gobierno no permitiese matar indios mas que á la partida del señor Antonio el *Morenito*.

Admiraba los heroicos expedientes discurridos por este hombre para hacerse rico sin apelar á la vulgaridad del trabajo ordinario, reservado á los otros mortales. Y así permaneció Isidoro algún tiempo, escuchando los planes del aventurero desorientado que iba á América con cuatro siglos de retraso. La honradez en alarma de sus oyentes formulaba tímidas observaciones.

—Pero allá hay presidios—dijo uno—. Allá hay policías.

—No serán más bravos que los seviles y los carabineros de nuestra tierra—contestó el *Morenito* con arrogancia—. Yo sé lo que es eso... ¡Bah! ¡Me los como!

—Pero los indios no se dejarán zurrar así como así—arguyó otro—. Deben ser gente brava... gente salvaje.

—A esos—dijo el matón despectivamente—, á esos también me los como.

Se aproximó al grupo un nuevo oyente, saludando á Maltrana con fina sonrisa, en la que había algo de burla para el valentón.

—Aquí tenemos á don Juan—dijo Isidro—. Este no entra en nuestra partida: no es hombre que sirva para el caso.

—No señó, no entra—contestó el *Morenito*—. A don Juan, en sacale de sus librotes no sirve pa mardita la cosa... Mu güena persona, mu cabayero, pero no va á ganá en su vida dos pesetas.

Era alto y enjuto de carnes, con luengas barbas que á pesar de su juventud le daban un aspecto venerable. Hablaba con voz dulce y ademanes reposados, interpolando en sus palabras una risa discreta, que era el eterno acompañamiento de su conversación. Según Maltrana, este amigo respiraba optimismo y confianza en la vida, esparciendo en torno de su persona un ambiente de contento. Y sin embargo, vivía en el entrepuente, mezclado con el rebaño inmigrante, sin otras consideraciones que las que le concedían sus compañeros de viaje, cautivados por la dulzura de su carácter y la superioridad de educación. Sus trajes, viejos y raídos, eran de buen corte; se notaban en su persona los vestigios de una situación más próspera. En sus manos finas quedaba como recuerdo familiar una antigua sortija, salvada de los apremios de la pobreza.

El curioso Maltrana conocía algo de su vida. Juan Castillo era un agrónomo que había intentado en las tierras de panllevar heredadas de sus padres la realización de todos los adelantos aprendidos en una gran escuela de Bélgica; ensueños de poeta agrícola realizados con el ímpetu de una voluntad entusiástica y crédula. La usura le había proporcionado un pequeño capital para su empresa, y luego de batallar algunos años con la rutina de los campesinos, de habituarlos á vivir en paz con las máquinas y de extraer de las profundidades del subsuelo las venas líquidas para esparcirlas en redes de irrigación, cuando la tierra empezaba á responder á estos esfuerzos con sus primeros productos, los acreedores habían caído sobre él, ejecutándolo con glacial ferocidad.

—Conozco el procedimiento—había dicho Maltrana al oírle por vez primera—. Es el mismo de las tribus antropófagas. Le dieron á usted alimento, le dejaron tranquilo para que echase carnes, y cuando estuvo á punto, ¡zas! el degüello y banquete canibalesco.

Huía de la ruina, perdida la herencia de sus padres, perdido el crédito, deshonorado por deudas á las que daban sus acreedores un carácter delictuoso; todo ello por querer innovar con arreglo á sus estudios una agricultura estacionaria, casi igual á la de los primeros tiempos de la humanidad. Y en su fuga había mirado al Sur, como todos los que navegaban en aquella cáscara de acero, presintiendo más allá del círculo oceánico renovado diariamente una tierra remozadora de existencias, donde las vidas destrozadas se contraían virginalmente lo mismo que capullos para empezar el curso de una nueva evolución. La esperanza le había rozado también con su aleteo ilusorio. Casi celebraba esta ruina que le había desarraigado de la tierra paterna. ¿Quién podía saber lo que le esperaba al otro lado del Océano?...

Abandonando el grupo del *Morenito*, avanzaron hacia la proa Maltrana y Castillo. Una voz quejumbrosa les hizo detenerse.

—¡Don Isidro!... ¡Buenas tardes, don Isidro y la compañía!

Un hombre sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la borda, avanzaba su rostro pálido entre los pliegues de una manta.

—¿Eres tú, enfermo?—dijo Maltrana—. ¿Cómo va ese ánimo?

Con voz doliente murmuró una queja interminable contra el mar. Desde su entrada en el buque, la salud parecía haber huído de su cuerpo. Otros cantaban á todas horas, como si el aire salino y la

inmensidad azul les diesen nuevas fuerzas, excitando su apetito. El se había embarcado sintiéndose fuerte, y de pronto todas sus energías le abandonaban.

—Estoy muy enfermo, don Isidro. Ayer aún pude subir solo á la cubierta; hoy han tenido que empujarme escalera arriba unos amigos. Debo estar blanco como un papel, ¿verdad, señor?... No tengo fuerzas para andar, ni deseos de comer. Esto no marcha... Los demás se quejan de calor; dicen que cada vez pica más el sol, y yo tiemblo si me quito la manta... Y lo que me da más rabia es que el médico, don Carmelo el oficial y otros me miran como si les hubiese engañado, y dicen que si llegan á saber esto no me dejan embarcar, porque allá en Buenos Aires no quieren enfermos... Pero señor, ¡si yo me embarqué sano y bueno! ¡si es este maldito mar que no me prueba!...

Creyendo ver en Maltrana el mismo gesto de duda de los empleados del buque, se apresuró á añadir:

—Yo he sido un roble, don Isidro. Reumatismos nada más, según decía el médico de mi pueblo, por haber dormido al raso en el campo muchas noches. Pero fuera de esto... nada. Lo juro por mi nombre: Pachín Muiños. Y ahora, de pronto, me veo hecho un trapo, y me ahogo, señor, las piernas no pueden tenerme y me faltan fuerzas para ir de un rincón á otro. ¡Qué ganas tengo de salir de aquí!... Estoy seguro de que apenas salte á tierra seré otro, volveré á sentirme fuerte como en mi pueblo... Diga, señor: ¿cuándo llegamos á Buenos Aires?

Hacia la pregunta ávidamente; se incorporaba para mirar más allá de la borda. Al esparcir su vista por la inmensidad, esperaba encontrar en el horizonte el negro perfil de la tierra ansiada.

—¿Tardaremos dos días?—siguió preguntando.

—Más, un poquito más—dijo Maltrana suavemente para engañar su impaciencia.

—¿Como cuántos más?—continuó con tenacidad el enfermo.

Y al adivinar en las palabras evasivas de Maltrana que aún quedaban muchos días de viaje, el pobre Muiños volvió á sumirse en la desesperación... ¡Buenos Aires! Deseaba llegar cuanto antes al término del viaje, y repetía el nombre de la ciudad, como si encontrara en él un poder milagroso igual al de las antiguas palabras cabalísticas.

Isidro, luego de consolarle con engañosas afirmaciones, asegurando que antes de una semana verían la tierra ansiada, retrocedió con Castillo hacia la reja de salida.

—¡La esperanza!—dijo con tristeza—. Ese pobre está muy enfermo, le faltan fuerzas para tenerse en pie, y se traslada, sin embargo, de un hemisferio á otro en busca de salud y dinero. ¡Qué de ensueños van en este cascarón con todos nosotros!...

—¡Y si fuese solo!—contestó Castillo—. Pero le acompañan su mujer y tres hijos.

La ilusión de la salud le había hecho desarraigarse de su pueblo. Allá en Galicia no podía trabajar una semana entera sin que el esfuerzo atrajese la enfermedad. La imagen de América había pasado por su miseria como un resplandor de esperanza. En aquella tierra de fortuna, donde todos se transformaban, él sería otro hombre. Y repuesto por unos meses de descanso y holgura, á causa de haber vendido su casucho y unas vacas, Muiños entró en el buque con un aspecto engañador de hombre sano. El ambiente del mar y la vida de á bordo habían sido fatales para él: cada día transcurrido marcaba un descenso de su salud.

—Lo que él cree reumatismo—añadió Castillo—es, según el médico del buque, una insuficiencia

cardíaca, que empieza á complicarse con una bronquitis alarmante. ¡A saber en lo que parará! La mujer y los chicos, acostumbrados á sus enfermedades, no se fijan en él. Ella comadrea con las otras mujeres, y los muchachos juegan ó aguardan con impaciencia la hora del rancho. Y el pobre Muiños, cuando se ahoga en el entrepuente, sube á la cubierta envuelto en su abrigo para tenderse al sol, y pregunta cuántos días faltan para llegar, cuando aún estamos al principio del viaje... Inútil decirle la verdad. Su ilusión, que se ha concentrado en Buenos Aires, le hace olvidar el tiempo y la distancia. Cree que le engañan cuando le dicen que aún faltan muchos días. Al avistar Tenerife preguntó con emoción si ya estábamos en Buenos Aires. Mañana, al ver de lejos las islas de Cabo Verde, volverá á creer que hemos llegado... ¡Infeliz! De todos los que vamos en el buque es el que más piensa en Buenos Aires, y bien podría ocurrir que fuese el único que no llegará á verlo.

Maltrana se despidió de Castillo junto á la verja divisoria de clases, frontera inviolable que partía en dos Estados diversos el microcosmos flotante.

Arriba, en la cubierta de paseo, encontró á Fernando junto á una de las ventanas del salón que daban luz á la plataforma interior, ocupada por el piano.

Quiso hablarle Isidro, pero su amigo se llevó un dedo á los labios imponiendo silencio. Miró entonces por la ventana y vió á una mujer sentada al piano. Llegó á sus oídos al mismo tiempo una música en sordina y el susurro de un canto á media voz.

—Es de *Tristán*—murmuró quedamente Ojeda en su oído—. El lamento desesperado de Iseo.

Los dos permanecieron en silencio á ambos lados de la ventana, escuchando el canto que venía

del interior con lejanías de ensueño. Maltrana, menos sensible á la emoción musical, examinaba de espaldas á esta mujer, fijándose en su nuca blanca, ligeramente ensombrecida como el marfil antiguo. El casco de su cabellera tenía junto á las raíces un dorado tierno, que iba coloreándose hasta tomar en la superficie el tono rojizo del cobre fregoteado. Su cuello se inclinaba hacia delante con una esbeltez anémica, una fragilidad que marcaba bajo la piel los tendones y arterias, dilatados por la tenue emisión de la voz.

De pronto, la cara invisible se volvió hacia ellos, como si acabase de notar su presencia. Vieron unos ojos cuyas pupilas de color de ceniza estaban dilatadas por la sorpresa; un rostro de palidez verdosa, algo descarnado, que se coloreó instantáneamente con un acceso de rubor. Parecía asustada de que alguien pudiese oírla. Con un gesto de timidez y contrariedad cerró el instrumento, púsose de pie y marchó hacia la puerta del salón para huir de los dos importunos.

Ojeda la siguió con la vista. Era alta, y su enfermiza delgadez estaba disimulada en parte por lo recio del esqueleto. Las caderas marcaban su ósea firmeza bajo una falda de dril claro. La cabellera amontonada con gracioso descuido, los zapatos blancos algo usados, la blusa modesta de confección casera, la falta total de alhajas, daban á su figura un aspecto de pobreza sufrida animosamente, de incertidumbre bohemia sobrellevada con resignación.

—Usted que conoce aquí á todo el mundo—preguntó Ojeda—: ¿quién es?

—Hace rato que lo sabría usted si me hubiese dejado hablar... Es la mujer del director de orquesta de la compañía de opereta: un rubio de cara granujenta, que se pasa día y noche en el café tomando

bocks con los de su tropa. Buen colador; hay veces que los redondeles de fieltro se amontonan en su mesa como una columna... Y cuando no toma cerveza, admite *whisky* ó lo que caiga. No tiene otra ocupación en el buque que empinar el codo.

—Es una mujer interesante—murmuró Ojeda—. ¡Y tan tímida!...

Aguardaba todas las tardes á que el salón quedase desierto. Descendían las familias á sus camarotes para dormir la siesta; otros pasajeros se acostaban en las sillas largas del paseo; sólo permanecían algunos en el jardín de invierno. Entonces, casi de puntillas, iba hacia el piano, y apenas colocaba los dedos en el teclado, parecía olvidar su timidez, aislándose del mundo exterior, con los ojos vagos y sin luz, como si su mirada se concentrase interiormente y su canto fuese un débil escape, un lejano eco de otra música de recuerdos que sonaba dentro de ella.

Al verla Fernando en el piano, había sentido curiosidad por conocer su música. ¡Tal vez una romanza dulzona y sensiblera de opereta!... Y aún le duraba la sorpresa que había experimentado al escuchar las grandiosas frases del dolor de Iseo.

—Debe tener una voz magnífica, ¿no lo cree usted, Isidro?... Quisiera ser su amigo... Usted debe conocerla.

Maltrana se excusó, algo contrariado de que por esta vez no le fuese posible alardear de una amistad. Apenas se había fijado en ella: ¡pchs! ¡la mujer de aquel borrachín director de orquesta!... Era algo arisca; huía de la gente; apenas se trataba con las otras damas de la compañía. Vivía para su hijo, un pequeñín de cabeza enorme, siempre agarrado de su mano. A los saludos de Maltrana respondía siempre con una inclinación de cabeza y un manifiesto deseo de huir. Además, como mujer no valía gran

cosa: parecía enferma. La primera vez que se fijó en ella fué por las burlas de unas niñas elegantes que comentaban su palidez verdosa: «Ahí va esa de la opereta. Se le ha reventado la hiel y la tiene reuelta por todo el cuerpo.»

—Pero esto no importa, Ojeda; ya que la señora le interesa por lo del canto wagneriano, yo se la presentaré. Conozco algo al marido; hemos bebido juntos. El se llama Hans... Hans Eichelbelger, eso es; el maestro Hans. Y ella... aguarde usted, ella se llama Mina. Ahora recuerdo que el marido la llama así, y según me dijo, es un diminutivo de Guillermina. El maestro habla algo el español: ha andado por la Argentina y Chile en otras correrías musicales. Ella creo que muy poco.

Avanzaron los dos amigos hacia la popa, deteniéndose en la baranda cercana al café, sobre la cubierta de los de tercera clase. Habían levantado los marineros una parte del toldo y se veía abajo el rebullir de la emigración septentrional, gentes melendadas que á pesar del calor conservaban sus abrigos de pieles. Sonaba el gangueo de un acordeón con el apresurado ritmo de la danza rusa. Una muchacha de falda corta, botas polonesas y pañuelo verde, por cuya punta asomaba una trenza de pelos rojos, daba vueltas al compás de la música. En torno de ella, un mocetón de camisa purpúrea danzaba de rodillas ó se sostenía en portentoso equilibrio con las piernas casi horizontales y las posaderas junto al suelo. Los gritos y palmadas de los otros rusos acompañaban estas agilidades de loca danza gimnástica. Los judíos polacos y galitzianos, envueltos en sus hopalandas de carácter sacerdotal, contemplaban el espectáculo rascándose las barbas luengas, contrayendo los matorrales de sus cejas casi unidas.

—¡Las gentes que venimos aquí!—dijo Fernan-

do—. ¡Y pensar que es el nombre de una ciudad desconocida, el vago prestigio de una tierra lejana, lo que nos ha juntado á personas de tan diverso nacimiento!...

—Veintiocho pueblos, según afirma don Carmelo el de la comisaría, venimos en el buque; y lo mismo ocurre en otros trasatlánticos. ¿No es verdad, Ojeda, que esto se parece al avance en masa de los pueblos de Europa cuando las Cruzadas?... Hace poco, me acordaba yo, abajo, de las muchedumbres que siguieron á Pedro el Ermitaño. Marchaban enfermas, desfallecidas de hambre, y cada vez que avistaban una pequeña ciudad prorrumpían en alaridos de gozo: «¡Jerusalén! ¡Es Jerusalén!» Y estaban aún en el centro de Europa: en Alemania ó en Hungría. Abajo, en la proa, tiene usted á un heredero de aquellos héroes de la esperanza. Va enfermo de cuidado, es posible que no llegue al término del viaje, y cada vez que vemos una isla, una costa, se galvaniza y pregunta si es Buenos Aires.

—La humanidad vive de ilusión, Maltrana. Necesitamos poner nuestro deseo lejos, en tierras desconocidas, pues la distancia borra la duda y da certeza á lo más inverosímil. Para los europeos, el lugar de maravillas fué Bagdad, la de *Las mil noches y una noche*; en cambio, en mis viajes por Oriente, he visto á judíos y mahometanos suponer tesoros y magias en la antigua Toledo. Cuando los poetas del Sur imaginan algo prodigioso, sitúan el escenario en las fortalezas del Rin ó los furdos escandinavos. Al soñar Wágner el castillo de Monsalvat, coloca la mansión del Santo Graal en los Pirineos españoles y da un palacio árabe á Klingsor el encantador. El ambiente que nos rodea es demasiado real para que podamos cultivar en él nuestras ilusiones.

—Así es, Fernando. Pero la esperanza humana,

que en otras épocas fué puramente mística y por eso tal vez miraba á Oriente, es ahora positiva, cifra sus anhelos en el bienestar material, y se dirige hacia Occidente. Todos queremos ser ricos, necesitamos serlo, y esta esperanza comunica á las tierras lejanas el prestigio de la ilusión. Hace siglos, la gente de empuje iba al Perú; ayer soñaba la humanidad con los tesoros de California, y allá corrían en masa los hombres de aventura; hoy empieza á mezclarse con el esplendor de los Estados Unidos la irradiación que surge de una nueva ciudad-esperanza: Buenos Aires.

—Mañana—interrumpió Ojeda—, los peregrinos de la riqueza, torciendo su camino, se derramarán por las islas de la Oceanía, y tal vez la Jerusalén del porvenir estará dentro de millares de años en algún lugar del Pacífico donde en este momento colean los tiburones y se hinchan y deshinchán las olas solitarias.

El deseo humano colocaría la ciudad de la esperanza sobre alguna tierra sacada del fondo de las aguas por una convulsión del planeta; tal vez sobre atolones que los infusorios madreporicos estaban petrificando en aquel momento con lenta y paciente labor multimilenaria... Nunca faltaría en el globo un lugar que atrajese á los hombres inquietos y enérgicos, descontentos con su destino, ansiosos de cambiar de postura.

—Cada vez será más grande esta peregrinación—dijo Maltrana—. Sentimos la imperiosa necesidad del dinero como no la sintieron nuestros abuelos; y los que vengan detrás la experimentarán con mayor ímpetu que nosotros. Yo deseo ser rico: no tengo rubor en confesarlo; es lo único que me preocupa. Necesito saber qué es eso de la riqueza, y á conseguirlo voy... sea como sea. ¿Y usted, Fernando?...

Sonrió éste levemente. También quería ser rico, y su deseo imperioso le había desarraigado del viejo mundo, lanzándolo en plena aventura, como los miserables que se aglomeraban en los sollados de la emigración. Necesitaba una gran fortuna para creerse feliz. Y sin embargo... ¡quién sabe! la riqueza no es la dicha, no lo ha sido nunca; cuando más, puede aceptarse como un medio para afirmarla... Tal vez ni aun esto era cierto. Recordaba la wagneriana leyenda del anillo del Nibelungo, el milagroso oro del Rhin, símbolo del poder mundial. Quien lo poseía era señor del universo, dueño absoluto de todas las riquezas; pero para conquistarlo había que maldecir el amor, renunciar á él eternamente.

—Y el amor, Maltrana, y otros sentimientos, valen más que un tesoro. Yo soy pobre y marchó en busca del dinero porque veo en él una garantía de seguridad y de reposo para ocuparme tranquilamente en otras empresas de mi gusto. Pero si alguien me hiciese ver que la riqueza debía pagarla con la renuncia del amor, le juro que saltaba á tierra en el primer puerto para volverme á Europa.

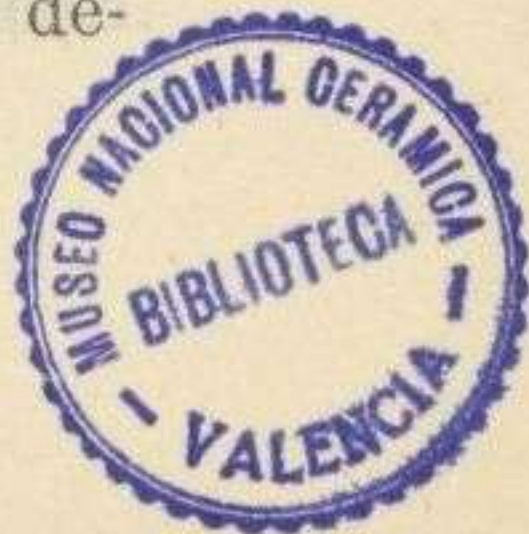
Isidro levantó los hombros desdeñosamente. ¡Fantasías de artista! ¡Cavilaciones de poeta! ¿Qué tenían que ver el amor y la riqueza para que los colocasen juntos, como antitéticos é inconfundibles?... El quería ser rico por serlo, por conocer las dulzuras del más irresistible de los poderes, las satisfacciones orgullosas y egoístas que proporciona la llamada «potencia de dominación». Y si para ello había de renunciar á las gratas tonterías del amor y á otros sentimientos que el mundo considera con un respeto tradicional, pronto estaba al sacrificio. Le irritaba el menosprecio con que durante siglos y siglos religiones y pueblos habían tratado á la riqueza, como si ésta fuese algo diabólico y vil, in-

compatible con la elevación de alma y la nobleza de la vida.

—Usted dice que es pobre, Fernando, y otros como usted lo dicen igualmente. Todo el que no es millonario se cree en la pobreza, y habla de ella como de algo agradable y hermoso que debe proporcionarle una aureola de simpatía. No; usted no ha sido pobre jamás, ni sabe lo que es eso. Usted necesita ser rico, conforme; pero no tiene una idea de lo que es la miseria. Le habrán hecho falta miles de duros, pero jamás al llevarse una mano al bolsillo ha dejado de sentir el contacto de las rodajas de plata... Pobre lo he sido yo, lo soy aún, lo he sido toda mi vida. Y como he visto de cerca la verdadera pobreza, fea y calva como la muerte, la detesto, y deseo que no me siga tenazmente, como hasta ahora, fuera del alcance de mi odio. Quiero que algún día se me aproxime, se coloque á mi lado, para acogerla, para romperle á puñetazos los costillares, para convertir en polvo el andamiaje de su esqueleto.

Comenzó á reir Fernando con estas palabras, pero se contuvo al notar la sincera vehemencia con que hablaba Isidro y el vaho de lágrimas que empañaba sus ojos repentinamente.

—Yo sé mejor que nadie lo que es la pobreza, y por eso me irrito cuando en España y otros países que llaman, no sé por qué, «caballerescos» é «idealistas», oigo decir á las gentes con orgullo: «Yo que soy pobre, pero muy honrado.» Y tal prestigio debe tener la frase, que muchos que no son pobres se jactan de serlo, como si esto fuese un testimonio de honradez... ¡Mentira! Ningún pobre puede considerarse honrado, ya que la pobreza es una deshonra, un certificado de incapacidad. Ciertamente habrá siempre pobres, como hay en el mundo feos, contrahechos ó imbéciles. Pero el que tiene un de-



fecto físico ó intelectual no hace gala de él, antes procura remediarlo; y el pobre que se resigna con su suerte y no busca hacerse rico, sea como sea, á las buenas ó las malas, es un cobarde ó un inútil, y no puede convertir su vileza en un mérito.

Ojeda acogió con aspavientos de cómico terror estas palabras.

—Repita usted, Isidro, tales cosas á los de tercera clase, y seguramente que no llegamos á Buenos Aires. Se van á sublevar, á hacerse dueños del buque.

Pero Maltrana, dominado por su emoción, no le escuchaba y siguió hablando:

—¡La miseria!... Sé lo que es, y quiero evitar que la conozcan aquellos que yo amo. Usted, Fernando, ignora mi vida (1). Tal vez le hayan dicho que una parte de ella anda por ahí en relatos novelescos... Pero la verdad es siempre más cruda, más intragable que los pequeños trozos realistas de los libros, aderezados con salsas de fantasía... La mujer que me trajo al mundo pereció como un animal, cansada de trabajar. Un pobre hombre que me servía de padre murió asesinado, por la imprevisión de unos contratistas, en una catástrofe del trabajo, y su cadáver fué bandera revolucionaria para otros tan desdichados como él. Yo he comido las bazofias que comen los perros. Mis nobles ascendientes eran traperos y se mantenían con las sobras de las cocinas de Madrid. He crecido sabiendo con qué punzadas y retortijones avisa el estómago el dolor de su vacío... He sufrido privaciones y vergüenzas, hasta que un día...

Calló un momento. Temblaba su voz, súbitamente enronquecida. Se llevó una mano á los ojos como si le molestase la luz.

(1) Véase *La Horda*.

—Un día, cuando fui hombre, una infeliz me escuchó: una compañera de miseria, ansiosa de ideal á su modo. La pobre creía encontrarlo en mí, señorito hambriento que hablaba de cosas que ella no podía entender. Mi vida floreció por vez primera; conocí la alegría, la verdadera alegría, durante unos meses; luego, el idilio acabó en el hospital. Y aquel cuerpo gracioso, cuerpo de pobre, en el que luchaba la juventud con un raquitismo hereditario, bajó á la tierra despedazado: lo hicieron cuartos, como una res de matadero, sobre el mármol de la sala de disección... Usted, Ojeda, debe amar á alguien como amé yo. Todos encontramos una posada de amor en el camino de la vida: hasta los más infelices. Imagínese el cuerpo que usted adora, con el orgullo de la posesión, desnudo sobre una mesa; las blancas intimidades, sólo por usted conocidas, expuestas ante la insolencia juvenil; la epidermis arrancada de los músculos como el forro de un libro; las manos pasando de mesa en mesa; los pechos, como unas piltrafas, nadando en un cubo; la cabeza á un lado, las piernas á otro... ¡No puedo, no puedo pensarlo! Es un recuerdo que me amarga muchas noches... Pero ¿por qué hablo de esto?

Frunció Ojeda el ceño, emocionado por las palabras de Maltrana. Hacía mal en acordarse del pasado; era mejor ir adelante sin volver la cabeza.

—Así terminó nuestro amor—dijo Isidro después de larga pausa, levantando la frente de entre las manos—. Así terminó, porque éramos pobres... Me quedó un hijo, y la primera vez que lo tuve entre mis brazos, en una casucha de las afueras de Madrid, creí nacer de nuevo, pero más fuerte, con una voluntad que nunca había sospechado... El pobre rollo de manteca, con sus ojitos como dos punzadas, me hizo sentir la impresión de una fuerza misteriosa que me insensibilizaba interiormente.

Desde entonces estoy fabricado con algo muy duro: soy de acero, soy de bronce. «Sólo puedes contar conmigo, pobrecito—le dije al pequeño—. No tienes á nadie más en el mundo, pero yo trabajaré por ti, yo te defenderé.» Fui tímido y flojo para defender á la madre; pero el chiquitín me dió una fiereza de tigre... Esta segunda parte de mi vida la conoce usted mejor que la otra. No es ningún secreto. «Isidro Maltrana: un canallita simpático, un sinvergüenza que conoce la manera de vivir...»

Ojeda intentó protestar.

—No mueva la cabeza, Fernando; no diga que no, por amabilidad: déjeme la gloria de mi mala fama, que es muy justa y me enorgullece. Pensé en ser ladrón, pues contaba con buenas relaciones para emprender la carrera; pero soy cobarde; tampoco podía alquilar mis brazos como matachín, porque son débiles. Pero alquilé mi pluma y mi bilis, y tal fué mi desvergüenza, que hasta tengo admiradores. He fabricado libros para que los firmasen graves personajes y estudios laudatorios de esos mismos autores, sobre cuyas nobles cabezas escupiría de buena gana. He insultado á hombres que respeto y admiro, amontonando contra ellos infamias y mentiras, cuando de seguir mis deseos, me hubiese arrodillado para implorar su perdón. He recibido golpes y me los he guardado tranquilamente cuando el ofendido era más fuerte que yo. Otras veces, acorralado como un gato que no encuentra salida, he hecho el papel de tigre, batiéndome como un caballero de la Tabla Redonda en defensa de cosas que no me interesaban. He vivido en la cárcel por artículos de periódicos que no tuve la curiosidad de leer. Cuando había que atajar alguna opinión justa con una nota insolente y discordante, Maltranita se encargaba de ello, siempre «por cuanto vos contribuisteis». ¿Qué no he hecho yo

para ganar dinero?... Hasta me he prestado á ser intermediario en los amores secretos de ciertos personajes y he servido de honorable acompañante á sus queridas... No se asombre, Ojeda; convéngase de que lleva por compañero á uno de los canallas más notables que ha tenido Madrid.

A pesar del tono de esta afirmación, que hizo sonreír otra vez á Fernando, el bohemio continuó, con gesto fosco y ojos enternecidos:

—Y no crea que me arrepiento de mi pasado. Desconozco el rubor y la vergüenza: son lujos que sólo pueden permitirse los felices... Cada vez que cometí una mala acción, me bastó para olvidarla hacer una visita al colegio de ricos donde se educa mi Feliciano gracias á los esfuerzos de su padre, tan nobles y tan heroicos como los de cualquier duque antiguo que salía lanza en mano á robar en las encrucijadas. Mi hijo me cree un gran personaje porque ve que mi nombre figura en los periódicos; sus maestros no me admiran menos y permiten que algunas veces me retrase en el pago de mis obligaciones. Soy para ellos un señor de cierto poder, que trata familiarmente á los ministros y pasea todas las tardes por los pasillos del Congreso. Y esta devoción de mi hijo y sus allegados me compensa de todas mis vilezas: hasta de las numerosas bofetadas que llevo recibidas por mis atrevimientos... Yo quiero que mi Feliciano, el hijo del bohemio y de la gorrera despedazada en el hospital, sea rico, muy rico; y por esto, sólo por esto, me he alistado en la cruzada al Nuevo Mundo. En mí se han contraído y achicado todos los afectos, para dejar espacio únicamente al de la paternidad, que me ocupa por entero... Usted, Fernando, no sabe lo que es el sentimiento paternal y hasta dónde llega su santa ferocidad. «Perezca el mundo y sálvese la carne de mi carne.»

—No tanto—dijo Ojeda—; no exagere usted.

—Sí: «Robemos á los hijos de los demás para que nuestro hijo sea rico...» Y yo soy un padre. Sé bien que la tan alabada paternidad no pasa de ser un sentimiento egoísta, como el amor, como el patriotismo, como tantas ideas respetables é indiscutibles que traen revuelto al mundo... La vida entera no es en realidad otra cosa que una urdimbre de egoísmos, pero yo carezco de fuerzas para reformarla. Voy á trabajar por el pequeño, y en nombre de mis sacrosantas ternuras de padre de familia, reventaré si me es posible á otros padres de familia que se me pongan por delante, dispuestos como yo á toda clase de porquerías para asegurar el bienestar de su prole. Quiero hacer rico á mi hijo... ¡y caiga el que caiga!

—Cuando llegue usted á enriquecerse—interrumpió Ojeda—, es muy probable que su hijo sea como los hijos de casi todos los ricos: un ser inútil para la sociedad, un ente de lujo que gaste sin tino lo que el padre amontonó en fuerza de sacrificios.

—Lo he pensado muchas veces; ¿y qué?... Yo tengo tanto derecho como cualquier burgués á producir un hijo inservible y decorativo. No todo en el mundo debe ser útil. Es una satisfacción para el egoísmo paternal haberse matado trabajando en un extremo del mundo para que el hijo vaya al otro hemisferio á mantener cocotas de precio y sostener el juego en los clubs elegantes. Un orgullo tan legítimo como el de los criadores de caballos de carreras, hermosos é inútiles, que no sirven para arar un campo ni pueden tirar de un carretón, pero corren y corren sin objeto entre los entusiasmos epilépticos de la multitud... Además, Fernando, amo el dinero por ser dinero, con un respeto casi religioso. Yo, que no he creído en nada, creo en su majestad irresistible, en su poder benéfico, que revoluciona nuestra existencia, haciéndola más có-

moda y fácil... El dinero es también poesía, una poesía sobria, enérgica, intensa, más humana y conmovedora que la insincera y manida que ustedes vienen repitiendo hace siglos en sus versos.

Esta afirmación provocó en Ojeda una risa franca.

—A ver, siga usted: eso me interesa; suelte su bagaje de paradojas. Es divertido, y le hará olvidar el recuerdo de sus tristezas pasadas.

Pero Maltrana, insensible al regocijo de su amigo, siguió hablando. Un movimiento universal, semejante al nacimiento de una religión poderosa, se estaba apoderando de los destinos del mundo. Pero muy pocos se daban cuenta de este suceso, que iba á abrir en la Historia una era nueva.

—Siempre ha ocurrido así. Los hombres tardan siglos en conocer las fuerzas recientes que los mueven; han de transcurrir varias generaciones para que un día lleguen á enterarse de que son completamente distintos de como fueron sus abuelos... Si resucitase un romano de los dos primeros siglos de nuestra era y le preguntásemos qué se hablaba en su tiempo de los cristianos, nos miraría con extrañeza. Nada sabría de ellos; su época fijaba la atención en otros asuntos más importantes. Y sin embargo, bajo de sus pies, en la sombra, latía una fuerza ignorada por él, que iba á transformar el mundo... Desde hace ochenta años ha venido á la tierra un nuevo dios: el dinero. Y ese dios tiene sus apóstoles: el centenar de grandes millonarios y capitanes de industria esparcidos por el mundo, ministros de un poder misterioso, que permanecen en la sombra, como si la grandeza de su misión les impusiese el incógnito; hombres cuyos apellidos conoce la tierra entera, igual que los de los reyes, pero á los cuales muy pocos han visto en persona, pues rehuyen la publicidad.

Ojeda escuchaba con interés creciente estas palabras de su amigo.

—Los Césares modernos los visitan á bordo de sus yates y los sientan á sus mesas; poco falta para que los emperadores, al escribirles, les llamen «querido primo», como es de uso entre testas coronadas. Se necesita ser ciego para no ver el poderío de estos monarcas mundiales, cuyos abuelos fueron leñadores, barqueros ó miseros prestamistas. Antes, los conductores de pueblos hacían la guerra á su capricho ó por desavenencias de familia, siempre que les daba la gana. Ahora disponen de más soldados que nunca, de prodigiosas herramientas de destrucción, y sin embargo se mantienen en forzado quietismo, armados hasta los dientes. Para tirar de la espada tienen que consultar antes á estos nuevos «primos» de la mano izquierda, cuyo auxilio les es indispensable. «No nos conviene la operación», dicen los apóstoles modernos en el misterio de su retiro bancario, donde fraguan los dramas mundiales. Y la espada tiene que volver á su vaina, ó cuando más, se emplea en alguna expedición colonial, apaleando negros ó amarillos, todo para mayor gloria del dios que somete de este modo nuevos pueblos á su culto...

Continuó Maltrana ensalzando la grandeza de estos magos modernos del capitalismo.

La actividad de los hombres corría canalizada sobre la costra del globo en el punto que se dignaban señalar ellos con un dedo. Soberanos de miles y miles de kilómetros de vías férreas ó de flotas como jamás las tuvo Imperio alguno, les bastaba una orden telefónica para cambiar el curso del progreso humano. Islas del Pacífico en las que hace cincuenta años los naturales asaban todavía para su consumo la carne humana, habían realizado en tan corto lapso de tiempo una evolución de siglos y

hasta ensayaban el régimen socialista. Un país desierto lo transformaban en un lustro. Hacían surgir ciudades con paseos, estatuas y tranvías eléctricos, sobre una tierra habitada poco antes por avestruces. Les bastaba para realizar este milagro con tender una línea de ferrocarril. Costas inhospitatorias y desiertas brillaban de pronto con los focos eléctricos de sus puertos. Establecían una nueva línea de navegación, y el gran rebaño emigrante, los aventureros inquietos que todo lo transforman, llegaban hasta donde era la voluntad de los taumaturgos ocultos en la sombra...

Miró Isidro la multitud que bailaba abajo, en la explanada de popa, y añadió:

—Nosotros mismos vamos adonde vamos porque los apóstoles de la nueva religión nos han abierto un camino y nos empujan por él sin que nos demos cuenta... Usted que es poeta, acuérdesese, Ojeda, de lo que dió la vieja España á estos países americanos... Les dió el conquistador, un héroe grande como los de la *Iliada*, un superhombre, que en menos de un siglo exploró medio globo, labrando su vivienda en las alturas andinas á cuatro mil metros, junto á los nidos de los cóndores, ó en valles ecuatoriales que son ollas de fuego. El engendró los actuales pueblos de América, legándoles una predisposición al heroísmo y un alto concepto del honor. Dió también el sacerdote, el misionero, que con la difusión del cristianismo fué dulcificando las costumbres y suprimió una idolatría que necesitaba de sacrificios humanos... ¡Qué regalo tan hermoso para ser cantado por los poetas! ¡La espada y la cruz, el heroísmo y la piedad!... Y sin embargo, los pueblos hispanoamericanos dormitan en la época colonial, produciendo lo estrictamente necesario para su mantenimiento, y luego de su independencia dormitan igualmente bajo el pie de valerosos

déspotas que reemplazan con una tiranía inmediata y tangible la mansurrona y perezosa de la metrópoli. Y todo sigue así, hasta que aparece el nuevo dios... El dinero, el vil dinero, maldecido por los poetas, arriba á sus costas, y entonces únicamente es cuando se transforma todo en unas docenas de años.

La locomotora avanzaba sobre el suelo virgen antes que el arado; las estaciones surgían en el desierto como postes indicadores de futuros pueblos; el buque de vapor estaba pronto en la rada para llevarse el sobrante de las cosechas á otro lugar del planeta; el exiguo mercado consumidor tímido y mísero se agrandaba hasta ser un productor gigantesco; los grupitos de emigrantes que cada dos meses llegaban en un bergantín, como gota suelta de vida, eran reemplazados por pueblos enteros que volcaban los trasatlánticos diariamente en la tierra nueva...

—Y toda esa revolución—continuó Maltrana—la han hecho y la siguen haciendo los apóstoles misteriosos de mi dios; esos magos que se ocultan en un despacho austero de la City de Londres, en un piso vigésimo de Nueva York ó en cualquiera avenida elegante de París ó Berlín.

—¡El dinero!—exclamó Ojeda con despectiva expresión—. El dinero no es mas que un medio, y ha existido siempre. La actividad humana, el progreso de la ciencia, el afán de bienestar, son los que han realizado juntos esas transformaciones maravillosas. Precisamente, esa América colonial y dormitante de la que usted habla fué una gran productora de dinero. Acuérdesese del Potosí y otras minas célebres que cargaron los galeones españoles de barras preciosas durante siglos. ¿Y de qué nos sirvió tanto dinero?... Fué nuestra muerte.

Maltrana protestó: su dinero no era ese. El hablaba del dinero moderno, del dinero animado por la vida, alado é inteligente, incapaz de sufrir en-

cierro alguno, dando sin cesar la vuelta á la tierra, penetrando en todas partes en forma de papel, irresistible y triunfador bajo el misterio de los caracteres impresos, lo mismo que el pensamiento humano.

Este dinero omnipotente aún no contaba un siglo de existencia. Su vida no iba más allá de la de un hombre octogenario. Cierto era que había existido siempre; pero antes del avatar victorioso que le hizo señor del mundo, su vida se arrastraba vergonzosa entre desprecios y vilezas. Pluto era un dios sombrío y cobarde, amarillo y macilento como el oro enterrado. Las religiones lo emparentaban con el diablo, viendo en la riqueza una tentación. El hombre perfecto era en todos los pueblos el asceta roído por la miseria, insensible á las grandezas terrenales. Multiplicar el oro se tenía por empresa de mercaderes, relegados á las últimas capas de la sociedad. La manera noble de conquistarlo era lanza en ristre en medio de un camino, desvalijando á las caravanas, ó entrando á saco en las ciudades tomadas por asalto. El precioso metal, buscado en secreto y despreciado en público, no tenía otro empleo que el préstamo y la usura, atrayendo crímenes y maldiciones.

Ocultábase en escondrijos subterráneos, temeroso de la luz, como los réprobos de una religión vergonzosa. Era pesado y voluminoso en el encierro de sus bolsas, y no podía moverse más allá del grupo urbano donde lo había amasado el ahorro. Los que se dedicaban á su manejo parecían afligidos de una enfermedad moral: amarilleaban con la zozobra, temblando á cada paso, como si el aire se poblase de enemigos. Las muchedumbres famélicas creían remediar sus males entrando á degüello en las «juderías», en los barrios poblados por los sordidos devotos del dios amarillo; los grandes seño-

res, en sus apuros monetarios, ahorcaban á los negociantes para reunir fondos. Y al dulcificarse las costumbres, no por esto llegaba á borrarse el estigma con que estaban marcados los sacerdotes del oro. Se les adulaba en momentos de angustia, y se les repelía luego con el pie en nombre de la caballeridad y la nobleza de alma.

—Pero un día, el aprovechamiento del vapor cambió la faz del mundo. Casi ha sido en nuestra época: hemos conocido personas que presenciaron esta gran revolución, la más trascendental y positiva de todas. Existía la locomotora y hubo que fabricar miles y miles, abriéndola caminos por todo el planeta. La máquina industrial no podía caber en los pequeños talleres de familia, y fué preciso construir monstruosos edificios, más grandes que las catedrales y los templos del paganismo. Ningún monarca ni potentado era capaz de acometer individualmente esta empresa gigantesca... Entonces, el dios amarillo cambió de forma, saliendo majestuoso y triunfador, como el sol, de la hopalanda del usurero que le había tenido oculto. En su glorioso despertar ya no fué metálico, pesado é individual; no vivió más en su escondrijo de terror, y reunió á las muchedumbres para la obra común por medio de esos documentos que llaman acciones y obligaciones. El papel, que es el ala del pensamiento moderno, fué el signo de su poder. Hombres que no habían salido más allá de las afueras de su pueblo entregaron sus ahorros para trabajos titánicos que se realizaban al otro lado del planeta. Valerosos capitanes de escritorio, poetas de la aritmética, con el atrevimiento de los conquistadores, pusiéronse al frente de estos ejércitos de soldados anónimos á los que no conocerán nunca... Y en ochenta años han hecho suyo el mundo, como no lo dominó ningún ambicioso ilustre.

Maltrana hablaba con tono oratorio del gran milagro del dinero moderno. El globo estaba erizado de chimeneas; las inmensidades del Océano ofrecían siempre en el horizonte un punto negro y una nubecilla de humo; cascadas y ríos creaban al rodar fuerza y luz; las grandes barreras de piedra que llegan con su cumbre hasta las nubes sentían perforadas sus entrañas por un rosario de hormigas férreas resbalando sobre cintas de acero; en las obscuridades submarinas vibraban como bordones inteligentes los cables conductores del pensamiento; fuerzas misteriosas y hostiles trabajaban esclavizadas para el bienestar común; las antiguas hambres habían desaparecido gracias á las flotas inmensas que surcaban á todas horas el Océano, compensando con el sobrante de unos pueblos la carestía de otros; el hombre, hastiado de su reciente señorío sobre la costra terráquea, se lanzaba en el espacio, aprendiendo á volar.

—Y todo esto, amigo Ojeda, es el milagro de mi dios. Dirá usted que es obra del hombre; pero el hombre, sin la esperanza del dinero, haría muy poco en el presente régimen social. Nadie realiza trabajos penosos por gusto, nadie expone su vida gratuitamente en empresas sin gloria. Si usted le dice al que perfora un túnel ó levanta un terraplén sobre un pantano que está sirviendo á sus semejantes y merece por esto gratitud, se encogerá de hombros. El sufre y pena para que mi dios le recompense inmediatamente. Y si mi dios le falta, abandona la labor, sin importarle gran cosa lo sublime de su trabajo... Abra los ojos, Fernando, y no sea impío con la gran divinidad de nuestra época. Los antiguos dioses se declaran vencidos por él, y le adulan y temen. El despreciado Pluto, cornudo y triste en otros tiempos como un macho cabrío, ocupa ahora el trono del noble Zeus, declarado inútil. Apolo y

Marte hablan mal de él, lamentando la pérdida de su antigua majestad; pero esta murmuración es á espaldas suyas, pues apenas mi dios fija en ellos sus ojos de oro, el uno le ofrece la espada para sostenimiento del santo orden, sin el cual no hay buenos negocios, y el otro preludia en el arpa un himno en su honor á tanto la estrofa.

Ojeda rió de estas palabras.

—Hércules y Vulcano—continuó Isidro—, dos brutos bonachones, le siguen como perros fieles. El héroe forzado lleva bajo sus bíceps los cartuchos de dinamita con los que hace volar istmos y montañas, y el herrero tuerto martillea día y noche para servir los incesantes pedidos de su señor... Mercurio el trapacero, que robó descansadamente durante siglos detrás de los mostradores, hace ahora ante-sala en los Bancos y se quita con humildad el capacete con alas para suplicar al gerente el descuento de un pagaré... Hasta la caprichosa Venus hace salir de su alcoba por la puerta de escape, como entretenidos vergonzosos, á sus antiguos amantes olímpicos y abre luego de par en par la puerta de honor para que entre por ella el dios despreciado.

—Pero á usted le ha tratado mal ese dios—dijo Ojeda burlonamente—. Usted ha vivido siempre en la pobreza.

—Mi dios no me conoce, no conoce á nadie. Es ciego y sordo para los humanos, como lo son las fuerzas de la Naturaleza. El volcán erupta su fuego sin importarle que los hombres hayan levantado un pueblo en su falda; ríos y mares se desbordan sin enterarse de que unos seres ínfimos han creado sus hormigueros en las arrugas que les sirven de vallas; la tierra, cuando desea temblar, no pide permiso á los parásitos que anidan en su epidermis... El dios ignora nuestra existencia: la humanidad sólo figura como los ceros en sus altas combinaciones aritmé-

ticas. Por eso, cuando se le ocurre á mi dios echar bendiciones, caen éstas casi siempre sobre los brutos con suerte ó los maliciosos que las agarran al paso. Y cuando reparte golpes, son verdaderos palos de ciego que llueven irremisiblemente sobre los inocentes... Pero este dios, como todas las divinidades, tiene una iglesia que piensa por él y administra sus intereses: la iglesia de los grandes millonarios, directores del mundo. Y yo me he embarcado para cambiar de vida, para intentar la conquista de la riqueza, para entrar en esa iglesia aunque sea de simple monaguillo, y ver de cerca los misterios de la sacristía.

Fernando se encogió de hombros al hablar de la riqueza. Para ser feliz, le bastaba al hombre con tener asegurada la satisfacción de sus necesidades. El, por desgracia, necesitaba más que otros para una existencia tranquila, pero apenas hubiese conquistado lo que juzgaba indispensable, pensaba huir de esta pelea por el dinero. La vida ofrece ocupaciones más nobles.

—Es que usted, poeta—dijo Isidro—, no conoce la poesía grandiosa que emana del dinero manejado por un hombre de genio. Todas las fantasías poéticas, por bellas que parezcan, resultan frías é infecundas, como los placeres solitarios. Es más hermosa la acción, el abrazo de los hechos, el estrujón carnal de la realidad. Yo admiro á esos demiurgos modernos del capitalismo que cuando fijan su atención en un desierto del mapa lo transforman desde su escritorio en unos cuantos años, y si alguna vez se dignan ir á él, encuentran ferrocarriles, ciudades, muchedumbres bien vestidas, y pueden decir: «Esto lo he hecho yo, esto es mi obra.» Una satisfacción que envidia; un motivo de orgullo más verdadero que el haber imaginado un gran poema.

—Maltrana, no diga disparates—interrumpió Oje-

da, algo amoscado—. Aunque, en verdad, no sé por qué hago caso de sus afirmaciones. Mañana dirá usted todo lo contrario. Cada vez que hemos hablado en Madrid defendía usted una opinión diversa... Conozco esta enfermedad de la gente pensante. Usted, á quien he visto casi anarquista, rompe ahora en himnos á la riqueza, sólo porque cree ir camino de conquistarla en un país nuevo... Se engaña usted, Isidro. Cuando lleguemos allá se convencerá de que el trabajo representa tanto ó más que el capital. Sus paradojas pueden tener algo de verosímil en la vieja Europa, donde abundan los brazos. Pero en las llanuras americanas, que están casi despobladas, se enterará de lo que vale el hombre y de cómo el dinero no puede nada cuando le falta su auxilio... Además, yo desprecio el dinero, ¿se entera usted? Lo busco porque lo necesito; pero de ahí á rendirle un culto religioso hay mucha distancia. Es algo que nos envilece y achica, y si fuese posible suprimirlo, la humanidad viviría mejor. ¡Los crímenes que comete ese capital, tan adorado por usted, para agrandarse y triunfar en sus empeños!

Ahora fué Maltrana el que rompió á reir.

—¡Poeta sensible y de vista corta!... Esperaba de un momento á otro su objeción. «¡Los crímenes que comete el capital en sus grandes empresas mundiales!...» Sí, los reconozco: son los mismos crímenes de los grandes conquistadores que han trastornado el curso de la Historia; los crímenes de las revoluciones que nos dieron la libertad. El hombre pasa y la obra queda. Poco importa que caigan algunos si su muerte beneficia á todos los humanos... Además, lo que hoy aparece como un crimen es mañana un sacrificio heroico...

Quedó silencioso unos instantes, como si buscase un ejemplo, y luego añadió:

—Hace poco han terminado en el interior de la América ecuatorial un ferrocarril á través de tierras inexploradas, pantanos en los que duerme la muerte, bosques inhospitalarios. Los trabajadores han caído á miles en esta obra: cada kilómetro tiene al lado un cementerio; las fiebres de la tierra removida, los reptiles venenosos, los caimanes de las ciénagas, han matado más hombres que en una batalla. Las familias de los muertos y las almas sensibles prorrumplieron en alaridos de indignación contra la Compañía constructora. «Explotadores sin conciencia, que por hacer un buen negocio y aumentar sus dividendos llevan los hombres como bestias al matadero.» Y tenían razón; su protesta era justa. Decían la verdad. Pero los capitalistas, que viven lejos y tal vez no se molestarán nunca yendo á contemplar esta obra suya, pueden responder desde sus escritorios: «Gracias á nuestra audacia fría y dura, los hombres tienen un camino para llegar á países nuevos que guardan enormes riquezas. Hemos puesto en comunicación con el resto del mundo las entrañas olvidadas de todo un continente.» Y también ellos tienen razón; también dicen la verdad... Porque ya sabe usted, Ojeda, que eso de la verdad única é indiscutible es una ilusión humana. Cada uno tiene la suya. Existen en nosotros tantas verdades como intereses.

Ojeda permaneció silencioso, como si no le interesase contradecir á su amigo, y éste continuó:

—La literatura es la culpable de ese desprecio que muestran por el dinero todos los que son incapaces de conquistarlo. Quiere educar al vulgo, y emplea para ello ideas viejas, patrones que se cortaron hace siglos. Todo novelista que se respeta, todo dramaturgo que posee el secreto de hacer patalear de entusiasmo al público, no conoce vacilaciones al graduar la simpatía atractiva de sus

personajes. El hombre funesto, el «traidor» de la obra, ya se sabe que debe ser un rico, un manipulador de caudales; y si ostenta el título de banquero, mejor que mejor. Los banqueros tienen asegurado en las obras literarias un éxito de odio y de rechifla. Los personajes simpáticos son pobres, y dicen cosas muy hermosas sobre las infamias del «vil metal» y la necesidad de idealizar la vida.

El arte literario sólo había dispuesto, según Maltrana, de cuatro resortes para mover sus criaturas: el amor, el odio, el hambre y el miedo. El dinero se mostraba alguna vez en ciertos autores, pero como un accesorio, como un telón negro para que se destacasen mejor las figuras de los personajes simpáticos. El amor, con sus combinaciones y conflictos innumerables y siempre iguales, era el que llenaba por entero libros y comedias.

—Y así llevamos siglos sin enterarnos de que en el mundo hay algo más que el amor; y hasta los más bobos empiezan á cansarse de tanto papel impreso y tantas salas iluminadas para hacernos conocer las angustias y conflictos de dos seres que quieren acostarse juntos y no encuentran el medio, ó las crisis de alma de una señora que desea faltarle á su marido y no sabe cómo empezar... No; en el mundo, el amor no lo es todo. Le dedicamos algunas horas de nuestra existencia (que por cierto no resultan las más despreciables), pero más tiempo nos lleva la preocupación del dinero y la lucha titánica por conquistarlo. Si la literatura fuese un reflejo de nuestra existencia y no un entretenimiento halagador para los ociosos, hace años que figuraría en ella como elemento principal el dinero moderno, que ha creado una aristocracia de la voluntad, unos héroes más nobles é interesantes que esos galanes pobres que lloriquean de amor, dicen palabras bonitas y son incapaces de ganar un poco de plata

para que la señora de sus pensamientos viva con mayores comodidades.

—Siga usted—dijo Fernando—. Creo estar en Madrid en un estudio de pintor, en un saloncillo del Ateneo, en una tertulia de café... Esto me rejuvenece.

—Ríase, pero sepa que me da rabia la hipocresía de los «sacerdotes del ideal», que maldicen el dinero en público y luego corren tras él como un cobrador de Banco. Aún quedan algunos solitarios que escriben como cantan los pájaros, sin importarles lo que ello pueda valerles. Pero éstos no cuentan para nada, y poco á poco caen en el olvido. Hoy la fama literaria se aprecia por el número de representaciones y la cantidad de volúmenes; ó lo que es lo mismo, por el dinero que percibe el autor. Antes de escribir se consulta el gusto del vulgo, para que la tirada del libro sea grande ó la sala de espectáculos esté repleta muchas noches. Y luego, estos inventores de sonoras maldiciones al dios amarillo, cuando llega el ajuste de cuentas con el editor ó el empresario, son capaces de andar á cachetes por peseta más ó menos... No, Ojeda; yo prefiero la franqueza brutal. El dinero es vil, pero solamente para aquellos que no lo poseen. A mí, pobre siervo de la pluma, me ha hecho cometer grandes bajezas. Un día he escrito una cosa, y meses después, por unas pesetas más, he pasado á la casa de enfrente para escribir todo lo contrario. Por eso quiero hacerlo mío: para sentirme digno y libre por primera vez en mi existencia. Mi dios se venga de los que le llaman vil sometiéndolos á la humillación, que es el mayor de los envilecimientos.

Miró á Ojeda largamente con extrañeza, y luego continuó:

—¡Y que un hombre de su talento no crea que el dinero es el móvil de las más grandes acciones!...

Acuérdese de los primeros navegantes que rasgaron los misterios del mar: de nuestros respetables abuelos los argonautas. Ellos realizaron hace docenas de siglos lo que usted y yo buscamos ahora. Iban á la conquista del Vellocoino de Oro, lo mismo que nosotros, argonautas con pantalones, al meternos en este buque... Y cuando el navío *Argos* estaba á punto de zarpar, el primero que saltó en él con la lira á cuestas fué Orfeo, el divino cantor, el primero de los poetas conocidos. Usted me dirá que iba para ver cosas maravillosas, tentado por la novedad heroica de la aventura; y yo, que conozco la vida, le diré que iba por todo eso y además por tocar su parte cuando llegase el momento de distribuir las ganancias de la expedición... Y lo mismo pensaron los románticos caballeros vestidos de hierro que cabalgaban en las Cruzadas huyendo de sus castillejos hipotecados á los usureros germánicos y francos. «¡Jerusalén! ¡Vamos á libertar el sepulcro de Cristo!» Pero una vez realizada la conquista, por no separarse más del dichoso sepulcro ampliaron el círculo de sus correrías, cortando el terreno de los vencidos en condados y reinos, y se dieron una vida de sátrapas orientales como no la habían podido soñar en sus magras tierrecillas de Europa.

El recuerdo de Colón surgió en la memoria de Maltrana.

—Ya sabe usted—continuó—cuál era el ensueño de nuestro amigo don Cristóbal al ir como solicitante detrás de la corte de los Reyes Católicos. Fíjese las decepciones y desalientos que sufriría durante ocho años, cuando monarcas y ministros, ocupados en guerras inmediatas, no podían escucharle. Al volver á su alojamiento veía el oro del Gran Kan, las flotas de Salomón, las riquezas de Marco Polo, tesoros maravillosos en los que algún día hincaría el diente, y esto bastaba para que su

ánimo se reconfortase, insistiendo en la demanda... Créame, Ojeda: el dinero es el móvil de las grandes acciones, el compañero de los ensueños sublimes, la última finalidad de los mayores idealismos. Mire á esas gentes que tenemos á nuestros pies. Van en busca del dinero de un extremo á otro del globo. ¿Y cree usted que no sueñan? ¿Se imagina usted que en su peregrinación hacia el pan no hay mucho de ilusión, de idealismo?...

Ojeda movió la cabeza afirmativamente.

—En eso dice usted verdad. Algunas noches, al asomarme á esta baranda, me fijo en los emigrantes que duermen al aire libre huyendo del calor de los sollados. Ofrecen el aspecto de un campamento, y por esto tal vez viene á mi memoria el recuerdo de los granaderos de Napoleón, que no eran mas que simples soldados, pero al dormir sobre la tierra dura veían desfilan en sus ensueños toda clase de grandezas. Cada uno creía llevar en su mochila el bastón de mariscal, y esto bastaba para que corrieran sin cansancio toda Europa de combate en combate. Estos son lo mismo: la santa ilusión borra en ellos la duda y el desaliento. Todos guardan en su hatillo de ropa el título de millonario futuro... Si el granadero sentía vacilante su fe, le bastaba mirar al mariscal cubierto de oro, que había sido soldado lo mismo que él. Cuando los emigrantes dudan, no tienen mas que acordarse de tantos y tantos ricos que hicieron su primer viaje igual ó peor que ellos. En este mismo buque pueden ver ejemplos que reanimen su energía...

¡Los milagros de la ilusión! Muchos de aquellos hombres habían trabajado otra vez en América, huyendo luego de ella desalentados. Preferían la miseria en la patria á la vida vagabunda del peón en el Nuevo Mundo, y al volver á su país besaban el suelo con transportes de entusiasmo, jurando morir

en él. «América para los americanos. No nos engañarán más...» Pero al poco tiempo, los mismos relatos que los habían enardecido antes del primer viaje volvían á morder con profunda mella sus imaginaciones simples. La América odiosa se transformaba é iluminaba, recobrando los dulces colores de la pristina visión. Tal vez habían huído demasiado pronto; tal vez atribuían injustamente al país culpas que sólo eran de ellos. La prosperidad de los que se habían quedado allá les irritaba como un error.

—Olvidan pronto lo que sufrieron—continuó Fernando—, para recordar únicamente las contadas horas de felicidad. Sucesos insignificantes y casi olvidados reaparecen en su memoria como ocasiones de fortuna torpemente despreciadas. «Yo pude ser rico—dicen en su pueblo—, pero tuve mucha prisa en volver.» Y acaban por creerlo á ojos cerrados, y el deseo de regresar á la tierra de la esperanza es cada vez más imperioso, hasta que al fin se embarcan con iguales ó mayores ilusiones que la primera vez... Y allá van, revueltos con los neófitos de la emigración; y ellos, los desengaños y maldicientes de poco antes, son ahora lo mismo que los veteranos que reaniman á los reclutas en las veladas del vivac con hiperbólicas historias.

—Yo creo—dijo Maltrana—que si el curioso Diablo Cojuelo, que levantaba los tejados de los edificios, pudiera mostrarnos lo que encubren las tapas de esos cráneos, leeríamos en todos ellos lo mismo: «Buenos Aires... Buenos Aires.»

—Así es... ¡Qué poder de ilusión tiene este nombre!... Todos, al repetirlo, ven la ciudad-esperanza, la tierra del bienestar, la Sión moderna.

Ojeda, con su lírico entusiasmo, reconstruía los pensamientos de la muchedumbre cosmopolita que iba hacia el Sur tendiendo las manos tras el aleteo de la diosa sin cabeza.

Este nombre circulaba como una música por el mundo viejo, despertando las almas adormecidas. Las razas sin patria y los pueblos cansados de tenerla sentían un instantáneo rejuvenecimiento al pensar en aquel país de maravillas, donde se realizaban asombrosas transmutaciones. El holgazán sentíase activo; el apático se agitaba con entusiasmos optimistas; el oprimido por la estrechez del ambiente natal rompía su quiste de rutinas. Muchos iban allá llamados y aconsejados por otros compatriotas que les habían precedido... Pero ¿y los que marchaban á la ventura, faltos de amistades, sin conocer el idioma, sabiendo únicamente repetir con enfermiza tenacidad: «Buenos Aires... Buenos Aires...»? ¿Quién les había enseñado el nombre? ¿Qué encanto el de estas sílabas, que hacían avanzar á las lejanas muchedumbres, confiándose al gesto bueno ó malo del destino?...

Admiraba Ojeda el fuerte tirón con que este conjuro de esperanza había arrancado á los grupos humanos enraizados por la historia en lugares distintos del planeta. «¡Buenos Aires!», murmuraba el viento de las noches invernales al colarse por el cañón de la chimenea en el hogar campestre, donde la familia española ó italiana maldecía el embargo de sus campichuelos y la escasez del pan; «¡Buenos Aires!», mugía el vendaval cargado de copos de nieve al filtrarse por entre los maderos de la isbarusa; «¡Buenos Aires!», escribía el sol con arabescos de luz en los calizos muros de la callejuela oriental, para el árabe en medrosa servidumbre; «¡Buenos Aires!», crujían las alas de oro de la ilusión al volar de reverbero en reverbero por los desiertos bulevares de una metrópoli dormida, ante los pasos del señorito arruinado y el bachiller sin hogar que piensan en matarse á la mañana siguiente.

Y todos, sin distinción de razas y clases, fuertes

y humildes, ignorantes é inteligentes, al eco de este nombre veían alzarse en el paisaje de su fantasía, bañada por el resplandor de la esperanza, una mujer de porte majestuoso, blanca y azul como las vírgenes de Murillo, con el purpúreo gorro símbolo de libertad sobre la suelta cabellera; una matrona que sonreía, abriendo los brazos fuertes, dejando caer de sus labios palabras amorosas:

—Venid á mí los que tenéis hambre de pan y sed de tranquilidad; venid á mí los que llegasteis tarde á un mundo viejo y repleto. Mi hogar es grande y no lo construyó el egoísmo; mi casa está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.

Maltrana interrumpió la lírica evocación de su amigo con irónico entusiasmo:

—¡Muy bien dicho, poeta! ¡Muy hermoso! Que la matrona azul y blanca no nos haga concebir falsas ilusiones... que de cerca nos parezca tan hermosa como de lejos... Que así sea. Amén.

VI

—¿Qué día es hoy? ¿viernes?... ¿sábado? He perdido la cuenta del tiempo que llevo en el buque. Los días son dobles... dobles no, triples. Desde que despertamos hasta el almuerzo, un día; del almuerzo á la comida, otro; y de la comida á la hora de dormir, el día más largo para algunos, pues lo prolongan hasta que sale el sol... ¡Y siempre las mismas caras! Vemos las mismas personas cien veces al día. Parece que nos conocemos desde que nacimos... Dígame, Manzanares: ¿en qué día estamos?

Era Maltrana el que hacía la pregunta, en las primeras horas de la mañana, caminando por la cubierta de paseo con el comerciante español. La calle de estribor estaba inundada de luz; la de babor guardaba la humedad del mangueo reciente, con una fresca penumbra de galería subterránea.

Corría la sombra del buque sobre las aguas unidas y tranquilas, como una silueta chinesca. En su lomo se marcaban los perfiles de botes y pescantes y la masa cuadrangular de la chimenea. Tendíase el Océano en calma hasta lo infinito, sin una ondulación, con el verde esmeralda de los mares tropicales, denso y adormecido. No había en él otras espumas que las dos láminas burbujeantes que levantaba la proa al arar su superficie. De vez en

cuando, de las aguas removidas surgía un enjambre de peces voladores. Aleteaban lo mismo que enormes libélulas; abríase su tropa en varias direcciones formando abanico, y así volaban á gran distancia á ras del Océano, trazando sobre él rectos y sutiles surcos, hasta que el cansancio de la fuga los obligaba á sumergirse otra vez.

Junto á los tabiques de la cubierta de paseo alineábanse los sillones de los pasajeros, pero con una alineación caprichosa, mostrando en lo alto de los respaldos los nombres de sus dueños escritos en tarjetas. Esta rotulación parecía darles una personalidad, un alma. Permanecían agrupados ó solos, tal como los habían dejado sus poseedores el día anterior. Unos parecían seguir mudamente las conversaciones interrumpidas de sus amos; otros se mantenían apartados con timidez ó con orgullo.

Maltrana pensaba en las altas horas de la noche, horas de misterio y de silencio, cuando todos estos armatostes de madera ó junco, ventrudos, echados atrás con orgullo y ostentando la fe de bautismo en lo alto de la testa, se quedaban solos bajo la fría luz de las ampollas eléctricas, teniendo enfrente las tinieblas del mar. Descansaban de crujir y dilatarse con el peso de sus señores; se emancipaban durante media noche de la gravitante servidumbre; llegaba para ellos la hora de la libertad; pero semejantes á los hombres que al creerse salvados por una revolución no hacen mas que parodiar á sus antiguos opresores, los sillones repetían en su descanso los actos y gestos de sus dueños.

Uno alto, de madera robusta, con una manta escocesa olvidada en su regazo, rozábase con otro de junco, esbelto y elegante, que tenía un cojín lujoso en el asiento. Parecían requebrarse, continuando silenciosamente las conversaciones á media voz cruzadas durante el día. Los asientos sueltos insis-

tían tal vez en las meditaciones de cifras y negocios que los habían impregnado espiritualmente durante las horas de luz, ó miraban con lástima á sus compañeros reunidos con arreglo á las tertulias maldicientes ó las atracciones del amor. «Vanidad de vanidades...» Maltrana se fijó en algunos más anchos y profundos, que parecían tener las entrañas quebrantadas, inseguros sobre sus pies, con cierto aire de despanzurramiento. Eran de la señora de Goycochea y otras nobles matronas de una majestad paquidérmica. «¡Pobrecitos!» Los vió como gañanes tendidos, con los remos abiertos, respirando jadeantes después de la dura labor; cargadores en mangas de camisa que se limpiaban, renegando, la humedad de la frente luego de haber llevado un piano á cuestras.

—Hoy es viernes—contestó Manzanares—; anteayer salimos de Tenerife... También á mí me parecen dobles ó triples los días que llevamos aquí. ¡Y los que nos faltan aún para llegar!... Esta tarde, según dice el capitán, veremos de lejos las islas de Cabo Verde... El lunes pasaremos la línea. El viaje no puede presentarse mejor: una lindura... Mire usted qué mar.

Se detuvieron un instante para seguir con ojos regocijados el aleteo de los peces voladores.

—Un mar de romanza—dijo Maltrana—. Da gusto vivir. ¡Qué color! ¡qué luz!... Parece una luz de teatro; el resplandor dorado de una «apoteosis final». ¡Y qué aire! (Respiraba, entornando los ojos, con ansiosa delectación.) Algo nos aburrímos, pero hay que reconocer que esta vida es hermosa. Siento deseos de cantar; me vienen á la memoria todas las cancioncillas dulzonas del golfo de Nápoles.

Y con gran escándalo de Manzanares empezó á entonar á todo pulmón una romanza. Unos marineros que pintaban de blanco las tuberías para el riego

de la cubierta volvieron la cabeza, riendo con simplicidad infantil.

—Pero hombre, ¡cállese!—protestó el comerciante—. ¿Y usted va á Buenos Aires á hacer fortuna?... Lo primero es ser hombre serio, para inspirar confianza. Nadie da crédito á la firma de un cantor. ¡No sea loco!... ¡Todas las gentes de pluma son lo mismo!

—Manzanares, estoy contento de vivir. Me siento más joven... Usted también parece que se remoza. Ayer le pillé en conversación con una de esas francesas. Estaba apoyado en la baranda, mirando al mar, pero hablaba con ella al mismo tiempo en voz baja, como quien no hace nada.

—Hombre, yo soy casado—protestó Manzanares—. No haga malas suposiciones: yo no pienso ya en esas cosas.

Pero Maltrana insistió. Le gustaba la francesa y tampoco le parecía mal Conchita, aquella compatriota que iba sola á Buenos Aires.

—¡Un hombre de mi edad!—exclamó Manzanares—. ¡Y con el estómago perdido!... Esa Conchita es una muchacha decente; no hay mas que verla: una señorita. No sea loco, Maltrana. Todos ustedes los de pluma son unos perdidos y creen iguales á los demás.

—¿Y París? ¿Y sus idas de noche á Montmartre?... Acuérdesese cómo entretenía la otra tarde á Goycochea y Montaner contándoles sus buenas fortunas... Apuesto cualquier cosa á que si me deja entrar en su camarote encuentre un paquete de fotografías comprometedoras y de cartas de amor.

—No sea loco; no haga juicios temerarios. Deje en paz á las personas tranquilas.

Pero Manzanares decía esto con un tono de mansa protesta, brillando al mismo tiempo en sus ojos cierta satisfacción.

—¡Ah, calavera hipócrita!—prosiguió Isidro—. Cuando estemos en Buenos Aires iré un día á su establecimiento de la calle de Alsina, para decirle á la señora de Manzanares quién es su marido... Así lo haré, á menos que no me soborne con un par de botellas de champaña.

Una oleada verdosa se extendió por el rostro del comerciante. Brillaron hostilmente sus ojos, no sabiendo Isidro ciertamente si este furor era por su insolente amenaza ó por el convite propuesto. «Buenos días.» La culpa era de él, que hablaba con locos. Y le volvió la espalda, alejándose.

Maltrana se dejó caer en un sillón. Sentíase cansado: este «querido amigo» sólo era generoso para caminar. Así estuvo mucho tiempo, frente al Océano, que titilaba bajo el resplandor del sol, gozando de la sombra de la cubierta, incorporándose y llevando una mano á su gorra cada vez que aparecía un nuevo paseante. Todos eran hombres y caminaban apresuradamente, dando la vuelta al castillo central, con la preocupación de combatir el engruesamiento de la vida sedentaria.

A estas horas las damas permanecían abajo todavía, en los camarotes y las salas de baño. Maltrana había sorprendido algunas veces las intimidades del arreglo matinal al transitar por los pasillos de las cubiertas inferiores, tropezándose con mujeres envueltas en kimonos y batones viejos que apresuraban el paso para refugiarse en sus camarotes, ocultando la cara. Eran completamente diferentes de las que aparecían una hora después en el paseo. A veces, Isidro sentía ciertas dudas antes de identificarlas. Todas se mostraban considerablemente empequeñecidas y de pesados movimientos al caminar sin el montaje de los tacones. Los pies ligeros, recogidos y saltones lo mismo que pájaros en su encierro diurno de tafílete ó de raso, eran

ahora planos y deformes dentro de las claqueantes babuchas. Las carnes temblaban al moverse, conservando todavía la blandura y el suelto descuido de las horas de sueño. Las cabezas empequeñecidas y pobres de pelo mostraban unas mechazas apelmazadas por la humedad reciente. Las caras tenían un tinte verdoso ó sanguinolento; las narices estaban enrojecidas en su vértice.

Después de tales encuentros, evitaba Isidro el tránsito por los corredores á esta hora matinal, temiendo el enojo de las señoras. Al verle luego en el paseo rehuían su saludo ó lo contestaban con sequedad, como si le hiciesen responsable de una falta de consideración... Pero el recuerdo de estas sorpresas le hacía sonreír con cierto orgullo. El había visto; podía juzgar; estaba en el secreto. Y encontraba interesante la vida de á bordo por el contacto promiscuo que impone una existencia común desarrollada en limitado espacio.

Abandonó Maltrana su sillón al reconocer á dos señoras que venían hacia él: las primeras que se mostraban en el paseo. «Conchita y doña Zobeida...» Y las saludó gorra en mano sonriendo obsequiosamente, pues doña Zobeida, á pesar de su modesto exterior, le inspiraba una gran simpatía no exenta de lástima. Según él, esta señora ya entrada en años era más niña que todas las pequeñuelas rubias que corrían por el paseo con una muñeca en los brazos.

El mayordomo, poco atento para su aspecto encogido y la pobreza de su traje negro, la había colocado en un camarote de dos personas, dándole por compañera á Concha, la muchacha de Madrid, «esta buena señorita», como la llamaba ella aun en los momentos de mayor intimidad. Regresaba á la tierra natal después de haber pasado unos meses en Holanda cerca de sus nietos. El marido de su hija

era cónsul argentino y hacía años que vivía fuera del país. Por primera vez había salido la buena señora de su amada ciudad de Salta para ir en osada peregrinación más allá de los límites de la República, más allá del mar, á una tierra de la que regresaba con el ánimo desorientado, no atreviéndose á formular sus opiniones. «¡Y aquello era Europa!...» En su asombro, no osaba hablar mal; todo la infundía respeto; únicamente se quejaba de sus privaciones espirituales. «Esas tierras, señor, no son para nosotros; las gentes tienen otras creencias. Hay que buscar donde oír una misa. No se encuentra un sacerdote que entienda nuestra lengua para confesarse con él.» Y el contento de regresar á su tierra de altas mesetas y vegetación tropical amonorraba la tristeza de dejar á sus espaldas á la hija única y los nietos. La habían rogado que se quedase con ellos. ¡Ay, no! Quien la sacase de Salta, la mataba. Hablando con Isidro por vez primera, le había hecho el elogio de su ciudad.

—Cuando Buenos Aires no era mas que Buenos Aires á secas, una aldea mísera, nosotros éramos el reino del Tucumán. Los porteños, ahora tan orgullosos, datan de ayer, son en su mayor parte hijos de *gringos* emigrantes. Nosotros somos nobles. Usted, que es español, conocerá sin duda nuestro apellido: Vargas del Solar. Tenemos en España muchos parientes condes y duques; un tío mío que se ocupaba de estas cosas mantenía correspondencia con ellos. Había reunido papeles antiguos de la familia; pero con las revoluciones y el haber venido á menos, se olvidan estas cosas. Allá todavía nos llaman «Los Marqueses». Cuando usted venga á Salta, verá en la puerta de nuestra casa un escudo de piedra. Otras casas también lo tienen... Pero usted, que es hombre que sabe mucho, según dice esta buena señorita—y señalaba á Concha—, habrá

leído lo que era Salta; sus ferias, á las que venían á comprar mulas desde Chile, Bolivia y el Perú... Nadie mentaba entonces á los porteños: todo nos lo llevábamos nosotros... Mi finado el doctor, que tenía muchos libros, hablaba de todas estas cosas pasadas cuando le ponderaban el crecimiento de Buenos Aires.

«Mi finado el doctor» era su marido, al que designaba por antonomasia con este título. Todo cuanto en el mundo puede decirse de verdad y de justa observación lo había dicho el grave abogado de provincia, que á través de treinta años de viudez se le aparecía ahora cada vez más grande, como la personificación de la sabiduría reposada y el buen sentido ecuánime.

Sentíase atraído Maltrana por la sencillez de palabras y pensamientos de doña Zobeida y el aire señorial con que acompañaba su modestia. Fijábase en su color un tanto cobrizo; en el brillo de sus ojos abultados, de córneas húmedas y dulce humildad en las pupilas (ojos semejantes á los de los huancos de las altiplanicies andinescas); en el negro intenso de sus pelos fuertes y duros, que los años no podían manchar de blanco.

No obstante el remoto cruzamiento indígena que emergía en esta Vargas del Solar, encontraba Isidro en toda su persona una rancia distinción española, un aire de dama acostumbrada al respeto desde su nacimiento, y que, segura de su valía, puede atreverse á ser familiar en el trato y sencilla en sus gustos. «Esta doña Zobeida, medio india—pensaba Maltrana—, es una señora de Burgos que luego de vigilar las compras de su criada en el mercado entra en una librería para pedir un devocionario «bien cumplido»; una gran dama de Cuenca ó de Teruel que por la tarde recibe su tertulia de canónigos y abogados viejos y toman juntos el choco-

late, hablando de la corrupción del mundo.» Estos recuerdos evocaban en su memoria á la vieja España, que había dejado huellas imborrables allí donde había descansado sus pies, esparciendo las características de la personalidad nacional por todo el planeta, en las más diversas y apartadas regiones.

La credulidad de la buena señora expandíase en ingenuos asombros ante los embustes y exageraciones que se permitía Maltrana para estremecer su alma inocente. «¡No diga!—exclamaba doña Zobeida—. ¡Vea!... ¡Qué cosas!» Y cuando ella no estaba presente, Isidro prorrumpía en elogios de su candor. Era para él la mejor persona de á bordo. Aquella mujer con nietos guardaba el alma de sus ocho años, incapaz de crecimiento y de evolución; y esta alma permanecía inmóvil y dormida en el envoltorio de su inocencia crédula, lo mismo que los embriones humanos dignos de estudio que se conservan sumergidos en un bocal.

Separada, por su timidez, de las compatriotas elegantes que venían en el buque, habíase unido con un afecto familiar á su compañera de camarote, «esta buena señorita», «esta pobre niña», que marchaba á un país desconocido sin más apoyo que vagas recomendaciones. Isidro, que conocía á Conchita de Madrid, se alarmó un tanto al verla en continuo trato con la inocente señora. Había vivido aquélla maritalmente durante algunos meses con un amigo suyo, «compañero de la prensa»; luego la había encontrado de corista en un teatro por horas y en varias fiestas nocturnas ó matinales en los entresuelos de Fornos y en las Ventas.

—Cuidado, niña, con doña Zobeida—había dicho al verse á solas con Concha—. Esa buena señora es un alma de Dios... A ver si metes la pata y la asustas con alguna de las tuyas.

Pero la madrileña sentía también por la buena dama un cariño respetuoso.

—La quiero mucho: ¡si es de lo más buena!... Algunas noches, antes de dormir, la acompañó á pasar el rosario en el camarote. Mira, chico, la quiero como si fuese mi madre... Y eso que yo no he conocido á mi madre.

Esta mañana, doña Zobeida saludó á Isidro con sonrisa tímida y miradas suplicantes. No se atrevía á formular un pensamiento que la había empujado hacia él, y anticipadamente imploraba perdón con sus ojos.

—Hable usted de lo de anoche, *Misiá* Zobeida —dijo Concha interrumpiendo á la buena señora en sus alabanzas al mar y á la hermosura de la mañana, tópicos con cuyo desarrollo entretenía su timidez—. Isidro es un buen amigo... de lo más servicial. Yo le conozco desde que me llevaban al colegio.

Mentía Concha con aplomo dando á sus amistades con Maltrana este remoto y puro origen, lo que proporcionó á la buena señora una repentina confianza. Su joven compañera la llamaba *Misiá*, sabiendo que este título honorífico, de origen criollo, le gustaba más, por su sabor patriarcal y rancio, que el *Doña*, de origen peninsular.

—Yo no me atrevía—balbuceó la señora—. No me gusta molestar á nadie con mis cosas. Pero esta buena señorita me ha dicho quién es usted; que usted fué grande amigo de su papá y que sabe mucho... y las personas que saben mucho son siempre atentas con las que nada saben. Así era mi finado el doctor.

Y á continuación de este exordio empezó su discurso por el final, mencionando la conversación de la noche anterior con «la buena señorita», de litera á litera, después de haber rezado el rosario. Ya que

aquel señor Maltrana era tan bueno, podía ayudarla en su pleito, la magna empresa de su vida y de la de todos los Vargas del Solar, el objetivo de sus ilusiones en las horas de recogimiento, la única petición que ingería en sus rezos por la felicidad de su hija y los nietecitos.

—Vea, señor: se trata de cuatrocientas leguas; unas cuatrocientas leguas cuadradas que son nuestras y nunca acaban de entregárnoslas.

Isidro abrió desmesuradamente los ojos con expresión de asombro y escándalo. ¿Sería una maniática aquella doña Zobeida?...

—¡Cuatrocientas leguas!... Pero eso es un Estado. Es casi una nación.

La señora insistió tranquilamente en la cifra. Cuatrocientas leguas... ó tal vez eran más. No se habían mensurado, pero se extendían desde los Andes hasta cerca de Salta. Todos allá conocían el pleito de los Vargas del Solar: hasta los papeles de Buenos Aires habían hablado de él en varias ocasiones. Si alguna vez iba don Isidro al Norte de la República, no tenía mas que preguntar: el último arriero de los que pasan á Chile recuas de mulas por la Cordillera le daría razón. Las arrias caminaban semanas enteras por parajes desiertos, en los cuales todavía se aparecían, rodeados de las fragosas tempestades de los Andes, la *Pachamama* y el *Tatacoquena*, las dos divinidades indígenas anteriores á la conquista española. Semejantes en todo á las simples imaginaciones humanas que los crearon, estos dioses son arrieros también y llevan tras de ellos recuas silenciosas de llamas cargadas con ricos fardos de coca, la ambrosía del paladar indiano. Y los trajinantes de la Cordillera, al navegar por este océano de tierra roja, peñascos metálicos y dormidos lagos de borato, discernían con su justiciero espíritu la verdadera propiedad del largo ca-

mino. «Todo esto es de los marqueses que viven en Salta.» Y los marqueses eran los Vargas del Solar.

—Es nuestro y muy nuestro—continuó *Misiá Zobeida*—. Allá en nuestra casa guardamos los papeles. El pleito lo empezó mi finado tío, aquel que se carteaba con nuestros parientes de España, condes y duques, como ya le dije; y luego, mi finado el doctor, que sabía mucho, consiguió una sentencia favorable. El campo es nuestro—aquí Maltrana sonreía oyendo llamar campo simplemente á cuatrocientas leguas—; el gobierno de Salta ha reconocido que nos pertenece, pero los años pasan y no nos lo entrega. Vea, señor, la cosa no puede ser más seria: una donación del rey... del rey de las Españas; un regalo que le hizo á uno de nuestros abuelos, el alférez Vargas del Solar.

Se interrumpió doña Zobeida, mirando con timidez á Maltrana, como si temiese ofenderlo con sus aclaraciones.

—Usted que sabe tanto habrá comprendido que este alférez era un gran personaje, y que le llamaban así no porque fuese de milicia, sino porque siempre que había nacimiento ó casamiento de reyes, él era el que sacaba el pendón del monarca como alférez real y daba el primer viva. Mi finado tío explicaba todo esto con tanta claridad, que daba gusto oírle. También nos leía los papeles del rey, unos pliegos amarillentos, con agujeritos, como si los hubiesen mordido las lauchas, y escritos con una tinta que debió ser negra y ahora es roja como el hierro viejo... El campo no nos lo dieron de regalo: fué donación por ciertos dineros que el alférez envió á España una vez que el rey tenía sus apuros. Y como persona bien nacida y cristiana, el rey correspondió á este favor dándole el campo y el marquesado. Debían ser amigos, ¿no le parece?... El alférez era un gran personaje; y su señora la

peruana, ¡no digamos! Todavía allá en mi tierra, cuando ven á una *gringa* emperifollada ó á una *china* que se da aires de señorío, dice la gente, por burla: «Ni que fuese *Misiá Rosa* la marquesa.»

La buena señora perdía su habitual timidez al recordar á esta abuela, más célebre aún y digna de memoria que el ilustre alférez amigo de los reyes. La contemplaba tal como se la había descrito muchas veces el «finado tío», en el estrado de su case-rón de Salta, con ricas medias de seda, de las cua-les cambiaba tres pares por día, mirándose con un orgullo de raza sus breves pies estrechamente cal-zados. Vestía los huecos y floreados guardainfan-tes que le enviaban de las mejores tiendas de Lima, con perlas en el pecho, perlas en las orejas, perlas esparcidas por todo el traje. Más allá del estrado, sentadas en el suelo y con las piernas cruzadas, estaban unas cuantas negras con sayas de blancura deslumbrante. Una vigilaba el braserillo en el que hervía el agua, otra ofrecía el mate de plata cince-lada con boquilla de oro, otra guardaba sobre sus rodillas la guitarra señorial de ricas incrustaciones.

Trotaban jinetes calle arriba, calle abajo, con la vaga esperanza de ver los ojos de brasa de la pe-ruana al alzarse levemente la cortina de alguna reja. A la hora de misa, hidalgos venidos de lejos se hacían los distraídos en la puerta de la iglesia para contemplar la mayor celebridad del país, que llegaba envuelta en su manto negro de seda, por debajo del cual asomaba la recamada falda blanca ó rosa. El alférez iba á su lado, con todo el señorío de su rango. Su chambergo con plumas contestaba solemnemente á todos los sombreros que se eleva-ban á su paso. Detrás marchaban dos negritos con el parasol y una rica alfombra, sobre la que se sen-taba cruzando las piernas *Misiá Rosa* la marquesa para oír la misa.

El nobilísimo caserón de los Vargas, con sus ventrudas rejas y su escudo de piedra en el portal, sólo admitía las visitas de unos cuantos notables del país. En las épocas de feria animábase con la presencia de rancios hidalgos venidos del virreinato del Perú ó del reino de Chile para comprar ganado de tiro; hacendados de la tierra baja llegados de las orillas del Plata para vender sus recuas de mulas, y de algún que otro asentista de negros de Buenos Aires que arreaba una partida de esclavos africanos con destino á las minas del Potosí. Cuando pasaba un nuevo gobernador camino de su insula, un obispo en jira pastoral, ó los señores de la Real Chancillería, la casa del alférez era su posada, y los viajeros no tenían gran prisa en partir, como si los encantase la belleza y el señorío de *Misiá Rosa*, cuya fama había salido á su encuentro á muchas jornadas de camino.

La gente menuda hablaba maravillas del noble edificio y de sus riquezas. Una vez por año se cerraban sus puertas un día entero, y los viejos servidores de los Vargas, esclavos y libertos, todos gentes de confianza, tendían cueros en el patio principal, vaciando sobre ellos enormes sacos de monedas. Eran onzas, doblones de á ocho, cruzados portugueses, montones de oro que sacaban anualmente de su encierro subterráneo para que se airease y solease. Y el alférez y su esposa vigilaban impasibles esta operación tradicional, como si su servidumbre removiese sacos de trigo para el consumo de la casa.

Enardeciase doña Zobeida al relatar los esplendores pasados, y Conchita aprobaba moviendo la cabeza, como si diese fe. Habituada á oír todas las noches en su camarote estas grandezas, creía haberlas contemplado con sus ojos.

—Y ahora, señor—continuó la vieja—, los Var-

gas del Solar somos pobres por culpa del pleito que no termina nunca. Las revoluciones y las guerras nos fundieron... Dicen que para que nos den lo que es nuestro es preciso mensurar el campo con arreglo á los títulos, y para hacer esa mensura se va á necesitar un año, ó tal vez más, y muchos hombres, que habrán de vivir como se vive en el Polo; y esto costará mucha plata y la habremos de pagar nosotros... Hay en el campo mucha tierra que no sirve: peñascales, montañas; pero hay minas y hay también buenos pastos. Por mí, no me movería á nada: yo necesito poco para mantenerme. Pero hay mis nietos, mis pobrecitos, condenados á vivir en esa tierra de *gringos*; hay mi hija, y quiero verla rica en Buenos Aires con el señorío que merece... Además, pienso en mi finado el doctor, que pasó su vida penando por sacar adelante el pleito. Seguramente que se alegrará en la otra vida si le digo cuando nos encontremos después de mi muerte que el campo ya es de la familia y que lo he conseguido yo. ¡El, que decía que las señoras sólo entienden de las cosas de la casa! Figúrese, señor, aunque sólo se venda la legua á dos mil pesos una con otra, lo que eso representa.

Maltrana la interrogaba con la mirada y el gesto. ¿Y qué tenía que hacer él en este asunto?...

—Lo que yo quiero, señor, es que usted le hable al doctor Zurita, ya que es su amigo y los veo siempre juntos. A mí me da vergüenza acercarme á él sin conocerlo. Creo que ha sido mandón en Buenos Aires. Además, es doctor, y usted ya sabe lo que eso representa. Un doctor manda mucha fuerza, y más si es doctor porteño, pues ahora ellos se lo guisan y se lo comen todo, sin dejar nada para los demás, según decía mi finado... Si es tan amable que quiere oirme, yo le explicaré mi pleito, y á él de seguro le bastará una palabrita á los que

mandan para que todo se arregle «sobre el tambor», como decimos allá. Se ve que es un buen caballero, cristiano y serio, como mi doctor. Me han buscado muchas personas de Buenos Aires para encargarse del asunto: hombres de negocios, gente que me daba miedo, y he dicho siempre que no. Mi finado les tenía horror á las «aves negras».

Calló un momento doña Zobeida, como si vacilase, pero luego añadió con timidez:

—Aquí mismo, en el barco, hay un señor que no sé cómo ha sabido lo de mi pleito, y según me dicen, quiere hablarme... Es el papá de esa niña que llaman Nélide, la que siempre anda revuelta con los muchachos. A mí no me gusta hablar de nadie, cada uno que se arregle con Dios; pero, francamente, señor: ¡esa niña que parece una cómica, y fuma, y no respeta á su madre! ¡Y ese padre que no la reta y se ríe de sus travesuras!... Que viva cada uno á su gusto, pero yo no quiero tratos con *gringos* de tal clase. Prefiero á los míos; y desde que sé que el tal señor desea hablarme del negocio, tengo más ganas de pedir al doctor Zurita que me dé su consejo.

—Lo verá usted, doña Zobeida. Yo me encargo de la presentación.

Sonrió la vieja dama con una alegría infantil, mostrándose aún más locuaz y comunicativa.

—El negocio hubiese llegado á término hace tiempo si mi finado tío viviese. Le habría bastado con enviar una carta á nuestros parientes de España. Pero ocurre lo que ocurre porque el rey de allá no está enterado. Usted, señor, que sabe tanto y que allá en su tierra es doctor indudablemente, ó ese otro caballero que va con usted, tan buen mozo, tan distinguido y serio, y que también será doctor, cuando vean al rey en Madrid díganle lo que nos pasa á los Vargas del Solar, los herederos del alfé-

rez. Usted verá al rey seguramente. Los doctores tienen siempre gran metimiento con los que gobiernan: en mi país, todos los amigos del Presidente son doctores... Mi pleito se resolvería «sobre tablas», como quien dice, sólo con que el rey enviase una esquelita al gobierno de Buenos Aires, ó mejor aún, al gobernador de Salta, diciendo: «¿Qué es esto, señores? Lo dado, dado está, y entre caballeros no está bien faltar á la palabra. Entreguen ustedes á los descendientes del alférez Vargas lo que mis abuelos tuvieron á bien darle, y no se hable más del asunto.» Y tengo la certeza de que así lo escribiría el buen rey si alguien le hablase y le enseñase nuestros papeles.

—Se le hablará—dijo Maltrana con acento de resolución, sin el más leve asomo de risa—. Se enterará de todo el buen rey, y escribirá la carta tan pronto como yo le vea.

Y como si temiese el contagio risueño de los ojos de Conchita, la cual fruncía los labios para conservar su gravedad, Isidro se despidió de doña Zobeida, repitiendo la promesa de presentarla al doctor después del almuerzo.

Al ir hacia la proa, vió apoyados en la barandilla á Ojeda y Mrs. Power, mirando el mar, con los codos y los flancos en apretado contacto. La brisa retorció como espirales de fuego algunos rizos de la norteamericana que se escapaban de un sombrerillo de tela de oro.

—¡Bien empieza el día para éstos!...—murmuró Isidro—. Y la yanqui parece una niña con ese casquete gracioso de paje veneciano. ¡Qué pedazo de mujer!... Buenos días, señora.

Saludó sin detener el paso, con una reverencia que juzgaba graciosa, «la reverencia de peluca blanca y tacones rojos», según él la titulaba, y vió por un instante unos ojos irónicos y una boca bermeja que contestaban á su saludo.

—Otro que fuese inmodesto—siguió murmurando Maltrana—llegaría á tener sus pretensiones sobre esta señora. No puede verme sin reirse... Así empiezan, según opinión general, las grandes pasiones; y el amigo Ojeda, si no estuviese ciego, como todos los enamorados, debería mirarme con cuidado... Pero dejémonos de pompas y vanidades y atendámos á nuestros amigos. Allí viene uno... Buenos días, *monsieur*.

Se cruzó con el hombre «fúnebre y misterioso», su vecino de camarote, vestido de luto como siempre y con el rostro cuidadosamente afeitado. Apenas dobló su digna tiesura con una ligera inclinación de cabeza. Luego envolvió á Maltrana en una ojeada fugaz de sus pupilas azules y duras, y siguió adelante, contestando con voz seca: «*Bonjour, monsieur.*»

Rió Isidro, mientras el otro se alejaba como ofendido por el saludo.

—El amigo Sherlock Holmes está enfadado. Se acuerda todavía de la broma de la otra noche. ¡Mal corazón!... ¡Como si todos estuviésemos obligados á vivir tristes y vestidos de luto, como él!... ¿Qué hará en este momento la princesa que guarda encerrada en el camarote?... ¡Y no haber descubierto yo todavía este misterio! ¡Qué vergüenza!

Cesó de pensar en el hombre negro y su incógnita cautiva al volver á la banda de estribor. Dos parejas permanecían inmóviles, en íntima conversación, entre los pasajeros que caminaban por este lado del buque siguiendo su marcha matinal. En último término, hacia la proa, Ojeda y Mrs. Power continuaban acodados en la barandilla. En el extremo opuesto, ó sea cerca de Isidro, estaba de pie Manzanares al lado de un sillón de junco con almohadones bordados, en el que aparecía casi tendida una mujer rubia, con un brazo caído y un volumen en la mano. Los ojos del comerciante fijá-

banse con avidez en la nuca perfumada por las matinales abluciones y todas las blancuras inmediatas reveladas por la entreabierta penumbra de la blusa. De aquí saltaba su mirada á las redondeces de las piernas, envueltas en calada seda, emergiendo entre el follaje sedoso de las faldas.

Maltrana se acercó á él como si hubiese olvidado la escena de poco antes.

—Aquí le quería pillar, calaverón, tenorio de la calle Alsina... De seguro que está usted declarando su amor á esta señorita, en estilo de factura.

Visiblemente irritado Manzanares por la burlona intervención, se apresuró, sin embargo, á contestar, temiendo que Isidro persistiese en sus bromas.

—No señor; hablábamos de cosas serias, de cosas de allá. La señorita deseaba conocer mi opinión sobre la próxima cosecha.

¡Ah, la cosecha!... Maltrana sonrió al recordar que la próxima cosecha en la República Argentina era el principal motivo de conversación para una gran parte de los que iban en el buque, y un pretexto de continua consulta para aquella francesa rubia, que figuraba en el registro del buque como viajante en modas y sombreros, profesión que hacía torcer el gesto á muchos maliciosamente.

También á él le había hecho la misma consulta *mademoiselle* Marcela la primera vez que se había aproximado á su sillón, atraído por la novedad de su habla castellana incrustada de palabras francesas é italianismos del léxico popular de Buenos Aires.

Era este viaje el quinto que emprendía á las riberas del Plata, y mostraba una pericia de navegadora trasatlántica en su amabilidad con el personal del buque que mejor podía servirla, en la reserva discreta con que se mantenía aparte de los pasajeros de una clase social superior—especialmente de las señoras, modo seguro de evitarse desprecios y

malas palabras—, y en su acierto al escoger su lugar en la cubierta, colocando el mismo sillón de junco, las almohadas y las mantas que le habían acompañado en anteriores viajes. «Yo voy á Buenos Aires casi todos los años—había dicho al curioso Maltrana para cortar sus preguntas insidiosas—. Es mi negocio; viajo por una gran casa de sombreros.» Maltrana, malicioso é incrédulo, pensaba que la hermosa viajera comercial no debía llevar con ella otras muestras que los propios sombreros, un poco fatigados. Para economizar su uso, defendía los postizos de su cabeza rubia con una variedad de gasas de colores adquiridas en los montones de los grandes almacenes de París. Al saber que Isidro iba como ella á la Argentina, le había preguntado por la próxima cosecha, creyéndolo un propietario de aquel país.

Después, con las frecuentes conversaciones, se había establecido entre ellos cierta intimidad. ¡El dinero! ¡Lo que costaba de ganar y lo necesario que era para la vida!... Y la «bella sombrerera», como la llamaba Isidro socarronamente, entornaba los ojos hablando de los sacrificios que impone el negocio; de lo triste que era abandonar su pisito de la Avenida de Ternes, donde todo estaba en orden y á punto para las necesidades de la vida, con el cuidado de una mujer que sabe dar valor á los pequeños objetos y colocarlos en su sitio. Hablaba con ternura infantil de *Chifón*, un gato obeso y lustroso, y de dos canarios que había confiado á la portera. Otras veces recordaba melancólicamente al «buen amigo» que vagaría por el bulevar esperando su regreso, un joven verdaderamente *chic*, aunque pobre, con el que estaba en relaciones hacía algunos años. ¡Y las amigas! ¡Y los teatros! ¡Y había que abandonarlo todo por... el negocio! «La vida es triste, decididamente triste.»

Cuando Isidro, que no podía aproximarse á una hembra deseable sin iniciar un intento de posesión, creyó de su deber mostrarse amoroso de Marcela, ésta acogió sus palabras con cierta severidad... ¡Un hombre que iba al Nuevo Mundo en busca de fortuna pensar en fruslerías amorosas que podían quitarle el tiempo necesario para los negocios! La vida es seria, y hay que aprovechar la juventud para asegurarse un porvenir. Luego, cuando se cuenta con el apoyo de los ahorros, puede uno permitirse alguna locura... ¿No sufría ella igualmente por culpa del negocio, teniendo que hacer sus viajes á América siempre que las amigas de allá le escribían que la cosecha era buena y el dinero iba á circular en abundancia?... En todos los puertos llenaba tarjetas postales con frases de intenso amor aprendidas en las comedias. No podía leer seguidamente unas cuantas páginas de aquel volumen amarillo de tres francos cincuenta, pues se escapaba de su brazo caído ó quedaba olvidado sobre el sillón. Pensaba en el «buen amigo», el hombre *chic* y sin recursos, que dejaba por algún tiempo. Se había hecho retratar numerosas veces por un camarero de á bordo que explotaba la instantánea, y estas hojas de papel saldrían camino de París en la primera escala que hiciese el buque, representándola de pie y mirando el mar con aspecto melancólico, ó tendida en el sillón con el rostro apoyado en una mano y ojos «de ensueño», haciendo *crochet*, leyendo... pero siempre pensando en él.

—Yo tengo mi *beguin*—continuaba ella, en su lenguaje políglota—. Pero hay que ser seria, ¿no? y pensar en la plata para los viejos días. ¡Si fuese una á hacer caso de todos los que dicen ser enamorados! Macanas, *che*, créame á mí... Además, usted es pobre, y yo no comprendo á un hombre pobre; no tiene significación para mí; no sé qué pueda ser

eso. Conozco á muchos que no tienen un *sous* y resultan simpáticos; pero los trato como camaradas nada más. Gastón, mi amigo, se arruinó, y aunque ahora está en la *puré*, volverá á tener plata cuando mueran sus tías... No ponga esa cara de *cabotin* enamorado; no me conmovirá *niente*. Soy vieja para creer en eso. ¡A *me* con la *pigobita!*...

Y para mostrar su incredulidad de negocianta de amor sorda á todos los gestos, palabras y juramentos de los parroquianos, repetía con delectación la frase criolla, final obligado de todos sus discursos: «¡A mí con la *piolita!*»

No era Maltrana el único que se había aproximado queriendo perturbar con diabólicas propuestas su tranquilidad de argonauta reflexiva y prudente, aquel quietismo monacal de plácidas digestiones y largas siestas, que era para ella el encanto más grande de las travesías oceánicas. Sus ojos de un azul claro, su cabellera rubia cenicienta, su carne blanca, jugosa y de ligeros tonos amarillos, semejante á la fresca pulpa de un melón, parecían valorizarse con nuevos encantos así como transcurrían los días. A cada singladura los paseantes desfilaban con más lentitud ante su sillón, echando miradas de través. Aumentaba el número de los señores graves que permanecían de pie cerca de ella contemplando el mar con aire pensativo, mientras de sus labios fingidamente inmóviles dejaban caer proposiciones con acompañamiento de cifras.

Marcela ya no hablaba con Isidro de la gran casa de París que le había confiado su representación. Parecía olvidada de los sombreros, pero seguía aplicando á su verdadera industria una meticolosa prudencia comercial. ¡Los hombres!... Los unificaba en su pensamiento, viéndolos con idéntica contracción de espasmo lígubre y el mismo ronquido de agonía, eternos gestos con los que ter-

minaba para ella indefectiblemente toda intimidad carnal. Creía de buena fe, con un escepticismo de profesional fatigada, que todos habían venido al mundo sólo para esto y eran incapaces de experimentar otros deseos.

—En todos los viajes es lo mismo, *mon cher*. Así como nos acercamos al Ecuador, los hombres se ponen locos y hay que sacudírselos como moscas. Y yo, ¡por nada del mundo!... ¡Aunque me ofrezcan mil! ¡aunque me ofrezcan dos mil! Aquí todo se sabe, y aunque no se supiese, es lo mismo. Después, cuando llegamos á Buenos Aires, se dan importancia por las bondades que una ha podido tener en el buque con ellos, y lo cuentan, y es inútil que se traigan buenas *toilettes* de París y que una mujer se presente bien. Se pierde importancia, se desvaloriza, como dicen allá, y los amigos que esperan con interés vuelven de pronto la espalda... ¡La novedad! ¡El ser de uno nada más, para que pueda darse importancia y sus amigos le tengan envidia! Usted no sabe lo que en América se paga esto, *mon cher*. Vale tanto como un vestido *chic* y mucho más que la hermosura... No; aquí, en el buque, nada. Lo repito: aunque me diesen dos mil; aunque me diesen tres mil...

Admiraba Maltrana la facilidad con que esta joven repetía entre muecas de desprecio las cifras de miles y miles, ella que, semanas antes, en su pisito de la Avenida de Ternes, llevaría indudablemente la cuenta del gasto diario con el esmero de una mujer ordenada, aunque de mala vida, que desea hacer ahorros para la vejez. Era la influencia del medio. La marcha hacia el país de la esperanza, que trastornaba diariamente en todos los cerebros las tímidas y estrechas apreciaciones del viejo mundo.

En el buque se hablaba á todas horas de cientos

de miles de pesos, de campos de leguas y leguas, de terrenos cuyo valor podía centuplicarse en un solo día. El franco y los céntimos trabajosamente ahorrados quedaban atrás de la popa, se perdían en el horizonte como algo vergonzoso que convenía olvidar. Eran el ensueño y la miseria de una humanidad anterior que afortunadamente no volvería á existir.

—Hay que ser prudente—repitió Marcela—; piense usted en el negocio y no pierda el tiempo en amores. Los que nacemos pobres no debemos permitirnos estas tonterías. Ya se *ratrapera* usted cuando sea viejo y rico. Entonces se dará el gusto de arruinarse por alguna muchacha que pueda ser su nieta... Y si ahora tiene usted verdadera necesidad de amor, no pierda el tiempo con nosotras: busque entre las personas «bien» que vienen en el buque. Ninguna de nosotras se atrevería á *demonstrarse* como esa señorita alta, del pelo cortado. Al final del viaje va á resultar que somos las más juiciosas de á bordo.

Era notable la ponderación de esta muchacha que administraba su sexo con el mismo tino de un comerciante que sabe ofrecer ó retirar el género á tiempo para mantener su valor.

—La cosecha es magnífica—dijo Isidro aquella mañana, apoyándose en un hombro de Manzanares—. No se preocupe, *mademoiselle*. Todas en el buque dicen lo mismo. Los Bancos no restringirán los créditos, todo el que pida dinero lo tendrá; y marcharán los negocios, y se vivirá bien, «en el mejor de los mundos»... Pero aunque un accidente inesperado diese al traste con esa cosecha que tanto le interesa, usted no debe afligirse. Aquí tiene á *monsieur* Manzanares, hombre generoso, que, según parece, está enamorado de usted y se dará por contento si puede hacer su felicidad.

—El señor—dijo Marcela sonriendo—ya sabe que en el buque no acepto nada.

—Bueno; pues será en tierra. Y de seguro que está deseando llegar á Buenos Aires cuanto antes, para poner á sus pies todas las blondas y puntillas de su establecimiento.

Manzanares, con el rostro verdoso y una sonrisa feroz, tartajaba su protesta.

—¡Pero á usted quién le mete!... ¡Usted qué sabe!

Y tomando pretexto de la llegada de otras francesas que se sentaban junto á Marcela y la saludaron con un «*bonjour!*» malicioso al verla tan acompañada, el comerciante intentó retirarse.

—Espérese, amigo—dijo Isidro—; yo también me voy. Estas señoritas tendrán que hablar entre ellas de sus asuntos.

Señalaba á dos compañeras de Marcela que arreglaban sus sillones para tenderse en ellos, fatigadas sin duda de la ascensión desde los camarotes á la cubierta. La de más edad era alta, gruesa, con el pelo teñido de un rojo de llama y las carnes algo flácidas. Sus ojos verdes tenían un brillo imperioso; sus movimientos eran resueltos y varoniles. Ejercía una autoridad indiscutida en aquella parte del buque donde se reunían sus compañeras, y que las graves damas de á bordo llamaban en voz baja «el rincón de las cocotas». Las amigas la oían como un oráculo cuando solicitaban el apoyo de su experiencia. Todas ellas conocían sus viajes por gran parte del globo, sus audaces travesías en el corazón de América como artista cantante. Su vida era una verdadera novela folletinesca, con encuentros de fieras y de bandidos. Y no obstante su pasado enérgico, permanecía horas enteras en el sillón, anonadada por una fatiga sin causa. Descender al camarote era empresa que le hacía reflexionar larga-

mente, acabando por pedir que la sustituyese una de sus amigas.

La compañera era una jovencita de ojos claros y virginales, encogida y tímida algunas veces, y otras con audacias de colegiala revoltosa. En el buque llevaba siempre la cabeza al descubierto, libre de velos y sombreros, dejando que flotase su tupida cabellera, de un rubio obscuro, suavemente ondulada. Mostrábase orgullosa de que «todo fuese suyo». Estaba satisfecha de su juventud, que ignoraba el adorno de los falsos cabellos, y de su piel sana, que no conocía el arrebol del colorete.

Maltrana las saludó á las dos como amigo antiguo.

—Buenos días, *mademoiselle* Ernestina. Soy, como siempre, el más ferviente admirador de su hermosa cabellera... Mis respetuosos homenajes, *madame* Berta. Saludo el heroísmo majestuoso de la vieja guardia.

Y sin prestar atención á la palabra risueña pero un tanto fuerte con que la exuberante madama contestaba á su saludo, Isidro se apresuró á huir tras de Manzanares, que se había despegado del grupo.

Empezaba el concierto matinal en la terraza del café. Circulaban los camareros con grandes bandejas cargadas de emparedados y tazas de caldo. La música parecía extraer racimos humanos de las puertas, escotillas y escaleras. Isidro comparaba al buque con un mueble viejo: bastaba que las vibraciones de los instrumentos de metal lo conmoviesen, para que al momento surgieran las gentes de todos sus poros y orificios como rosarios de parásitos. Varias señoras de las más encopetadas pasaron ante él sin volver la cabeza, desconociéndolo al verle en tan mala compañía.

«Estas matronas tan dignas—pensó él—me van

á tomar ojeriza si me encuentran mucho aquí. Huyamos; hay que conservar las buenas relaciones.»

Junto á la puerta del café detuvo á Manzanares.

—Es inútil su empeño—le dijo—. Pierde usted el tiempo. Sé bien lo que le han contestado: «En tierra veremos; aquí, ni por dos mil, ni por tres mil...»

—Déjeme tranquilo; no me... jorobe—rugió el comerciante—. No se ocupe más de mí.

Y separándose con rudo tirón, se metió en el café en busca de sus amigos.

Maltrana se detuvo en la puerta, como si no osase entrar en la penumbra de este salón oscuro y humoso durante el día. Sólo al llegar la noche hacía resaltar la gloria de sus dorados, de sus escudos policromos y de sus vidrieras de colores bajo guirnaldas de luces eléctricas. Las mesas inmediatas á las ventanas ya estaban ocupadas á aquella hora por los sempiternos jugadores de *poker*. Isidro los contempló con un desprecio admirativo. Empezaban su tarea diaria, que había de concluir pasada media noche, sin más intervalos que los de las comidas.

«¡Qué gentes!—pensó—. Hacen el viaje sin saber dónde están, sin haber echado una mirada al mar. En el comedor comentan entre bocado y bocado los incidentes del juego. Tomaron los naipes á la salida de Boulogne ó de Lisboa, y cuando lleguemos al río de la Plata habrá que gritarles: «Ya hemos llegado; ya estamos en Buenos Aires.» Y es posible que aún contesten: «Un momento; aguarden para atracar á que concluyamos la última partida...» ¡Y eche usted copas! ¡Y traiga usted cigarros! ¡Y las más admirables son las señoras, que viven codo con codo entre ellos, juntando su rodilla con la del camarada de enfrente, tragando humo y mirando las cartas con ojos de bruja hambrienta!...»

Huyó de allí, volviendo al paseo, donde se en-



contró con Fernando, que caminaba solo. Isidro vió reflejarse en sus ojos una alegría interior.

—Marchan bien los negocios, según parece. La conferencia de esta mañana ha dado buen resultado... Caminemos un poco... cuénteme usted.

Pero Ojeda, para desviar la conversación, evitando la solicitada confianza, aminoró el paso y dió con el codo á su amigo.

—Contemple usted y admire, Isidro. Ahí tiene á uno de los grandes sacerdotes del culto amarillo, que se prepara á officiar.

Señalaba con los ojos al banquero, majestuosamente arrellanado en su sillón, con una rica piel junto á los pies á pesar del calor. La amplia barba de un rojo obscuro descendía hasta el mamotreto que tenía en sus manos, extendiendo el serpenteo de los pelos entre las columnas de cifras escritas á máquina. En una silla inmediata estaban apilados con irregularidad otros legajos, á los que llevaba la mano de vez en cuando para hacer compulsas. Junto á él, su esposa, vestida de blanco con gran profusión de blondas de precio, hacía saltar entre los dedos su inseparable ristra de perlas con gesto de aburrimiento. Al pasar los dos amigos ante ella, sus ojos vagos parecieron concentrarse en Fernando con una mirada breve, pero vehemente y curiosa. El banquero daba órdenes á su secretario para que buscara un nuevo legajo en las diversas piezas que componían su departamento de lujo.

—¿Se ha fijado, Isidro, en los títulos de esos mamotretos?—dijo Ojeda al alejarse unos cuantos pasos—. Proyectos de ferrocarriles, obras de salubridad para ciudades, desecación de terrenos, aguas corrientes, tranvías... Ese señor lleva con él toda una civilización. Y todo es para el Brasil: los más de sus negocios están en San Pablo, á juzgar por los rótulos.

—Lo que yo he visto—contestó Maltrana—es la mirada de la señora del collar. Parece que se aburre al lado de tantos papelotes, y creo que mejor preferiría encontrarse al lado de usted charlando como la yanqui. ¡Ah, las mujeres! ¡su deseo de imitación! ¡su rivalidad instintiva! Esa señora no le vió en los primeros días, no existía usted para ella. Pero desde que anda con Mrs. Power acodándose en la borda, ella y muchas otras, cada día más excitadas por la monotonía de la navegación, empiezan á encontrarlo un poco interesante... No es gran cosa, lo reconozco: algo jamona y blanducha... y con ese perfil de pájaro... y esa nariz que no acaba nunca. Debe ser de Oriente: judía, turca, ¡qué sé yo!... Pero una señora que tiene esas perlas merece siempre atención. Debía usted hacerme amigo de ellos. No se tratan con nadie en el buque. Los dos se mantienen aparte, encastillados en su importancia.

Pero Ojeda sonrió, encogiendo los hombros, y dijo malignamente, para irritar á su amigo:

—Si yo fuese brasileño, temblaría sólo al ver los baluartes de legajos que trae ese buen señor. Dentro de pocos años, si le dejan, se habrá comido San Pablo y todos los otros santos que encuentre á mano, las plantaciones de café y hasta el último de los negros. Estos conquistadores europeos son de un estómago insaciable.

—Fernando, no barbarice—dijo Maltrana poniéndose serio—. No sea reaccionario, no sea poeta. Ese hombre se comerá lo que quiera, y hará muy bien si es que le dejan, pues tales son las leyes de la vida; pero va á prestar á la civilización un gran servicio. Hombres como él son los que han hecho la América que nos atrae y los que la harán todavía más grande. Figúrese usted cuando haya convertido en realidades todas las grandes obras que

lleva en sus papeles... ¡Qué importa que abuse en cuanto á la recompensa! Sea él quien sea y salgan de donde salgan los millones que ponga en línea de combate, es un representante del santo capital, un sacerdote, como usted dice, de mi religión, y yo lo venero... ¡Lástima grande que se muestre tan gran señor y sólo me conteste con una mirada fría de sus lentes de concha y un gruñido de mala educación cada vez que intento hablar con él del buen tiempo y de la felicidad del viaje!...

Acababan de doblar la curva del paseo en la parte de proa, y toda la calle de estribor se ofreció ante sus ojos. Maltrana se detuvo, viendo los sillones despegados de la pared y esparcidos hasta obstruir el paso. Eran señoras las que los ocupaban, sólo señoras, y algunos transeuntes retrocedían, no queriendo continuar su marcha á través de estos grupos femeniles que tomaban la cubierta como algo propio, sin importarles dificultar la circulación.

—Mire usted, Ojeda. Ya se está reuniendo «el banco de los pingüinos».

Y ante el gesto de extrañeza de su acompañante, dió una explicación. Este mote de «pingüinos» no era de su cosecha. ¡Que le librase Dios de tamaño atrevimiento!... Los «pingüinos» eran las señoras más notables de á bordo, matronas argentinas que al no poder ocupar el trasatlántico entero, lo mismo que un yate propio, se habían concentrado en esta parte del buque como asustadas y ofendidas del contacto con los demás. Era un muchacho argentino, que regresaba á su tierra después de varios años de vida en París, el inventor de este apodo un día que hablando con Maltrana se lamentaba del carácter de sus compatriotas, tachándolas de huranías y poco sociables.

—Mire usted á nuestras mujeres, y aprenda, ga-

lleguito—había dicho—. Se han refugiado en un extremo del buque, aislándose de las demás gentes. Se mantienen con los codos apretados para que nadie pueda entrar en su grupo. Recuerdan á los pingüinos del Polo Sur, esos pájaros bobos que sólo pueden vivir ala con ala formando filas en las aristas de las rocas.

Y desde entonces, la gente joven, en sus tertulias del fumadero, llamaba «el rincón de los pingüinos» á esta parte del buque donde pasaban el día aisladas del resto del pasaje sus madres, sus hermanas y las respetables amigas de sus familias. Este «rincón de los pingüinos» era mirado poco á poco con cierto respeto, hasta convertirse, algunos días después, en un lugar envidiable. Los paseantes se abstendían de dar la vuelta en redondo á la cubierta y volvían sobre sus pasos para no turbar las conversaciones de las damas. Sólo algún *gringo* despreocupado ó de egoísmo insolente pasaba sobre sus gruesos zapatos por entre los sillones, sin darse la pena de entender el significado de las miradas furiosas que despertaba su atrevida presencia.

Tácitamente, en virtud de un obscuro instinto de todos los pasajeros, se había efectuado en la cubierta una gran división de clases. El costado de estribor era el de la plebe sin valía social, el de los viajeros sin nombre y las pasajeras de vida sospechosa. En este lado, á partir del fumadero, se encontraba «el rincón de las cocotas»; luego, «la sección cómica», ó sea los numerosos sillones de los cantantes masculinos y femeninos de la compañía de opereta; «la gallegada», donde se juntaban los españoles; y el grupo de «la gringada», mucho más numeroso, compuesto de comisionistas alemanes que pensaban penetrar con su muestrario hasta el corazón de América; relojeros suizos, de aspecto bonancible, pero prontos á irritarse con una cólera

fria que tardaba mucho en disolverse; pequeños negociantes británicos; agricultores escandinavos establecidos en el extremo Sur; rubias alemanas que iban en busca de sus maridos, y los ganaderos norteamericanos, que al caer la tarde estaban ya medio ebrios. El banquero de la barba roja y sus voluminosos legajos, la esposa y su collar de perlas y el secretario siempre con un cuello de camisa alto y brillante, manteníanse en este lado de estribor entre la gente insignificante, para demostrar con su indiferencia ostentosa que estaban muy por encima de todas las divisiones sociales que se implantasen en el buque.

—Fíjese en el respeto que infunden los «pingüinos»—dijo Maltrana—. Las coristas de opereta pasean cogidas del talle por casi toda la cubierta, riendo, empujándose, mirando á los hombres; pero al dar la vuelta á la parte de proa y llegar adonde estamos, encuentran á nuestras damas haciendo labores de gancho con una majestad de reinas, leyendo *Fémina* ó conversando sobre los méritos y relaciones de sus respectivas familias, é inmediatamente retroceden cerrando el pico. Ninguna tiene valor para deslizarse ante el imponente aerópago. La otra noche le propuse por medio de intérprete á una de esas rubias que pasásemos juntos ante los «pingüinos», creyendo enorgullecerla con este sacrificio y que me lo gratificase después. Pero la pobrecita casi palideció de miedo: «*Nein... nein*», como si le hubiese propuesto echarnos de cabeza al mar.

De la sociedad modesta de estribor, las únicas que pasaban por allí eran doña Zobeida y Conchita. La buena dama de Salta saludaba á las «porteñas» con su aire señorial y bondadoso, á estilo antiguo, y seguía adelante sin permitirse mayores intimidaciones. Ni aquellas grandes señoras deseaban su amistad, ni ella necesitaba de su apoyo. Las más viejas

contestaban á este saludo con cierta simpatía, como si adivinasen en ella algo heredado y común que se iba perdiendo en sus propias personas. Las jóvenes miraban con extrañeza á «la buena mujer», acogiendo sus sonrisas como si fuesen de una antigua criada familiar.

Conchita era menos bondadosa, y pasaba con manifiesta hostilidad entre los grupos que obstruían este pedazo de cubierta perteneciente á todos. Las damas vestidas por los grandes modistos de París tenían miradas de burlona conmiseración para sus trajes de gusto madrileño y manufactura casera. Pero ella erguía la pequeña estatura de maja goyesca, unía los codos al talle y pasaba adelante moviendo las caderas, mirando con sus ojillos punzantes á las favorecidas de la fortuna. Su andar y su gesto parecían decir: «¿Y á mí qué?... ¿Y á mí qué?...»

Cerca de este grupo majestuoso, y buscando su contacto, estaban otras damas, á las que llamaba Maltrana «aspirantes á pingüinos». Eran la esposa y las niñas del señor Goycochea el español, la señora del millonario italiano, cuyo collar de perlas rivalizaba en valor y continuas exhibiciones con el de la mujer del banquero, sus hijas, la institutriz inglesa y toda la familia de la Boca que traía á su costa á Monseñor.

—Vea, Fernando, con qué aire de sonriente humildad acogen esas señoras cualquiera palabra de los «pingüinos». Son más ricas tal vez que las otras, pueden permitirse mayores lujos, pero no pasan de ser «gente mediana», y las otras son «gente bien», como ellas dicen. Sus maridos, *gallegos* ó *gringos*, han hecho fortuna como la hicieron los padres ó los abuelos de las otras, procedentes también de Europa. No hay entre ellas más diferencia que una generación ó dos de vida americana. El origen casi es

el mismo. ¡Pero lo que representa socialmente esa diferencia!...

Ojeda asintió, recordando la época de su vida pasada en Buenos Aires como secretario de Legación.

—Riase usted, Isidro, de las castas sociales de Europa. Allá, casi todos somos unos; la educación y la inteligencia nivelan á las gentes. Pero en estos países democráticos, los ricos de ayer necesitan aislarse, para que los demás crean en su importancia. Además, la continua afluencia de aventureros les obliga á defenderse con un estrecho tacto de codos. La «gente bien» son los que tuvieron en Buenos Aires un bisabuelo tendero poco antes de la Independencia, que vendía pañuelos rojos á los indios, paquetes de mate á los blancos, y compraba esclavos negros para revenderlos en el interior. Todas las mejores familias se enorgullecían de poseer un tenducho abierto, gran riqueza para aquellos tiempos de parvedad. Después, el abuelo se disfrazó de gaucho, sin serlo, para dar gusto al dictador Rosas, y tomó su mate teniendo por sillón un cráneo de caballo. Otro abuelo copió á los románticos franceses en su traje, su peinado y su énfasis, peleando en los muros de Montevideo contra el tirano y disparándole odas y folletos en los momentos de reposo. Además, tuvo que vivir ojo alerta para que el tal déspota no le echase la garra é interrumpiese sus entusiasmos literarios haciéndolo degollar con un cuchillo mellado... Luego, el padre fué el primero que realmente tuvo plata, y empezó á montar la casa y la familia en su rango actual. Creyó en Mitre y peleó por él... Pero la carne ya no se abandonaba en la Pampa como una cosa sin precio, y en vez de fabricar odas se dedicó á cercar con alambre leguas y leguas de tierra, haciéndolas suyas, y á poner la marca propia en los ganados sin dueño...

—Y estas «aspirantes»—interrumpió Maltrana—, cuando se haya borrado el recuerdo de sus maridos *gringos* ó *gallegos* (como se ha perdido el de los pobres tenderos de hace un siglo) y sus hijos ó sus nietos se casen con los de las otras, serán á su vez «gente bien», grandes duquesas sin título de la aristocracia trasatlántica.

—Cierto. Y por esto mendigan el contacto de los que están más arriba con una tenacidad á prueba de humillación. Acaban de llegar de lo más bajo con grandes penalidades; ya tienen el dinero: ahora les falta el lustre social... Y empujan hacia arriba con su audacia de antiguos emigrantes que no conoce la vergüenza ni el ridículo. Como le he dicho antes, puede usted reirse de las castas sociales de Europa. Entre una comiquita de París y una gran duquesa de las que figuran en el Gotha, hay menos distancia que entre una joven millonaria reciente, hija de emigrantes, y una señorita cuyo padre tiene tal vez hipotecadas las tierras y cuyos abuelos vinieron á América también de emigrantes... pero hace ochenta años.

Maltrana siguió explicando el diverso carácter de los otros grupos que se sentaban en la banda de babor. En último término, cerca del fumadero, los comerciantes germánicos dormitaban en sus sillones con un viejo ejemplar del *Simplicissimus* sobre la cara. Ciertas parejas inglesas deleitábanse pacientemente con las aventuras de correctos personajes, bien vestidos y de buena renta, relatadas en novelas de cuatro volúmenes en las que no ocurría nada, absolutamente nada. Y entre esta gente y el bando de los «pingüinos», con sus admiradoras anexas, estaba otro grupo, al que daba Isidro el título de «gran coalición de potencias hostiles», compuesto de señoras de nacionalidades diversas, atraídas por una antipatía común. Maltrana las

designaba con hermosos sobrenombres, lo mismo que los personajes homéricos. La chilena, «cuello de cisne», era á modo del núcleo central de esta célula de la sociabilidad trasatlántica, y en torno de ella aglomerábanse varias uruguayas, «las de los bellos brazos», y algunas brasileñas, «las de los ojos de antilope».

Por la mañana, al subir á cubierta, se saludaban las de uno y otro grupo con ceremoniosa sonrisa. «Buen día, señora; ¿cómo amaneció usted, señora?...» Y á continuación iba cada uno á ocupar el territorio propio, empujando su sillón para que quedase bien marcado el vacío fronterizo, la separación insalvable entre unas naciones y otras. Las «potencias hostiles» manteníanse alineadas á lo largo de la pared con una corrección militar, cuidando de no obstruir el paseo, para que todos apreciaran la diferencia entre unas gentes y otras.

De vez en cuando, los «pingüinos», parleros y movedizos en sus explosiones de exuberancia, lanzaban una sonrisa amable del lado enemigo, pero la sonrisa quedaba perdida en el espacio ó era contestada con leves movimientos de cabeza. Las «potencias» fingían ignorar esta vecindad, procuraban colocarse en sus asientos de tal modo que sólo presentasen al lado contrario la punta de un hombro, y cuando más se alborotaba el bando de los «pingüinos», riendo de una noticia ó admirando un objeto raro, ellas miraban obstinadamente al cielo ó al mar con una indiferencia incommovible.

Las «aspirantes á pingüinos», colocadas entre los dos grupos, cazaban las sonrisas de unas y las palabras de otras, aprovechándolas para entablar conversación. Estaban contentas de la vida íntima del buque, que no exige presentaciones para que las personas se conozcan.

A pesar de la falta de cordialidad de los dos gru-

pos, casi todos los días se establecía entre ellos una momentánea relación. Así lo exigen las buenas prácticas diplomáticas; así viven las naciones, armadas hasta los dientes, prontas á despedazarse, pero enviándose embajadores y mensajes afectuosos.

La chilena abandonaba el asiento, desdoblado su soberbia estatura para avanzar por la cubierta «con la majestad de la reina de Saba»—según Isidro—, seguida de un séquito de confederadas. El bando contrario acogía la visita diplomática con gran removimiento de sillones, para ofrecer los mejores sitios, y la conversación desarrollábase lánguidamente sobre recuerdos de elegancia y de grandes compras. Cada vez que las unas exaltaban los méritos de un modisto ó un joyero de la calle de la Paz ó la plaza Vendôme, las otras murmuraban con una voz blanca y una modestia agresiva: «Nosotras no podemos permitirnos eso; en nuestro país somos muy pobres. Eso ustedes y nadie más.» Y miraban al mismo tiempo con maliciosa complacencia sus trajes y sus joyas, de igual valía que los de sus rivales.

Los «pingüinos», á su vez, enviaban una diputación de matronas al territorio hostil, y su presencia parecía excitar la laboriosidad de las visitadas, que acometían con nuevos bríos sus labores de gancho y de bordado, siguiendo la conversación sin levantar cabeza del trabajo. Algunas veces, ninguno de los dos campos se decidía á ir en busca del otro, y los encuentros eran en terreno neutral, en el grupo de las «aspirantes», donde tomaba asiento la familia italiana de la Boca con su obispo.

¡Adorado Monseñor! Las damas del país intermedio lo miraban como una gloria propia. Gracias á él, las señoras de ambos lados venían á visitarlas, atraídas por el brillo purpúreo de su faja de seda y el esplendor de su cruz de oro. Y Monseñor, sonriendo bonachonamente, se esforzaba por mos-

trarse galante y pretendía entretener al femenino concurso con chistes aprendidos en el seminario y recuerdos de sus estudios clásicos. Virgilio era su mayor adoración: lo recordaba con más frecuencia que á los Padres de la Iglesia; todo lo había dicho y adivinado. Anécdotas modernas se las atribuía al poeta, como si con esto las diese nuevo valor. Y cada vez que abría la boca para hablar en su idioma, ya sabían las señoras cuál iba á ser el exordio: «*Dice il poeta Virgilio...*» Y lo que decía *il poeta* era una historia leída por el obispo meses antes en cualquier periódico católico.

Otra relación de cordialidad se establecía diariamente entre los diversos grupos. Por la tarde, antes de la hora del té, cuando los pasajeros dormitaban en sus asientos y ardientes cuchillos del sol se introducían en la penumbra del paseo por los intersticios de las lonas, danzando acompasadamente de una cabeza á otra con el movimiento del buque, como si fuesen péndulos de luz, las niñas bajaban á sus camarotes para volver á subir con grandes cajas llenas de dulces. Iguales á las procesiones de vírgenes que desfilan en los tímpanos de las catedrales llevando como ofrenda entre ambas manos un cofre de reliquias, las vírgenes americanas de falda trabada, altos tacones y paso airoso iban de grupo en grupo regalando dulces: «¿Un bombón, señora? ¿Un chocolate, señor?...»

—Es incalculable, amigo Ojeda, la masa de confitería que esas muchachas han metido en el buque. Cada amiga, al despedirlas en París, ha creído su deber aportar el correspondiente cofre. No pasan dos días sin que cada una de ellas le quite la cubierta á un nuevo embalaje de bombones. Cajas Imperio con la Recamier ó Josefina tendidas en un sofá; cofres forrados de seda con pastorcitos de Watteau, verdaderas maletas de terciopelo flordeli-

sado... Y las pobrecitas, ¡tan amables! con el gusto de exhibir los regalos de sus relaciones, hacen todas las tardes su ronda en el lado distinguido de la cubierta, y la gente pasa el viaje mascando caramelos y chocolates con crema.

En el curso de sus ofrendas llegaban hasta el extremo de babor, en las cercanías del fumadero, allí donde empezaban á borrarse las severas diferencias sociales, y las gentes que se tenían por distinguidas confraternizaban con las de la banda opuesta. Las vírgenes portadoras de arquillas se encontraban con sus hermanos, primos y futuros novios, que pasaban el día en el café ó sus inmediaciones.

Esta juventud, con la cabeza descubierta, la cabellera partida en dos crenchas negras, abultadas, lustrosas, impermeables, que ningún huracán podía alterar ni conmover, y el menudo pie encerrado en botines de charol de alto empeine y vistosa caña, siempre que salía del fumadero volvía los ojos con cierto temor hacia «el rincón de los pingüinos». Allí estaban sus madres y parientas y las respetables amigas de sus familias; pero antes la fuga que dejarse atrapar por una cariñosa llamada y sufrir media hora de conversación en tan noble compañía. «¡Viejas pesadas! ¡Señoras macaneadoras!...» Y esperaban á que pasasen las primas ó las futuras novias para unirse á ellas y atraerlas dulcemente hacia la popa ó la banda de estribor, donde reían y saltaban como escolares en libertad.

Otras veces permanecían juntos y silenciosos, contemplando el mar, teniendo á sus espaldas la mirada irónica de las francesas tendidas en sus sillones ó la sonrisa de las coristas alemanas, á las que hablaban ellos por la noche, á última hora, murmurando cifras.

—Yo admiro á esos muchachos—dijo Maltrana—. ¡Qué visión de la realidad! ¡Qué concepto de la vida

y sus necesidades! Todos vuelven á regañadientes á su tierra: llevan París en el corazón. La otra noche, el hijo mayor del doctor Zurita me consultaba sobre su porvenir. Apenas llegue á Buenos Aires, piensa exigir á «su viejo» que lo envíe á Europa... Quiere estudiar en París no sabe qué... pero en fin, quiere estudiar, sin aproximarse por esto al Barrio Latino, que encuentra poco *chic* y con mujeres ordinarias. Y me preguntó con adorable sencillez si un muchacho puede vivir con cuatro mil francos al mes, que es lo que se propone pedir al viejo... «Cuatro mil palos», pensaba yo. Pero al mismo tiempo sentí ganas de abrazarlo, por el alto concepto que le merecen las necesidades de la juventud.

Para justificar las señoritas este avance hacia los parajes ocupados por sus amigos, continuaban su tarea distributiva entre los señores adormilados que fingían leer en las inmediaciones del fumadero. «Señor, ¿un bombón?...» Y el *gringo*, despertado de su lectura por la voz juvenil, levantaba los ojos del volumen alemán ó inglés y metía la mano en la arquilla, murmurando: «Grachias, mochas grachias.» Luego volvía á sumirse en el libro adormidera. «Señor, ¿un chocolate?» Y el brasileño de tez amarilla y picudas barbillas, enjuto y anguloso, como si el sol ecuatorial hubiese absorbido toda su grasa, saltaba del sillón con galante apresuramiento, como si le fuese en elló la vida: «*Muito obrigado... joh! muito obrigado.*» Y sólo al estar lejos la señorita osaba devolver la gorra á su cabeza y la cabeza al respaldo del asiento.

Cuando los diferentes grupos de damas que ocupaban la banda de babor se reunían, entablado una conversación general, era indefectiblemente para prorrumpir en quejas contra las inclemencias del Océano y los atentados que se permitía con sus

personas. Los cuellos cambiaban de coloración, no obstante el cuidado en huir de los rayos del sol. El aire salino los oscurecía, dándoles un tono de pan moreno; la piel blanca de las rubias amarilleaba con la tonalidad del marfil viejo. La brisa húmeda barría los polvos de la cara, conservándolos únicamente en las arrugas y oquedades de la piel, formando un barrillo blanco. Alborotábanse los peinados en el hueco de una puerta, en una encrucijada de corredores, al pasar de una banda á otra, dejando al descubierto los artificios y retoques de los añadidos, lo que las obligaba á preservar estos secretos capilares bajo un turbante de gasas.

Si algunos caballeros respetables se aproximaban á los grupos de damas para conversar con ellas, hasta las más viejas, que parecían ajenas á las vanidades mundanales, los repelían con dengues juveniles.

—¡Ay, no se acerquen ustedes! Estamos horribles. Con este maldito mar está una impresentable. Todas tenemos algo verde en la cara.

Y los caballeros se creían obligados á ensalzar las grandes ventajas del viaje, durante el cual se satura el organismo de sales benéficas. Lo que se perdía en distinción se ganaba en saludable rusticidad. De noche, todas eran igualmente hermosas en el ambiente cerrado del comedor y los salones.

Una solidaridad de sexo borraba de pronto las envidias y antipatías que separaban á los grupos femeniles. Señoras de diverso bando se juntaban para recorrer la cubierta con ojo avizor. Las inquietaba una ausencia larga de los maridos. Y cuando los veían á través de las ventanas del fumadero jugando al *poker*, con la mirada fija en los naipes y la frente rugosa, preocupada, sonreían satisfechas, lo mismo que si acabasen de sorprenderlos practicando una virtud.

Sus inquietudes reaparecían al encontrarlos en plena cubierta, aunque estuviesen enfrascados en una conversación de negocios. Andaban por allí cerca las rubias de la opereta, las cocotas viajeras, un sinnúmero de temibles peligros; y sin una palabra que revelase su inquietud, cada una se aproximaba á su marido, se colgaba de su brazo, intervenía en la conversación, lo paseaba por toda la cubierta, y únicamente se decidía á soltarlo en la entrada del fumadero, con la promesa de que volvía al *poker* ó á tomar una copa.

Algunas que aún no habían salido de la primera juventud y llevaban poco tiempo de matrimonio, paseaban casi todo el día del brazo del esposo con aires de tiple enamorada, inclinando la cabeza sobre el hombro de él, como si la cubierta fuese el jardín de «Fausto». Por dignidad de clase, gozosas de jugar un rato á «señora mayor», distinguiéndose de las solteras, permanecían entre las respetables matronas; pero de pronto sentíanse agitadas por un hormigueo irresistible. No veían á su maridito. ¡Quién sabe lo que estaría ocurriendo en la otra banda del buque ó en la cubierta de los botes! ¡Con tantas malas mujeres que venían en este viaje! ¡No haber un vapor limpio de tentaciones, sólo para personas decentes! Y corrían sin saber adónde, como si hubiese sonado de pronto la señal de alarma.

Una actividad extraordinaria hacía ir y venir aquella mañana por la cubierta, en grupos parleros, á las jóvenes de diversa nacionalidad. Abordaba cada una á sus amigos y conocidos con un papel y un lápiz en las manos. Iban recogiendo para las fiestas equinocciales, y antes de inscribir el donativo discutían y protestaban, queriendo aumentar la cifra.

—Vea, Fernando—dijo Maltrana—, cómo se

mueve el abate francés, el conferencista de las barbas, entre las señoras, cuya admiración desea conservar. Para él no hay divisiones, y salta de un grupo á otro. Los «pingüinos» lo consideran suyo porque se lo han recomendado las grandes damas de la colonia en París. A las «aspirantes» las deslumbra hablando de las princesas y duquesas que lleva tratadas en su vida de predicador mundano. Pretende halagar á las «potencias hostiles» hablando de sus países con grandes elogios y dando á entender que en Europa todos saben á qué atenerse en la apreciación de unos pueblos y otros, distinguiendo entre el valor real y el *bluff*. Mirelo cómo distribuye á las señoras los libros de que es autor y periódicos con su retrato. ¡Ah, comediante!... Lleva en su equipaje colecciones enteras de todas las revistas ilustradas que han hablado de sus predicaciones en Canadá, Estados Unidos, Australia y no sé cuántos sitios más. Las hace circular y las recoge luego cuidadosamente, lo mismo que un tenor... Eso es, un tenor: un tenor de sotana.

Y hablaba con irónico asombro de las múltiples y mediocres habilidades del abate viajero y verboso: conferencista, pintor, escultor, poeta y músico. Maltrana sabía esto por uno de los periódicos que repartía él mismo.

—Me lo prestó una señora algo devota que tiene empeño en que yo admire al abate. Y como á mí nada me cuesta dar gusto, me mostré asombrado. «Pero señora, ese hombre es Leonardo: el gran Leonardo de Vinci.» Y mis palabras han tenido un éxito loco, pues cuando el doctor Zurita y otros argentinos socarrones se burlan del abate y dicen que es un vivo que va á Buenos Aires en busca de plata, las damas de su familia se indignan y me sacan á colación como argumento decisivo: «Es Leonardo, el que pintó *La Cena*: Leonardo de Vinci.

Lo dice Maltranita, que es un mozo que escribe y ha tratado á muchas eminencias...»

Ojeda rió de la seriedad con que relataba su amigo estos accidentes de la vida de á bordo.

—Ahora, las buenas señoras—continuó Isidro—, quieren que una noche dé el abate un concierto de piano, sólo para ellas... Ya han desistido de oírle una conferencia que estaba en proyecto. «El *Cyrano* de Rostand y el idealismo cristiano...» ¿Qué le parece el tema? ¿Se ríe usted?... Por algo lo alaban las buenas matronas, diciendo que es un cura moderno, de lo más moderno. Pero el abate no quiere oír hablar de conferencias á bordo; se niega á desembalar su mercancía gratuitamente antes de la llegada al mercado. Se reserva para un teatro de Buenos Aires.

Maltrana buscaba con los ojos al otro conferencista, el profesor italiano, que se mantenía lejos de las señoras, en las inmediaciones del fumadero, entre los lectores soñolientos, con una columna de volúmenes y revistas al lado de su sillón.

—Los «pingüinos» le saludan porque tiene un nombre conocido, y ellas respetan instintivamente la celebridad. Le han hecho firmar un sinnúmero de tarjetas postales con «pensamientos» filosóficos y galantes para ellas y para todas sus amigas coleccionistas; le han sacado retratos con autógrafo, y ahora, terminada la explotación, no se acuerdan de él. Es un sabio de malas ideas. El abate las acapara á todas.

Quedó Maltrana pensativo, y dijo luego á Fernando:

—Creo que usted y yo podíamos dedicarnos á eso de las conferencias. Según parece, gusta mucho en América y proporciona dinero. ¡Qué países tan interesantes! ¡Pagar por oír discursos!... ¡Tantos que hablan gratuitamente en nuestra tierra, y aun

así no encuentran las más de las veces quien los escuche!

Recordó Ojeda su vida en Buenos Aires años antes y las conferencias á que había asistido. Los pueblos jóvenes sienten el mismo afán de los escolares aplicados y curiosos, que, luego de oír las lecciones de los maestros, desean conocer las interioridades de su vida. No les bastaban los libros y las obras de arte enviados por el viejo mundo; querían ver de cerca la personalidad física de sus autores.

—Y todos los años, amigo Isidro, llegan á Buenos Aires hombres ilustres con el pretexto de dar conferencias, pero en realidad para satisfacer la curiosidad de los argentinos y para orgullo de las numerosas colonias europeas, que al exhibir y festejar al compatriota célebre, parecen decir: «No todos somos unos ignorantes que aramos la tierra ó vendemos detrás de un mostrador. Bueno es que estos criollos se enteren de que en nuestro país hay «doctores» mejores que los suyos...» Y las gentes, al saber que ha llegado el autor de un libro que leyeron hace tiempo por casualidad, ó el personaje político cuyo nombre encuentran todas las mañanas en el periódico, se dicen: «Vamos á ver de qué casta es ese pájaro.» Gastan unos pesos para encerrarse en un teatro, de cinco á siete, y arrullados por la voz del conferencista comparan su rostro con los retratos publicados, se fijan en el corte de su levita (convenciéndose una vez más de que en la Argentina visten las gentes mejor que en Europa), y hasta cuentan las veces que bebe agua. Además, se dan el gusto de ponerlo en caricatura y le atribuyen anécdotas en las que aparece asombrado al enterarse de que en América ya nadie gasta plumas. Porque allá, las gentes tienen empeño en que los europeos se los imaginen como indios emplumados,

para poder reirse después, con un gozo infantil, de la gran ignorancia de los del viejo mundo.

Cesó de hablar Ojeda, sonriendo como si le regocijasen interiormente sus recuerdos, y luego continuó:

—Las señoras que por curiosidad llenan los palcos, desaparecen á la tercera conferencia, y hacen bien, porque se aburren á morir. Ellas sólo gustan de los conferencistas que recitan versos... Pero quedan los intelectuales del país, los «doctores», que asisten con una hostilidad manifiesta, y al entrar se dicen unos á otros: «Vamos á ver qué nos cuenta ese señor.» Luego, á la salida, protestan á coro. «No ha dicho nada nuevo; no hemos aprendido nada, absolutamente nada...» ¡Como si el encontrar algo nuevo fuese cosa de todos los días! ¡Como si un hombre que encontrase algo nuevo en su país fuese á decir á sus compatriotas: «Tengan ustedes paciencia, aguarden un poquito. Voy á tomar el trasatlántico para contar á los señores de América mi descubrimiento, y en seguida vuelvo...»! ¡Como si con los medios de comunicación de nuestra época y lo difundido que está el libro, fuese posible ir á parte alguna con una idea reciente sin que al momento salten treinta ó cuarenta diciendo: «Eso ya lo sabía yo...»!

—Entonces—interrumpió Maltrana—, en esos viajes de los conferencistas la llegada es siempre más gloriosa que el regreso.

—Ciertamente. Cuando nuestro buque fondee en Buenos Aires, verá usted banderas, oirá músicas y aclamaciones. Luego, satisfecha la curiosidad, sobreviene la indiferencia, y los héroes de un día se reembarcan sin otro acompañamiento que media docena de amigos que quedan allá como cónsules de su renombre y encargados de sus negocios. Los únicos que no olvidan son los «doctores», que para

convencerse de su propia superioridad, repiten: «No ha dicho nada nuevo. Lo sabíamos todo...» Y esto ocurre porque nadie en la vida expone la verdad corajudamente; porque el conferencista debía decir el primer día á su público: «Todos ustedes, que viven batallando por el dinero, deben figurarse por qué he hecho yo esta larga travesía, viniendo á una tierra que no tiene el Partenón, ni las Pirámides, ni la Alhambra. No sería correcto colocar mi sombrero en mitad de una acera, diciendo: «Yo soy Fulano de Tal, que he venido á verles. Echen algo para que me lleve un buen recuerdo de este país de riquezas.» Por eso prefiero exhibirme en un teatro y justificar la generosidad del público con dos horas de aburrimento y vulgaridades...» En el fondo, esto y nada más es una serie de conferencias. Un pretexto para que el país se muestre generoso con la celebridad que lo visita.

—Ya veo claro—dijo Maltrana—. Una especie de premio Nobel que la Argentina se permite el lujo de regalar á alguien que es conocido por algo, siempre que se tome el trabajo de ir á pedirlo en persona... Con la diferencia de que este premio Nobel es por cotización popular.

—Exacto. Y no crea usted que el país pierde nada con ello. Para su gloria mundial, jamás dinero tan bien gastado como los cinco pesos que cuesta oír una conferencia. El conferencista, al llegar á su país, olvida con la distancia los arañazos de los remotos «doctores» y sólo ve el cheque que guarda en la cartera. Una cantidad de poca importancia para allá, pero que traducida á dinero de Europa representa cincuenta mil ó cien mil francos: el producto de media docena de libros, el sueldo de ocho años de cátedra ganado en un par de meses.

Ojeda se imaginaba las consecuencias del viaje. La esposa del hombre ilustre renovaba el mobilia-

rio y el vestuario de la familia; los dos cónyuges adquirirían una casita de campo para que los niños se criasen mejor; todos en el hogar prorrumpían en elogios á la Argentina, y los amigos y hasta las más lejanas relaciones fijaban su atención en este país maravilloso, donde no hay mas que agacharse para encontrar plata. Los compañeros del ilustre maestro se mordían los labios de envidia, y cuando en los azares de la existencia encontraban á alguien venido de la Argentina, aunque fuese un necio, lo adulaban y lo acosaban, dando á entender que ellos también irían allá... á la más ligera invitación. El conferencista considera como un deber escribir un libro que demuestre su agradecimiento, un libro concebido á través de gratos recuerdos, y que resulta ampuloso y glorificador como una oda de encargo oficial. Y cuando algún malhumorado ruje contra la lejana República, dando á entender que las cosas son en ella muy distintas de como las imagina el optimismo, el grande hombre salta indignado en defensa de un país cuyo nombre mencionan siempre con veneración su mujer y sus hijos.

—Yo que creía—interrumpió Isidro—que estos conferencistas eran unos amables burlones, que después de explotar la credulidad americana se reían de ella...

—Tal vez hayan pensado así algunos; pero al final los explotados son ellos, pues por impulso propio hacen al volver á sus tierras una propaganda que de ser obra del gobierno costaría millones. ¡Quién sabe cuánta parte tienen ellos en la fama reciente y mundial del país adonde vamos! Bien puede ser que alguno haya hecho surgir en nosotros la primera idea inicial de este viaje con una lectura que ya no recordamos...

Isidro, que al mismo tiempo que escuchaba á su

amigo seguía con los ojos el curso de los paseantes, le tocó en un codo, interrumpiendo sus palabras.

—Mire usted á la sin par Nélida. Acaba de subir á la cubierta, y ya van saliendo del fumadero sus adoradores... ¡Saludo á la pasajera más hermosa de todo el buque!

Nélida dilató los frescos labios, contestando con su sonrisa felina á la genuflexión versallesca de Isidro. Luego pasó ante «el banco de los pingüinos» irguiendo su aventajada estatura, desafiando con su mirada cándida el enojo de las imponentes señoras. Las más fingieron no verla, para no responder á su saludo. Algunas contestaron «Buen día, niña» con voz triste y ojos de conmiseración, como si fuese una enferma cuyo fin consideraban próximo.

—Esa Nélida es de una audacia estupenda—dijo Maltrana—. Sabe que todas las señoras hablan de ella con escándalo, y las saluda como en los primeros días, cuando la creían una muchacha juiciosa. Los desprecios y los bufidos resbalan sobre su persona sin molestarla.

Habló Isidro de la indignación de las matronas, que consideraban como un tormento viajar con sus hijas teniendo que sufrir la compañía de Nélida.

—Prohíben á sus niñas que la saluden, cuando en los primeros días de navegación era la más agasajada por todas ellas... Pero las niñas fingen obedecer, y la buscan en secreto, lejos de las mamás. ¡El encanto de rozar lo prohibido! ¡La mágica atracción del pecado!... Por las tardes, mientras las señoras dormitan, suben ellas con Nélida á la última cubierta para que las enseñe á bailar el tango... pero el tango tal como se baila en los cafés nocturnos de Berlín. Piensan como excusa que cuando bajen á tierra ya no la verán más, y que aquí en el buque todo resulta bien.

Siguió Nélide adelante, hasta llegar al extremo de babor, donde estaba sentada su madre. Tenía ésta á un lado su hijo medio imbécil y al otro el venerable jefe de la familia, que balanceaba su cabeza de patriarca entornando los ojos, cual si acariciase mentalmente un negocio nuevo.

—La pobrecita—continuó Isidro—siente por las mañanas el amor de la familia y va en busca de su padre. Lo besa, juguetea con él como una gata, y al mismo tiempo se da el placer de seguir con el rabillo del ojo la impaciencia de sus admiradores, que se mantienen á distancia, ansiosos de juntarse con ella. ¡Criatura ingenua y refinada!... Pero fíjese, Fernando: usted, que me cree poca cosa, y no le falta razón, mire con qué impaciencia me aguardan mis admiradoras.

Y señaló disimuladamente el grupo de damas, en el cual algunas, las más viejas, volvían sus ojos hacia Maltrana, como invitándole á aproximarse.

—Yo tengo mi público, y como todo hombre notable, tengo también mis enemigos y detractores. No puedo aproximarme á las nobles matronas y cambiar con ellas un saludo, sin que alguna me diga: «Cuéntenos algo. Usted que lo sabe todo, Maltranita, díganos qué ocurre en el buque.» Y me tienen de pie ante ellas, para que no se borren del todo las distancias sociales, hasta que de pronto las hago reír ó las cuento algo que las interesa vivamente, y entonces alguna, con repentina solicitud, me dice: «Pero siéntese usted, siéntese aquí y no sea zonzo.» Y encoge las piernas para que me siente en el extremo de la silla larga, como un paje á los pies de la dama... La viuda de Moruzaga, que tiene millones y millones, gusta de hablarme á solas para que me entere de los encantos y virtudes de su esposo. ¡Pobre señora! ¡Una verdadera enamorada! Sólo vive cuando puede hablar de «su finado». Y si la

conversación cambia de tema, pierde todo interés para ella y parece dormirse con los ojos abiertos.

Una idea repentina hizo abandonar á Maltrana su tono ligero.

—Pero ¿se ha fijado usted, Ojeda, en el modo de ser de estos hermanos nuestros? Los primeros días, al oírles, decía yo: «Somos iguales: iguales salvo algunas diferencias de acento y de sintaxis...» Y no señor; no somos iguales. ¿Cómo me explicaré?... Unos y otros tocamos el mismo instrumento, pero tenemos distinto oído para apreciar los sonos. A lo mejor, digo algo que por casualidad me resulta gracioso, algo que en España pasaría por un «golpe» de ingenio, y las buenas señoras permanecen insensibles, como si no me entendiesen. Luego, en el curso de la conversación, suelto una necedad infantil, un chiste de colegio, que en Madrid me valdría una rechifla, y mi público ríe esta inocentada y la repite como una brillante manifestación de ingenio.

Ojeda, recordando sus viajes por América, asintió á las palabras de su amigo. No sólo había divergencia en la apreciación de los sonos del instrumento común del idioma: se diferenciaban también en la agilidad y la fuerza para su manejo.

—En muchos de esos países—dijo Fernando—, las gentes hablan con una lentitud penosa, como si la rebusca de las palabras fuese acompañada de los dolores de un parto. Las mujeres especialmente sólo tienen cuerda verbal para cinco minutos, y luego quedan mudas, mirándose unas á otras. Únicamente se animan cuando hay que «pelar» á alguien; pero este es un fenómeno verbal no sólo de América, sino de todos los países del planeta.

—Sí; hablan poco—dijo Maltrana—. Gustan de escuchar, pero su capacidad auditiva es tal vez tan limitada como su capacidad verbal. A la larga se

fatigan de oír, aunque la conversación les interese. Parecen ofenderse de haber permanecido mucho rato en silencio, y se vengan llamando «macaneador» al mismo cuya palabra han solicitado. Lo que no se entiende, lo que no gusta, ya se sabe que es «macana».

Isidro empezó á apartarse de su amigo.

—Le dejo, Fernando; me reclama mi público. En los primeros días tenía más éxito. Pasaba de un grupo á otro: de los «pingüinos» á las «potencias hostiles»; pero no se puede dar gusto á todos á la vez. Ahora, con las «potencias», el saludo nada más; frías y corteses relaciones de diplomacia. La última vez que me acerqué al grupo, la chilena «cuello de cisne» me dijo con una sonrisa de cuchillo: «¿A qué viene usted aquí, patero? Déjenos en paz y vaya á hacer la pata á sus argentinas.» Y aunque esto de que le llamen á uno adulador es un poco fuerte, al consejo me atengo, ya que á la Argentina voy.

Intentó tirar del brazo á Ojeda para atraerlo hacia el grupo.

—Venga usted conmigo. Las señoras tendrán mucho gusto en oírle. Usted ha sido presentado á todas ellas, y le encuentran muy simpático. ¿No quiere?... Sin duda está usted ofendido por lo que le dije, de que las niñas le encontraban «muy buen mozo, pero algo viejón»... No haga usted caso. Es una consecuencia de la mentalidad simple de estos pueblos, que aún viven cerca del tronco primitivo, ó sea de la Naturaleza sin artificios ni refinamientos. Para ellos, una buena moza de treinta y cinco años es una vieja, y un hombre digno de ser amado debe tener veinte años cuando más. Sólo admiran la existencia en capullo, como en tiempos de la vida de tribu... Y eso cuando en Europa cada año que pasa hace retroceder hasta los confines de la vejez

el límite de la edad amorosa. Balzac haría reír hoy con su novela *La mujer de treinta años*. Las damas de cuarenta son ahora las conquistadoras más temibles. En el teatro, galanes cincuentones disputan sus amantes á los jovencitos y acaban por llevárselas... ¡Viejón, y sólo tiene usted treinta y seis años! No haga caso de las opiniones de estas gentes recién desbastadas, que en punto á refinamientos sólo copian lo exterior y ostensible... Decididamente, ¿no quiere usted venir?... Hasta luego.

Fernando permaneció solo algunos minutos, acodado en la borda, siguiendo con los ojos el resbalar del agua removida por los flancos del buque. Sobre el lomo verde del Océano giraban flores de espuma rematadas por una espiral que se perdía en la profundidad. Luego emprendió un paseo por la cubierta, y ante el grupo de señoras se llevó una mano á la gorra con saludo mudo, sin volver la vista. Rozó, al pasar, á Isidro, que hablaba de pie, y oyó una voz femenina que le interrumpía con interés: «¡No diga!... Eso es muy curioso. Siéntese, Maltranita, y cuente.»

Continuó Ojeda por el lado de babor, saludando á las «potencias hostiles» y á un grupo de argentinos y brasileños que hablaban de las estancias rioplatenses, de las *fazendas* de café, del valor de los campos, mezclando cantidades de leguas y millones de pesos. El señor Oneglia, el millonario italiano, que reposaba, enorme y flácido, en un sillón especial, lejos de su familia, ansiosa de rozarse con la «gente bien», abrió un ojo al oír los pasos de Fernando y lo protegió con un saludo gruñente, volviendo á sumirse en su noche poblada de cálculos. Al lado de él, como si la afinidad de gustos les impusiese este contacto, se sentaban los tres comerciantes españoles. Más allá, el conferencista italiano levantó la cabeza y descansó un libro en

las rodillas para saludar á Ojeda. Cerca del fumadero, la madre de Nélida pareció acariciarle con sus ojos de brasa y el padre le gratificó con una sonrisa protectora. La niña, hastiada ya de las expansiones familiares, se había despegado de ellos y reía en la puerta del fumadero, escoltada por su hermano y todos los admiradores, que parecían desnudarla con los ojos.

Llegó Fernando hasta la terraza del café, atraído por el *Canto de la Primavera*, de Méndelsshon, que tocaba la música. Apenas se hubo apoyado en la baranda para escuchar, vió que un cuerpo se aproximaba á él, velando la luz del sol, y oyó una voz enérgica que recortaba duramente las palabras.

—Buenos días, señor Ojeda... Usted perdonará la libertad que me tomo, pero yo soy amigo de don Isidro, y tal vez le habrá hablado de mi persona... Usted dispense que me acerque así como así, ¡pero entre compatriotas! ¡somos tan pocos en el buque!... Por eso me he dicho: «Aunque no sea correcto, voy á saludar á ese señor.»

Era el cura español que Maltrana le había enseñado varias veces de lejos: un hombrecito moreno, enjuto, vivo en sus movimientos, al que encontraba Fernando cierto aire ágil y garboso de banderillero. Su delgadez hacía más visible la exuberancia de un abdomen puntiagudo que parecía pertenecer á otro cuerpo. Una cadena algo negruzca, con llaves de reloj y medallas, se tendía de la botonadura de la sotana á un bolsillo del pecho. Dos dedos enrojecidos por el tabaco sostenían un cigarrillo. La cabeza, de pelo duro é intensamente negro rayado de canas prematuras, ocultábase en parte bajo un casquete redondo de seda, igual al que usan los tenderos.

—José Fernández, sacerdote, para servir á Dios

y á usted—dijo el cura haciendo la presentación de su persona.

Mostró la fuerte dentadura de hombre de campo, con una sonrisa humilde que delataba el deseo de intimar con este compatriota, el personaje más eminente de cuantos venían en el buque, según su opinión.

La música había cesado de tocar, y el cura aprovechó este silencio para expresarse con la exuberancia de un verboso falto de amistades que busca ocasión de esparcir su facundia. La franqueza española le hizo tratar á Fernando confianzudamente á las pocas palabras, lo mismo que si fuese un antiguo camarada, acompañando cada avance de su intimidad con humildes excusas: «Usted perdone; pero aquí no es como en tierra. Pasamos la vida juntos; estamos en la soledad del mar, confiados á la voluntad del Señor... ¿Conque usted también va á Buenos Aires, don Fernando?... ¡Vaya, vaya! Allá vamos todos, y quiera el Altísimo que los negocios le resulten bien, conforme á sus deseos.»

Hablaba el buen clérigo sin interrupción, y Ojeda iba entresacando fragmentos de su historia de estos períodos de charla confidencial. Tenía á su madre en un pueblecillo de Castilla la Vieja; además, una hermana mal casada, con una turba de hijos, y todos confiaban en él, que era la gloria de la familia, «el señor cura», el ser excepcional. Ultimo descendiente de una línea de míseros jornaleros del campo, había conseguido emanciparse de la servidumbre del terruño gracias á cierta viveza de ingenio demostrada en la escuela del lugar y á la protección de una señora vieja que le había costado la carrera del sacerdocio.

—Carrera corta, don Fernando. Yo no soy teólogo; no soy doctor en nada. Cura de misa y olla nada más; pero ¡lo que he trabajado en esta vida!

¡y lo que me queda que penar!... Mi cuñado es un infeliz, un buen hombre, que no sirve para nada, y yo tengo que mantenerlo, y á la pobre viejecita, y á mi hermana, y á todos los sobrinos, que se creen superiores á los demás del pueblo porque cuentan con un tío cura. He sido vicario, trabajando del alba á la noche por seis reales al día: peseta y media, don Fernando. He sido párroco suplente en lugares de mala muerte, y después de enviar á mi madre lo que ganaba (menos de lo que gana un guardia civil), tenía que mantenerme de los regalos de los feligreses pobres. Y todavía el barbero del pueblo y otras malas lenguas murmuraban de la vida regalona que llevamos los de la Iglesia... Cuando vivía en Madrid, cerca del diputado del distrito, solicitando un puesto mejor, he andado hecho un azacán de sacristía en sacristía pidiendo misas como el que pide limosna. He pasado mucha hambre; no tengo vergüenza en decirlo: mucha hambre por sostener á los míos; y por esto voy allá, á ver si cambio de suerte.

Calló un momento don José, como si vacilase, temeroso de exponer sus ideas, y al fin continuó en voz baja:

—Dicen que España es un país católico, el más católico de la tierra. Así será, pero no hay en él dos pesetas para los clérigos de mi clase, para los que trabajamos de veras. Hay dinero para la Iglesia, pero se lo llevan otros... otros.

En la vaguedad de su mirada, en la timidez de su voz, había cierta protesta contra los que vivían en las alturas.

Fernando quiso saber cómo se le había ocurrido la idea del viaje.

—Tengo allá compañeros de seminario. Un muchacho que estudió conmigo vive en Buenos Aires, y me ha escrito maravillas de aquella tierra, invi-

tándome á ir con él. Antes era mucho mejor: faltaban gentes de nuestra clase; ahora, en cada buque llegan sacerdotes de todos los países. Pero no importa: en la capital se puede vivir bien á la sombra de una parroquia, y además hay el campo, donde cada semana se funda un pueblo y hace falta un cura... También tengo condiscípulos en Chile y otras naciones del Pacífico. Allá creo que aún se presenta la cosa mejor para nosotros. Me escriben que hay señora que da cien pesos de limosna por una misa. ¡Y en España que no pasa nadie de tres pesetas!...

Complaciase Ojeda con esta franqueza de don José al comparar las ganancias del sacerdocio en los dos hemisferios. Había hecho bien en embarcarse: seguramente le esperaba allá la fortuna.

—No es tan fácil, don Fernando; hay mucha concurrencia. Me dicen que los curas italianos trabajan por lo que les dan, y han abaratado los precios. Como que muchos se ayudan con un oficio, y cuando vuelven de la iglesia á casa, son sastres de viejo ó remiendan zapatos... En aquellas tierras los hombres se muestran, según mis noticias, algo indiferentes con nosotros. Lo mismo que en la nuestra. Hay que buscar el apoyo de las mujeres, y para esto me ha prometido don Isidro presentarme á esas señoronas ricas que hablan con él y se sientan en la parte de proa. Parecen muy entusiasmadas con el obispo italiano: «Monseñor, aquí; Monseñor, allí», pero yo soy español, y ¡quién sabe!... Me gustaría encontrar una señora rica que me protegiese.

Fernando sonrió, algo asombrado de la naturalidad con que don José hacía esta declaración. ¡Qué cinismo tranquilo!... Y quiso acompañar su risa tocándole en el pecho con un dedo, pero se detuvo al ver su gesto de sorpresa.

—Se equivoca usted, señor Ojeda. Yo soy un in-

digno pecador en muchas cosas... menos en esa. Tengo mis defectos, como todos los hombres, pero lo que usted cree... ¡nunca! Yo no pienso jamás en esas niñerías. ¡Yo soy muy hombre!

Golpeábase el pecho con arrogancia al hacer esta viril declaración, y Ojeda admiraba la incoherencia del pobre sacerdote, que repetía con orgullo su calidad de masculino como prueba de virtud.

—Soy muy hombre, don Fernando, y por eso me deja indiferente ese pecado tonto en el que usted piensa y que sólo proporciona escándalos y quebraderos de cabeza... Otros pecados, no digo que no...

Una sonrisa de malicia infantil arrugó sus mejillas morenas, en las que se marcaba la mancha azul de la recia barba. Quedaron al descubierto sus dientes apretados, deslumbradores, que denunciaban una gran fuerza triturante. Contemplando su ávido brillo, creyó Ojeda en la pureza de aquel hombre. La voluptuosidad había contraído en él todos sus tentáculos, para replegarse sórdidamente en el paladar y el estómago.

Maltrana le había hablado algunas veces del apetito insaciable de don José, de la prontitud con que acudía al comedor apenas sonaba la trompeta, de la profusión con que recolectaban sus manos emparedados y galletas en las bandejas á la hora del té, del entusiasmo con que elogiaba la abundancia nutritiva á bordo del *Goethe*. Su capacidad de alimentación sólo era comparable, según Isidro, á la de un náufrago que se salva ó á la de un habitante de ciudad sitiada que se rinde después de varios años. Cuarenta generaciones de jornaleros hambrientos comían por su boca.

En aquel mismo instante, mirando Ojeda hacia el paseo de babor, vió á Isidro que acababa de abandonar su conversación con las señoras y venía hacia él. Pero se detuvo ante la familia de Névida. El pa-

dre, sin moverse de su asiento, hablaba con Martorell, el poeta bancario, y Maltrana, después de escucharles unos segundos, se inmiscuyó en la conversación.

—Yo necesito, para abrirme paso, una señora que me proteja—continuó don José—. Pero eso no es fácil; en nuestro mundo hay modas, como en todos los mundos, y vanidades y categorías. Yo soy un pobre cura que sólo sabe cumplir como buen trabajador.

—Debía usted imitar—dijo Ojeda—á ese abate francés que tanto entusiasmo á las señoras.

—¡Cállese, señor!—protestó el cura—. Yo no sirvo para titiritero. Los españoles no sabemos hacer comedias: tenemos más seriedad... ¡Yo soy muy hombre!

Y resumía su indignación con un fiero golpe en el pecho, afirmando varias veces que era muy hombre.

—Tal vez en tierra me sea más fácil abrirme paso. Yo no soy cura á la moda, pero soy cura español, y esto algo debe valer entre gentes que son de nuestra sangre, hablan nuestra lengua y profesan el catolicismo porque España fué la primera en descubrir sus tierras. Ahí está la buena señora doña Zobeida, ese ángel de bondad; para ella no hay más sacerdote á bordo que yo: el obispo y el abate, como si fuesen zapateros. ¡Ojalá se resolviese lo de su pleito y cambiase de fortuna! Ciertamente que no me olvidaría... Además, en aquella tierra, según dicen, el exceso de dinero y la abundancia de negocios malean á los sacerdotes. Unos se dedican á la cria de caballos ó de bueyes, otros prestan dinero á los feligreses sobre las cosechas. Pero yo llego para trabajar sólo en lo mío, para cumplir como bueno, y me contento con poco. Mi felicidad sería un curato en esos campos donde la carne va tirada,

según dicen, y el pan lo mismo. Mi madre no puede venir, porque le tiene miedo al mar; pero traeré á mi hermana, que es guisandera fina, y malo será que no coloque á mi cuñado y dé carrera á los sobrinos... ¡Señor, que así sea!

Quedó indeciso y silencioso, como si agitasen su cerebro nuevas é inesperadas ideas.

—Líbreme el Altísimo de un engaño—dijo—; pero yo pienso, don Fernando, que nosotros en América somos algo. Tal vez no sabemos tanto ó somos menos atrevidos que ese parlanchín de las barbas, pero somos más serios, más sencillos. Nuestro catolicismo es para América más... ¿cómo me explicaré?... más...

—Más clásico—interrumpió Ojeda, para sacar al cura de su apuro.

—Eso es—dijo don José tras una vacilación, como si pesase la palabra no comprendiéndola bien—. Más clásico, más con arreglo al país, y por esto las personas buenas y sencillas que no se curan de modas deben recibirnos mejor á nosotros que á esos sacerdotes extranjeros que parecen gente de teatro.

Permanecieron los dos en silencio, y Ojeda volvió á tener la misma visión del día anterior... «¡Buenos Aires!» También este nombre mundial había titilado un instante, como parpadeo de mística lámpara, en la penumbra de la sacristía, evocando la ilusión de una mesa abundante, una mesa de hartura, y en torno de ella una familia robusta y saludable, segura del porvenir, rodeando al sacerdote rico... Y allá iban todos, siguiendo el revoloteo de la esperanza, hacia un mundo de fértiles soledades faltas de hombres, llevando como precio de su entrada fuerzas, iniciativas y apetitos: unos sus brazos, otros su inteligencia, otros el ávido capital ansioso de copular con la tierra y reproducirse hasta lo infinito... y hasta aquel pobre cura llevaba

su misa, su catolicismo español, más serio, más... clásico.

La llegada de Maltrana interrumpió estas meditaciones.

—¿Qué dice don Pepe?...

Y acompañó el familiar saludo con una suave palmada en el abdomen del clérigo. Este se inclinó sonriendo. «¡Qué don Isidro tan alegre y simpático!... Era imposible enfadarse con él...»

Al ver juntos á los dos amigos, el cura pareció contraerse en su humildad.

—Ustedes tendrán que hablar—dijo mirando su reloj—. Va á ser mediodía. ¡La hora del almuerzo! Me hace falta un poco de paseo para despertar el apetito.

Y se alejó, seguido por la risa de Maltrana, que lamentaba irónicamente la inapetencia del cura.

Ojeda quiso saber qué había hablado su amigo con Martorell y el padre de Nélica.

—Hablabamos de negocios—dijo Isidro con repentina gravedad y una expresión de misterio—, de un gran negocio que llevamos entre manos. ¡Quién sabe si antes de un año seré rico, muy rico, más que usted, que quiere ir al desierto á roturar la tierra!... Las amistades sirven de mucho, y yo las tengo buenas.

La mirada interrogante y asombrada de Ojeda le invitó á continuar en sus confidencias. Dudó un momento, como si temiese la burla de su amigo, y al fin dijo con resolución:

—Vamos á fundar un Banco apenas lleguemos á Buenos Aires... No se ría usted, Fernando; me lo esperaba. Es cosa seria. Martorell pone la idea y su experiencia de técnico. El señor Kasper, el padre de Nélica, pondrá el capital que se necesita para empezar; poca cosa, según el catalán, que entiende mucho de esto. Yo... no sé lo que pongo en el ne-

gocio, pero seguramente pondré algo, pues entro en él, y mis consocios parecen contentos de tenerme en su compañía.

Echóse á reir Ojeda con tal fuerza, que su espalda chocó con la barandilla, doblándose hacia la parte exterior. «¡Maltrana banquero! ¡Maltrana fundador de un Banco, cuando apenas tenía unas pesetas para desembarcar!...»

—No se burle—dijo éste, algo amoscado—. La cosa no es para tanto. ¿Vamos ó no vamos á una tierra de riquezas y prodigios?... Si usted oyese á ese muchacho catalán, la sencillez con que explica las cosas, se convencería de que lo del Banco es asunto serio. ¿Y qué tiene de extraordinario que yo llegue á ser un gran banquero en un país donde todos, al llegar, cambian de profesión y cada uno se descubre con facultades y aptitudes que no sospechaba en Europa?... Aquí en el buque no se oye hablar mas que de millones y de negocios estupendos. Todos llevamos nuestro plan gigantesco para asombrar al Nuevo Mundo y encadenar á la fortuna. Hasta los que se volvieron de América desesperados retornan con nuevos bríos. ¿Por qué no ha de tener Maltrana su negocio?... Crea usted que los que han fundado Bancos allá no valían más que yo ni tenían el talento de Martorell, que es un águila para estas cosas.

Pasado el primer acceso de hilaridad, admiróse Ojeda de la convicción con que hablaba su amigo del futuro negocio. Sentía, indudablemente, la influencia misteriosa que había observado él en anteriores viajes. Un ensanchamiento de la ilusión, hasta los confines más absurdos de lo irreal, dominaba á los viajeros. El aislamiento en medio del Océano empequeñecía ó anulaba todos los obstáculos con que se tropieza viviendo en tierra firme. La inmensidad del mar parecía dilatar los cerebros y

los ojos. Todos pensaban en grande y veían sus propias ideas con retinas de aumento. Y como la ilusión de los unos no oponía obstáculos á la esperanza de los otros, todos se empujaban locamente, dando por realizadas las cosas en este galope de optimismo.

Los vecinos de asiento, que durante los primeros días de navegación se habían mirado hostilmente en la cubierta de paseo, buscábanse ahora, no pudiendo vivir separados, y hablaban horas y horas de los futuros negocios ideados en comandita, sin cansarse de manosearlos para apreciar mejor su mérito, examinándolos, como una piedra preciosa, faceta por faceta. Un hálito de heroísmo despreciador de los obstáculos hacía vibrar los cerebros. La vieja Europa, meticulosa, cobarde y retardataria, quedaba atrás; las hélices la enviaban los espumarajos de las aguas rotas como un salivazo de despectivo adiós. Por la proa llegaba el viento del Nuevo Mundo, la respiración de una tierra de valerosos sin escrúpulos ni remordimientos, donde el absurdo triunfa, siempre que vaya acompañado de la tenacidad y la audacia.

Si para un negocio se necesitaban tierras, las tierras se adquirirían. Los futuros triunfadores ignoraban cómo ni por qué medio, pero se adquirirían, y... basta. Este era un detalle de poca importancia. Si se necesitaban grandes capitales, se encontrarían igualmente. No había que preocuparse de esto. Lo importante era el negocio, el gran negocio de estupenda novedad que se les había ocurrido—novedad que consistía en trasplantar algo viejo y tradicional de Europa—, y calculaban las seguras ganancias: tanto por mes, tanto por año, tantos millones á los cinco años, creyéndose, en fuerza de ilusión, casi al final de esta rápida carrera de la suerte.

Algunos, con inagotable generosidad, sentían

el deseo de hacer participes de su estupenda fortuna á todos sus allegados, y cada mañana admitían un nuevo socio, ofrecían graciosamente una parte á un nuevo auxiliar, hasta el punto de no saber con certeza qué restaría para ellos, los geniales inventores. Otros, más ásperos de alma, empezaban á mirarse con recelo y suspicaz vigilancia, temiendo una mutua traición en el negocio que aún estaba por venir. La riqueza achica los corazones y los endurece. Y lo más extraordinario era que todos abominaban de la imaginación como de una facultad deshonorosa y ridícula. «Nada de ilusiones: hay que ver las cosas tales como son, y en el caso de exagerar, colocarse en lo peor. Pongamos que sólo se gana la mitad; pongamos que sólo es la mitad de la mitad...» Y tras estos cálculos descendentes, que revelaban su odio á toda fantasía, siempre resultaban millonarios.

Los más entusiastas y de fe inconmovible eran los que habían estado en América y volvían á ella por segunda ó tercera vez. Los neófitos, que escuchaban con asombro sus profecías de riqueza, parecían dudar de repente. Era la timidez europea que resucitaba. «Yo he estado allá, y sé lo que es aquello—decía el compañero viejo—. Nada de miedo; esta vez, con mi experiencia, estoy seguro del éxito...» Y Maltrana, burlón y escéptico, que iba á América sin saber ciertamente para qué, se había sentido de pronto arrebatado, lo mismo que los otros, por este huracán de optimismo.

—Sí señor; un Banco—repitió mirando á Ojeda con expresión algo agresiva—. Vamos á fundar un Banco, y no comprendo que un negocio serio le produzca á usted tanta risa. Las cosas están magníficamente ideadas. Ese chico catalán, aunque despreciable como poeta, es un gran organizador; y el señor Kasper será un pillo, si usted quiere,

pero en los negocios la picardía es un mérito. El plan no tiene falla por ninguna parte.

Y lo exponía con la sequedad de un grande hombre ofendido por la ignorancia de su auditorio. Fundar un Banco era cosa corriente en aquellos países. Cada semana nacía uno, según le había dicho Martorell. No había calle principal de Buenos Aires que no tuviese unos cuantos. Lo más importante era encontrar una buena casa y amueblarla con muebles ingleses, «serios», «distinguidos», y mostradores de caoba brillante. Además, eran necesarios un enorme rótulo dorado, juegos de banderas para las fiestas patrióticas, y gran iluminación nocturna en la fachada. Capital para empezar: dos ó tres millones de pesos.

—Usted creerá haberme aplastado preguntando: «¿Dónde está el capital?...» Se hacen figurar todos esos millones y más si se desea en los Estatutos, y sobre todo en las vidrieras y el rótulo, con letras de á dos palmos. Pero en realidad se empieza con treinta ó cuarenta mil pesos... Y también me dirá usted: «¿Dónde están?...» El señor Kasper, que tiene en gran aprecio á Martorell y cree en el negocio, promete traerlos. Además, contamos con los buenos señores que entrarán en el Directorio... Siempre se encuentran media docena de tenderos deseosos de figurar al frente de un Banco. Gusta mucho poder decir á los amigos: «Esta tarde tengo sesión de Directorio.» Da importancia escribir á los parientes de Europa, á los papanatas de la tierra, en el papel del Banco con un membrete que impone respeto, en el que se consignan los millones del capital y las operaciones del establecimiento. El catalán, que «conoce el corazón humano» y es gran aprovechador de vanidades, tiene echado el ojo desde su viaje anterior á unos cuantos compatriotas. Estos aportarán fondos, tomarán acciones para

ser del Directorio, y luego que funcione el Banco... ¡á vivir! Daremos dinero al 30 por 100 (lo que es fácil allá, según dice Martorell), prestaremos con hipoteca, para quedarnos con los bienes hipotecados; un sinnúmero de bellas maldades, que explica mi consocio con su graciosa sonrisa de hiena poética.

Quedó en silencio Maltrana, como si se examinase interiormente.

—¡Pais de asombros!—continuó—. ¡Yo banquero, yo que he hecho sufrir tanto á los prestamistas de Madrid!... ¡Tierra de transformismos, donde los albañiles se hacen agricultores, los curas fugitivos se convierten en padres de familia y los señoritos arruinados entran de cajeros de confianza en las casas de comercio!...

—¿Ya tienen ustedes título para el Banco?—preguntó Ojeda.

—Ese es el obstáculo, el único escollo con que tropieza hasta ahora nuestro negocio. Lo del título es importante. Casi va el éxito en encontrar algo que suene bien, que se pegue al oído, inspire confianza y tenga un carácter internacional, lo más internacional que sea posible. Los consocios no se ponen de acuerdo en lo del título; lo único indiscutible es que, sea cual sea su dimensión, deberá añadirsele «y del Río de la Plata». Porque allá, según Martorell, todos los Bancos, aunque se titulen rusos, chinos ó noruegos, llevan como final de rótulo «y del Río de la Plata». Sin esto, no hay respetabilidad posible.

Volvió á quedar en silencio Isidro, pero su rostro se animó durante esta pausa con su acostumbrada expresión de malicia.

—Yo tengo mi título, un título de lo más universal. Abarca las diversas nacionalidades de las gentes que vendrán á nosotros y halaga al mismo

tiempo el sentimiento regionalista. Hasta he tenido en cuenta el lugar del nacimiento de mis dos compañeros. «Banco de Westfalia, de Tarragona y del Río de la Plata.» Pero los socios no lo aceptan.

Fernando miró fijamente á su amigo. ¡Famoso Maltrana! En él la gravedad era siempre de corta duración. Nunca se sabía ciertamente dónde cesaban sus emociones, dando paso á la fría burla.

En lo alto del buque vibró la señal de mediodía, un rugido que hizo temblar los pasillos y tabiques del trasatlántico y se dejó absorber sin eco alguno por el sordo infinito del Océano.

—Las doce: vamos á almorzar.

Cerca de la proa vieron algunos pasajeros que señalaban la línea del horizonte, discutiendo con frases breves. Contraían los ojos para dar mayor potencia á su visualidad; pasábanse de mano á mano los gemelos prismáticos, explorando el límite del Océano, sobre cuyo lomo se abullonaban tenues vapores. «Ya se ve Cabo Verde...» Otros dudaban. No eran las islas: eran simples nubes. Y todos, como si despertasen de la calma letárgica del mar, mostraban un deseo famélico de ver tierra, de distinguir aquellas islas en las que no había de detenerse el buque.

Abajo, en el comedor, almorzaban muchos con cierta precipitación, como gentes que han de ir al teatro y aceleran la comida por miedo de llegar tarde. «Tierra: ya se ve tierra», decían de mesa en mesa con una alegría infantil. Más impacientes, algunos se levantaban de sus asientos con la servilleta en la mano, y alargaban el pescuezo queriendo distinguir por las ventanas del comedor aquellas islas ante las cuales iban á pasar de largo y de las que hablaban todos como de una tierra de promisión.

Después del almuerzo, la gente tomó el café á

toda prisa y los salones quedaron abandonados, sonando en el vacío el abejorreo de los ventiladores y los trinos de los canarios. Todos se amontonaban hacia la proa, en las barandas de la cubierta, ansiosos de ver las islas. Empezaron á marcarse en el horizonte las gibas oscuras y borrosas de unas montañas emergiendo del mar. Cansados al poco rato de esta contemplación monótona, muchos retrocedían. ¿No era mas que aquello? Iba á transcurrir una hora larga antes de que estuviesen frente á ellas. Además, el buque pasaba muy lejos... Volvían al fumadero á continuar sus partidas de *poker*, ó formaban en la cubierta los corrillos habituales, hablando tendidos en el sillón, hasta que el cabeceo de la somnolencia les hacía levantarse titubeantes, camino del camarote, para continuar la siesta.

Ojeda y su compañero, acodados en la baranda, miraban con interés las siluetas de las islas destacándose como nubes puntiagudas sobre el azul sereno del horizonte.

—Hasta aquí llegó Colón—dijo Fernando—. El Almirante, que había navegado siempre hacia Poniente, puso en el tercer viaje la proa al Sur, buscando descubrir tierras nuevas por la parte del Austro. Pero más allá de estas islas tuvo miedo, y torció el rumbo para seguir la ruta de siempre. Le espantaron los calores del Ecuador; creyó que de seguir hacia el Sur acabarían por arder sus naves. Tal vez influyeron en su credulidad de visionario las leyendas de que rodeaba la pobre geografía de entonces á la línea equinoccial.

Había recordado después los incidentes de su tercer viaje. Los rayos del sol eran tan intensos, que el Almirante, según consignaba en sus cartas, temió que incendiasen navíos y personas. Caían sobre la escuadrilla frecuentes turbonadas; pero estas lluvias de pegajosa tibieza sólo servían para

hacer tolerable el calor durante unas horas. Colón las acogió como un socorro providencial, creyendo que sin ellas todos hubiesen perecido. Iba enfermo; le inquietaba la desaparición en la línea del horizonte de los astros que guiaban á los navegantes en los mares del hemisferio boreal, así como la aparición de otras estrellas ignoradas que á cada singladura iban remontándose en el cielo.

Renacían en su memoria las opiniones de la época sobre la línea equinoccial y lo que existía detrás de ella, doctrinas aprendidas en su vagabundaje por los conventos y los puertos, conversando con hombres de ciencia y navegantes.

Para muchos, en el hemisferio del Austro estaba el Paraíso terrenal. El Ecuador, con sus calores irresistibles, era «el gladio ó cuchillo igneo versátil» que había puesto Dios entre los hombres y el Paraíso para que ninguno de los hijos de Adán pudiese volver á él. Los poetas de la antigüedad y los Padres de la Iglesia acordábanse maravillosamente al fantasear sobre esta parte del mundo absolutamente ignorada. Más allá del Ecuador estaba la tierra llamada «Mesa del Sol», por la dulzura de su clima y la generosa abundancia de sus productos. En ella vivían seres felices que, al no tener que preocuparse de las necesidades de la vida—pues la Naturaleza, pródiga, les ofrecía todo con exceso—, dedicábanse al estudio de las causas naturales, y especialmente de la astrología. Arim, la «ciudad de los filósofos», era el centro de la «Mesa del Sol».

En esta parte de la tierra, por ser la más noble, había de estar forzosamente el Paraíso. Los astros influían en nuestra existencia poderosamente. Todo se desarrollaba en el suelo, no con arreglo á su propia bondad, sino por «las nobles y felices influencias de las estrellas que están sobre él», causa universal de vida. «A cielo noble correspondía tierra

nobilísima», y como las constelaciones del ignorado hemisferio eran, según la ciencia de la época, «las mayores, más resplandecientes, más nobles y perfectas, y por consiguiente de mayor virtud, felicidad y eficacia que las de Aquilón», de aquí que bajo su resplandor debía estar forzosamente la mejor de las tierras, ó sea el Paraíso.

La cabeza es la parte más noble de «todas las cosas naturales y artificiales, la más adornada y de mejor hechura, de donde procede la influencia á los otros miembros del cuerpo». ¿Y dónde estaba la cabeza de la tierra?... En el ignorado Austro, en el Sur, como le ocurre al árbol, que, aunque tiene la cabeza oculta abajo, no podría extender las ramas, con sus frutos y pájaros, si esta cabeza dejase de enviarle su nutrición y su fuerza. Y el fuego, fuente de vida, nacía en el Austro, se engendraba en él, y una barrera de este fuego tendida circularmente en el Ecuador impedía el paso de un hemisferio á otro.

El descubridor, alarmado por los insufribles calores que le salían al encuentro, vió en ellos una confirmación indiscutible de las opiniones de los hombres doctos de su época, y volvía la proa á Poniente, no osando avanzar más en el temido Austro.

Una gran sorpresa le esperaba. El mundo no era redondo, como habían creído Ptolomeo y otros. Podía ser esférico en el hemisferio boreal, donde aquellos sabios habían hecho solamente sus estudios; pero este otro hemisferio por cuyos límites navegaba él tenía la «forma de una pera, que es redonda salvo allí donde tiene el pezón, que es más alto, ó la de una pelota con una teta de mujer puesta encima», y el extremo de tal pezón era «la parte del mundo más propincua al cielo».

Los buques, al continuar hacia Poniente, aunque parecía que navegaban por un océano llano é igual,

subían y subían, siguiendo el lomo ascendente de esta protuberancia del planeta. El Almirante reconoció esta subida en la frescura del aire, cada vez más sensible según se avanzaba al Oeste, aunque las naves siguiesen el mismo grado, y sobre todo en las particularidades que ofrecían tierras y gentes. Así como el descubridor se había ido aproximando á la línea ígnea del Ecuador, el sol quemaba con más fuerza, las tierras estaban más calcinadas y los habitantes eran más negros. En Cabo Verde y en Sierra Leona llegaban las gentes á la más extrema negrura y las tierras parecían quemadas. Y sin embargo, al poner proa al Oeste, siguiendo la misma latitud, refrescaba el aire, y el Almirante encontraba en las costas de Venezuela la isla de la Trinidad, «de temperancia suavísima—según sus escritos—, con tierras y árboles muy verdes y hermosos, como en Abril las huertas de Valencia, y la gente de muy linda estatura y casi blancos, más astutos y de mayor ingenio que los negros, y no cobardes».

Todo esto era porque las tierras y las personas estaban más en alto, más cerca de las buenas regiones del aire, en las laderas de aquel pezón gigantesco que alteraba la redondez del hemisferio austral. Y la hipótesis del Paraíso, cabeza de la tierra, situado en el noble Austro, se convertía en certidumbre para el Almirante. En el vértice del pezón estaba el antiguo lugar de delicias; y el Orinoco, que endulzaba el mar, asombrando á los navegantes con su sábana inmensa, era uno de los cuatro ríos que descendían del Paraíso.

Fernando y su amigo, que hablaban de estas fantasías del Almirante paseando por la cubierta, se detuvieron ante las ventanas del gran salón. La voz tenue del piano, tocado en sordina, atrajo la curiosidad de Isidro.

—Mire usted, Fernando. La alemana, la mujer del director de orquesta, que se aprovecha de que no hay gente en el salón. Cerca de ella está su niño... ¿Qué toca? ¿Wágnner?... No; eso lo conozco; es de Schúbert: *El rey de los aulnos*. Vea cómo mueve la boca. Canta, pero no la oímos bien... No; no se acerque: la vamos á espantar como el otro día... Bueno; que le vaya á usted bien: mucha suerte.

Esto último lo dijo al ver que Ojeda, repentinamente, como si obedeciese á una decisión anterior, se separaba de él. Desapareció por la puerta de babor que daba entrada á los salones. Maltrana le vió pasar por entre las mesas del jardín de invierno, ocupadas por unos cuantos pasajeros dormitantes. Luego entró en el salón y fué á sentarse cerca del piano, junto al pequeñuelo cabezudo, que contemplaba los grabados de un gran volumen con aire reflexivo de persona mayor, arrullado por la música de su madre. Esta, al notar la presencia de un hombre que la escuchaba fijos los ojos en ella, hizo un gesto de sorpresa y contrariedad, se respingó, como si fuese á abandonar el piano, pero con súbita resolución continuó en su asiento. Un ligero rubor coloreaba su palidez verdosa de busto antiguo.

—¡Qué Ojeda!—murmuró Isidro mirando por los cristales—. Veremos en qué viene á parar toda esta música.

Sintióse sin fuerzas para seguir paseando por la cubierta. El calor había dispersado á las gentes. Todos gozaban la frescura de la siesta, ligeros de ropa, en el interior de sus camarotes ó en los encontrados huracanes de los ventiladores del fumadero.

El buque cabeceaba perezosamente, con largos intervalos de calma, sobre las extensas ondulaciones de un mar denso, centelleante, enrojecido

como metal en fusión. Ni el más leve soplo agitaba las lonas de la cubierta, tendidas de las barandas hasta el techo como un tabique rígido, obscuro y ardiente.

Maltrana se dejó caer en uno de los varios sillones que ostentaban el rótulo de «Doctor Zurita y familia», y allí quedó en agradable sopor, sin saber ciertamente si estaba dormido ó despierto. Oía sonar el piano lejos, muy lejos, como una musiquilla de liliputienses. «Ahora es Wágner—pensaba—; eso lo conozco: *Parsifal*, «El encanto del Viernes Santo»... Ahora es Schúbert: el «Quinteto de la Trucha». ¡Cosa graciosa!... Ahora... ahora...» Y no pudo reconocer nada más, porque dejó de oír la música.

Se hundía, se hundía en un agujero negro, acompañado por la melodía tenue, que se iba adelgazando lo mismo que un hilo cada vez más tirante, hasta romperse y ser devorada por el silencio.

De pronto volvió á la vida al sentir una mano en un hombro. Abrió los ojos, y vió al doctor Zurita de pie ante él, con un puro en la boca, sonriéndole.

—Levántese, amigo, y tome uno de hoja. Hoy no ha venido usted por el tributo.

Le ofreció su estuche inagotable lleno de cigarrros habanos. Eran las tres. El doctor había dormido su corta siesta habitual, y encontrándose solo, deseaba charlar con Isidro. Este se puso de pie para encender el cigarro, y su vista buscó á través de las ventanas del salón. Había enmudecido el piano, pero la alemana continuaba en la banqueta, revolviendo las hojas de las partituras y escuchando á Fernando, que, acodado en la tapa del instrumento, la hablaba de cerca. La amistad estaba hecha gracias á la música, complaciente mediadora que no necesita de presentaciones.

El doctor quiso pasear, y Maltrana le siguió dando chupadas al cigarro de bravío perfume.

La proximidad de la línea equinoccial parecía alegrar á Zurita. Estaban cerca de su hemisferio, iban á entrar en él antes de dos días.

—Es, como quien dice, volver á casa, mi amigo. Yo soy muy americano y tengo unas ganas locas de ver mi cielo. ¡Cuántas noches, en Europa, me privé de mirarlo, porque no podía encontrar en él la Cruz del Sur!... Y mañana tal vez la contemplemos. Mi muchachada no comprende estas cosas del viejo.

Sentía impaciencia por llegar á su tierra, ver á los amigos, enterarse de la marcha de los negocios, pisar las calles de Buenos Aires. Las capitales de Europa eran dignas de su admiración, ¡pero Buenos Aires!...

—Pronto llegaremos, si Dios nos ayuda—continuó alegremente—. Allí se demostrará, galleguito simpático, lo que usted vale y lo que lleva dentro. A ver si algún día llega á ser archimillonario y yo puedo contar con orgullo que hizo conmigo su primer viaje... Pero hay que trabajar, ¿sabe, *che?*... Nada de creer que allí se encuentra plata con sólo agacharse á tomarla. Se miente mucho. La gente va allá con la cabeza llena de exageraciones. Además, la plata no se hace en un mes ni en un año: hay que contar con el tiempo, que vale tanto como el trabajo; hay que dedicar á una empresa, sea esta cual sea, la mayor parte de la vida.

Habían dado la vuelta entera al paseo, y el doctor se detuvo cerca de las ventanas del salón. Otra vez sonaba el piano. Isidro vió á su amigo de pie junto á la artista, con los ojos fijos en su nuca inclinada, esperando una indicación de su cabeza para volver las hojas de la partitura.

—Vea, Maltranita. Lo importante en nuestra tie-

rra es comprar algo, poseer algo, ser propietario, y luego el país, que va siempre hacia adelante, se encarga de enriquecerlo á uno, siempre que tenga paciencia y serenidad. ¿Por qué cree usted que somos un pueblo aparte de los demás y vienen á fundirse con nosotros gentes de todo el mundo?...

El doctor hacia esta pregunta con una expresión de malicia bonachona en los ojos y la boca. Maltrana se apresuró á repetir todos los lugares comunes que habia oído sobre la tierra argentina. La fecundidad del suelo virgen, la falta de braceros, la facilidad de crédito para el trabajo...

—Yo he reflexionado mucho, mi amigo, sobre las cosas de mi patria, y creo que su poder de atracción consiste en que en ella no hay aritmética. ¿Se entera usted?... Más bien dicho, que su aritmética es distinta de la que se usa en los demás pueblos. En Europa y fuera de ella, dos y dos son cuatro siempre. ¿No es eso?... Pues en la Argentina jamás ha sido así.

Guardó silencio, como si se gozase en la estupefacción de Maltrana, y luego continuó, con una sonrisa doctoral:

—En los tiempos coloniales, cuando la vieja España nos tenía como niños en la escuela, y aun mucho después, en la época de nuestras revueltas, dos y dos jamás fueron cuatro. No habia quien sumase, quien pusiese los dos números uno sobre el otro. Nos vestiamos con tejidos domésticos; matábamos los animales para aprovechar únicamente el cuero y el sebo, dejando la carne á los caranchos; cultivábamos la tierra para las necesidades de casa nada más... Después vinieron los buenos tiempos de la exportación y de la inmigración, y dos y dos tampoco fueron cuatro. Se valorizó todo de un modo loco, y dos y dos fueron ocho, dos y dos son doce, y á lo mejor se levanta uno de la cama, y sin más

trabajo que haber estado durmiendo, se encuentra al despertar con que dos y dos hacen veintidós... ¡Qué país, mi amigo!

Maltrana le escuchaba enarcando las cejas con sincero asombro, como si esta paradoja del doctor le librase el gran secreto del país adonde él iba.

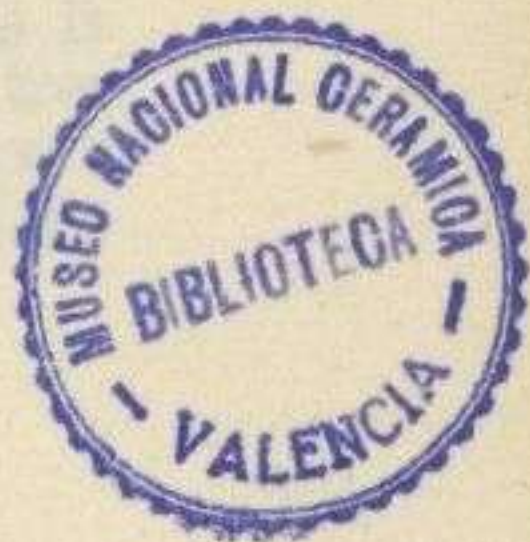
Comprendido; lo importante era tener dos sumandos, por simples que fuesen: dos y dos. El país se encargaba después de hacer la adición con arreglo á su aritmética maravillosa.

—Pero esa aritmética tiene á veces sus fracasos —continuó el doctor, acentuando su sonrisa—. La del viejo mundo, tímida y rutinaria, es inconvencional. Dos y dos siempre son cuatro, ni más ni menos. Allá, en nuestra tierra, cada diez años tiembla todo, sin que acierte nadie á descubrir el por qué del cataclismo. Años de sequía y malas cosechas... Algunas veces, ni esto. Guerras que se desarrollan al otro lado del planeta, en países que no conocemos ni nos importan un poroto; restricción de crédito, falta de dinero, Bancos á los que dan «corrida», como dicen allá, y que ven sus puertas llenas de gente que retira sus depósitos; propietarios que desean vender y no encuentran á quién; capitalistas extranjeros que no quieren hipotecar... y entonces, dos y dos son uno... dos y dos son nada... y el que no tiene aguante para esperar que la aritmética recobre su antigua originalidad, queda reventado para toda la siega.

Maltrana continuó la paradoja del doctor con una objeción. Día llegaría en que dos y dos fuesen eternamente cuatro en aquel país: cuando sus campos quedasen divididos en pequeñas fracciones, los desiertos estuvieran ocupados por una población densa, y se elevasen las aguas hasta las tierras resquebrajadas ahora de sed junto á ríos enormes como brazos de mar.

—Así será—dijo el doctor—. Dos y dos serán cuatro en la Argentina alguna vez... Indudablemente, dentro de siglos. Pero entonces—añadió con tristeza—nadie irá á ella; porque para encontrarse con la misma aritmética del país natal, con la novedad de que dos y dos sólo hacen cuatro, no hay hombre que sienta deseos de moverse de su casa.

FIN DEL TOMO PRIMERO



...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...

...de la revolución... el pueblo... el gobierno...



EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. 5 ptas. vol.—Los argonautas (2 tomos). 8 ptas.—CUENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—VIAJES: En el país del arte. Oriente. 5 ptas. vol.—ARTÍCULOS: El militarismo mejicano. 5 ptas.

V. BLASCO IBAÑEZ, SUS NOVELAS Y LA NOVELA DE SU VIDA, por Camilo Pitolllet.—Profusa ilustración con retratos, estancias, actos, etc., de Blasco Ibañez, desde su época de estudiante hasta el presente. 5 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados y láminas.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y vió de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creará haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibañez ha podido hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, la guerra en el mar y en los aires, el heroísmo. Sólo un novelista de la realidad ha podido trazar retratos literarios como los de los principales personajes de la gran tragedia. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

LIBROS DE LA GUERRA.—HAMÓN: Lecciones de la guerra mundial. 2 ptas.—UTRILLA: Comentarios á los tres ideales del señor Vázquez de Mella. 1'50 ptas.—CAPITAN HANQUILLART: Guía práctica para una compañía. 50 cént.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por LAVISSE & RAMBAUD. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesores de la Universidad de París.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XIII. En prensa el XIV.—Precio de cada tomo, *10 pesetas* lujosamente encuadernado en tela.

HISTORIA SOCIAL DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, *40 pesetas*.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—*6 ptas.* el tomo en rústica y *7'50* encuadernado en tela.

PAÍSES DE AMÉRICA.—ESTRADA: Uruguay contemporáneo. *3 ptas.*—SEXTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. *5 ptas.*—UGARTE: El porvenir de la América española. *3 ptas.*—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). *1'50 ptas.*—CASTILLO MÁRQUEZ: Bajo otros cielos. (Viaje á Santo Domingo y Cuba). *1'50 ptas.*—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER: Profusas ilustraciones. *5 pesetas*.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA.—HÆCKER: Historia de la creación de los seres. 2 t.—INGENIKROS: Histeria y Sugestión.—A. DIDK: El fin de las religiones.—R. ALTAMIRA: España en América.—Volúmenes en 4.º á *4 pesetas*.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Arctico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartóné.—*1'50 ptas. volumen.*

CULTURA CONTEMPORANEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—*3 pesetas vol.*—Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART, profesor de la Universidad de Jena. *4 pesetas*.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA.—Altamira, Büchner Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—*1'50 ptas.*







R. GULLIA

V. DIEGO EBANIZ

LOS
ARGONAUTAS
4

tancias debía nacer muerto. Y casi resulta milagro que no fuese así. En los primeros meses de su vida, Los ARGONAUTAS, al pasar por los escaparates de las librerías, consiguió llamar la atención de algunos compradores, pero casi nadie habló del libro en letras de molde. Este silencio nada tuvo de excepcional. Los periódicos y las gentes sólo se preocupaban entonces de una gran novela de acción, interesantísima, con cinco millones de protagonistas más ó menos oscuros, á la que ha dado después la Historia el título definitivo de «La primera batalla del Marne». ¡Quién iba á prestar atención en tales momentos á una novela sobre la América de habla española!...

En los años sucesivos, los lectores hispano-americanos, á pesar de las peripecias de la guerra, empezaron á mostrar interés por Los ARGONAUTAS, y la novela casi muerta al nacer se reanimó y robusteció, hasta adquirir tanto vigor como muchas de sus hermanas.

Los ARGONAUTAS no merece en absoluto el título de novela. Le falta para esto la condición de ser un relato completo, independiente, con vida propia; una historia novelesca con un final. Dejé este libro sin terminar, voluntariamente, porque deseaba que fuese el prólogo de una serie de novelas, el atrio que debía atravesar el lector para ir penetrando en una sucesión de salones, ó más claramente dicho, en otras novelas, basadas en la vida de los pueblos americanos de origen español.

En Los ARGONAUTAS hice aparecer personajes nuevos, muchos de ellos simples tipos secundarios que se limitan á pasar por su fondo, pero estaban destinados á ser protagonistas de otras novelas posteriores. Embarqué al bohemio Maltrana, triste héroe de *La horda*, que cruza luego rápidamente el escenario de *La maja desnuda*, para que corriese América, como en otros siglos corrió Gil Blas las ciudades y caminos de la vieja España.

Pero surgió la guerra que tantas cosas ha cortado y trastornado, y mi serie de novelas americanas quedó en el olvido. Sentí como todos la atracción de la tragedia europea, y produje *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum* y *Los enemigos de la mujer*.

De la obra enorme que proyectaba sólo existe la columnata del atrio, la novela-prólogo, Los ARGONAUTAS,

como una cosa informe terreno sobre el cual cubierto de ruinas. Los ción ya no sirven; los tiempo. Todas las obs vida en América las h novedad. Además, los si vuelvo á acometer la velesco, será con nuev

Mi idea primitiva república americana; l nación. Mis cuentos *El reaparece Maltrana—*, son como sillares que e del antiguo edificio, y reducida é independie

Tal vez vuelva algu novelas americanas-es tendrán vida aparte, e cesitar apoyarse unas *La tierra de todos* y *La*

Bien podría ser qu viniesen á unirse con vida de ciertos person También puede ocurri nunca continuación y de edificio aislado y ab ción incomprensible p sentes líneas y sólo vea detrás de las cuales ex

De todos modos, l novela incompleta, sie res el atractivo de lo n «Amontonado», esa aliciente del presente considerable y visible reconocer.

Me lancé á escribir años de continuas é in lo concerniente á la y conquista de Amér

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

